

PASAJE *al* NUEVO MUNDO

TÀNIA JUSTE



MAEVA

PASAJE AL NUEVO MUNDO

TÁNIA JUSTE

PASAJE
al NUEVO
MUNDO

TÀNIA JUSTE



MAEVA



© Tània Juste, 2018.

Derechos de edición negociados mediante Asterisc Agents

© MAEVA EDICIONES, 2018

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

Diseño de cubierta: Sylvia Sans sobre imagen de Trevillion Images © Ildiko
Neer

MAEVA defiende el *copyright* ©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que

MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-17108-64-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L

*A mis hijos Bet y Sergi,
que vuestra vida sea una larga travesía llena de oportunidades*

«Tan diferente es mi Hoy de cada uno de mis Ayeres, mis ascensiones y mis caídas, que a menudo me parece haber vivido no una sola existencia, sino más de una, y todas completamente distintas.»

El mundo de ayer
Stefan Zweig

PUERTO DE BARCELONA, 1918

Desde primera hora de la mañana los estibadores trabajan en el muelle adosado donde se halla amarrado el vapor *Reina Victoria Eugenia*. El vientre del gran transatlántico lleva dos días y dos noches engullendo mercancías, baúles y toda clase de carga necesaria para el viaje al Nuevo Mundo. El sol casi ha llegado al punto más alto del cielo, y con su luz resplandeciente parece anunciar el verano que el buque encontrará al traspasar la línea del ecuador. Los pasajeros embarcan a medida que van llegando. La tercera clase parece ir repleta, aunque alguien ha dicho que donde acabará de llenarse será en los puertos de Málaga, Cádiz y Santa Cruz, pues allí embarca la gente llegada de los distintos pueblos de España. Se distingue a algunos pasajeros mejor vestidos que cargan maletines de piel y sacos de viaje y muestran al sobrecargo sus billetes de segunda clase: comerciantes, empresarios, aventureros venidos a más. Sin embargo, todas las miradas en el muelle son para la aristocracia del barco, los últimos en llegar: los pasajeros de primera clase, rodeados y asistidos por un enjambre de mozos, vigilan atentamente sus numerosos baúles, que ya se introducen en las bodegas del *Reina Victoria Eugenia*. Solo alguien con mucha imaginación sería capaz de intuir las sedas, los terciopelos y todas las delicadas prendas que viajan en su interior. Las damas de primera clase se dejan ayudar por sus esposos al poner, por primera vez, sus delicados zapatos en la pasarela del gran vapor. Sus sombreros les ocultan el rostro de las miradas curiosas, y los cuellos, esos cuellos de cisne que algunas damas poseen y otras no, se cubren con las mejores pieles para protegerlos del frío de diciembre.

Cada vez hay más gente concentrada en el muelle, donde se extiende la agitación de la última hora antes de partir. No tardará mucho en sonar el primer toque de sirena, y entonces las lágrimas, los abrazos, las despedidas

adoptarán ese aire apremiante del último instante.

Berta Casals ha subido al transatlántico y recorre los salones de primera clase acompañada de su padre, que se dedica a emitir sonidos guturales cada vez que algo lo satisface. Se pasean de una estancia a otra descubriéndolo todo, percibiendo el sonido apagado de sus propios pasos al pisar los suelos alfombrados. Admiran cada detalle del lujo que se respira en los muebles, en los tapices ingleses, en los grandes vitrales decorados que filtran una luz de múltiples colores. Transitan entre una pequeña multitud que va en aumento a medida que se acerca la hora de la despedida. Cada pasajero se halla rodeado de sus seres queridos, que todavía no han abandonado el barco, y bajo el rumor de las conversaciones forzadas —donde se percibe una cierta tensión ante la inminencia de la partida—, el padre de Berta se muestra muy serio a pesar de los esfuerzos que hace ella por romper el silencio.

—¿No es fascinante, padre? —dice ella.

Berta tiene los nervios a flor de piel, aunque no ganará nada si se hunde ahora. Desde que han llegado al puerto, todo el periplo que está a punto de vivir se le antoja más real que nunca, y un sinfín de sensaciones contradictorias empieza a acumularse en su mente mientras percibe que el nudo que se le ha hecho en el estómago ya no la va a abandonar. Ahora sí, se marcha a América, Argentina será su nuevo hogar y apenas le queda tiempo para estar con su padre. ¿Volverán a verse algún día? De vez en cuando lo observa de reojo y trata de registrar cada detalle de ese rostro conocido y amado, pues quizá el tiempo y la distancia puedan hacer que lo olvide. Durante toda su vida lo ha visto ir y venir, mientras su madre y ella permanecían en casa. Pero ahora es ella quien se marcha, y lo hace para no regresar. ¡Si piensa en todo lo que le espera! Berta siente cómo la invade la angustia, pero se contiene y saca coraje una vez más. Le lanza una sonrisa a su padre, como si nada la atormentara. A menudo, durante estas dos últimas semanas —que han sido las de los preparativos—, le ha parecido transitar por un sueño del que de repente fuera a despertar, percatándose entonces de que nada había sido real, de que jamás había existido una propuesta de matrimonio proveniente del otro lado del océano y de que ella, por consiguiente, no la había aceptado. Sin embargo, los vestidos han sido cuidadosamente doblados e introducidos dentro de los baúles, la ropa bordada

con las iniciales de ambos —B de Berta y J de Julio—; y por encima de todo está el rostro de su padre, en el que, a su pesar, se ha instalado cierto aire de tristeza y melancolía, lo que le hace tomar conciencia de que sí, de que todo es real.

Ahora ya solo quedan dos semanas largas —el tiempo que va a durar la travesía por mar— para convertirse en una mujer casada, en la señora de un rico estanciero de la Patagonia. Don Julio Mitchell..., murmura para sus adentros, tratando de familiarizarse con el nombre. Un hombre mucho mayor que ella de quien conoce su letra por la carta que le envió, pero de quien apenas recuerda su rostro debido a los años que han transcurrido desde la última vez que lo vio. Tan solo era una niña, y fue en una sola ocasión, cuando padre le presentó a aquel argentino con quien hacía negocios. Y ahora... Ahora será mi esposo, piensa. Irá a recibirla al puerto de Buenos Aires con todos los honores, y se celebrará una boda organizada por su futura cuñada, una señora a quien tampoco conoce. Berta procura sacudir estos pensamientos de su mente y concentra toda su atención en el lujo que los rodea.

—Este hall parece de esos que hay en los grandes hoteles de París, ¿verdad, padre? ¡Quién diría que estamos en un barco!

Su padre asiente con una leve sonrisa, aunque tose un poco porque no desea recordar. Su segunda esposa, Lisette, no ha venido. Y ha sido un detalle por su parte, porque así padre e hija pueden despedirse en la intimidad.

—Y esto es solo el principio. A partir de ahora te habituarás a todo tipo de lujos —le augura el padre mientras la empuja levemente por la cintura, haciéndola pasar delante de él. Acceden a la biblioteca, un espacio repleto de libros y grandes ventanales que miran directamente al mar—. Aquí puedes pasar buenos ratos, con lo mucho que te gusta leer.

—Seguramente —responde Berta, un tanto evasiva.

Su padre sigue hablando mientras toma asiento en un rincón para dejar pasar el tiempo:

—Ha sido un gesto muy generoso que don Julio te mandara billete de primera clase, hija. ¡Mi niña viajará hacia su futuro como una verdadera reina!

Mi niña. Berta reposa la cabeza en el respaldo de su asiento y contempla las aguas en calma del puerto a través del cristal. Su padre no la llamaba así

desde antes de morir madre, quizá desde que todavía era en verdad una niña. Ya no lo es. Intenta imaginarse a sí misma en una gran finca ovejera de la Patagonia, casada con un rico argentino. «La gran aventura de mi vida», dijo ella el día en que se decidió. Porque padre lo ha querido dejar bien claro: fue ella quien tomó la decisión. Él tan solo le mostró la carta que don Julio le había escrito: la ayudó a recordar aquella vez en que años atrás le presentó a un señor con quien tenía tratos comerciales —un hombre respetable, hecho a sí mismo, un gran terrateniente a quien el padre de Berta compraba las balas de lana de sus ovejas para luego venderlas a sus hiladores—. Y le había leído la carta en voz alta, la parte en que don Julio le pedía la mano de su Berta, ahora que había transcurrido algún tiempo desde que la muchacha perdió a su madre y su padre se había vuelto a casar, «con todo respeto y humildad, para formar una familia y un hogar aquí, en la Patagonia». Una vida al otro lado del océano. «¿Y por qué yo, si no me conoce?», había preguntado Berta llena de asombro en un primer instante, mientras su mente trataba de recordar a aquel señor a quien solamente había visto una vez, siendo ella tan jovencita. Había sido durante una de sus visitas con madre a París. Padre tenía su pequeño despacho en la capital, donde trabajaba de lunes a viernes. En ese reducido espacio cerraba sus tratos con diversos proveedores de lana del mundo, para luego recibir pedidos de los grandes hiladores de Francia, de Inglaterra y de otros lugares. Mientras padre trabajaba en París, madre e hija permanecían en Louveciennes, donde tenían el hogar familiar. Hasta que llegaba el viernes por la tarde y padre aparecía de nuevo, dejando atrás su intensa semana de trabajo. Pero no siempre era así: algunas veces les hacía llegar una nota para que se reunieran con él en la ciudad. ¡Entonces Berta saltaba de alegría ante la expectativa de un fin de semana en París! Porque aquello significaba acudir al teatro, visitar salas de exposiciones donde se exhibían cuadros maravillosos que la hacían soñar con lugares lejanos que algún día visitaría. Y también largos paseos de sábado por la mañana por las Tullerías o los Jardines de Luxemburgo. Berta hizo un esfuerzo por recordar el momento de extraordinaria irrealidad del fin de semana en que padre le había presentado al caballero argentino. Habían llegado el viernes al atardecer y padre les había hecho pasar a su despacho. La última visita del día se había demorado más de la cuenta, y esa fue la razón por la que Berta llegó a conocer a aquel proveedor. «Un gusto», dijo él nada más verlas, besando primero la mano de su madre y a continuación la suya. Berta recordó que se

le habían encendido las mejillas a su pesar, porque esa fue la primera vez que un hombre besó su mano. Madre había dedicado los minutos siguientes a intercambiar algunas frases de cortesía con aquel hombre, mientras a su lado la hija trataba de ocultar su sonrojo. Lo único que Berta podía recordar ahora de ese caballero era su aire elegante y distinguido y su gracioso acento argentino. El resto había quedado en el olvido de las pequeñas anécdotas familiares, ya que su madre se quedó ese día tan impresionada como ella al comprender que su pequeña había empezado a hacerse mayor. Un recuerdo más, sin mayor importancia hasta el momento en que padre la había hecho partícipe de esa proposición inusual. «Hace años que don Julio me pregunta por ti, aunque jamás pensé...», había dicho padre una vez leída la carta, pero la frase quedó inacabada.

Ahora, embarcada en el gran transatlántico, Berta persiste en su esfuerzo por recordar más detalles de ese señor, pero no lo consigue. Jamás habría pensado que de ese encuentro antes de la guerra, cuando ella todavía jugaba a las muñecas, cuando aún vivían en Francia y madre todavía estaba entre ellos, surgiría la gran aventura de su vida. Después de leer la carta, padre lo dejó en sus manos. Él no quería opinar, no deseaba influir, aunque le había rogado a Berta que lo meditara bien, que analizara su situación y solamente entonces, convencida, le diera una respuesta firme. Y Berta lo pensó, sobre todo teniendo muy presente aquello que padre había llamado «su situación». ¿Qué vida le esperaba junto a su padre y Lisette? Pronto querrían aumentar la familia y Berta sería un estorbo, o tal vez sería ella misma a quien la nueva situación le resultara incómoda. No es que le reprochara a su padre el haber buscado consuelo en una jovencita como Lisette, una vez fallecida su madre; ni siquiera que hubiera acabado casándose con ella. O quizá sí que lo hacía, y por eso no se había esforzado en entenderse con ella. Madre se hallaba tan presente en cada rincón de Louveciennes que Berta estaba convencida de que aquel había sido el motivo por el cual padre había trasladado a su nueva familia a Cataluña, el lugar donde él había nacido. Afirmaba que la guerra había sido la causa, argumentaba que en Cataluña estarían más seguros, aunque Berta no creía que esa fuera la verdadera razón: en el piso de Barcelona donde se habían instalado en el último año y que Lisette había decorado enteramente a su gusto, nada recordaba a madre. Así pues, en los días que siguieron a esa carta enviada desde el otro lado del océano, Berta

había reflexionado mucho y sopesado sus posibilidades. A pesar de que Barcelona le resultaba una ciudad atractiva, con sus avenidas a medio construir, sus terrazas al sol y una vida semejante a aquellos fines de semana en la capital francesa, allí no conocía a nadie. De hecho, los únicos catalanes a los que había conocido en su vida no estaban precisamente en Barcelona, sino en el pueblecito de L'Escala, en la costa mediterránea, donde padre había nacido y donde acostumbraban a pasar las vacaciones de verano en vida de madre. ¿Qué la ataba, entonces, a ese lugar donde padre pretendía construir su nueva vida? A Berta le resultaba difícil imaginarse como parte de ella. Y justo entonces se le ofrecía comenzar de nuevo, a sus oportunos veinte años. Julio Mitchell era un hombre mucho mayor que ella, tal vez no llegaría a amarla, pero ¿cuántas propuestas tan extraordinarias como aquella para emprender su propio camino recibiría en su vida? Seguramente era la decisión más inapelable que jamás tomaría, pero una poderosa fuerza la impulsaba a aferrarse a aquella oportunidad y a emprender el viaje hacia el Nuevo Mundo.

Berta observa discretamente a su padre desde el sofá donde está sentada en la biblioteca. Antes, cuando él la ha acompañado a su camarote para instalarse, una habitación de lujo para ella sola, le ha visto entregar una buena propina a la camarera para que cuide de ella. A padre le remueve la conciencia embarcar a su hija y mandarla al otro lado del mundo, pero las cosas han ido de este modo.

—Ha sido mi decisión —le repite Berta una vez más, siguiendo el hilo de sus pensamientos. Y llenándose de una seguridad que ni ella está convencida de poseer, le asegura—: Todo irá bien.

Ha puesto tanto énfasis en la última frase que de pronto se ha levantado y le ha pedido a su padre:

—Sigamos paseando.

Sus labios sonrían y padre se lo agradece en lo más profundo de su corazón. De la biblioteca pasan al gran hall, a continuación al salón de música, donde admiran la inmensa cúpula de cristal que hay justo en el centro, y de allí salen a la cubierta de paseo. El primer toque de sirena suena de golpe, largo y contundente, anunciando a los visitantes que deben abandonar el barco. Ha llegado la hora de despedirse y padre e hija lo hacen

deprisa, en un silencio que habla por sí mismo.

—Escribe, hija —le pide antes de irse. Su voz está rota, aunque intenta ocultarlo. Por eso no añade nada más y la abraza por última vez.

Mientras padre baja del gran transatlántico y busca un sitio en el muelle donde situarse junto al resto de familiares, Berta observa todo a su alrededor con aire perdido; la cabeza le da vueltas y percibe el aire de cubierta más frío que nunca. Los demás pasajeros la empujan hacia el borde de la baranda, donde se acumulan todos para el último adiós. Mira hacia el muelle buscando la figura conocida de su padre, pero todavía no está ahí. Como en una especie de tránsito entre el sueño y la realidad, contempla los rostros de los viajeros del barco y los de los que están abajo, en el muelle. Y le parecen muecas grotescas, bocas que se abren para gritar a alguien, pero ella no escucha nada, como si le hubiesen tapado los oídos con ambas manos. El segundo toque de sirena se le antoja tan fuerte que da un brinco, asustada, y entonces ve a su padre tratando de hacerse un sitio entre la muchedumbre. Se halla cerca de la pasarela, donde algo sucede. Hay un gran alboroto, padre es empujado por el gentío que va abriendo un espacio para dejar pasar a un último pasajero. Cuando Berta enfoca la mirada para distinguir de quién se trata, ve a una dama cubierta de pieles. «¡Es la gran Maya Demianova!», escucha gritar a su lado. «¡La bellísima bailarina rusa!» Y entonces los cuerpos se inclinan más hacia fuera para observarla mejor. Con un andar lleno de gracia, tan etéreo que no parece de este mundo, la célebre artista sube por la pasarela de embarque dejándose adular por todos, tomándose su tiempo, completamente ajena a la partida inminente del barco. Berta contempla la escena embelesada y casi olvida que padre también está ahí. Cuenta hasta tres mozos que van detrás de la dama cargando con su equipaje de mano y entonces, al final de la comitiva, tratando de avanzar entre la multitud, distingue a una chica que a todas luces debe de ser la asistente personal de la famosa bailarina.

La orquesta empieza a tocar en cubierta una melodía que pretende ser alegre, aunque algunos pasajeros ya se han puesto a llorar mientras agitan sus pañuelos al viento y asoman sus cuerpos un poco más para registrar la última imagen de sus seres queridos. Berta vuelve a buscar a su padre entre la multitud: permanece muy quieto, con su traje gris y el sombrero que ahora alza con una mano. La distancia no impide que Berta pueda ver la solemnidad de su rostro, que no se corresponde con su figura, tan diminuta

como parece desde cubierta. Al primer movimiento del gran transatlántico, percibe su partida tan nítidamente como un rayo de sol. Se marchan.

—¡Padre! —grita con todas sus fuerzas, pero su voz se la lleva el viento.

Siente que un terrible vértigo se apodera de todo su cuerpo, una especie de grito interior que sube a gran velocidad desde los pies a la cabeza. Y entonces se siente pequeña, muy sola, terriblemente asustada. Tiembla por dentro y por fuera, y empieza a llorar. Deja que sus lágrimas resbalen libremente por sus mejillas mientras se despide con una mano de esa figura querida que se va alejando, que ya no es más que un sombrero en medio de tantos. Cuando traspasan la bocana del puerto, cuando parece que el flamante *Reina Victoria Eugenia* se ha hecho a la mar, Berta se seca las lágrimas. Percibe, entonces, cómo la gente a su alrededor ya ha empezado a dispersarse. Se fija en algunas caras cercanas, todas ellas desconocidas, y de pronto divisa a la muchacha que ha subido al barco tras la gran bailarina. Parece estar observándola desde hace rato y Berta, percatándose de que tiene su misma edad, le sonrío en una especie de ruego de amistad. Pero la chica continúa mirándola con cierta curiosidad, su rostro no muestra ninguna otra emoción. Al instante, se escucha la voz autoritaria de Maya Demianova, que exclama en francés:

—¡Ira! ¡Vamos dentro!

Y la chica desaparece antes de que Berta pueda acercarse a ella. Piensa entonces en las dos largas semanas que justo comienzan, imagina las horas, los días enteros que tiene por delante hasta hacerse a la idea de su nueva vida, una vida que empieza hoy.

ESTANCIA MITCHELL, PATAGONIA

Verano de 1987

A media tarde la anciana se quedó dormida en su sillón favorito del salón, el más cercano al gran ventanal. Desde allí se divisaba la entrada principal de la casa, y también el jardín delantero. Al fondo, como un auténtico escenario teatral, se levantaba la silueta de los Andes, que cada atardecer ofrecía una maravillosa luz crepuscular. Le pareció haber cerrado los ojos un solo instante para luego volver en sí, pero había trascurrido la tarde, y al despertar e ir recuperando lentamente la noción del tiempo se percató de que debía de faltar bien poco para la llegada de Valentina. Se puso las gafas de lejos y aguzó la mirada a través de la última luz del día para distinguir sus flores, allá en el jardín. Las lilas, el jazmín, las madreselvas y las malvas bañadas en los tonos violáceos y anaranjados del cielo candente. Valentina ya no lo vería hasta la mañana siguiente, se dijo, cuando el día volviera a despuntar en el horizonte. Sonrió al pensarlo, y dejó que sus párpados se cerraran otra vez. Lo hacía a menudo ahora que se acercaba a los noventa años: cerraba los ojos y pensaba, como si reservara sus fuerzas para las grandes ocasiones. Se entretuvo entonces en repasar mentalmente la conversación telefónica que días atrás había mantenido con su nieta escritora, cuando esta le había confesado que sufría un terrible bloqueo. «Necesito encontrar una historia, abuelita —le había dicho—, y creo que la Estancia Mitchell puede ser el lugar adecuado.» Nada era nuevo, pensó la abuela Berta desde el primer momento. Cada vez que Valentina debía comenzar o bien terminar una de aquellas novelas que se vendían tan bien en Buenos Aires, buscaba refugio en la casa familiar. Y la abuela le preguntó cuándo iría, a lo cual Valentina respondió que en ocho días, pues ya había comprado el billete de avión. Le

avanzó que se quedaría tanto tiempo como fuera necesario, que no tenía ninguna prisa en regresar a Buenos Aires ni a nada que la atase allá, así que el corazón de la abuela Berta dio un vuelco de alegría ante la feliz perspectiva de días enteros, semanas, quizá meses con su nieta favorita. Pero esta dicha que la invadió tras la larga conversación telefónica se desvaneció al día siguiente a causa de la llegada de una carta. La habían traído con el correo de la mañana y la sirvienta la había depositado en la bandeja de la entrada junto con el resto de la correspondencia: facturas, publicidad, alguna carta dirigida a uno de sus cuatro hijos, y entre todos esos sobres uno dirigido a ella sin ningún remitente, aunque enseguida reconoció la letra mecanografiada de siempre. Por alguna misteriosa razón Berta lo intuyó, y por eso todavía tardó unos instantes en abrir el sobre y extraer su contenido. Cuando lo hizo, encontró la confirmación a sus peores sospechas: Irina Alexandrovna Demianova había fallecido recientemente. Se lo comunicaba su viudo, tal y como ella había dejado expresado. A Berta le impresionó tanto leer de nuevo ese nombre... Habían transcurrido varios años desde la última carta, el contacto entre ambas mujeres se había ido perdiendo. Pero los recuerdos estaban muy vivos, y ahora que solamente quedaba ella se le hacían aún más presentes. El destino había hecho coincidir a aquellas dos muchachas en un barco que en 1918 cruzaba el Atlántico hacia el Nuevo Mundo. Otra vida las esperaba, y tal vez fue aquello lo que las unió desde el primer momento. Acudieron a la mente de la anciana un sinfín de imágenes de aquellos días a bordo, como si de una película se tratara; las conversaciones, las complicidades, todo aquello que les sucedió y el secreto que ambas debieron sellar en alta mar. Una vida entera sin contárselo a nadie. Y ahora tan solo quedaba ella. El día que pisaron tierra argentina por primera vez, las dos muchachas se separaron con la dolorosa certeza de que no volverían a verse. La relación se había mantenido a lo largo de los años gracias a unas pocas cartas, pero con el paso del tiempo esas misivas habían empezado a dispersarse como gotas de lluvia que finalmente se secan. Y ahora, entre sus manos, el mensaje claro y desnudo: Ira había muerto.

Durante los días que siguieron a la triste noticia, y antes de que Valentina llegara, la abuela Berta tuvo tiempo de meditar, de recordar, y finalmente de decidir que ahora que todos habían fallecido y solo quedaba ella, ya no podía perjudicar a nadie más que a sí misma si decidía contarle todo. Y lo deseaba

con todas sus fuerzas. La anciana tomó la firme resolución de compartir su secreto con alguien. ¿Y quién mejor que su nieta escritora, capaz por oficio y por talante de meterse en la piel de otro, de comprender la naturaleza humana, de perdonar y de no juzgarla con terrible y temida severidad? Porque la abuela Berta lo deseaba, lo necesitaba antes de dejar de existir.

Valentina conducía por la carretera, a falta de pocos minutos para llegar. Sentía el cansancio de las horas en el avión y luego en el coche, pero al fin se le aparecía ante sí el paisaje amado. El día había ido languideciendo poco a poco a medida que avanzaba a través de la estepa patagónica, y ahora apenas quedaba el último suspiro de luz. Sin embargo, al superar la última curva del camino, todavía tuvo tiempo de ver el azul del lago y las imponentes montañas al fondo. Ese era siempre el punto culminante de su regreso a la Estancia Mitchell, la casa donde nació y creció. El tiempo se detenía justo al pasar aquella curva, y las imágenes de su infancia acudían de golpe a su mente, mientras el tejado rojo de la casa grande se le hacía presente y paulatinamente el resto de las edificaciones. Sus labios se abrían en una leve sonrisa y sentía un gran alivio porque allí, en la Estancia Mitchell, todo seguía en su sitio. Nada malo parecía haber sucedido en los años transcurridos, a pesar de los sucesivos golpes de Estado que el país había sufrido y de la dictadura que años atrás había sacudido y herido de muerte a tantos. En Buenos Aires hacía años que se vivía la miseria en cada rincón. La crisis económica, consecuencia de la mala gestión de tantos gobiernos, causaba estragos en sus habitantes, aunque habían existido tiempos peores, cuando además se vivían el miedo, el terror y el silencio más absolutos. La democracia había vuelto a instaurarse en el país de Valentina y el primer presidente escogido en las urnas, Raúl Alfonsín, había ordenado juzgar y condenar a los altos cargos de las juntas militares que mancharon el país de crímenes y de las más terribles violaciones de los derechos humanos. Pero también había sido él quien no hacía mucho había decepcionado y encendido los ánimos del pueblo argentino al otorgar impunidad a los cargos medios del Ejército, que también habían colaborado en el terrorismo de Estado. ¡Y todo ello en nombre de la obediencia que los militares debían a sus superiores!, se dijo Valentina con sarcasmo mientras hacía rodar el coche por el camino de gravilla. Sus manos agarraron con fuerza el volante al pensar en la situación

económica, social e ideológica que estaban viviendo. Las tertulias con sus amigos y colegas se volvían acaloradas cada anochecer a la tenue luz de los cafés de Buenos Aires, y no había porteño que no tuviera un familiar, un amigo o conocido que no hubiese decidido abandonar el país, si es que no lo había hecho ya mucho antes, huyendo del terror. Pero, a pesar de todo, Valentina tenía su refugio, su paraíso particular que la aislaba de todos los males.

Había anunciado a la abuela por teléfono que se quedaría unas semanas, pero la muchacha estaba pensando seriamente en establecerse de nuevo en el campo. La idea había ido tomando forma en su mente desde que el tío Javier, el hermano mayor de su padre, y quien actualmente administraba la finca de los abuelos, había reunido a toda la familia para compartir un asado y les había propuesto habilitar una parte de la Estancia Mitchell para el turismo creciente. «Es una buena salida —había argumentado delante de todos sus hermanos y con el beneplácito de la abuela Berta—. Muchas estancias de la provincia de Santa Cruz se lo están planteando, algunas de las familias que conocemos. También está ocurriendo en otras zonas... Es el futuro.» El tío Javier había realizado estudios, llevaba papeles para mostrar, y en aquel día del asado familiar todo el mundo convino en seguir adelante con el proyecto. Empezarían por unas pequeñas reformas para convertir las antiguas viviendas de los peones en habitaciones de huéspedes; y la cocina y el comedor donde en tiempos del abuelo Julio comían decenas de trabajadores que ya se habían marchado, quedarían fácilmente acondicionadas para ofrecer los servicios propios de un buen hotel rural. La casa grande permanecería igual, para la familia y nada más. Él mismo se ofrecía para gestionar el nuevo negocio turístico e invitaba a sumársele a todo aquel miembro de la familia que así lo deseara. Y fue ahí donde Valentina vio la luz, porque la idea, además de ser excelente, le ofrecía la posibilidad de trasladarse a la estancia y de combinar la escritura con el negocio familiar. Tal vez algunos de sus primos también lo hicieran, y entonces todo volvería a ser un poco como antes, como cuando eran pequeños y la Estancia Mitchell era un hervidero de gente y de actividad constante. Valentina ya podía verlo: trabajo en la finca, escritura y la presencia constante de la abuela Berta, que tanto bien le hacía.

Aquel día del asado en familia el tío Javier había logrado convencer

rápidamente a todos porque la situación en la finca pedía a gritos la iniciativa de alguien: hacía años que el precio de la lana bajaba, y la Estancia Mitchell, como todas las otras estancias ovejeras del país, había visto reducir el número de sus peones y la actividad ganadera a medida que los beneficios disminuían. La abuela Berta hablaba a menudo de los viejos tiempos en que la estancia era casi como un pequeño pueblo, con sus anexos a la casa grande y los trabajadores en incesante movimiento. Eran los buenos tiempos, cuando después de la Segunda Guerra Mundial la demanda de lana vivió sus momentos dorados. Lana de la Patagonia para un mercado mundial que necesitaba vestirse, calentarse y abrigar a sus soldados. El oro blanco, lo llamaban, y el abuelo Julio supo sacar provecho de ello. Pero todo eso fue en tiempos del abuelo. La situación había cambiado mucho, y si bien los cuatro hijos de Berta y Julio Mitchell habían sabido mantener el negocio lanero y también el de la carne vacuna a pesar de todo, también era cierto que había llegado el momento de idear nuevos beneficios con el fin de mantener la inmensa estancia familiar y librarse así de su venta en vida de la abuela, algo que ella jamás podría asumir. Porque Berta había llegado allí de jovencita y ya no se había movido. Eran escasas las ocasiones en que hijos y nietos la habían visto fuera de su hábitat natural, la Estancia Mitchell, donde nunca se cansaba de afirmar que había sido y era su lugar en el mundo.

Valentina pensaba en todo esto cuando de pronto se encontró apagando el motor ante la puerta principal de la casa. Al salir del coche, vio la figura un tanto encorvada de su abuela que, con el rostro iluminado, se le acercaba con los brazos extendidos para darle un cálido abrazo.

—Abuelita... —suspiró Valentina.

Apenas hubo tiempo para una cena breve, a base de sopa y jamón de guanaco, antes de retirarse a dormir. Ambas estaban cansadas, una a causa del largo viaje y la otra por el sinfín de emociones que se acumulaban en su corazón. Esa noche, la abuela Berta durmió tan profundamente que, al despertarse y bajar a desayunar a la mañana siguiente, se encontró con que su nieta ya lo había hecho hacía rato.

—Salió a montar a caballo, señora —le comunicó la sirvienta en el comedor.

De modo que la anciana tomó su desayuno y acto seguido salió a saludar

el magnífico día veraniego. Era martes, y hasta el viernes no llegaría ningún hijo ni nieto más, pues todos se encontraban en la ciudad. Paseó por el jardín, ese reducto tan suyo donde crecían las flores a resguardo de los fuertes vientos patagónicos gracias a una estrecha y tupida hilera formada de álamos y algún viejo sauce que el mismo Julio mandó plantar. Su esposo había diseñado ese jardín tan poco corriente en la Patagonia, donde el tiempo inclemente y sobre todo el viento se lo llevaban todo, para obsequiar a su futura esposa con la más cálida de las bienvenidas. Y verdaderamente lo consiguió. Berta se acomodó en uno de los bancos y se dispuso a esperar a su nieta. Embriagada por los aromas que inundaban su jardín cada verano, dedicó sus pensamientos a rememorar la primera vez: el día de su llegada.

Era un día de finales de diciembre cuando una Berta joven y recién casada llegó desde Buenos Aires al puerto de San Julián. Un carro de ruedas enormes esperaba a la pareja para trasladarlos a la Estancia Mitchell, situada a centenares de millas al oeste. En el camino a casa, Julio le explicó que para llegar era necesario cruzar la llanura en dirección a la cordillera andina, a través de un camino marcado tan solo por las ruedas de los carros que lo habían recorrido anteriormente. El tiempo parecía haberse detenido durante el monótono e interminable trayecto, y la falta de confianza entre la pareja se llenaba con silencio y la contemplación del paisaje. Berta fue familiarizándose lentamente con la inmensidad de la estepa patagónica, un paisaje infinito que, cuanto más lo pensaba, más le sugería la idea de un océano seco. De vez en cuando, una manada de guanacos aparecía cerca del camino y de lejos se divisaban las siluetas inmóviles de los restos de un caballo, una vaca o una oveja devorada por un ave rapaz. «Cóndores», le indicó Julio en un tramo del camino al tiempo que su dedo índice señalaba un punto distante en el cielo azul donde esas aves gigantescas, que acabarían resultándole familiares, acechaban a su siguiente presa.

A medida que avanzaban, Julio fue sustituyendo los silencios por un sinfín de explicaciones. Se refirió a las grandes estancias de aquella zona que atravesaban, le contó que estaban administradas por personas llegadas de toda Europa y de otros lugares, y admitió lo lejos que estaban las unas de las otras, como más adelante pudo comprobar la misma Berta. Los baches provocaban que la muchacha rozara a menudo el cuerpo de su esposo, fuerte y robusto, al que poco a poco iba acostumbrándose. Apenas habían pasado unos días en

Buenos Aires y ya se hallaban de camino a casa, en una tierra aparentemente inhóspita y muy alejada de la ciudad. Sin embargo, a Berta no le asustaba: más bien al contrario, la visión de aquel paisaje la iba seduciendo cada vez más. Julio regresaba a casa impaciente, pues la época de la esquila de las ovejas estaba a punto de comenzar y era precisamente entonces cuando el trabajo de todo el año llegaba a su zenit. Berta le lanzaba miradas mientras él seguía con sus explicaciones, y cada vez le parecía descubrir algún nuevo detalle en él. El amor ya vendrá, se decía a sí misma en aquellos primeros días de constante novedad, al tiempo que una misteriosa y poderosa fuerza corría por sus venas haciéndole dejar atrás toda la incertidumbre, la angustia y los temores de los días pasados. Ahora creía firmemente en su decisión: se trata de la gran aventura de mi vida, se repetía a sí misma una y otra vez.

Sumida en sus pensamientos, de repente se giraba y descubría la atenta mirada de Julio. ¿Qué pensaría de ella su reciente esposo? Con el paso de los años, él le llegó a confesar que esos primeros días observaba a su joven esposa maravillándose de su suerte. «Tan bella, tan dulce... y al mismo tiempo aquella mirada fuerte, sin miedo a nada. La inmensa estepa jamás te asustó», le había dicho tantas veces. Julio Mitchell llegó a admitir al cabo del tiempo que no recordaba más que a una chiquilla con buenos modales cuando se aventuró a pedir su mano. Pero el azar y la osadía de querer una esposa europea para formar una familia le habían enviado a la mujer con la que, sin lugar a dudas, había soñado. Y todo esto se lo confesaba el enamorado a su esposa mirándola con aquellos ojos verdes, de un verde muy claro, herencia del padre escocés que vino a la Patagonia desde las Malvinas, unos ojos llenos de bondad que siempre acompañaron a Berta durante su vida en común. Pero el amor no llegó en esos primeros días, sino con el paso del tiempo. Fue al descubrirlo en su medio y verlo cabalgar cada día al amanecer campo a través; al conocerlo entre su gente e impregnarse de su carácter único y singular, el propio de los pioneros, mezcla de ternura y de una materia tan dura y tan resistente como la misma tierra áspera que pisaban o los fuertes vientos patagónicos. Fue justo entonces cuando empezó a amarlo.

Berta volvió al día de finales de 1918 en que, tras el largo trayecto, divisó el lago y las montañas por primera vez. El paisaje árido que habían contemplado desde que salieron de Puerto San Julián de pronto se había transformado: la presencia del lago, los bosques espesos que inundaban de

verde las faldas de la cordillera de los Andes, todo se volvió más amable, se convirtió en un lugar más habitable al fin y al cabo. La Estancia Mitchell se le apareció como un espejismo tras las millas recorridas en carro: el tejado rojo de la casa grande y luego las casitas blancas que Julio le señaló como el lugar donde habitaban los peones, donde comían, dormían, así como el almacén de alimentos, las caballerizas, los corrales y un montón de instalaciones más que ella no llegó a asimilar. Porque fue entonces cuando vio el jardín, el espacio que sería su oasis particular y justo donde ahora, después de casi siete décadas, se encontraba esperando a que su nieta Valentina regresara del paseo matutino a caballo. Instintivamente, la mano se le fue al bolsillo donde guardaba la carta que había recibido. La tocó con la yema de los dedos para comprobar que seguía allí, aunque lo sabía de sobra. La llevaba encima desde que se la habían entregado, pues esperaba que durante aquellos días a solas con su nieta llegara el momento oportuno para llenarse del coraje que le hacía falta y confiarle al fin su secreto.

Lo que ella no sabía era que aquello sucedería ese mismo día, después de comer. Berta mandó a la sirvienta servir el té en el salón donde abuela y nieta se instalaron. Berta esperó pacientemente mientras la muchacha dejaba la bandeja en la mesa y siguió todos sus movimientos hasta que desapareció por la puerta de la cocina. Entonces se dirigió a Valentina para preguntarle:

—¿Cómo va tu nuevo libro, querida?

—No va, abuelita. Todavía no hay libro —dijo Valentina sacudiendo la cabeza en un gesto de impotencia. Luego exclamó—: Odio admitirlo, ¡pero la hoja sigue en blanco! Hay algunas historias que rondan por mi cabeza, apuntes que guardo en libretas para este tipo de momentos... Pero ninguna idea sólida, abuelita, nada donde agarrarme de verdad para un nuevo y emocionante proyecto...

—Ya vendrá —le dijo sencillamente la abuela.

Pero aquello aún desesperó más a Valentina:

—Tú siempre lo tienes todo tan claro...

—No siempre ha sido así, querida —le rebatió la anciana—. Yo también he sido joven y mi cabeza ha estado llena de dudas. Sin embargo, ahora poseo la sabiduría de los viejos y digo que vas a salir de esta, como siempre te acaba sucediendo.

Alargó su mano hasta tomar la de su nieta y se la apretó con firmeza. Fue entonces cuando vio el momento idóneo; extrajo la carta del bolsillo y se la mostró a su nieta.

—¿De quién es, abuelita? —preguntó ella.

—Eso no importa —respondió la abuela. De repente se había puesto muy seria. Con un simple gesto invitó a su nieta a leerla, remarcándole—: Lo que cuenta es lo que dice.

Valentina, intrigada, leyó las pocas líneas que le notificaban a su abuela el fallecimiento de alguien. Sus cejas se alzaron para preguntarle:

—¿Quién es Irina Alexandrovna Demianova?

Berta cogió aire y contestó:

—Una mujer a quien conocí en el barco que me trajo a América.

Valentina abrió los ojos con gran sorpresa; jamás había oído mencionar ese nombre. Claro que no debería parecerle tan extraño, porque por todos era conocido que la abuela Berta era muy reservada con su vida de antes. Su padre le había explicado una vez que para ella era doloroso recordar aquel tiempo: primero sucedió la muerte de su madre mientras vivía en Louveciennes; después su padre se volvió a casar con una chica tan joven como ella con quien Berta nunca llegó a congeniar, y además se habían trasladado a vivir a Barcelona. Finalizada la Primera Guerra Mundial, la abuela Berta se decidió a cruzar el Atlántico en busca de una nueva vida al lado de alguien a quien había visto una sola vez, probablemente impulsada por su deseo de huir del nuevo marco familiar que su padre estaba creando y en el que ella no hallaba su lugar. Tomó ese barco y viajó sola durante más de dos semanas para reunirse con su desconocido futuro esposo, algo que no debió de resultarle nada fácil y que era incomprensible desde una perspectiva actual. Pero eso no fue todo, pues al poco tiempo de llegar la abuela Berta sufrió una nueva pérdida, su padre falleció repentinamente, con lo que quedó desvinculada definitivamente de su viejo continente. Valentina había tratado muchas veces de imaginarse a su abuela, una muchacha de veinte años que tuvo que afrontar todo aquello sola, lejos de casa, recién casada con un desconocido y sin otra familia en el mundo entero. Valentina escribía historias, aunque ninguna le parecía tan extraordinaria como la que su abuela debía de haber vivido. A pesar de que la anciana nunca quería hablar de ello, la joven seguía guardando la esperanza de que algún día quisiera compartirlo

con ella. Valentina anhelaba los detalles de ese compromiso por carta de sus abuelos, de la travesía por mar en uno de aquellos grandes transatlánticos a vapor que en el pasado cruzaban el océano; deseaba saber todo lo que una chica era capaz de pensar y sentir en 1918 en una situación como aquella, que verdaderamente parecía sacada de otro universo. Sin embargo, la abuelita solía responder con evasivas cuando alguien de la familia le preguntaba, para luego acabar insistiendo en que su vida comenzó a su llegada, el día en que conoció al abuelo Julio, con quien había creado la maravillosa familia que hoy tenía.

Valentina tomó conciencia de la importancia de aquel momento cuando la anciana le dijo:

—Quiero contarte la historia de dos mujeres. Una de ellas soy yo, la otra es Irina Alexandrovna Demianova. Deseo hablarte de mi viaje por mar a Argentina y de todo lo que allí sucedió.

La muchacha contuvo el aliento y esperó a que su abuela prosiguiera. Así lo hizo, pero su expresión adquirió un gesto extraño al decirle:

—Eres escritora, Valen, y por tanto sabes meterte en la piel de otros para comprenderlos. ¿Serás capaz de escuchar toda la historia antes de juzgarme?

Valentina la miró asombrada, preguntándose qué escondería aquella historia para que antes tuviera que ser advertida de ese modo. Aun así, con el temor de que su abuela se echara atrás antes de comenzar, se apresuró a responderle:

—Abuelita, puedes contarme todo lo que desees.

La anciana se demoró todavía un instante. Seguía mirándola fijamente sin decidirse a hablar. Y entonces Valentina percibió la angustia en sus ojos, unos ojos que había visto firmes y bondadosos desde donde le alcanzaba la memoria. Sintió una punzada de ternura infinita hacia su abuela, que le hizo dejar la carta a un lado y acercarse más a ella. Valentina tomó sus manos con delicadeza y le aseguró:

—Abuelita, puedes confiar en mí.

Al escuchar esas palabras, fue como si Berta despertara de un sueño. Alcanzó la carta, la dobló con cuidado y se la guardó de nuevo en el bolsillo. Entonces se levantó y fue directa hacia la cajonera que había en un rincón del salón. Un mueble sólido, de un gusto clásico, como todo lo que era de otra

época. La casa entera estaba decorada con un estilo que había superado modas y generaciones. Berta abrió un cajón y de su interior extrajo un cuaderno de aspecto desgastado que Valentina jamás había visto. La anciana se lo llevó al pecho un instante para luego volverse hacia su nieta. Antes de seguir, paseó su mirada por los retratos que colgaban en las paredes de su querido salón: sus cuatro hijos, Julio y ella en todas las etapas de una vida feliz, los nietos, la vida transcurrida en aquel lugar. Después se acercó a Valentina con el cuaderno en la mano, lo dejó sobre su regazo y le hizo una propuesta:

—Leeremos juntas el cuaderno de a bordo. Aquí está todo.

EL CUADERNO DE A BORDO

4 de diciembre de 1918

Partimos de Barcelona

Aún se vislumbra la línea de la costa a pesar de que la cubierta ha ido vaciándose. La orquesta ha dejado de tocar su música alegre y ahora reina una calma que alivia mi corazón. Comienzo este cuaderno de viaje con la firme intención de no perder detalle de lo que me rodea; quizá más adelante desearé recordarlo. Hace frío, el viento corta mis mejillas y cubro mi cuerpo como puedo, aunque todavía tiemblo. Mamá me diría que entrase, que cogerás un buen resfriado, no seas inconsciente, hija mía. Pero mamá no está. Tampoco padre. Estoy yo sola por primera vez. Percibo cómo la gente se mueve por los salones de primera clase, explorándolo todo, como hemos hecho antes padre y yo. No quiero entrar, todavía no. Me aferro estúpidamente a esta cubierta helada y vacía porque es aquí desde donde he visto a padre por última vez, hace tan solo unos instantes. Quizá todavía esté en el muelle, allí plantado, a pesar de que cada vez queda menos gente, del mismo modo que yo permanezco aquí, rodeada de todo este mar que cada vez me abrumba más. Tengo miedo y frío, mucho frío, tal vez a causa del viento o porque se me ha helado el corazón. Siento que cuando por fin me levante y entre en los salones repletos de lujo, no voy a encontrar el calor que esperaba, ahora todo ese esplendor se me antoja sin sentido. Pero no pienses, Berta, no pienses más allá del próximo minuto. Tal vez así sobrevivirás a todo lo nuevo, a lo que está por llegar.

Este diario me hará compañía durante el largo viaje. Voy a escribir en él todo lo que pase por mi mente. Será mi fiel compañero, y puede que no me abandone nunca. Querido diario, deseo llenarte de palabras sinceras para que, poco a poco, me ayudes a conocerme a mí misma del modo en que todavía no

lo he hecho.

Atardecer. Jamás había pensado lo sola que puedes llegar a sentirte a pesar de estar rodeada de gente. Ahora estoy en la biblioteca, después de haber pasado un rato en mi camarote echada en la cama sin nada más que hacer que contemplar fijamente el techo. Es para mí sola y cuenta con una cama, un tocador y mi propio baño. Se halla en el mismo piso que el gran comedor, al que se llega a través de un largo corredor en dirección a proa. Al salir del camarote e ir acercándome, he podido escuchar el rumor de los camareros preparando la primera cena a bordo. Pero todavía era temprano, así que he subido los peldaños de la imponente escalinata que conduce al gran hall; sin saber muy bien adónde dirigirme, he cruzado ese espacio de grandes dimensiones hasta llegar al salón de música, y de allí a la biblioteca, donde he buscado un sitio donde instalarme, probablemente por ser este el último espacio donde padre y yo hemos estado juntos. Apenas ha pasado una hora desde entonces, y ahora padre se encuentra tan lejos... El rincón junto a la ventana donde antes nos hemos sentado está ahora ocupado por un grupo de pasajeros, así que he tenido que conformarme con otro lugar. Unas damas distinguidas pasan de largo y ninguna se fija en mí. Yo simulo esperar a alguien, a ratos leo un poco, pero no llego a concentrarme. Y pensar en lo mucho que disfruto en casa con mis lecturas, en cómo suele levantarme el ánimo coger un libro de los que padre tiene en su biblioteca y sentarme a leer... Y ahora nada, ninguno de los ejemplares que he escogido de la biblioteca me convencen y enseguida se me va la vista hacia el gran ventanal. Afuera ha anochecido y solamente llego a divisar una negrura tan intensa como la boca de un lobo. Qué ganas de llorar, pero me aguanto.

La orquesta toca unas piezas en el salón de música adyacente, las notas del piano me llegan como gotas de agua tamizadas por el runrún de la nave. Vamos a toda fuerza de máquina, según he escuchado decir a alguien, aunque eso solo significa que este barco gigantesco, tan enorme que no logro comprender cómo puede flotar, me aleja cada vez más deprisa de todo lo que conozco.

Cuanto más se acerca la hora de la cena, más me aterra pensar que tendré que enfrentarme a unos compañeros de mesa que no saben nada de mí. Enseguida se darán cuenta de que yo no formo parte de todo esto y de que la

primera clase no es en absoluto mi lugar. De pronto advierto que todas las damas y caballeros visten muy elegantes. ¡Se han cambiado de ropa para cenar! ¡Y yo no! Todavía estoy a tiempo, así que será mejor que deje de escribir y me apresure a bajar las escaleras hasta mi camarote. Suerte que padre me advirtió de que debía llevar un par de vestidos elegantes en el equipaje de mano, pues los baúles con el resto de la ropa están en la bodega del barco y quién sabe cuándo podré disponer de ellos. Entonces, ¿qué hago todavía aquí? La verdad es que no quiero ir a cenar. No tengo apetito, ni ánimo para conocer a nadie. Esta noche no, esta noche la intuyo larga, dolorosa y completamente en vilo. No ceno, hoy no, está decidido. Solo quiero tratar de dormir, o llorar, sin estorbos. Tal vez mañana, con la luz de un nuevo día, lo vea todo un poco más claro.

5 de diciembre de 1918

Rumbo a Málaga

Anoche soñé que estaba en la Patagonia. Cabalgaba a lomos de un precioso caballo en medio de unos campos infinitos. Por mi lado pasaba un hombre y yo me giraba hacia él. Pero él avanzaba y enseguida se hallaba delante de mí, cabalgando cada vez más deprisa, más deprisa, dándome la espalda. Yo lo seguía con la mirada fija en sus anchos hombros, en su porte firme y recto, y trataba de alcanzarlo, pero no lo conseguía. Así transcurría parte del sueño, a ratos me acercaba un poco más a él, a ratos casi lo perdía en la lejanía. Hasta que después de un enorme esfuerzo físico que tensaba todo mi cuerpo al forzar el galope del caballo, un esfuerzo que probablemente he hecho también mientras soñaba, lograba de nuevo situarme a su lado para ver cómo giraba su rostro hacia mí. Pero, para mi sorpresa, no había rostro. O estaba tan oscuro de repente que me era imposible distinguir sus rasgos. Y justo en ese momento, cuando luchaba por ver más allá de esa sombra, me he despertado. Era temprano y la luz entraba a raudales por la ventana de mi camarote. He suspirado con cierto alivio, pues, sin darme cuenta, el sueño me había causado sufrimiento. Me he quedado un rato más en la cama, familiarizándome poco a poco con un espacio que será mío durante dos largas semanas. El camarote, bañado ahora por la luz natural, me ha parecido muy confortable, y, aunque ayer no lo creía probable, he podido dormir la noche entera. Seguro que caí en un sueño profundo de lo agotada que me sentía, aunque la habitación ha ayudado un poco. Es bonita, con su cama de hierro, las sábanas finas y esta manta gruesa que me envuelve como en un cálido abrazo. Parece que aquí dentro no pueda ocurrirme nada malo. Desde la cama veo el tocador, con su espejo de triple hoja, y la ventana que da al

océano, cubierta por unas cortinas de alegre tejido estampado. El techo, que ayer contemplaba obstinadamente, es de madera artesonada, y la luz del día proyecta en él sombras cambiantes. Mientras me distraía con el juego de luces y sombras he intentado darle un significado a mi sueño, y he llegado a la conclusión evidente de que aquel hombre no era otro que mi futuro esposo. No le ves el rostro porque no te acuerdas bien de él. Sin embargo, ¿por qué ese sufrimiento? ¿Por qué la imperiosa necesidad de alcanzarlo, de ver exactamente cómo es? Aún sentía mis piernas entumecidas por la tensión, el cuerpo exhausto, y todo porque de algún modo intuía, dentro y fuera del sueño, que la sola visión de ese rostro me daría todas las respuestas acerca de mi futuro. Como si fuera definitivo, como si, al verlo, pudiera saber al instante si todo iba a ir bien, si había tomado la decisión adecuada, si sería capaz de hallar la felicidad. Y mi lugar en el mundo.

Ahora escribo desde cubierta, donde los pasajeros estiran las piernas después del desayuno. Nos han servido café con leche en un comedor todavía medio vacío, además de unos panecillos deliciosos y *brioche*s a la francesa servidos con una mermelada de naranja que me ha recordado a la que mamá preparaba en casa. Lo he engullido todo con ansia por no haber cenado ayer. Bien descansada, bien alimentada, me siento un poco mejor y empiezo a contener ese deseo de llorar a cada momento. Además, ¡he conocido a alguien! Durante el desayuno he coincidido con un matrimonio mayor que hablaba en catalán. Me he presentado tímidamente, aunque la dama enseguida me ha sonreído y ha aplaudido mi catalán. «¿Cómo lo ha aprendido, señorita? —me ha preguntado—, porque es evidente que usted es francesa.» «Pues no del todo, madame —la he corregido—, soy de madre francesa y padre catalán, aunque lleva usted razón: toda la vida he vivido en Francia, a excepción del último año». La señora Goula, que así es como se llama, me ha contado que su esposo y ella viajan constantemente. Él se dedica al negocio de la importación de productos de las antiguas colonias y tienen tres hijas repartidas por el mundo: la mayor vive en Francia con su marido, la mediana se casó con un inglés y la pequeña, a quien van a visitar por vez primera a Argentina, ha contraído matrimonio con un comerciante de dicho país. «¿De veras?», he preguntado llena de admiración, y acto seguido le he explicado que también yo viajo hacia allí para casarme con mi

prometido argentino. Esta mujer de pechera generosa que a cada instante se abanica enérgicamente por los calores que siente, a pesar de que aún estamos en invierno, es tan maternal que ha decidido «adoptarme» durante la travesía después de escuchar mi historia, por la que ha mostrado gran interés y que, me ha confesado, encuentra tan triste como apasionante. Cuando le he contado que mamá murió hace tiempo y que padre se había vuelto a casar con una chica apenas mayor que yo con la que ahora rehacía su vida en Barcelona, le he confesado que yo no acababa de encontrar mi lugar en toda esa historia. Ella me ha interrumpido para decirme, llena de complicidad: «No hace falta que sigas, hijita, te comprendo perfectamente». La conversación con la señora Goula me ha animado mucho, y sobre todo me ha hecho sentir más acompañada que ayer. Quizá la tristeza de alejarme de todo lo conocido no me abandonará tan deprisa, es posible que esta añoranza que llevo clavada en el pecho desde que la figura de padre se me hizo tan pequeña allá en el puerto me acompañe durante mucho tiempo, pero hoy trato de concentrar todas mis fuerzas y mis pensamientos en lo bueno que está por llegar, en la gran aventura que estoy a punto de vivir al otro lado del océano.

La cubierta de paseo se ha ido llenando a medida que avanzaba la mañana. Ahora tengo ante mí a unos hombres que juegan al ajedrez, también a una de esas *nannies* inglesas perfectamente almidonadas que pasea incansable a una criatura repleta de puntillas y bordados. Va dentro de un cochecito de ruedas gigantes, ¡por lo menos debe de tratarse de un pequeño príncipe o una princesa! Algunos parecen conocerse y charlan entre ellos, se sientan en la hilera de hamacas que miran directamente al mar, y otros leen o escriben como yo. Incluso he visto a algún pasajero que, de tanto fijarse en el horizonte, ha acabado por ceder al sueño y ha cerrado los ojos en una breve y discreta cabezada. A mi alrededor escucho hablar tantas lenguas (español, catalán, italiano, inglés, francés) que siento que los que llenamos este gran transatlántico somos una especie de pequeña Europa que parte hacia América para comenzar de nuevo. Dejamos atrás el Viejo Continente, devastado en su mayor parte por la Gran Guerra y que ahora tocará reconstruir. Sin embargo, no seremos nosotros quienes contribuiremos a ello, nosotros retomaremos nuestro día a día en otra parte del mundo, aunque también nos tocará construir: una vida, una familia, un nuevo hogar.

Hay gente paseando en silencio, sumida en sus pensamientos, y yo me pregunto por cada una de esas vidas. ¿Qué los lleva a América? ¿Qué encontrarán? Me pregunto cuánta gente viaja sola como yo y si sienten el mismo dolor en el pecho, la misma mezcla de vértigo y esperanza. Tengo tantas preguntas sin respuesta... La mayoría tienen que ver con mi llegada a Argentina, pero también me surgen interrogantes acerca de mi viaje a través del océano. ¿Conoceré a mucha gente en este barco o, por el contrario, será este un tránsito aburrido y solitario hacia el Nuevo Mundo? Desearía encontrar gente de mi edad, pasajeros con quienes compartir inquietudes, anhelos y buenos ratos que hicieran la travesía más llevadera. Querría poder expresar en voz alta el torrente de emociones que me embarga y no solamente escribirlas en mi cuaderno; tener cerca un rostro amigo, unos ojos conocidos, un hombro al que arrimarme en mis momentos de debilidad, que sé que llegarán. Pienso en mi padre y en Lisette, y en la nueva vida que ya han empezado a hacer realidad sin mí. No me sorprendería que la primera carta que reciba de padre me anunciara la llegada de un futuro hermanastro; Lisette así lo desea y seguro que lo conseguirá. Y padre, entonces sí, dejará de añorarme porque la felicidad provocará que concentre toda su atención y su amor en los seres más cercanos, y yo, por la cuenta que me trae, deberé aprender a prescindir también de él. Aun así, procuraré ser feliz, ¡por lo más sagrado que lo voy a intentar! Me agarraré a esta oportunidad con todas mis fuerzas, apasionadamente, y allí donde voy me esforzaré cada día por construir algo bonito, sólido y que merezca la pena. Tengo toda una vida por delante, padre siempre lo dice, y mucha suerte. Sí, sí, Berta, mucha suerte.

Hace rato que un grupo de personas conversan animadamente frente a la barandilla, junto a dos miembros de la tripulación. Los he visto señalar repetidamente hacia la línea de tierra que se vislumbra en el horizonte, y uno de los marineros ha dicho que es la costa de Valencia. He podido escuchar que esta tarde llegaremos a Málaga y que allí embarcarán más pasajeros.

El barco se encuentra amarrado a puerto por primera vez desde que dejamos Barcelona. Solamente ha transcurrido un día, pero a mí me parece una eternidad. Estamos en Málaga y hace rato que veo gente subiendo a bordo. A primera hora de la tarde se me han presentado los Bennett, un matrimonio inglés que viaja con sus tres hijas a Buenos Aires con el fin de

instalarse un tiempo en casa de la abuela materna, una señora que hace ya muchos años que vive allá. El señor Bennett se lamenta a cada instante de haber tenido que dejar Londres por Buenos Aires, aunque está firmemente decidido a pasar mucho tiempo en la capital argentina, pues es del tipo de hombres que rehúyen el triste espectáculo de crisis y carestía en que la guerra ha sumido a Europa y afirma que no volverá «hasta que todo esté más ordenado». Dudo que esto sea muy patriótico viniendo de un caballero que se vanagloria de ser muy *british*, pero no es el primero al que he escuchado un comentario parecido en el barco. Los Bennett son habituales del salón de música, porque sus tres hijas tocan varios instrumentos y parece que el sitio les resulta de lo más natural. Claire Bennett, la mayor de las tres, debe de tener mi edad, y en un primer momento he creído que al fin había encontrado a alguien con quien intimar, pero tras unos breves minutos de conversación, he visto claramente que ese trío fraternal y musical se hallaba muy lejos de querer tratar con una chica como yo. Las tres, con el mentón en alto y un aire de suficiencia como si nada fuera con ellas, han seguido las preguntas de cortesía que sus padres me formulaban y pronto han perdido todo interés. No debo de parecerles lo suficientemente buena, elegante o estirada como para incluirme en su círculo selecto y privado. Una muchacha que viaja sola como yo no puede ser de buena familia, las he escuchado murmurar. Así que no he perdido mucho tiempo con esta familia y, con la falsa excusa de haber quedado con alguien en la cubierta de paseo, he decidido salir afuera y respirar todo el aire que en el salón se había disipado. No sé si voy a encontrar a alguien parecido a mí entre toda esta gente; empiezo a sospechar que el viaje será largo y profundamente aburrido, y que quizá hubiese preferido prescindir de todo el lujo que se respira en esta cubierta y alojarme en segunda clase, con toda seguridad muy confortable y con muchísimo más calor humano que estos salones. Solo le pido a Dios que en Argentina todo sea bien distinto a como es aquí, en el barco, pues no concibo qué podría suceder si no encajo, si la vida que me espera no es tal y como yo la he imaginado, si finalmente no encuentro a las personas adecuadas y acabo perdiéndome sin saber verdaderamente quién soy.

¡Lo que ha ocurrido antes de cenar ha sido asombroso! Yo me hallaba en un estado de peligroso decaimiento cuando he salido a cubierta para respirar

aire fresco. Mi mayor deseo era no encontrarme a nadie del estilo de los Bennett y por eso he subido un piso más arriba, donde está la cubierta de botes. Es un espacio al aire libre, mucho más tranquilo, al que pueden acceder tanto los de primera como los de segunda clase. Allí se encuentra el puente de mando, en el extremo de proa, desde donde el capitán y sus oficiales alternan sus turnos de guardia para velar por la buena marcha del barco. En el extremo de popa se encuentra el gimnasio, un sitio al que solamente algunos hombres acuden de vez en cuando, y el resto de la amplia cubierta consiste en un espacio flanqueado a ambos lados por los botes salvavidas, perfectamente alineados, por el que es muy agradable pasear.

He oído decir que las guardias en el puente de mando cambian cada cuatro horas, de modo que, si un oficial toma el mando a medianoche, su guardia durará hasta las cuatro de la madrugada, y el siguiente lo relevará desde esa hora hasta las ocho de la mañana, para luego dejar paso a un tercer oficial, o quizá al mismo capitán, que se ocupará de las cuatro horas siguientes. Y así ininterrumpidamente durante las más de dos semanas de navegación hasta nuestro destino. Es reconfortante pensar que siempre habrá alguien en este puente de mando fijando su mirada experta en el océano mientras nosotros dormimos, comemos, leemos o paseamos, haga frío o calor, llueva o sople el viento; alguien que permanecerá siempre alerta y preparado ante cualquier eventualidad. ¡Qué profesión tan noble y llena de responsabilidad!

Me hallaba sumida en estos pensamientos cuando me he percatado de que, a lo lejos, un chico me estaba observando. Tenía la espalda apoyada en uno de los botes salvavidas y fumaba un cigarrillo. He hecho como si no me diera cuenta y he seguido con mi paseo solitario. Sin embargo, ¡cuál ha sido mi sorpresa cuando, al pasar cerca de él, me ha llamado por mi nombre! Más que llamarme, me ha preguntado: «¿Berta? ¿Berta Casals?». Me he quedado tan petrificada que me he detenido en seco y lo he mirado mientras él se aproximaba hacia mí. Sonreía con una expresión de agradable sorpresa y, cuando lo he tenido más cerca, ¡entonces lo he reconocido! «¡Abel!», he exclamado asombrada. Abel García, uno de los muchachos de L'Escala con quien cada verano coincidía cuando mi familia y yo íbamos a pasar las vacaciones allí. ¡Y en el mismo barco que yo! Hacía tanto tiempo que no nos veíamos que lo he notado muy cambiado. ¡Qué diferente está ahora, con su

traje bien confeccionado, el pelo perfectamente peinado hacia un lado y ese aire de hombre hecho y derecho! Recuerdo al Abel niño, como tantos otros que había en el pueblo y con los que solíamos jugar; recuerdo al Abel de algunos años después, cuando todos empezamos a hacernos mayores. Y no me puedo quitar de la cabeza el último verano en L'Escala, el de 1915, en que ese mismo Abel García, convertido ya en un muchacho muy bien parecido de diecisiete años, me besó por primera vez en una noche estrellada frente al mar. Creo que me he ruborizado al pensarlo, aunque él seguía sonriendo como si nada. Me ha dicho: «Hacía tres años que no te veía, Berta. Estás... radiante». ¡Y mis mejillas todavía se han encendido más!

Hemos paseado un rato por la cubierta de botes, de proa a popa y de popa a proa, rememorando con nostalgia algunas de las mejores escenas veraniegas en L'Escala. Las mañanas en la playa, los paseos de cada tarde, los juegos en la calle junto a todos los chiquillos del pueblo, que duraban tanto como la luz del sol, y los atardeceres, siendo ya más mayores, en los que íbamos a charlar a la orilla del mar mientras los pescadores remendaban sus redes en la arena.

Abel me ha preguntado por mis padres, y yo le he contado que mamá falleció hace dos años. «No lo sabía, lo siento mucho», me ha respondido apenado. Entonces me ha dicho que recordaba perfectamente a mi madre, una mujer bellísima, para luego añadir: «Ahora te pareces mucho a ella». Le he preguntado qué hace en este barco, y entonces me ha contado que hace tiempo que vive en Argentina. «¡Esto sí que no me lo esperaba! Te hacía en el pueblo, como siempre», he admitido. Él ha seguido contándome que se marchó dos Navidades atrás y que esta es la primera vez que ha vuelto. «¿Sabes qué? —ha empezado a decir con aire conspirador—, tú fuiste mi inspiración.» Me he quedado muy sorprendida al escucharlo, y he esperado a que él lo aclarase. Me ha confesado que cada final de verano lo invadía una amarga sensación, la de que los veraneantes nos íbamos del pueblo y él se quedaba allí el resto del año. Pero los inviernos no eran como los veranos en L'Escala, el pueblo quedaba más vacío de jóvenes, mucho más tranquilo, y sentía una inquietud que lo devoraba por dentro. Imaginaba los lugares donde nosotros debíamos de estar, pensaba en otros países. Abel fantaseaba con el mundo que había más allá de su pueblo y que él nunca podría ver. Hasta que decidió cambiar la situación. Acababa de cumplir los dieciocho cuando esa Navidad empaquetó lo poco que tenía y, con sus ahorros, compró el billete de

tren a Barcelona. Su abuelo, un viejo pescador de L'Escala con quien se llevaba muy bien, le dio el dinero suficiente para el pasaje a Argentina, y un tío segundo escribió a su hijo, que ya hacía un par de años que se había ido a vivir allí, para que fuese a recibirlo al puerto y lo ayudara en todo lo que pudiera. Una vez en Barcelona, tragándose las lágrimas por dejar atrás el hogar, la familia, todo lo conocido hasta entonces, y haciendo de tripas corazón y reafirmandose una y otra vez en la decisión tomada, arregló los papeles necesarios para poder embarcar. Se marchó rogando que la carta enviada al primo segundo hubiese llegado y que alguien lo esperara al otro lado del océano. Abel me ha confesado: «Mi intención era pasar un tiempo y reunir el dinero suficiente para luego regresar a Cataluña, pero una vez allí me enamoré de mi nuevo país». Y es que Abel asegura que Argentina es una tierra llena de oportunidades, un país tan enorme que hay sitio para todos aquellos que deseen ir, trabajos de todo tipo, en el campo, en la ciudad, en la construcción, en el comercio, en el cultivo de la tierra, oportunidades para inventar cualquier cosa y llevar a cabo cualquier idea que desees probar. Con mucho trabajo y perseverancia, hombres sencillos como él se han hecho inmensamente ricos. No todos, ha puntualizado, aunque es cierto que hay quien regresa con la maleta bien llena. Abel posee unos ojos negros que, mientras habla, miran hacia el infinito, más allá del vasto océano; entonces sus ojos parecen más bien dos faros que apuntan hacia América y, al escucharlo, es fácil dejarse llevar por su gran entusiasmo. Hemos hablado largamente, hasta que el viento ha empezado a soplar con más fuerza mientras el día languidecía. De todos modos, ni a él ni a mí nos molestaba mucho ese viento, y ninguno de los dos sentía prisa por bajar.

Me ha contado que hace un mes regresó a casa al saber de la muerte de su abuelo, del cual quería despedirse como es debido. Lo ha dicho en un tono entre solemne y conmovido, y entonces me he acordado de lo importante que era su abuelo para él. En L'Escala ha podido ver de nuevo a sus padres, a sus tíos, hermanos y primos... Les ha traído cosas de América y ha podido disfrutar otra vez de todos ellos. «Pero ahora regreso a Argentina y dudo de que vuelva a cruzar el Atlántico en mucho tiempo.» Parece que en Buenos Aires trabaja para un periódico local y está muy ilusionado. «Entonces, ¿eres periodista?», le he preguntado yo, admirada. Aunque él me ha corregido: «De momento, aprendiz». Hace tiempo que dejó atrás la idea de hacerse rico en

Argentina, ahora se conforma con vivir el momento porque ha descubierto que lo que verdaderamente ambiciona es su absoluta libertad. «He probado un montón de oficios en Argentina, he trabajado en el campo, en la ciudad, he hecho de representante comercial por todo el país. He ahorrado dinero suficiente durante estos años, aunque no dudo en gastármelo cuando algo lo merece. No me gusta dejarlo todo para el futuro. ¡Y por eso viajo en segunda clase por primera vez! —ha dicho satisfecho—. Y si bien es cierto que el pasaje me ha costado mucho más que la primera vez, no me arrepiento, porque hay que admitir que se viaja estupendamente en segunda clase, ¿verdad? Te aseguro que nada tiene que ver con el ruido de máquinas que se escucha en tercera. Allí resulta más difícil dormir.»

Abel ha pensado que viajo en segunda clase y me ha comentado lo sorprendente que le parecía que aún no nos hubiésemos visto en lo que llevamos de trayecto, ni en el comedor, ni en la toldilla de popa, ni en los espacios de segunda clase que ha elogiado tanto. Entonces le he tenido que aclarar que yo viajo en primera. Ha abierto mucho los ojos mientras exclamaba: «¡Primera clase! ¡Caramba, chica! ¡Qué suerte!». Yo me he apresurado a aclararle que es la primera vez, que de hecho también es la primera vez que cruzo el Atlántico para dirigirme a América. «Estoy adaptándome poco a poco», le he confesado. Él ha comentado que estaba impresionado. «Me alegro de que a tu padre le vayan tan bien los negocios. Caramba, primera clase.» He soltado una risa nerviosa, pues de pronto me he sentido incómoda, y ha sido entonces cuando le he explicado que viajo sola para reunirme con mi prometido. «¿Vas a casarte? —me ha preguntado muy desconcertado—. ¿Quién es el afortunado?» Le he resumido mi historia con Julio Mitchell y le he hablado de su propuesta de matrimonio por carta. «¿No te parece muy romántico? Es una buena historia que podremos contar algún día a nuestros hijos.» Pero Abel no ha dicho nada, solo me ha observado con la mirada fija y el rostro inexpresivo. Parecía como si de repente tuviera ante sí a una desconocida. Su mirada y su silencio me han incomodado tanto que de golpe he sentido un estremecimiento de frío. Por fin, Abel ha abierto la boca para preguntar incrédulo: «¿Vas a casarte con un desconocido? ¿Crees que una chica como tú necesita hacer eso? Podrías encontrar pretendientes a mansalva en Barcelona. ¿Por qué lo haces, Berta?». He notado cómo la indignación subía por mi cuerpo hasta asfixiarme y lo he puesto rápidamente

en su lugar. Le he aclarado que no consideraba que tuviéramos tanta confianza como para que se permitiera hablarme así, que no le creía autorizado a opinar sobre mis actos, y todavía menos a juzgarlos. Y que, por consiguiente, no veía por qué debería darle ningún tipo de explicación sobre mí ni sobre mis decisiones. He terminado por ponerme tan tensa al decir todo esto que me han entrado unas ganas terribles de salir huyendo.

¿Qué se ha creído? Por mucho que compartiéramos de niños en L'Escala, ahora somos dos adultos desconocidos. Me temo que ha sido un error tratarlo con tanta familiaridad. A partir de ahora me guardaré bien de volver a hacerlo. Tal vez no vuelva a poner los pies en la cubierta de botes, y así evitaré verlo otra vez a lo largo de la travesía. Por fortuna, él viaja en segunda clase y aparte de esta cubierta no existe ningún otro espacio común. Él se ha percatado enseguida de mi incomodidad y en cierto modo ha intentado echarse atrás, moderar su actitud, pero en ningún momento se ha disculpado. Me he despedido de él con un tono seco y distante, aunque me sentía sumamente triste y decepcionada. ¡Me había ilusionado tanto al verlo! Tras un esfuerzo por serenarme, le he dicho vagamente que ya nos veríamos en otro momento, y al darse cuenta de que ya me iba y de que era muy probable que no nos volviéramos a ver, de pronto me ha mirado suplicante. «Berta, yo... Siento haberte molestado. —Y ha añadido—: Subo aquí cada tarde, después de la comida. Te lo digo por si podemos volver a coincidir. A mí me gustaría mucho». Sin embargo, yo ya no me sentía con ánimo para ser amable y le he respondido que ya veríamos con un simple gesto.

Bajaba hacia la cubierta inferior, y a cada tramo de escaleras me detenía para apretar los ojos con rabia. ¡Ha sido tan decepcionante! Cuánto me había alegrado encontrármelo, y cuántos buenos recuerdos habían acudido a mi mente gracias a él. Y al final todo ha dado un giro tan brusco, tan feo, cuando él se ha permitido juzgar mi decisión... No me interesa la opinión que un chico como él pueda tener sobre mi viaje a Argentina, no tengo por qué justificarme ni explicarle mis motivos para casarme con un hombre mucho mayor que yo a quien todavía no conozco bien. ¿Quién es él para juzgar mis actos y mis motivaciones? ¿Qué sabe él de las pocas oportunidades de vivir una gran aventura que una chica puede llegar a tener? ¿Acaso él mismo no ha escogido vivir una? Qué fácil es cuando se ha nacido hombre. Para una mujer no es lo mismo. Lo tengo bien decidido, y no permitiré que Abel García haga

tambalea mi determinación; voy a evitar volver a coincidir con él durante el resto del viaje. Esta antigua amistad, como tantas otras cosas de mi vida anterior, ha terminado.

Apenas quedaba tiempo antes de la cena, así que me he apresurado hacia mi camarote a fin de arreglarme para la velada. Me he puesto mi mejor vestido, el verde oscuro con el escote bordado, y el colgante favorito de mamá, que siempre me infunde fuerzas para salir adelante. Hoy sí que tenía decidido cenar en el salón comedor y conocer por fin a mis compañeros de mesa, que, según tengo entendido, serán los mismos durante todas las noches a bordo. Tras echarme un último vistazo en el espejo, y bastante satisfecha con mi aspecto, me he dirigido escaleras arriba hacia el gran hall, un espacio de enormes dimensiones donde cada anochecer se reúne buena parte del pasaje de primera clase con el fin de conversar un poco antes de la cena. En un primer momento no he visto a ninguno de los pasajeros ya conocidos, y por tanto he decidido situarme en un punto estratégico desde donde observar a todo el mundo. Me he entretenido admirando el espacio: sus ocho ventanales a cada lado, que durante el día permiten que la luz entre a raudales en todo el salón, las paredes de tonos claros, las columnas pintadas de blanco que imitan el mármol con aplicaciones de bronce dorado, los espejos biselados, los muebles tapizados y las alfombras con un bonito mosaico que todos pisan con el mayor descuido al cruzar el gran hall. Este espacio es tan suntuoso que debo esforzarme en recordar que estoy dentro de un barco y no en el gran salón de uno de los mejores hoteles de París. Pero esta tarde lo que más me ha llamado la atención ha sido el retrato de cuerpo entero de la reina Victoria Eugenia, la reina de España que da nombre al gran transatlántico, que cuelga justo encima de la gran escalinata que baja al salón comedor. Con su vestido de gasa rosa y su porte solemne, el cuerpo un poco ladeado, la reina parecía observarme atentamente, e incluso he percibido cierta severidad en su mirada, como si de algún modo supiese que todo este ambiente no va conmigo. Pero mis cavilaciones han sido interrumpidas bruscamente cuando la señora Goula ha aparecido delante de mí. Me ha ordenado levantarme y me ha dicho: «Ven, hijita, ven a sentarte con nosotros». Al hacerlo, me ha murmurado al oído que ya había hablado con el *mâitre* para que añadieran un sitio más en su mesa. ¡Qué mujer más amable! Siguiéndola de cerca, he

cruzado el gran hall entre vestidos de seda suntuosos y caballeros que se echaban a un lado hasta que hemos llegado al otro extremo, el opuesto a la gran escalinata y al retrato de la reina, donde unos cuantos pasajeros, en su mayoría caballeros, conversaban efusivamente acerca del fin de la guerra alrededor de una magnífica e imponente chimenea donde ardía un buen fuego.

En el preciso instante en que la señora Goula y yo nos hemos sentado, justo al lado de otra dama amiga suya, dos señores de avanzada edad hablaban acerca del armisticio y, más concretamente, del modo en que avanzan las negociaciones de paz. Las últimas novedades hacen referencia a los delegados de cada país aliado, que parece que se van concentrando en París ante la inminente llegada de los altos mandatarios y el inicio de la conferencia de paz. Uno de los dos caballeros hablaba un inglés con claro acento norteamericano y contaba que el presidente Wilson pronunció hace dos días su discurso anual en el Congreso. «Se calcula que a mediados de mes llegará a Europa», ha anunciado. Y el otro caballero ha asentido con un silencio respetuoso. He recordado entonces que hace poco padre me habló de los puntos que mister Wilson había presentado a los aliados, los mismos que ahora los representantes de Alemania y del resto de países que han claudicado quieren oír de viva voz. Parece ser que los puntos del presidente norteamericano están llamados a sentar las bases del tratado de paz.

La señora Goula charlaba distraídamente con la otra dama y yo trataba de aguzar el oído para escuchar por encima de sus palabras, pues la conversación de aquellos hombres me interesaba mucho más: comentaba otro de los caballeros que la paz no se firmará hasta la primavera. «Hay mucho que negociar», ha dicho, a pesar de que ha admitido que Alemania se encuentra en una situación mucho más deplorable de lo que en un principio todos creían. En consecuencia, dicho país deberá acabar accediendo a todo lo que los aliados dictaminen. Yo he vuelto a recordar, como si fuera hoy, el día en que nos enteramos del fin de la guerra. Apenas hace un mes. Me encontraba en el piso de Barcelona con padre y Lisette, y en cuanto nos enteramos quisimos bajar a la calle. No fuimos los únicos, pues las calles de Barcelona estaban repletas de gente. Todos habían salido a celebrarlo. Había hombres, mujeres y niños por todas partes, en las avenidas, en los tranvías, y más tarde en los cafés. La noticia corría en boca de todos y se comentaba con

entusiasmo, a pesar de tratarse de un país neutral. Allí, en Barcelona, había gente de otros países, también de Francia, como nosotros. Y todo el mundo se mostraba eufórico ante la victoria aliada porque Barcelona, toda Cataluña y España, eran mayoritariamente proaliados. ¡Si en la ciudad había algún germanófilo, ese día no salió a la calle! Junto con mi padre y Lisette recorrí la ciudad sin rumbo fijo, contagiados de la alegría colectiva. Padre señalaba satisfecho hacia las banderas de Inglaterra, de Italia, de Francia, que empezaban a ondear en los balcones, y se sentía orgulloso de ser catalán. También algunos carruajes y coches lucían banderas, y a su paso los transeúntes los vitoreaban. «Si tu madre pudiese verlo...», se le escapó en un murmullo lleno de emoción, y entonces supe que a pesar de Lisette, él seguía amándola y recordándola.

He vuelto a la conversación de los caballeros en torno a la chimenea del gran hall cuando un señor francés de cabello entre gris y blanco plateado insistía en la importancia de la alianza franco—inglesa, no solamente durante la guerra sino también de ahora en adelante. «Este lazo tan estrecho le conviene sobre todo a Francia —ha admitido honestamente—, porque su situación geográfica la hace más vulnerable en caso de una supuesta, ¡aunque improbable!, revancha alemana.» Me he preguntado entonces hasta qué punto estos señores son conocedores de la situación. Yo estaría tan lejos si volviera a haber guerra, y padre en Europa... Me aterra solo pensarlo.

Lentamente se ha ido sumando más gente a la conversación, era evidente que me hallaba en uno de los rincones más solicitados de todo el salón, y he percibido cómo el rumor de voces iba en aumento y las frases se pronunciaban cada vez más apasionadamente. Un caballero de grandes bigotes que hacía largo rato que gritaba más de la cuenta para hacerse escuchar entre la multitud, se lamentaba de los pobres soldados ingleses que durante la guerra habían caído prisioneros del enemigo. Decía que ahora todos ellos estaban siendo repatriados por los alemanes, tal y como se les había ordenado hacer, pero se quejaba de la angustiosa lentitud con la que lo estaban haciendo, por no hablar de las condiciones deplorables en las que llegaban a casa los pobres soldados. El caballero, lógicamente inglés, estaba tan indignado que sudaba copiosamente y el cuello de la camisa le molestaba sobremanera. Pañuelo en mano, se secaba la frente a golpecitos mientras detallaba a la concurrencia el estado de sus soldados compatriotas. «¡Llegan a

casa famélicos, enfermos, vestidos de modo insuficiente! Los alemanes aseguran haber fletado trenes especiales y barcos para devolverlos lo antes posible, pero dudo que estén poniendo todo su empeño en ello. No, señores, a nuestros pobres soldados no los han tratado nada bien.» El mismo caballero francés que antes había intervenido para alabar las virtudes de la alianza entre Inglaterra y Francia se ha sumado a su indignación. «¡Y solicitan clemencia, los alemanes!», ha gruñido. Sin embargo, el señor Goula ha intervenido en este punto para recordar en un tono conciliador: «A pesar de todo, señores, habrá que tratarlos con justicia». Y acto seguido todos los caballeros allí presentes y algunas damas se han sumado al murmullo general que decía en diversos idiomas: «Con justicia, ni más ni menos, con justicia».

He pensado que toda esta gente seguirá detestando a los alemanes, a pesar de la paz, porque cuatro años de guerra, de muerte y de desgaste son demasiado tiempo para que todo se olvide de la noche a la mañana. Además, esta ha sido la guerra que marcará un antes y un después en nuestras vidas, pues por primera vez se ha ensayado con una nueva y temible maquinaria bélica. La aviación, los tanques, los submarinos y los espantosos gases venenosos de los que todo el mundo habla se han esparcido por las trincheras sembrando el terror. Así que todo me lleva a pensar que seguirá el odio, el resentimiento, pero al mismo tiempo el anhelo de retomar nuestras vidas allí donde las habíamos dejado o, los que ya no podemos, de comenzar de nuevo.

Me hubiera gustado intervenir en esta conversación apasionante, sumarme a algunas voces y reflexiones y expresar algunas de mis mayores dudas, al igual que lo hacía en casa cuando padre invitaba a sus amigos. No obstante, me he fijado en que ninguna de las damas allí presentes ha osado intervenir en una conversación que, de principio a fin, ha resultado ser completamente masculina.

De pronto ha sonado el timbre que anuncia la cena, y me he divertido viendo cómo toda esta gente tan distinguida que minutos antes charlaba de un modo afectado se lanzaba a toda prisa a cruzar el gran hall para luego bajar a paso ligero la gran escalinata y ser los primeros en entrar al comedor. Por medio de empujoncitos y discretos codazos, aquellas damas tan elegantes y algún caballero se iban haciendo sitio. ¡Cualquiera diría que la comida se les iba a terminar! Por mi parte, he seguido a los Goula hasta bajar las escaleras y

acceder al comedor. Mi sorpresa ha sido mayúscula al ver la mesa en la que la señora Goula me había incluido. ¡Nada menos que donde se sienta la gran bailarina Maya Demianova! Qué suerte la mía, pero lo mejor de todo aún estaba por llegar. Mi silla estaba justo al lado de la muchacha que vi subir al barco tras la gran celebridad y que tomé por su asistente personal. Tal vez fue su porte discreto, o quizá el trato autoritario que la Demianova muestra con ella lo que me confundió ayer, pero el hecho es que esta chica es ni más ni menos que la hija de la bailarina. Me gustaría escribir que enseguida nos hemos hecho amigas, pero mentiría, porque es tan discreta, tan reservada, se mantiene siempre tan en un segundo plano respecto a su madre, que apenas la he escuchado hablar en toda la cena. Sin embargo, no se ha mostrado distante como las hermanas Bennett, ni ha gastado en ningún momento ese aire de superioridad, lo cual me lleva a pensar que son muchas las veladas que compartiremos, así que guardo la esperanza de que acabemos siendo amigas.

Nuestra mesa está ocupada por un total de ocho comensales. Aparte de los Goula, las Demianova y yo misma, a ella se sientan dos oficiales de a bordo y un caballero francés de mediana edad que embarcó en Barcelona recién llegado en tren desde París. Se me ha presentado como monsieur Bertrand, y al instante he apreciado sus maneras exquisitas, como la más refinada de todas las damas. Parece que es un gran admirador de Maya Demianova, a quien ha visto bailar prácticamente en todos los escenarios del mundo. A pesar de que nos ha contado que viaja a Argentina para pasar una temporada en casa de un hermano suyo que vive allí, tras una velada entera con él no me sorprendería que en realidad viajara a América solamente para seguir a la diva. Maya se deja adorar por él y por todo aquel que lo desee, algo que ocurre a menudo, puesto que esta mujer deslumbra a cualquiera que tenga enfrente. Es de una belleza cautivadora, un tanto madura y serena, pero bellísima todavía. Su piel blanca parece casi transparente. Cuando habla, no puedo evitar contemplar su cuello largo, firme y con esa gracia y elegancia propias del más bello de los cisnes. ¡Y qué óvalo tan perfecto forma su cabeza! Seguro que cualquier sombrero le sienta bien. Aunque lo más hechizante de todo son esas dos aguamarinas que tiene por ojos, de un azul verdoso o verde azulado, no sabría decirlo, que le confieren ese aire tan suyo, como si no fuera de este mundo. Nunca había visto a una dama como ella, a

su lado todos los demás parecen apagados. Es una mujer de trato frío y distante, eso se percibe enseguida, excepto cuando la invitan a hablar de sus éxitos; entonces sus ojos centellean con verdadero placer.

He oído decir que hace un tiempo anunció su retirada definitiva de los escenarios, aunque desconozco la razón. No es tan mayor como para que la edad sea el motivo, así que debe de haber otro, como su estado de salud o quién sabe qué. Cuentan que despertaba el fervor más intenso entre los hombres que la veían bailar, y también en las mujeres, y que al terminar sus funciones el público seguía aplaudiendo incluso después de bajar el telón. Dicen que, a medida que las luces de la platea se iban apagando y el personal del teatro comenzaba a enfundar los asientos, todavía podía verse a alguien que continuaba de pie, extasiado, aplaudiendo.

Tan pronto como los camareros, que visten impecables y nos tratan cual auténticos reyes, nos han servido los entremeses, monsieur Bertrand ha empezado a enumerar todas las virtudes de la danza de Maya Demianova. Nos ha hablado de funciones en París, en Londres, en Barcelona y Montecarlo, y se ha referido a sus magníficas *pirouettes*, que la situaron entre las mejores bailarinas desde el inicio de su carrera. He podido saber que la Demianova hizo una gira internacional durante años junto a los Ballets Russes de Diaghilev, una compañía de danza sobre la que monsieur Bertrand ha dicho que tuvo el acierto de sacar a los mejores coreógrafos y bailarines fuera de su país y darlos a conocer en los teatros más importantes de Europa y de América. Y es cierto que en París los Ballets Russes tenían mucha fama, porque recuerdo que mamá me había hablado de ellos. De hecho, me he acordado de la primera vez que ella me los mencionó. Debía de tener yo unos diez años cuando la compañía hizo su debut en nuestra ciudad. Lo que yo desconocía entonces es que todas aquellas primeras figuras de los Ballets Russes, como la misma Maya Demianova, pasaban el invierno en San Petersburgo y la primavera y el verano de gira por todo el mundo. He tratado de imaginar la vida que debían de llevar, y entonces he mirado hacia su hija Irina, a quien hubiera deseado preguntar muchas cosas. Pero ella seguía un poco ausente, e inmediatamente se me ha ocurrido que, para ella, todo aquello era de lo más natural, y que incluso debía de parecerle aburrido ese parloteo con el que los demás disfrutábamos tanto.

No obstante, ese ir y venir de los bailarines rusos había cambiado

forzosamente el año anterior, a raíz de la Revolución de los bolcheviques. Me consta que mucha gente, también algunos artistas que antes recorrían Europa, han quedado atrapados desde entonces en Rusia sin poder salir. Y yo siento una enorme curiosidad por saber dónde estaban esta madre y esta hija cuando de golpe estalló la Revolución, y de qué modo han logrado llegar hasta aquí.

Tan solo una vez en toda la cena el ambiente de nuestra mesa se ha enrarecido. Ha sido cuando a la señora Goula se le ha ocurrido mencionar a otra bailarina rusa, Anna Pávlova, a quien ella también había visto bailar alguna vez. Aquello ha producido un efecto inmediato en la Demianova, cuyas facciones se han quedado congeladas. «¿Eran rivales?», me he permitido preguntarle a Irina en un discreto susurro, y entonces ella me ha sonreído con algo de malicia para acabar asintiendo. ¡De repente Irina parecía interesada en la conversación! La he visto muy atenta a la reacción de su madre, aunque en ningún momento ha intentado ayudarla. Maya Demianova le ha dedicado una gélida sonrisa a la señora Goula, y en tono pausado y pretendidamente nostálgico ha dicho: «Recuerdo cuando Anna Pávlova ingresó en la Escuela del Ballet Imperial de San Petersburgo. Yo ya llevaba unos años allí, claro. Era una criatura un tanto enfermiza. Poca cosa, físicamente, ya me entienden...». Con las cejas levantadas y un cierto aire de menosprecio, Maya ha descrito lo difíciles que le resultaron a Pávlova sus inicios, «porque tenía los pies arqueados, los tobillos delgados y las extremidades demasiado largas en comparación con su tronco pequeño». Me ha parecido que se divertía con esa explicación que ridiculizaba a su compañera, y ha añadido: «¡En la escuela, las alumnas la llamaban *la petite sauvage!*». Monsieur Bertrand ha reído sus gracias abiertamente y con esto ha quedado cerrado el asunto Pávlova sin que nadie más en la mesa osara volver a mencionar ese nombre. A excepción de la señora Goula, a quien he escuchado murmurar entre dientes a su marido: «Pero lo cierto es que Pávlova se ha convertido, a pesar de todo, en una magnífica bailarina». Para quitarle el disgusto a Maya Demianova, nadie mejor que monsieur Bertrand, que a continuación le ha rogado que nos deleitara con sus recuerdos de San Petersburgo. Ella, reavivada de nuevo, ha empezado a hablar de su primer gran *maestro* en la ciudad, un tal Petipa. Parece ser que era un coreógrafo francés que jamás aprendió el ruso a pesar de haber llegado al país siendo muy jovencito. «Todos temían a Petipa —ha rememorado Maya—, porque

era un gran director de escena. Aunque como bailarín...» Más tarde vino Fokin, un coreógrafo que inicialmente no tuvo muchos seguidores en el San Petersburgo de esa época porque llevaba unos aires renovadores al *ballet*. Aun así, ella lo siguió fielmente, ya que creía en él sin dudar. Y eso que en ocasiones no resultaba nada fácil estar cerca de él. Era una persona muy irritable. «A veces no sabía dominar su carácter y abandonaba los ensayos en un arranque de nervios, o lanzaba alguna silla al aire cuando la cólera lo dominaba», ha contado. Me esfuerzo en imaginar el mundo de esas jovencitas, como Demianova o Pávlova, hasta llegar a ser grandes bailarinas, al tiempo que me pregunto si su hija Irina también baila, aunque nadie se fija en ella y eso me lleva a pensar que no. Nadie le pregunta nada a Irina, nadie se dirige a ella. ¿Cómo será crecer al lado de una celebridad como su madre? ¿Qué tipo de persona te permite ser? El magnetismo de Maya Demianova acapara todas las miradas, todas las conversaciones, y deduzco que no debe de resultar nada fácil vivir con ella. He advertido las pocas veces en que la madre se ha dirigido a la hija, y cuando lo ha hecho tan solo era para pedirle que llamase al camarero; entonces le expresaba a este alguna queja referente a la comida, pedía un cambio de plato o bien exigía algún capricho extravagante. Y así a lo largo de toda la noche, haciendo que la larga lista de reclamaciones convirtiese el trabajo de los pobres camareros en un verdadero infierno. He llegado a escuchar a la señora Goula decirle discretamente a su esposo: «Esta Demianova va a necesitar un camarero para ella sola si pretende satisfacer todas sus peticiones... ¡Artistas!», lo cual ha provocado una risita del señor Goula.

Cuando por fin nos hemos levantado de la mesa, yo guardaba la esperanza de continuar la velada con todos ellos, quizá incluso hallar el modo de intimar un poco más con Irina Alexandrovna, pero todo se ha desvanecido cuando Maya Demianova se ha quejado de un fuerte dolor de cabeza que de repente le ha sobrevenido. Se frotaba la sien con los dedos de su delicada mano y bajaba los párpados con gesto de verdadero fastidio. En un santiamén, madre e hija se han despedido de todos y se han esfumado las primeras del comedor. ¡Qué decepción! De pronto ya no me atraía la idea de acompañar a los Goula al salón de música, ni aguantar a un nostálgico monsieur Bertrand, ni siquiera tenía esperanzas de que mejorase la escasa

conversación de los oficiales, así que yo también me he despedido de todos con la excusa de irme a dormir. Sin embargo, me he escabullido discretamente hasta la cubierta de paseo, donde ahora me encuentro de nuevo a solas. Hace rato que ha anochecido, y el gran transatlántico sigue amarrado a puerto. Pronto pondrán en marcha los motores y dejaremos atrás Málaga rumbo a Cádiz a través del estrecho de Gibraltar.

Asomada a la barandilla que da a proa, me dedico a observar a la gente que en el transcurso de esta tarde ha ido embarcando en el *Reina Victoria Eugenia*. La gran mayoría viaja con billete de tercera clase y duerme dos o tres cubiertas más abajo. Sin embargo, todos ellos suben al extremo de proa, creo que también a la popa, donde tienen asignado un espacio de recreo exterior. Desde allí hacen como yo, contemplan el muelle y los barquitos que desfilan en la noche a nuestro alrededor, incluso hay quien todavía se despide de familiares y amigos que no piensan moverse de allí hasta que el barco se marche. Si enfoco la vista para ver más cosas, me doy cuenta de que en tercera clase viajan hombres, mujeres y niños, familias enteras, que visten ropas muy sencillas. Algunos van tan sucios que es probable que estén infestados de pulgas y piojos. ¡Cuánta miseria! De repente me avergüenzo de mi vestido de satén verde oscuro, como me avergüenzo de todo el lujo del que disfrutamos los de arriba. Me doy cuenta del gran contraste y esto me duele profundamente, dos mundos completamente distintos que viajan en este magnífico buque. Es obvio que los espacios bien divididos, pensados para que unos no coincidamos con los otros, reflejan la voluntad de la compañía naviera de distinguir cada clase y, de alguna manera, reproducir aquí en el barco la sociedad en la que vivimos. Es la pequeña Europa la que navega hacia el Nuevo Mundo, y a pesar de que pueda parecer que deja tantas cosas atrás, sigue cargando con todos los celos y prejuicios del Viejo Continente. Alguna mirada curiosa se alza hacia donde yo me encuentro para observar a los señores y a las señoras que pasean antes de irse a dormir a sus lujosos camarotes. Entonces me echo un poco hacia atrás, discretamente, avergonzada de formar parte de todo esto. Pienso de nuevo en nuestra cena de hoy y en el ejército de camareros a nuestro servicio que nos han colmado con todas las atenciones, y entonces me pregunto qué deben de comer ellos, y cómo es el sitio donde duermen. Agradezco a don Julio mi pasaje en primera clase, soy consciente de mi suerte, pero al mismo tiempo me abochorna este

exceso, este terrible contraste del que ahora mismo soy testigo. En realidad, no pertenezco ni a unos ni a otros, no encuentro a nadie como yo. Es posible que lo hiciera si viajase en segunda clase, donde se encuentra Abel, porque es precisamente en esa parte del transatlántico donde vi embarcar a comerciantes como padre, familias parecidas a la que nosotros formábamos antes. En esta noche maravillosamente extraña, no dejo de preguntarme si allá donde me dirijo podré sacarme de encima esta sensación que hace que me sienta forastera en todas partes.

6 de diciembre de 1918

Cádiz

De madrugada hemos atravesado el estrecho de Gibraltar, y a primera hora entrábamos ya en el puerto de Cádiz, donde pasaremos el resto del día amarrados. Hay pasajeros que hoy bajan de visita a tierra, como las Demianova, a quienes he visto subirse a uno de los pequeños barcos que la Compañía Trasatlántica pone a disposición de los pasajeros que quieran llegar hasta el puerto. Seguramente pasarán el día entero en tierra firme y ya no las veré hasta la hora de la cena. Me he entretenido casi toda la mañana distinguiendo a los pasajeros conocidos que embarcaban en los barquitos de vapor, aunque en ningún momento he pensado en sumarme a ellos. Sola, no sabría muy bien qué hacer en Cádiz. A la hora de comer buscaré a los Goula, ya que a ellos no los he visto desembarcar, e intentaré unirme a sus amistades a pesar de que son mayores y bastante aburridas. Si al menos supiese por dónde anda Abel... Creo que ayer fui un poco dura con él. Si bien es cierto que él estuvo muy poco correcto al poner en duda mis motivos para viajar a Argentina, resulta ser la persona a quien mejor conozco en todo el barco y la única, verdaderamente, que me conoce a mí. Tal vez podría hablar con él y tratar de pactar unas reglas del juego con tal de que él no me incomode con sus comentarios y yo no me sienta ofendida a cada momento. Dicho y hecho, he subido a la cubierta de botes y lo he encontrado allí, fumando su cigarrillo. Cuando me ha visto, su rostro ha dibujado una amplia sonrisa y ha venido hacia mí. «¡Berta! ¡Qué alegría verte! Admito que hace un rato que te espero... Por si acaso se te ocurría perdonarme y subir aquí arriba.» Su tono era de broma y al mismo tiempo de disculpa sincera. Yo me he ablandado enseguida, me he reído con gusto, satisfecha de haber tomado la decisión de

darnos una nueva oportunidad. «Me gustaría pensar que podemos seguir siendo amigos. Este barco es enorme y hay muchísima gente, pero no resulta nada fácil hallar una cara amiga», he admitido. Él me ha observado con cierto interés y me ha preguntado por mis conocidos a bordo. Cuando le he contado a grandes rasgos el tipo de gente que me rodea en primera clase, no ha parecido sorprenderse, aunque sí le he notado cierta lástima hacia mí. No ha dudado en afirmar con rotundidad que estaba seguro de que en segunda clase me lo hubiera pasado infinitamente mejor. «Qué remedio —se ha lamentado—, ¡tendrás que conformarte con todas las finuras y comodidades de la gente importante! Ve con cuidado de no acostumbrarte demasiado deprisa.» Lo ha dicho tan alegremente que no me ha molestado, ¡y creo que ya me convenía un poco de broma y ambiente distendido! No obstante, Abel se ha puesto muy serio cuando ha querido dejar claro que, tras haberlo meditado durante la noche, reconoce que el día anterior no estuvo muy acertado. «Fui un tonto, Berta, y en ningún caso pretendía hacerte sentir mal.» Me ha asegurado que no volverá a opinar sobre mis razones para ir a Argentina, ni siquiera me preguntará nada más al respecto, porque Abel se prometió a sí mismo, después de haber dejado su pueblo para abrir la mirada hacia el ancho mundo, que quería ser un hombre libre y jamás juzgar a nadie. «Cada uno toma sus decisiones, y yo no soy quién para cuestionar las tuyas», ha afirmado rotundo. Su expresión era la de aquel muchacho de siempre, el de los veranos en L'Escala, cuando a continuación me ha dicho: «Es tan maravillosa nuestra coincidencia a bordo de este barco que no querría desaprovechar estos días, este largo viaje que nos ha reunido después de tres años». Aunque ya hacía rato que lo había disculpado, él me ha ofrecido su mano en señal de paz y yo se la he estrechado rápidamente. «Por los viejos tiempos», he dicho con un aire solemne y divertido a la vez, y él ha repetido la frase mientras sus ojos me miraban fijamente.

Hemos paseado por la cubierta bajo un sol espléndido que calentaba mis mejillas. Entonces le he pedido a Abel que me contara más cosas sobre Argentina. «¿Cómo es ese país? ¿Y cómo es tu vida allá? Ayer dijiste que habías desempeñado un montón de oficios. Quiero que me lo cuentes con todo detalle.» Él se ha reído, abrumado por mis demandas, ha encendido otro cigarrillo y se lo ha llevado a los labios. Después de soltar una gran bocanada de humo, ha dicho: «Empezaré por ese primer verano en que *la francesita* no

vino a L'Escala y yo decidí marcharme». Sus ojos brillaban de un modo especial. Al instante he recordado ese nombre que todos usaban para referirse a mí en el pueblo de mi padre. Allí no era Berta Casals, ni la hija de Casals, que emigró a Francia; en L'Escala yo era *la francesita*, un término que llevaba implícito un modo de andar, de vestir y de hablar que a los otros chicos y chicas les parecía muy refinado, muy de fuera. «Las mismas maneras que su madre», murmuraban las mujeres del pueblo con mirada entre curiosa y divertida. ¡Y a mí que tanto me disgustaba entonces llamar la atención! Como cualquier jovencita en sus vacaciones de verano, yo solo deseaba ser una más en el pueblo, pasar desapercibida y fundirme entre el grupo de chicos y chicas de mi edad. Un tanto sonrojada por ese recuerdo, he evitado mirarlo a los ojos y he vuelto a insistir acerca de Argentina.

Abel ha admitido que cuando desembarcó por primera vez en Buenos Aires se hallaba un poco asustado, pero allí mismo en el muelle distinguió a su primo segundo aguardándole, «¡y no puedes imaginar la alegría que se siente al ver, tan lejos de casa, un rostro familiar!». Se instaló en Arrecifes, un pueblo agrícola de la provincia de Buenos Aires, donde su primo vivía y trabajaba junto con otros catalanes. Allí la tierra es buena para cultivar maíz, avena, alpiste. Cada uno vive en su chacra, que es como llaman a las casas que los propios campesinos se construyen a base de madera, barro y zinc. Las tardes y las noches en comunidad son muy frecuentes, siempre hay algo que celebrar en la chacra de alguien, y cuando se reúnen todos los emigrantes, se leen las cartas de sus parientes, intercambian noticias de su país de origen, comen asado y beben mate hasta la madrugada al son del acordeón que alguien toca. He comentado lo idílica que parecía la vida en el campo argentino, embriagada por esa imagen de hermandad que Abel dibujaba, y he imaginado en cierto modo la vida que, a otro nivel y en otro rincón del vasto país, podía esperarme a mí. Pero mi amigo ha negado con la cabeza y me ha dicho que no aguantó muchos meses allí. «Yo no me había ido de casa para encerrarme en un sitio como aquel. Es cierto que hay mucha compañía, pero yo no buscaba estancarme en un lugar remoto, sino que mi intención era progresar en la gran ciudad. Tenía ideas, montones de ideas acerca de cómo sería mi vida de entonces en adelante.» Así pues, Abel dejó atrás la chacra, al primo segundo y a toda la gente que en los primeros meses conoció y se instaló en Buenos Aires.

Un hombre de una chacra vecina le proporcionó el contacto de un pariente que tenía en la ciudad, y dicho pariente le consiguió un trabajo en una tienda. «Vendía crespones, encajes y otros géneros», me ha descrito divertido. «Al principio me dejaban dormir en la tienda y, como no había mucho espacio libre, ¡por las noches colocaba el colchón encima del mostrador!» Al cabo de un par de meses le salió la oportunidad de un trabajo mejor pagado gracias a un buen cliente de la tienda. Se trataba de vender *cashmere* en la prestigiosa Casa Iriarte. «Yo me había comprado ropa nueva y me hice cortar el pelo», me ha contado un tanto presumido. De la Casa Iriarte saltó al poco tiempo a una prestigiosa sastrería, la Casa Muro. «¡Me agota pensar en tantos cambios de trabajo!», he bromeado. Pero él me ha contestado: «¡Esto solo fue mi primer año!». Iba a proseguir con su relato, pero entonces se ha interrumpido para preguntarme: «¿Acaso te aburro?». Yo lo he negado rotundamente, alentándolo a seguir hablando de sus aventuras. Este hombre no se da cuenta de su gran talento para contar historias. Me quedo embelesada escuchándolo, y el tiempo transcurre tan deprisa... Sin darnos cuenta, ha llegado la hora de comer. No obstante, nadie nos esperaba, así que todavía nos hemos demorado un poco, como si las agujas del reloj no avanzaran. La poca gente que aún quedaba a nuestro alrededor ha comenzado a desfilar hacia abajo, y nos hemos quedado prácticamente a solas en la cubierta vacía.

En medio de esta carrera comercial que Abel había iniciado y en la que no cesaba de prosperar, mi amigo encontró una habitación donde instalarse en la pensión de un italiano. El hombre estaba casado con una valenciana, y ambos tenían un puesto de huevos y pescado en el mercado. Tras unos meses de trato constante y mucha camaradería, la pareja le propuso participar en el negocio que tenían pensado abrir, un cine en la calle Corrientes, una de las más transitadas de la ciudad. Abel lo meditó mucho, pero finalmente les dijo que no. Había empezado a acumular algunos ahorros y bien podría haber contribuido en una pequeña parte; aun así, no era aquello lo que realmente deseaba hacer. Tampoco estaba muy seguro de querer permanecer en el sector del comercio textil, de modo que eso le sirvió para replanteárselo todo de nuevo y volver a dar un giro a su periplo argentino. «Empecé a viajar por todo el país, quería conocer cada palmo de mi nuevo hogar.»

Halló la manera de hacerlo a través de un cura que vendía biblias a

domicilio. Ante mi asombro, me ha aclarado: «¡En Argentina no faltan las oportunidades si estás dispuesto a comenzar de nuevo y a hacer cualquier cosa!». Así pues, tan pronto como el capellán, que obviamente había detectado su don de gentes, le hizo la oferta, él se agarró a su nueva oportunidad. Recorrió la provincia de Santa Fe y más adelante las de Chaco, Formosa, Corrientes, Misiones y Entre Ríos. Al año siguiente pasó por Córdoba, La Rioja y Tucumán (escribo los nombres porque, como a él, me encantará conocer bien mi nuevo país). Su última ruta lo llevó por la provincia de Buenos Aires y de nuevo a la ciudad. Había pasado el último año viajando, había conocido a un sinfín de personas, se había hecho una idea completa de la extensión norte de Argentina y sentía verdadera pasión por esa tierra que ya percibía como suya. A lo largo de todo el periplo, Abel había escrito un diario donde anotaba las historias de las personas que iba conociendo, las preocupaciones de la gente sencilla, así como sus aspiraciones, sus alegrías y también sus miserias. Del mismo modo que ahora practica con la gente de a bordo, me ha reconocido. «Una vez de vuelta en Buenos Aires, lo leí todo de un tirón y me di cuenta de que era precisamente aquello lo que deseaba hacer, Berta. Mandé una selección de mis escritos a un periódico local ¡y a las pocas semanas me llamaron para una entrevista!» Abel casi no se lo podía creer. Escribir acerca de lo que sucedía a su alrededor y sobre la gente que conocía era una práctica habitual y muy placentera para él, pero nunca hasta el momento había imaginado que aquello podía darle de comer. No tenía apenas aspiraciones materiales; su objetivo, a diferencia de tantos otros emigrantes, ya no era regresar a casa con la maleta llena de billetes, sino encontrar una vida excitante, y el nuevo camino que se abría ante él haciendo prácticas en un periódico local, un trabajo modesto, comenzando por lo más bajo para ir subiendo peldaños hasta poder escribir sus propias crónicas, era ahora mismo lo que le hacía más feliz.

Hace tan solo unos meses que Abel trabaja en el periódico, y asegura haber aprendido ya muchísimo. Su verdadero sueño es convertirse en un buen cronista de la realidad de su nuevo país, tal vez acabar montando algún día su propia revista o periódico, junto con algunos compañeros. Quién sabe dónde lo llevará este camino que inició al empezar a tomar apuntes sobre otros, para acabar descubriéndose a sí mismo.

¡Es tan fácil dejarse llevar por el entusiasmo que desprende Abel! Lo

observo explicándome todo esto y no dejo de pensar en el jovencito que conocí en L'Escala. ¿Qué queda de él? Por descontado, su esencia, el aire soñador que ya poseía y que encandilaba a todas las chicas. También a mí. Aunque ahora lo escucho hablar aquí, en el barco, con toda su experiencia en el Nuevo Mundo, y lo veo diferente, otra persona, a pesar de conocerlo de toda la vida.

ESTANCIA MITCHELL, PATAGONIA

—¿Es este Abel García el periodista que firmó los primeros artículos que salieron en prensa acerca de los desaparecidos, abuelita? ¿El mismo Abel García que tuvo que exiliarse a Europa para no ser capturado por los hombres de Videla?

Valentina se hallaba completamente fascinada. Aquel nombre que sonaba a héroe, a pionero en la defensa abierta de los perseguidos y ejecutados por la dictadura argentina, y que se mencionaba tan a menudo en las encendidas tertulias con sus amigos en los cafés de Buenos Aires como uno de los más destacados ejemplos de buen periodismo en su país, ahora resultaba ser amigo de su abuela, además de haber coincidido con ella en el mismo transatlántico que la llevó hasta allí.

—¿Es cierto, abuelita? ¿Es él?

La abuela Berta asintió y se quedó observándola en silencio mientras daba pequeños sorbos a un té que ya se había enfriado. Depositó la taza encima de la mesita auxiliar que tenía a su lado y se acomodó un poco mejor en el sillón. Hacía esfuerzos para no parecer nerviosa, aunque Valentina percibió su inquietud.

—¿Qué sabes de Abel García? —preguntó a su nieta:

La muchacha le contó que era una de sus lectoras incondicionales, que tanto ella como sus amigos habían intentado seguirle la pista tras esos primeros artículos en los que se jugó el tipo denunciando las atrocidades del régimen dictatorial. Le dijo que sabía que era de origen español, pero que jamás se le había ocurrido pensar que su abuela pudiera conocerlo.

—Tenía una compañera con la que a veces firmaba artículos conjuntamente... —añadió la muchacha—. Aunque no se sabía nada acerca

de ella, ya que escribía bajo pseudónimo. Corría el rumor de que se marchó de Argentina con él; sin embargo, otros afirman que no, que a ella la atraparon.

—No, jamás la atraparon —le respondió la abuela. Su mirada enigmática contenía información que aún no estaba dispuesta a ofrecer. Poco a poco, Valentina, poco a poco, se decía la anciana para sus adentros.

La sirvienta apareció justo entonces para retirar la bandeja del té. Les preguntó si deseaban algo más y la abuela Berta le respondió que no, que saldrían un rato a pasear antes de que el día se les escurriera de las manos.

Si bien Valentina no deseaba otra cosa que seguir leyendo el cuaderno, consciente de tener en sus manos un verdadero tesoro, sabía que el ritmo lo marcaba la abuela Berta, y que ella debía adaptarse quisiera o no. Así pues, salieron al jardín y la muchacha le ofreció el brazo a su abuela, que se mostró con ánimo suficiente para bajar el camino hasta los anexos de la casa grande. Le quería mostrar a su nieta los progresos que ya habían hecho para transformar las antiguas viviendas de los peones en las futuras habitaciones del hotel. La hizo entrar en las primeras de una larga hilera, que habían sido pintadas de un color amarillo pálido que, según la anciana, adquiriría un tono maravillosamente intenso al caer el sol. Las vistas que poseían aquellas habitaciones ya prácticamente acabadas eran las más espectaculares de los Andes, le aseguró satisfecha, hecho que las convertía, en palabras del tío Javier, en las más caras que ofrecerían a los huéspedes más exigentes.

—Todas ellas disponen de baño propio, y el tío Javier ha encargado unas camas en las que por lo menos podrán dormir príncipes y reyes, ¡de tan buenas que son! —bromeó la anciana.

Era evidente que la abuela Berta estaba entusiasmada con la idea que su hijo mayor había tenido para salvar el patrimonio familiar, la casa, el lugar donde ella quería terminar sus días a toda costa. El nuevo hotel permitiría a los Mitchell seguir disfrutando de la maravillosa tierra a la que pertenecían, y también aportaría nueva vida, gente de todos lados yendo y viniendo y, de nuevo, la alegre algarabía de sus inicios.

Se acercaron a las caballerizas, ahora completamente restauradas; los corrales seguían igual, pero la abuela Berta le comentó a su nieta que pronto comenzaría su transformación en instalaciones destinadas a las actividades

del hotel. Se habilitarían la antigua cocina, el comedor de los peones, con capacidad suficiente para servir desayunos, comidas y cenas a toda la clientela, y un sinfín de espacios ahora en desuso que un arquitecto amigo de tío Javier estaba rediseñando.

Desde donde estaban situadas, el lago quedaba cerca. La anciana cerró los ojos, un poco fatigada, aunque no lo bastante para que su rostro dejara de dibujar una encantadora sonrisa. Valentina se percató entonces del bien que le había hecho a la abuela Berta ese paseo por la finca, se fijó en su rostro y vio que la angustia de antes, cuando ambas estaban sentadas en el salón, había desaparecido. Y no era de extrañar, se dijo a sí misma, pues después de escuchar a su nieta leer las primeras páginas de aquel cuaderno guardado durante tantos años, probablemente trasladada de golpe a tiempos remotos y a todos los seres que una vez la acompañaron, la abuela Berta necesitaba un descanso, no fuera que la vida de antes retornase con tanta fuerza que acabase por consumir toda la energía que una mujer de su edad debía dosificar.

Retomaron el camino hacia la casa grande, más al ritmo de la anciana que al de la nieta, tomadas del brazo. Una vez dentro, tuvieron que encender las luces porque el salón se había quedado en penumbra. Valentina se acomodó en el mismo sitio de antes y cogió el cuaderno. Puso sus manos sobre la tapa, con verdadera ansia de seguir leyendo, pero no lo abrió de nuevo hasta que no recibió el permiso de la abuela. Sus dedos buscaron la página donde lo habían dejado y, sin más demora, ambas regresaron a 1918.

6 de diciembre de 1918

(continuación)

A la hora de comer faltaban muchos pasajeros que habían desembarcado en Cádiz, y los que habían permanecido en el barco se hallaban repartidos indistintamente por las mesas. He buscado algún rostro conocido y enseguida he visto a los Goula. Ha sido ella, tan amable como siempre, la que me ha invitado con un gesto a acercarme. «Aquí, hijita, a mi lado», ha dicho decidida mientras mandaba a un camarero colocar una silla justo entre ella y el caballero sentado a su lado. Como es habitual, todos le han hecho caso, y pronto me hallaba en medio de un grupo de matrimonios que charlaban entre ellos. El señor Goula le enumeraba a otro caballero los productos que se dedica a importar: «Cacao, pieles, salados, secos, cafés...», y la señora Goula lo corroboraba con movimientos rítmicos de cabeza. Yo todavía me hallaba sumergida en las vivencias que Abel acababa de relatarme, así que me resultaba difícil concentrarme en sus palabras. De todos modos, muy pronto ha sido su esposa quien ha perdido interés y ha iniciado una conversación paralela con otra dama que estaba justo frente a mí. Ha aprovechado para presentarme como es debido y contarle brevemente mi historia. La señora Romeu, que también es de Barcelona, me miraba con gran interés, y no ha podido ocultar su sorpresa al indicarle la señora Goula que viajo sola. Es esta, precisamente, una sensación a la cual empiezo a acostumbrarme. Cuando alguno de los pasajeros de primera clase descubre que nadie me acompaña en este viaje a Argentina, se queda tan desconcertado que ni siquiera se molesta en ocultarlo. Sus miradas me dicen que nunca, bajo ningún concepto, permitirían a sus hijas o a sus nietas cruzar el océano sin compañía. Y es entonces cuando, sutilmente, me hacen saber que no formo parte de su

mundo. El hecho es que quizá a otro tipo de chica le afectaría esta actitud; quizá a una chica que se hubiera comprometido con un auténtico desconocido para ascender socialmente. Pero a pesar de que ellos no lo saben, ni lo sabrán nunca, no ha sido ese mi motivo, sino que más bien ha sido el ansia de buscar mi gran aventura, muy alejada, por cierto, de cualquier tipo de interés en mezclarme con ellos.

He dejado libres mis pensamientos, más allá de la aburrida conversación que de nuevo se había iniciado en la mesa. Ahora todas aquellas parejas mayores hablaban de un sinfín de nombres y apellidos de la Barcelona elegante. Había algunos que me resultaban familiares por haberlos leído en las crónicas de sociedad; solo se referían a noviazgos y compromisos de matrimonio entre los miembros de familias amigas o emparentadas, a nuevos nacimientos o a las últimas fiestas a las que habían asistido... Cotilleos que al fin y al cabo solo interesan a viejas damas, como las allí presentes. Aun así, en un momento determinado de esa charla tan fútil como repetitiva he escuchado un nombre que sí me ha llamado la atención: el del conde Güell. Ha sido el mismo señor Goula quien lo ha pronunciado, para ante todo lamentar su muerte el pasado julio. Al instante he recordado el día en que padre me leyó la noticia en el periódico. «El conde Güell, Berta, el gran mecenas de Antoni Gaudí», me había dicho. Yo sabía quién era Gaudí porque de pequeña mis padres me habían llevado a una exposición suya en el Grand Palais. Era una chiquilla a quien le gustaba dibujar, y en aquella exposición descubrí unos esbozos, unos dibujos a tinta y unas maquetas de obras arquitectónicas que me parecieron obra de un genio. ¡Ese artista llamado Gaudí, catalán como padre, era el más original y revolucionario que había visto jamás! Una vez instalados en Barcelona al cabo de los años, pude apreciar sus obras directamente, en la propia ciudad, y así como a padre le maravillaba la Casa Batlló, con su fachada ricamente ornamentada y llena de color, mi obra favorita del arquitecto de moda era sin duda la Casa Milà. ¡Con tantas críticas como suscitó en su momento! Contaba padre que incluso los señores Milà, propietarios de la casa que habían encargado construir a Gaudí, habían acabado peleándose con el genio. Lo mismo que algunas buenas familias que construían sus casas en el nuevo Paseo de Gràcia y que consideraban que «la Pedrera», como muchos la conocían, devaluaba la imagen del distinguido paseo. Pero a mí me fascina Gaudí, me gusta cómo

desafía las normas de todo lo establecido, el modo en que convierte una rígida fachada de piedra en un auténtico mar, porque eso es lo que yo veo cuando contemplo la casa de los Milà, olas sinuosas de un mar como el que ahora mismo atravieso.

Rumiaba sobre todo esto después de escuchar el nombre del conde Güell, y he vuelto a aquellas conversaciones con mi padre que ya nunca más mantendremos acerca del arte y de los artistas. Éramos capaces de sacar libros de su biblioteca y repartirlos encima de la gran mesa del comedor como si fuera un campo de batalla, cada uno defendiendo a capa y espada su obra favorita, cada cual discutiendo las mejores virtudes y la osadía de su creador. Y Lisette nos miraba desde la puerta, consciente de que en aquello no podía intervenir, sabiendo que este era un momento solo nuestro, pues ella no sabía nada de arte ni de historia, ni siquiera de actualidad. Lisette tiene otras virtudes, solía defenderse padre cuando yo mostraba mi desconcierto por haberla escogido para tenerla a su lado. Era una chica tan superficial que solamente mostraba interés por los vestidos y los cotilleos. Jamás llegué a comprender por qué se enamoró de una mujer tan distinta a mamá, aunque tal vez esta sea la razón por la cual nunca nos hemos llevado bien.

Pero volviendo a la conversación de hoy, pronto han dejado atrás al difunto conde Güell para centrarse en su viuda, ni más ni menos que la hermana de don Claudio López, marqués de Comillas y propietario de la compañía naviera con la que viajamos. Se rumorea que don Claudio no ha podido tener descendencia y que, por consiguiente, a su muerte heredará su hermana. «La Trasatlántica, señores —ha dicho Goula—, pasará pues a manos del hijo de la viuda de mi buen amigo, siendo un Güell quien se hará cargo de esta gran flota de barcos». ¡Lo ha dicho con tanto orgullo y satisfacción que bien parecía ser el mismo señor Goula quien fuera a heredar!

Sin embargo, a mí no me interesaba en absoluto todo aquello, y entonces se me ha ocurrido intentar llevar la conversación hacia otro tema más interesante y, en cierto modo, relacionado con la Compañía Trasatlántica. He preguntado inocentemente: «¿Es cierto que mosén Cinto Verdaguer hizo de capellán en un barco como este?». El autor de *L'Atlántida* y de tantos poemas que padre nos leía a mamá y a mí en nuestras noches de Louveciennes formará parte inolvidable de mí y de aquellos tiempos que jamás volverán; llevo sus versos escritos en el corazón desde muy pequeña, escuchados en la

voz firme y un tanto ronca de padre, que me los descubrió. A madre también le gustaba escucharlos a pesar de que su catalán era limitado, y a menudo me pedía que le tradujese al francés las palabras que no comprendía. Por todo ello, hoy me ha entrado un enorme deseo de hablar de él, como si aquello me acercara otra vez a mis padres, y aunque en un primer instante no ha gustado mi repentina intromisión, el señor Romeu me ha mirado con benevolencia y, en un tono paternalista, me ha respondido: «Sí, señorita Casals, Verdaguer cruzó el Atlántico muchas veces en un barco de esta compañía, donde predicaba y a su vez escribía sus versos más conocidos... No obstante, en aquel tiempo la naviera llevaba el nombre de don Antonio López, el antiguo marqués de Comillas y padre del actual». El señor Goula se ha referido brevemente a la obra de Verdaguer, pero, a mi pesar, muy pronto la mesa al completo ha abandonado el tema para retomar, allí donde lo habían dejado, el excitante debate sobre herencias y parentescos. Nada que hacer, me he dicho a mí misma, y perdiendo nuevamente el hilo de la conversación durante el resto de la comida me he dedicado a recordar las noches de mi infancia en Louveciennes, hasta el punto de que casi he logrado escuchar la voz de padre recitando versos en medio de aquel rumor amortiguado de voces absurdas.

Lo primero que he hecho al salir de allí es dirigirme a la biblioteca. Sentía la urgencia de reencontrarme con la obra del poeta, y por eso he buscado entre los estantes repletos de libros hasta encontrar *L'emigrant*, el poema que padre cantaba cuando vivíamos en Francia sin poder contener las lágrimas, como catalán y como emigrante. Me he acomodado sin prisa junto a una ventana desde donde puedo contemplar directamente el mar, y me he dedicado a releerlo hasta que se me ha ocurrido la idea de copiar los primeros versos en mi diario. De este modo, a partir de ahora me acompañarán allí donde vaya:

*Dolça Catalunya
Pàtria del meu cor,
Quan de tu s'allunya
D'enyorança es mor.*

*Hermosa vall, bressol de ma infantesa,
Blanc Pirineu,
Marges i rius, ermita al cel suspesa,
Per sempre adéu!
Arpes del bosc, pinsans i cadernerres,
Cantau, cantau,
Jo dic plorant a boscos i riberes:
Adéu—siau![1]*

Padre ha regresado a su tierra, mientras que yo me voy para siempre. Ahora mismo siento este poema como nunca antes. «¡Para siempre adiós!» Empiezo a darme cuenta de que no soy más que una de tantas emigrantes de este gran transatlántico.

De pronto, me he puesto nostálgica. Escribo mientras pienso en mi vida anterior, en Louveciennes, y el recuerdo me entristece a la vez que me reconforta. ¡Era tan feliz allí! Mi vida de pueblo cuando era pequeña. Cada mañana en la escuela, cada tarde de invierno en casa, y cuando llegaba el buen tiempo, a jugar a la plaza que había enfrente. Nos juntábamos un montón de niños y niñas, todos conocidos desde la cuna. Prácticamente habíamos aprendido a andar al mismo tiempo, a correr, a saltar, a montar en bicicleta. Nuestras madres charlaban en la calle cada tarde, compraban el pan, la fruta, la carne a los mismos tenderos. Eran vecinas, amigas, incluso algunas de ellas eran parientes. Los padres llegaban a la caída del sol, y entonces cada familia se reunía en su hogar. Una vida sencilla y cómoda, hecha de inviernos y de veranos que se sucedían año tras año, idénticos. Ni un solo pensamiento de que algo pudiese cambiar. Pero entonces llegó la guerra, cuando empezábamos a hacernos mayores. Algunos chicos del pueblo fueron reclutados, algunas familias perdieron a un hijo, a un esposo... Cada drama era vivido muy de cerca en Louveciennes, porque todo el mundo se conocía. Es como si todos los colores de nuestra infancia hubieran palidecido de repente, es esta la visión que yo conservo. A nuestro alrededor, la vida se volvió gris, e incluso hubo familias que empezaron a marcharse.

Nosotros, al principio, continuamos con nuestra vida de siempre. Padre

iba y venía de París por sus asuntos comerciales, que habían prosperado por tratarse de un artículo de primera necesidad. Los fardos de lana que él compraba en países lejanos, como Argentina, iban a parar en grandes cantidades a sus hiladores, que ahora se dedicaban incansablemente a seguir una cadena que convertía el material en miles de mantas, colchones y todo tipo de ropa de abrigo que nuestros soldados pudieran necesitar. Mamá y yo en Louveciennes, y cada verano un largo paréntesis que significaba viajar a Cataluña, a L'Escala, el pueblo donde padre había nacido. Allí nos reencontrábamos con los abuelos, los tíos, vecinos y amigos de cada verano, y como allí no había guerra, nos permitíamos pensar durante semanas enteras que todo había terminado.

Dejamos de ir a L'Escala después del segundo verano de guerra, pues fue entonces cuando mamá enfermó. Esa Navidad ya no salía de la cama, el tumor que le había nacido en el pecho se extendió como el peor de los monstruos por distintas partes del cuerpo. Padre empezó a trabajar desde casa, y ambos cuidábamos por turnos de la pobre mamá. Hasta que falleció. Y entonces Louveciennes dejó de ser el lugar de siempre. En cada rincón percibíamos su ausencia. Ay, padre quiso huir de todo aquello. Alquilamos un apartamento en París, y entonces conoció a Lisette. Apenas unos años mayor que yo, aquella a quien podía ver más como una hermana mayor y en ningún caso como una segunda madre, conquistó el corazón herido y solitario de mi padre antes de lo que yo hubiera deseado. ¡Y no es que le desee nada malo a padre!, y tampoco a Lisette. Les deseo toda la felicidad del mundo, aunque yo no pueda participar de ella.

Lo intenté cuando nos trasladamos a Barcelona después de que se casaran. Procuré ser siempre amable con ella, tantas veces como estuvimos las dos solas mientras padre organizaba su nuevo despacho... Lisette iba tejiendo su nuevo círculo de amistades en Barcelona mientras yo lo contemplaba desde la distancia. ¿Cómo debía presentarme ella a toda aquella gente nueva en nuestras vidas? ¿«Mi hijastra»? ¡Si prácticamente teníamos la misma edad! Por no pensar en cuando lleguen los hijos, porque Lisette y padre no tardarán mucho en crear una nueva estampa familiar. ¿Y, entonces, dónde encajaré yo? Barcelona me gusta, es una ciudad llena de luz y con una ferviente actividad cultural; las terrazas de los cafés se encuentran repletas de vida a todas horas con sus animadas tertulias y personajes venidos de todo el

mundo; los comercios se parecen cada vez más a los de París. Podría haber sido feliz en una nueva etapa de mi vida con padre, él y yo, pero en absoluto en esta nueva realidad.

En mis peores momentos, siento que me han arrebatado todo aquello que conocía y que amaba. Primero a mamá, después Louveciennes, nuestros vecinos, mis amigos, la vida entera que hasta entonces había conocido; y ahora padre, lo único que aún me quedaba de mi mundo de antes. Aun así, no quiero convertir mis recuerdos en penurias, me niego a volverme una vieja de veinte años que se lamenta del pasado y no mira hacia delante. Tengo un futuro más allá del océano que atravesamos, una oportunidad a la que pienso agarrarme firmemente con todas mis fuerzas, porque sé que soy capaz de volver a empezar, como toda la gente que llena las entrañas de este barco.

He vuelto a leer la carta que Julio Mitchell me escribió en respuesta a mi consentimiento para contraer matrimonio. La ilusión y la esperanza se desprenden de cada línea escrita por mi futuro esposo y me conmueven profundamente. En cierto modo, estas líneas me ofrecen algunas pistas del hombre que encontraré y de la tierra en que viviré. Aquí mis fragmentos favoritos:

La Patagonia es todavía una tierra muy salvaje, las condiciones a veces son difíciles, aunque su extraordinaria belleza no te dejará indiferente. Te vas a enamorar, como yo, y entonces ya nunca más querrás irte. No se parece a nada que hayas visto, aquí el horizonte es infinito y no hay otro lugar en el mundo donde el sol brinde un mayor espectáculo a cada comienzo y final del día.

(...)

Tenemos miles de ovejas que cada año nos dan buena lana para exportar. También vacas, caballos, guanacos, cerdos, perros y gatos, gallinas, patos y ocas, no nos falta de nada. Aquí, en la Estancia Mitchellm, viven y trabajan decenas de peones y tres criadas, una cocinera para la casa y un cocinero para los peones.

La casa donde vivo, donde viviremos los dos, está construida al estilo europeo, todos los muebles fueron traídos en barco desde allí. Te sentirás bien, y no temas sentirte sola y aislada en medio de la inmensa estepa, porque aquí es tradición la visita frecuente del

viajero. Jamás sobra tiempo para el aburrimiento, tenemos trabajo y distracción constantes...

(...)

De hecho, querida Berta, si ya me permites llamarte así, en la Estancia Mitchell solo falta una mujer como tú para convertirla en lo que todavía no es: un verdadero hogar.

Un hogar que me espera. Apenas dos semanas y unos días, justo el tiempo que tardemos en superar el vasto océano, para reunirme con él, con este gran desconocido que se convertirá en el centro de mi nueva vida en América, mi cómplice, espero, mi amigo. El amor, si es que tiene que venir, ya llegará. Ahora mismo me conformo con la imagen idílica de mi futuro hogar, allá en la Patagonia.

La noche. Escribo desde mi camarote, acostada en la cama y de vez en cuando asomada a la ventana, que me devuelve la oscuridad de la noche. El día ha sido largo y ha embarcado mucha gente en el *Reina Victoria Eugenia*. En general, más miseria, más historias tristes que desearía conocer... Sobre todo emigrantes de tercera clase. Los miembros de la tripulación han pasado el día muy atareados con la carga del equipaje de los nuevos pasajeros, que combinaban con el avituallamiento general del gran transatlántico: agua, comida, cantidades ingentes de carbón y de todo tipo de provisiones que introducen en el vientre del buque. Después del siguiente puerto pasaremos muchos días sin tocar tierra, y hay que cargar con todo lo necesario.

Durante la cena hemos vuelto a la misma mesa de ayer por la noche, ¡con una Maya Demianova que gastaba un humor de mil demonios! Dice que no le ha gustado en absoluto Cádiz, que es una ciudad carente de toda gracia, y que bajar a puerto le ha supuesto una verdadera y absurda pérdida de tiempo. El señor Amadeo, uno de los dos oficiales de nuestra mesa, la ha contradicho educadamente argumentando que Cádiz, en realidad, posee una avenida muy bonita que da al mar, al igual que su catedral, que es bien digna de una visita. El señor Goula le ha dado la razón: «La visitamos durante otro viaje a América...», ha comenzado, para luego dar paso a su esposa: «Recuerdo Cádiz como una población repleta de comercios, limpia y ordenada. ¡A mí me sorprendió muy agradablemente!». Dichos comentarios no han hecho sino

empeorar el humor de la Demianova, a quien es obvio que no le gusta que le lleven la contraria, así que, llegados a este punto, la bailarina ha optado por limitarse a alternar algunas frases cortas y concisas con unos silencios aterradores que incomodaban a toda la mesa. Monsieur Bertrand sudaba visiblemente en las sienes, y el pobre hombre sacaba el pañuelo a cada momento y se secaba la frente con toquécitos. Sus miradas a la Demianova eran de auténtica súplica. porque si hay algo que irrita a monsieur Bertrand, es que su diva no se sienta plenamente satisfecha. A mi lado, Irina Alexandrovna masticaba en silencio, como si nada ocurriera a su alrededor. He vuelto a sentir a intervalos su mirada curiosa sobre mí, y se me ha ocurrido que, si no nos halláramos siempre tan rodeadas de gente, seguramente ya me hubiese abordado con todas las preguntas que sus ojos parecen formular. Desearía tanto hablar con ella... ¡Me muero por tener una amiga a bordo!

Una vez terminada la cena, nos hemos dirigido todos hacia el salón de música, donde la orquesta empezaba a tocar. Quizá sea el más elegante de todos los espacios de primera clase, con sus techos altos, sus grandes dimensiones y todo el sinfín de sillones ricamente tapizados que se hallan repartidos aquí y allá. El piano en un rincón, el sexteto interpretando su música... Sin embargo, nada impresionaba a la Demianova; más bien todo le parecía mal. Durante la velada se ha dedicado a lanzar dardos envenenados a los pobres músicos que entretenían a los pasajeros. Sus comentarios maliciosos llegaban a buena parte del salón, e incluso alguno de los músicos podría haberla escuchado. Dejaba caer expresiones de disgusto como, por ejemplo, «¡Qué poca calidad!», o bien «¿Dónde se ha visto tocar así a Chaikovski?». A medida que hablaba, he visto a su hija sulfurarse poco a poco y removerse incómodamente en su silla. En un par de ocasiones le ha susurrado al oído unas palabras para calmarla pero, lejos de conseguirlo, Maya Demianova seguía escupiendo comentarios a diestro y siniestro. Hasta que la paciencia de Irina Alexandrovna ha parecido llegar al límite y, súbitamente, se ha levantado con la intención de abandonar el salón. «¿Adónde crees que vas, querida?», le ha dicho su madre impertérrita, arqueando las cejas y fulminándola con la mirada. Irina ha vuelto a su silla, y la he visto apretar los dientes con tanta rabia que he temido que en cualquier momento llegase a explotar.

Los hombres se han ido retirando al *fumoir* y las damas han practicado ese arte del disimulo que tan bien parecen dominar: miraban hacia otro lado, hacían oídos sordos a las exclamaciones salidas de tono de la Demianova, y muchas se abanicaban nerviosas cuando la bailarina llegaba a su máximo delirio. Entonces alzaban el tono de voz en sus conversaciones fútiles para guardar, por encima de todo, las buenas maneras y el saber estar. Al final solo quedábamos allí sentados, junto a la bailarina, el fiel monsieur Bertrand, su hija y yo, puesto que yo no tenía ni pizca de sueño para retirarme a dormir. Y no es que quedarme allí fuera nada divertido, la Demianova había convertido la última parte de la velada en un espectáculo propio de las grandes divas que desean hacerse ver, pero aun así sentía el deber de acompañar moralmente a Irina, pues intuyo que si le muestro mi solidaridad, acabará confiando en mí. Hemos hablado muy poco, solamente un pobre intercambio de frases triviales en medio de los desatinos de la bailarina, pero su sonrisa me ha parecido cercana y en sus ojos he visto el agradecimiento por haber permanecido a su lado, a pesar de la tormenta de furia. De momento me conformo con esto; tal vez mañana, si Dios quiere, seremos buenas amigas.

7 de diciembre de 1918

Navegamos hacia Tenerife

Esta mañana hemos dejado atrás Cádiz y navegamos hacia Santa Cruz de Tenerife, el último puerto donde nos detendremos antes de atravesar el Atlántico. Me he dirigido a cubierta con la intención de escribir unas páginas en mi cuaderno, que poco a poco se va llenando. La gente paseaba tranquila después del desayuno, algunos yacían en las hamacas un tanto adormilados, y yo buscaba una que estuviera libre para acomodarme cuando he escuchado el rumor de una alegre música sonando en la proa del barco. Me he acercado hasta el extremo de la barandilla y me he asomado un poco para ver la escena que se desarrollaba dos cubiertas más abajo. Allí estaban instalados unos cuantos emigrantes, probablemente andaluces, pues tocaban un par de guitarras y dos han empezado a cantar. Unas muchachas se han puesto a bailar a su alrededor, con esa gracia que tienen las del sur de España, y otros más se les han sumado dando palmas. Al oír esa alegre música, unos chiquillos que andaban jugando por ahí se han plantado delante e, imitando a las muchachas, se han puesto a dar piruetas y a taconear. ¡Qué ambiente más divertido! ¡Qué diferente de la aburrida tranquilidad que se respira a menudo aquí arriba!

Estaba tan entretenida observándolos que no se me ha ocurrido abrir el cuaderno. Pero al poco rato ha empezado a levantarse un viento que cada vez soplaba con más fuerza. A medida que el mar empezaba a encrespase, la música y los alegres cantos se han ido apagando, y la gente ha comenzado a marcharse. Lo mismo ha ocurrido en nuestra cubierta, donde una dama ha perdido su sombrero y dos caballeros han salido disparados a rescatarlo unos metros más allá, ¡con movimientos tan ridículos como caballerosos!, para

luego ir desfilando todos hacia el interior de los salones. En apenas unos minutos me he quedado prácticamente sola en cubierta, sin ganas de entrar. Me he resistido un poco, mientras la nave comenzaba a balancearse más de lo habitual. Ahora que podía escoger la hamaca que quisiera, me he sentado en una al resguardo del viento, y me he dedicado a contemplar el mar embravecido, maravillándome de lo mucho que me gusta así. Me encanta observar sus cambios de humor, al igual que me fascina el cielo interminable y constantemente cambiante. Ya no quedaba rastro de la música alegre de antes cuando por fin he decidido entrar y buscar un lugar más adecuado.

Apenas hay pasajeros en la galería acristalada, buena parte de ellos se ha retirado a sus camarotes porque todo el mundo se encuentra muy mareado. Pero yo soy afortunada, me encuentro perfectamente y puedo disfrutar de la tranquilidad que ahora reina en esta parte del barco, sentada en una cómoda silla de mimbre. La he colocado mirando directamente al océano, junto a uno de los grandes ventanales con elegantes cortinas que hay en la galería. ¡Qué precioso es mi mar! Ahora mismo no se distingue ni un ápice de tierra y empiezo a figurarme cómo serán los próximos días a bordo. En la galería acristalada también sirven comidas y estoy pensando seriamente en quedarme a comer hoy aquí. Este espacio es probablemente uno de los más vistosos de toda la clase de lujo. Se podría decir que la intención de quienes decoraron la galería—restaurante, así es como la llama el personal de a bordo, era la de recrear una especie de jardín. Y, verdaderamente, este es el efecto que se consigue gracias al revestimiento de mayólicas que simula un trepado de hojas y a las flores que hay por todas partes. En el suelo se dibuja un bonito mosaico geométrico, y aquí y allá hay plantas naturales distribuidas en grandes tiestos, sin olvidar las numerosas sillas de mimbre, que ayudan a aligerar el ambiente y a otorgarle un aire de auténtico jardín.

La galería se ubica en la parte de estribor, y justo al otro lado, en babor, se encuentran los camarotes más lujosos y exclusivos de todo el barco. Me consta que en uno de ellos se alojan las Demianova, madre e hija. Me pregunto por su estado de ánimo ahora mismo, con este mar tan embravecido. No las he visto en toda la mañana, tampoco a monsieur Bertrand, y ni siquiera los Goula ni ningún otro de los pasajeros que conozco han aparecido por aquí.

Si avanzara en dirección a popa, entraría en el salón de fumadores, donde

los caballeros pasan largo tiempo de tertulia junto al capitán y los oficiales. Más allá está el café Verandah, con una decoración muy parecida a la de la galería y, lo que es más interesante, con una terraza al descubierto donde, si el mar se apacigua un poco, me acomodaré más tarde. Creo que hoy me he levantado con tanta energía como el mismo océano, algo se remueve en mi interior y me empuja a rebelarme contra tantos días de calma. Siento que paso muchas horas callada y contenida, algo que no es habitual en mí. Temo olvidar quién soy y convertirme en una de esas damas aburridas que con frecuencia tengo a mi lado.

He subido a la cubierta de botes con la esperanza de encontrar a Abel y, en un primer momento, la he visto tan vacía que me he desilusionado. He mirado a mi alrededor, pero no había rastro de mi amigo, así que ya me disponía a montar en el ascensor (un aparato a disposición de los pasajeros, a pesar de que la mayoría usa las escaleras) para bajar de nuevo a los salones cuando de pronto he visto a dos hombres salir del gimnasio. Uno de ellos era sin lugar a dudas Abel, aunque esta vez no vestía de un modo tan elegante como tiene por costumbre, sino una cómoda ropa deportiva y una toalla colgando del cuello. Charlaba con el otro hombre y ambos se reían de algo. He dudado si acercarme a ellos, pero entonces Abel me ha visto y ha llamado mi atención con gestos enérgicos: «¡Berta! ¡Aquí!», ha gritado mientras gesticulaba para que me acercara. «¡Qué bien que estés aquí! Con este viento, te hacía encerrada en los salones de abajo o en tu camarote.» Yo le he respondido orgullosa que haría falta un viento mucho más fuerte y un mar todavía más crispado para vencerme y recluirme en mi camarote. Entonces él ha mirado hacia su compañero y le ha dicho: «¿Lo ves? Ya te dije que era una chica increíble». Por suerte, su amigo se ha presentado enseguida y hemos dejado de hablar de mí, pues ya me subían los colores a las mejillas, ¡qué vergüenza! El compañero de Abel es Ramón Català, uno de los hombres con quienes comparte camarote, y es tan amable y sociable que nos hemos quedado un buen rato charlando, ellos dos con su ropa deportiva y yo tratando de peinar discretamente mi pelo con la mano en una lucha contra el fuerte viento que me lo despeinaba. Ramón Català me ha contado que es amigo del médico oficial de a bordo, a quien veo tan a menudo junto al capitán. Parece ser que Ramón fue discípulo suyo y que, al embarcar en el

Reina Victoria Eugenia, el buen doctor se encargó de facilitarle un sitio en segunda clase en vez de en tercera, razón por la que Ramón Català le está enormemente agradecido. «He sabido que viaja usted en clase de lujo, señorita Casals. ¡Espero que esté disfrutando mucho del viaje!» Y yo me he preguntado qué le habría contado exactamente Abel sobre mí. A continuación, mi amigo ha querido contarme que Ramón Català echa una mano al médico oficial durante la travesía, de modo que cada día baja a tercera clase, puesto que allí es donde se alojan más viajeros, para visitar a los enfermos o indispuestos. «Ramón ha estado conteniendo la epidemia de gripe que se había extendido en Barcelona los últimos meses. ¿Sabías, Berta, que el *Infanta Isabel de Borbón*, el otro buque de la Trasatlántica que hace la misma ruta hacia Argentina, llegó a Buenos Aires el mes pasado con doscientos enfermos de gripe a bordo?» Yo me he estremecido solo de pensarlo, porque a pesar de que dicen que ahora empieza a remitir esa epidemia terrible, son muchos los que se contagiaron y han muerto. Les he hablado del caso de una familia que vivía en la misma calle que nosotros en Barcelona, un padre de familia que, en cuestión de meses, perdió a su hija pequeña y a su esposa, que estoy convencida que murió tanto por los efectos del contagio como por la tristeza en que se sumió tras perder a su hija. El doctor Català asentía con la cabeza, con tantos casos que contar como debe de tener él... Aun así, no ha querido alarmarme y enseguida me ha asegurado que en sus visitas a las distintas cubiertas del buque no ha encontrado ningún caso preocupante, fuera de las habituales indisposiciones típicas de un viaje por mar. Pero Abel se lo ha discutido: «Creo que Berta no necesita píldoras de mentira, amigo mío. ¡En tercera clase yo mismo he visto mucho más que inocentes males de mar! Sabes bien que ahí hay muchos emigrantes que cargan con la miseria del hogar, la falta de higiene y las malas condiciones en las que han vivido hasta ahora. Y no es precisamente que en el barco les vaya mucho mejor... Deberías verlos, Berta, y te harías una idea de cómo las reglas de esta sociedad desigual e injusta en que vivimos se reproducen tan fielmente en medio del océano como en tierra firme».

Me he quedado asombrada ante sus contundentes palabras, porque no conocía esta faceta de Abel. Claro que yo conocí a un niño, y luego a un chico que no había salido nunca de su casa. Qué distinto parece este Abel que ya es todo un hombre. Al principio solamente vi el cambio en su aspecto, en

su modo de vestir discretamente elegante, en el pelo bien peinado hacia un lado. Sin embargo, hoy he visto más que eso: el nuevo Abel, más vivido, más experimentado, es un hombre de firmes convicciones. Al escucharle describir las carencias de la tercera clase he recordado la otra noche, cuando la gente embarcaba en Málaga y yo me encontraba observándolos desde la cubierta superior. Es completamente cierto que en algunos vi esa tremenda pobreza a la que Abel se refiere, y he sonreído al darme cuenta de que las mismas reflexiones que Abel ha pronunciado hoy en voz alta pasaron antes por mi mente.

El doctor Català me ha confiado que Abel lo acompaña a menudo a tercera clase, y ha querido saber si tal vez algún día yo misma querría acompañarlos. Sospecho que me ha puesto a prueba, quería ver hasta qué punto la primera clase se me había subido a la cabeza, pero yo me he apresurado a responderle que sí, que estaría encantada y muy interesada en bajar alguno de estos días a las cubiertas inferiores. Abel ha parecido tan complacido con mi respuesta que me ha dedicado una amplia sonrisa para acabar diciéndome: «Veo que sigues siendo la chica de siempre». Y yo me he sorprendido, pues me pregunto hasta qué punto me conoce.

Nos hemos despedido poco después, porque el viento ha empezado a soplar con mayor fuerza y ya no resultaba agradable seguir conversando. Me han acompañado hasta la puerta del ascensor, y antes de irme les he estrechado la mano a ambos. Cuando ha llegado el turno de Abel, me ha retenido la mano un poco más de la cuenta, provocando una situación un tanto incómoda cuando su mirada se ha hecho tan intensa, tan directa que es posible que el doctor Català haya pensado lo que no es. Abel me ha preguntado: «¿Te veré mañana? ¿Por la tarde? ¿Aquí mismo?», a lo que yo le he respondido con un tal vez.

Esta noche parece que he causado un pequeño escándalo entre los viajeros más elegantes. Tras ponerme el vestido verde oscuro de la otra velada, ¡qué absurdo tener que cambiarse de ropa dos o tres veces al día!, me he dirigido al salón comedor cuando nos han llamado para cenar. Justo al entrar, me he tropezado con los Goula, que iban acompañados de Irina Alexandrovna. He preguntado prudentemente por su madre ausente. Se me ha ocurrido que tal vez, tras la cena de ayer, la gran bailarina había decidido

castigarnos sin su presencia, pero la misma Irina me ha aclarado que otra vez sufría de un fuerte dolor de cabeza, probablemente a causa del viento y del movimiento de hoy. «Ha preferido una cena ligera en el camarote y acostarse temprano. Todo el mundo le molesta cuando se encuentra así, incluso yo», me ha dicho avispadamente. De pronto he visto a la chica animada que puede ser si se lo propone, y se me ha ocurrido que tal vez es la madre quien la hace estar más callada, más contenida de lo que realmente es. Porque hoy Irina Alexandrovna parecía otra, alguien dispuesto a pasárselo bien. Muy al contrario de la señora Goula, quien, nada más verme, se ha puesto muy seria y silenciosa. Hemos ido avanzando hacia nuestra mesa y, al cruzarnos con la señora Romeu, he advertido en ella la misma expresión reprobadora hacia mí, y un sutil cruce de miradas entre ambas damas. Confusa, he observado mi aspecto en el reflejo de una ventana, buscando alguna explicación, algo en mí que estuviera fuera de lugar, pero no he visto nada en absoluto. Y entonces ha sido Ira, así quiere la hija de la Demianova que la llame a partir de ahora, quien se ha colgado de mi brazo y me ha apartado discretamente a un lado. Me ha susurrado al oído: «Es por tu vestido. Lo llevabas hace dos noches». Me he quedado paralizada, para luego preguntarle llena de sorpresa: «¿Acaso no se puede repetir vestido?». Ira me ha sonreído con benevolencia y me lo ha confirmado con la cabeza. De nuevo con ese aire un poco travieso, ha dicho: «Qué norma tan absurda, ¿verdad? No hagas ningún caso de toda esta gente. No son mejores que nadie, ¡solo son más ricos!». Me he quedado tan fascinada con ella que se me ha quitado el disgusto. Tiene toda la razón, simplemente son más ricos, nada más. Al instante he sabido que íbamos a ser amigas y que por fin había encontrado a alguien en primera clase con quien poder hablar sin avergonzarme de nada.

Durante la cena, nos hemos divertido mucho viendo cómo monsieur Bertrand se dedicaba a coquetear descaradamente con uno de los dos oficiales que se sientan a nuestra mesa. A falta de su diva, el francés más exquisito del barco buscaba otros placeres echándole el ojo al señor Amadeo, tan atractivo con su uniforme y poseedor de conocimientos acerca del mar que demuestra cada velada. El oficial ha aguantado bastante bien el torrente de preguntas que monsieur Bertrand le ha formulado con el único fin de acaparar toda su atención, hasta que el señor Goula se ha entrometido y la conversación se ha vuelto tan técnica y aburrida que monsieur Bertrand ha claudicado. Ha sido

en ese preciso instante cuando ha centrado su atención en nosotras y ha comenzado a preguntar sobre mí. También Ira lo ha hecho, los dos parecían muy interesados en saber más de lo que les habían contado. Ambos sabían, simplemente, que viajo a Argentina para contraer matrimonio con mi prometido, monsieur Bertrand incluso ha manifestado que la historia le parecía tan romántica que parecía sacada de una novela. «¡Una muchacha joven y sola, desamparada, cruzando el océano para reunirse con su amado!», ha exclamado dramáticamente. Ira y yo hemos cruzado nuestras miradas y, sin poderlo evitar, nos hemos echado a reír. Monsieur Bertrand ni siquiera se ha ofendido, es más, ha insistido en saber todos los detalles. De modo que me he dedicado a explicarles la historia de mi compromiso, desde el día que conocí a Julio Mitchell y me besó la mano, hasta la carta que recibimos años después con su propuesta de matrimonio. Ignoraba cómo iban a tomarse estos dos desconocidos mi historia, cabía la posibilidad de que su reacción fuera la misma que tuvo Abel. Sin embargo, ha sucedido todo lo contrario, los ojos de monsieur Bertrand centelleaban ante mi explicación y confirmaban que sí, que él llevaba razón cuando decía que todo era tan romántico como lo había imaginado. Ira me ha preguntado acerca del lugar donde viviremos, y yo le he hablado de la Estancia Mitchell y de lo poco que sé de la Patagonia. Mi nueva amiga me ha escuchado con verdadero interés, pronunciando frases como «eres una mujer afortunada», o «seguro que vas a ser muy feliz», que me han llenado de dicha y esperanza.

Después de la cena, Ira y yo hemos dado un paseo a solas por la cubierta, mientras los Goula tomaban algo en el café Verandah y monsieur Bertrand volvía a la carga con el oficial Amadeo. He aprovechado para pedirle a Ira que me hablase un poco de ella, y entonces me ha dicho que no es la primera vez que viaja a Argentina. «De hecho, es mi segunda vez. Anteriormente acompañé a mi madre en una gira por Sudamérica, cuando aún bailaba.» Ha descrito Buenos Aires como una ciudad muy animada, y me ha dicho que vivirán allí de ahora en adelante. Ira no se muestra muy ilusionada al hablar de lo que van a hacer; la intención de su madre es abrir una escuela de danza en la ciudad, una escuela que lógicamente llevará su nombre. «Maya tiene previsto comenzar aceptando un número limitado de alumnas, unas quince más o menos, e ir ampliando poco a poco.» Hacía rato que aguardaba la ocasión de preguntarle por qué dejó los escenarios, y he aprovechado para

hacerlo, en medio de una disculpa por mi completa ignorancia. Ira me ha contado que se debe a una fractura de los metatarsianos, unos huesos que se encuentran en la parte anterior de los pies. «Es un mal frecuente en las bailarinas, aunque en algunos casos puede agravarse de tal modo que deben abandonar la danza.» Ira ha suspirado profundamente y luego ha murmurado, más bien para sí: «No sé qué es peor, antes, cuando bailaba y sufría, o ahora que nunca podrá volver...».

Habíamos quedado lo suficientemente alejadas del resto de pasajeros que paseaban por la cubierta como para que Ira pudiera hablarme con toda franqueza. Me ha descrito el «infierno», según sus propias palabras, que significaba vivir al lado de la gran Demianova cada vez que esta debía estrenar un ballet. Parece que «Maya», así llama a menudo la hija a la madre, se imponía un régimen casi monacal. Antes del estreno, nada de visitas, ensayos agotadores sin pausa, una alimentación escasísima y muy limitada... Y todo ello acompañado de un humor terrible, de un estado de nerviosismo que solo se desvanecía cuando se metía en la cama temprano y dormía. «Solo entonces yo podía disfrutar de un poco de paz, ¿comprendes?». Y todo se debía a la rígida disciplina que la bailarina se aplicaba a sí misma, poniendo a prueba su capacidad de resistencia en cuanto empezó el dolor en los pies. Fue cuando comenzó a trabajar no solo en Rusia, sino a hacer giras por todo el mundo, cuando sus pies empezaron a notar el desgaste. He entendido que la metatarsalgia es una fractura causada por el estrés que sufren estos huesos del pie a causa de la presión que se ejerce sobre ellos al bailar en puntas, y parece que, al empezar a notarlo, Maya quiso ocultarlo. En sus primeras giras internacionales, Maya accedía a trabajar sin fin y decía que sí a todas las funciones a pesar del dolor que ya sentía en los pies, cada vez más intenso. Quería continuar en lo más alto dentro del disputado mundo del ballet y seguir beneficiándose de los papeles más relevantes, pues consideraba que había trabajado muy duro toda su vida para llegar donde estaba y se resistía con furia a ceder por un simple dolor de pies. Sin embargo, su físico se le rebelaba cada vez más. Ira me ha descrito cómo los episodios de intenso dolor, provocados tras hacer muchas funciones seguidas, comenzaron a ser demasiado frecuentes e insoportables. Solo ella y algunas personas más conocían su problema. Y sufrían en silencio su ira. Los pies se le fatigaban en exceso, y entonces descansaba unos días. Cada mañana y cada noche, Irina le

hacía unos masajes intensos a base de alcohol en la planta de los pies y en los gemelos que la aliviaban. Un médico de confianza por fin empezó a tratarla, después de ser severamente advertido acerca de su necesaria discreción. Le prescribía cataplasmas y, ante todo, reposo. Maya iba lidiando con esta situación, que comenzaba a ser un secreto a voces, mientras sus bellísimos pies se llenaban de callos y la hacían enfurecer. En los últimos tiempos, me ha dicho Ira, el dolor se hizo tan insoportable que Maya apenas conseguía apoyar los pies en el suelo. Tuvo que anular algunas funciones. En el último año, los períodos de reposo habían superado las escasas representaciones que se veía capaz de hacer. Pero no fue solo eso. La calidad de su baile se resintió. «Hasta que una noche, tras una función en Montecarlo donde cometió varios errores en el escenario de tanto como la mortificaba el dolor, dijo basta», ha concluido Ira.

Me he sumido en un largo silencio tras su relato, me sentía tan conmovida por la pobre Maya Demianova que incluso la he disculpado de corazón por su mal genio de ayer. Y qué decir de Ira... Su total sinceridad al confiarme esta triste historia me demuestra que ya no somos desconocidas, y ahora la siento muy cerca de mí. Lo que me resulta más extraño, rememorándolo todo mientras escribo, es la expresión de Ira a lo largo de toda su narración: apenas he vislumbrado aflicción en sus ojos, su rostro mostraba la frialdad de un médico al diagnosticar un caso cualquiera, como si todo el dolor, todo el sufrimiento de la madre no fuese con ella, como si lo estuviera observando desde una perspectiva lejana. Quizá este es el modo que Irina ha encontrado de protegerse de todo, dejar sus sentimientos a un lado y mirarlo todo de la manera más fría posible, porque por nada del mundo concibo que el dolor de una madre no sea percibido como un dolor propio por su hija. Sé muy bien de lo que hablo.

8 de diciembre de 1918

Tenerife

Después de desayunar, he buscado al sobrecargo para pedirle que subieran de la bodega el baúl con todos mis vestidos, precisamente aquellos que pensaba estrenar en Argentina pero que finalmente tendré que ponerme aquí. Ahora sé que me harán falta todos si no quiero repetir mi pequeño escándalo de la otra velada. Una vez solicitado el encargo, he salido a dar mi paseo matutino habitual por una cubierta donde hoy reinaba el buen tiempo, ni rastro del viento de ayer, y donde he podido comprobar lo que había escuchado a primera hora en boca de algunos pasajeros: la isla de Tenerife ya se vislumbra en el horizonte. He distinguido el Teide, el volcán que da a la isla una altura considerable, y a medida que nos acercábamos he podido apreciar el paisaje de roca desnuda, el color oscuro de la tierra volcánica, y un verde que apenas asoma tímidamente en las partes más bajas de la isla. Hay casas blancas diseminadas por todas partes, en algunos puntos en mayor número y concentración, formando pequeñas localidades. Nunca antes había estado en Tenerife, así que he decidido que hoy sí voy a bajar a tierra, aunque tenga que ir sola, ya que será el último puerto que podremos pisar antes de abandonar el Viejo Continente. ¿Será para siempre? En todo caso, será seguramente por muchos años.

Cuando me he dirigido hacia la salida del barco, me he encontrado con Ira y su madre, que también se disponían a desembarcar. ¡Qué sorpresa me he llevado cuando Maya Demianova, hoy de un humor excelente, me ha invitado a visitar la isla con ellas! Hasta ahora no se había fijado demasiado en mí, y sospecho que Ira debe de haberle hablado de mí, porque la Demianova se ha mostrado desde el principio mucho más amable y cercana

que antes. Esta bellísima dama, de una elegancia que no me canso de contemplar, me ha dedicado tantas atenciones durante el día de hoy que todavía me siento abrumada.

Hemos bajado del barco y nos hemos dirigido hasta un coche que la bailarina había contratado. «Pasearemos un rato, comeremos y luego nos llevará a hacer unas compras», le ha ordenado al chofer en un español muy correcto. Se nota que ha viajado por todo el mundo, porque tanto ella como su hija Irina hablan con fluidez varios idiomas. Cómodamente instaladas en el asiento de atrás, nos hemos dejado llevar por las calles de Santa Cruz bajo un espléndido cielo azul con un sol que brillaba desde lo alto. Apenas he tenido ocasión de hablar con mi amiga Ira, puesto que su madre estaba entre las dos y, con su conversación, absorbía toda mi atención. Es asombroso cómo me ha tratado Maya hoy, ha sido como si me descubriera por primera vez desde que salimos de Barcelona y de golpe se percatase de que tengo la misma edad que su hija. «¡Incluso os parecéis!», exclama divertida a todas horas. Desconozco si su interés en mí será tan volátil y caprichoso como sus estados de ánimo. Aun así, me ha conmovido cuando me ha prometido: «A partir de ahora serás mi *protégée*. No me gusta que una muchacha como tú viaje sola». Le ha guiñado un ojo a Ira, como si ya lo hubieran discutido antes, y yo no he podido más que mostrar mi agradecimiento sincero.

Maya, así desea que la llame a partir de hoy y no madame Demianova, como hacía antes, se ha pasado la mañana entera y parte de la tarde compartiendo sus recuerdos más antiguos conmigo, probablemente consciente de mi deseo de saberlo todo de ella. Se da perfecta cuenta del placer que siento al escucharla, al conocer cualquier detalle de su intensa vida, pues me parece hallarme frente a una musa de otros tiempos. Su rostro tenía un aire soñador al narrarme sus inicios en Petrogrado. «La primera vez que pisé el teatro Mariinsky fue en una *matinée* durante la *Maslenitza*», ha empezado, y ante mi expresión de ignorancia, casi de disculpa por no saber qué era la *Maslenitza*, me ha aclarado que se trata del Carnaval. Asegura que en San Petersburgo, ella sigue llamando así a su ciudad natal, era el momento del año en que el gran público podía acceder a las funciones del Palacio Imperial. En aquella ocasión se representó *La hija del faraón*, y Maya ha descrito extasiada lo asombrada que se quedó nada más ver salir al escenario a los bailarines. «Lo supe enseguida, yo quería dedicarme a aquello», ha

recordado. Parece ser que sus padres, que pasaban ciertas penurias económicas, la apoyaron en todo, dado que la profesión de bailarina en la Rusia imperial era una de las pocas opciones que una muchacha con educación tenía de ganar dinero.

Ingresó a los nueve años en la Escuela del Ballet Imperial, situada en la misma calle del teatro, y a partir de entonces la danza pasó a ser la única cosa que le interesaba en la vida. Lo describía con la mirada perdida a través de los cristales del coche, y estoy convencida de que en ese momento Maya no veía las calles, ni siquiera la gente de Santa Cruz, sino su querido e idealizado San Petersburgo de finales de siglo. Yo permanecía muy callada y atenta, no quería que dejase de hablar, mientras que Ira miraba hacia otro lado, otra vez con su aire ausente.

Maya se ha referido a continuación al año en que murió el zar Alejandro III, el padre del desafortunado Nicolás II. Poco antes de que eso sucediera, ella entró en calidad de interna en el conservatorio. «Al fin podía dejar la casa de mis padres, y evitar desplazarme cada mañana de allí a la escuela.» Más tarde he meditado acerca del tono que ha usado en dicho comentario y me ha parecido que ese «al fin» no era tanto por los desplazamientos de casa a la escuela y de la escuela a casa, sino por haberse alejado de sus padres, o más bien de la vida mediocre de la que ella deseaba huir.

El chofer canario conducía por una amplia avenida en la que a cada instante admirábamos algún palacete señorial, y entonces Maya me ha detallado la vida que llevaban las alumnas que, como ella, estaban internas en el conservatorio. Desde un primer momento me ha dejado claro que las alumnas del Ballet Imperial eran, por encima de todo, alejadas constantemente del mundo exterior, como si este pudiera suponer una mala influencia en la formación de su carácter más puro, he deducido. En la escuela, las aspirantes a bailarinas seguían una rígida disciplina que consistía en clases diarias, ensayos, algunas funciones en el teatro Mariinsky y, sobre todo, mucha reclusión y vigilancia estricta en lo que atañía a su alimentación. Me he podido hacer una idea de cómo debía de ser cuando me ha explicado que durante las visitas de los padres, ¡los dulces que algunos de ellos traían como obsequio a sus hijas eran inmediatamente requisados!

Desde aquellos primeros años, la joven Maya ya despuntaba con relación a sus compañeras, y eran muchos los profesores de danza que le auguraban

un futuro prometedor. «Crecí sabiendo que iba a convertirme en una *prima ballerina*», ha admitido con toda naturalidad. Luego se ha referido a sus dieciocho años, justo cuando se celebraban las fiestas de coronación del nuevo zar, Nicolás II, Maya se graduó. Entró en el cuerpo de bailarinas del Ballet Imperial, y entonces un mundo entero de posibilidades se abrió ante ella. Por un lado, pasó a ganar un dinero que servía para ayudar a sus padres y hermanos; por otro, con unas ganas de comerse el mundo fácilmente imaginables en la joven Maya, empezó una carrera en la que escaló rápidamente hasta los primeros puestos. «Mi madre empezó a tener muchos admiradores», ha intervenido de modo imprevisto Ira, por primera vez desde que Maya había iniciado la conversación. No sabría decir si había cierta malicia en su tono, aun así, Maya ha sonreído. Ella misma ha contado que, efectivamente, eran muchos los que la esperaban cada noche de función ante las puertas del teatro. «Había quien se conformaba con verme un momento a mi salida», ha rememorado divertida, puesto que enseguida se metía en el carruaje que la estaba esperando para llevarla a su casa, no a la de sus padres, sino a la que había comprado gracias a sus progresos; o bien a una fiesta donde acudía toda la gente importante de la ciudad. Pero entonces ha dejado de lado a los admiradores, porque quería hablarme de cómo conoció al padre de Ira. Ella tenía nuestra misma edad y se enamoró al instante, ha asegurado: «Era oficial del Ejército, ¡y el uniforme le sentaba tan bien! Nos conocimos durante una fiesta en un palacio de San Petersburgo, y en toda la velada ya no tuve ojos para nadie más». Su mirada ha adoptado un aire romántico cuando, a continuación, me ha explicado que enseguida se casaron y que a finales de ese mismo año tuvieron a la pequeña Ira. Ha extendido una mano hacia mi amiga para tocarle cariñosamente la barbilla, pero ella se ha apartado con un gesto instintivo, algo que me ha sorprendido. Maya no ha parecido ser consciente de su desaire, tan sumida como estaba en sus propios recuerdos, así que ha seguido hablando con naturalidad de sus adorados viejos tiempos.

Hemos comido en un restaurante del centro de la ciudad donde, por supuesto, hemos pasado a ser el centro de atención de las pocas mesas que había ocupadas. Y no porque reconocieran a Maya en estas tierras lejanas, aunque su modo de caminar y su aire distinguido evidenciaban que se trataba de una auténtica celebridad. Hemos saboreado unos platos típicamente canarios mientras Maya citaba algunas de sus obras favoritas de entre todas

las que ha interpretado. Ha mencionado el famoso *Lago de los cisnes*, y una *Giselle* junto a Nijinsky, y se ha referido a su primer papel como *prima ballerina* en *El corsario* para el que recibió clases preparatorias de una anciana bailarina llamada Sokolova, a quien recuerda con verdadero cariño y nostalgia.

No soy capaz de recordar los nombres de todos los ballets que ha mencionado, porque desgraciadamente mis conocimientos acerca de este arte son muy limitados, aunque sí se me ha quedado grabado en la memoria cada detalle que me ha descrito sobre las suntuosas fiestas aristocráticas a las que asistía mientras vivió en Rusia, el retrato más fiel de una época en la que era impensable la caída del zar y la Revolución de los bolcheviques. Esto no lo ha mencionado, aunque espero seguir conociendo más acerca de su vida y de todo el periplo que madre e hija deben de haber sufrido antes de llegar hasta aquí. Tal vez más adelante pueda preguntarle más cosas a Ira, o quizá la misma Maya siga deleitándose con todas sus vivencias ahora que me he convertido en su *protégée*. Lo que es seguro es que habrá tiempo durante la travesía, y si a ello le sumamos la buena disposición de Maya a rememorar su mundo pasado, creo poder afirmar que llegaré a Buenos Aires sabiéndolo todo o casi todo.

Aún hemos tenido tiempo para unas cuantas compras antes de regresar al barco. Me ha sorprendido el gran número de tiendas que hay en Santa Cruz, y en muchas de ellas nos hemos encontrado a gente del *Reina Victoria Eugenia*. Compraban de todo, sobre todo los señores, que por lo que me han contado aprovechan los buenos precios del tabaco en la isla para proveerse de los mejores puros. Finalmente hemos subido al barco, bien dispuestas a disfrutar del ambiente festivo que se respiraba a bordo con motivo de ser este el último atardecer en un puerto. Una vez arriba, Maya estaba tan cansada que ha decidido retirarse al camarote. Entonces Ira le ha rogado que la dejara quedarse un poco más conmigo en cubierta, y a pesar de que Maya, en un primer momento, ha expresado cierta contrariedad, ha terminado por ceder. «Que sea poco rato, Ira. Sabes que no me gusta que vayas por ahí tú sola», a lo que ella le ha contestado un poco fuera de tono: «Madre, no estoy sola, sino con mi amiga».

Nos hemos paseado por toda la cubierta, y a cada momento nos íbamos encontrando con conocidos. Monsieur Bertrand se había quedado todo el día

en el buque y ahora se hallaba en plena conversación con un grupo del cual, como es lógico, era el centro de atención; el señor Goula, asomado a la barandilla, miraba distraído el gentío al tiempo que detallaba a otro caballero los excelentes puros canarios que acababa de comprar en Santa Cruz, y mientras tanto su esposa disfrutaba de lo lindo en compañía de un grupo de señoras que les reían todas las gracias a un par de terriers, propiedad de una de ellas. Mi amiga y yo nos hemos acercado a jugar con los dos perritos, que se movían con gran excitación, de tanta atención y mimos como recibían. Luego nos hemos cruzado con los Bennett y hemos intercambiado unas pocas palabras con ellos acerca de nuestra visita de hoy a la isla, pero al alejarnos he podido notar su mirada sobre mí: es evidente que les ha sorprendido mi amistad con la hija de la Demianova, y todavía más saber que hoy, la mismísima Maya me ha invitado a acompañarlas por Santa Cruz. Ellos siguen haciéndome notar que no soy en absoluto de su mismo rango, y así como sus hijas son muy atentas con Ira, a mí me ignoran completamente. Claro que mi amiga lo ha percibido enseguida, y cuando ya nos hallábamos lejos de ellos me ha dicho, muy solidaria: «¡Mira que son estiradas y aburridas estas chicas Bennett! No les haremos ningún caso», pero yo le he sonreído y le he aclarado que no debe sufrir por mí, que ese tipo de gente solo me produce lástima y ganas de echar a correr. Le ha hecho tanta gracia mi ocurrencia que hemos estallado en una alegre carcajada y todo el mundo nos ha mirado. «Qué bien me sienta estar contigo», me ha confiado.

Empezaba a anochecer. Frente a nosotras, un sinfín de pequeñas embarcaciones rodeaban el *Reina Victoria Eugenia*, formando un bonito mosaico de luces tintineantes que empezaban a brillar en la incipiente oscuridad. Todavía podían verse la silueta del Teide y las casitas que aquí y allá salpicaban de blanco las faldas del majestuoso volcán. «Ahora mismo me parece estar viviendo un sueño, Ira, nada se asemeja a mi realidad de antes — le he confesado—, no hay ningún signo de mi vida anterior, absolutamente nada ni nadie, todo es nuevo para mí.» Ella se ha quedado muy pensativa, contemplándolo todo en silencio. Al poco tiempo, me ha preguntado: «¿Cómo era tu madre?». Yo me la he quedado mirando, esforzándome en encontrar las palabras que resumieran todo lo que pensaba de ella. Tras un hondo suspiro, le he dicho: «Mamá era bonita, elegante, pero sobre todo era una mujer inteligente y sencilla a la vez. Era tierna y cariñosa como no he

conocido a nadie». «La echas mucho de menos, ¿verdad?», me ha preguntado, y yo le he respondido que cada día, aunque poco a poco el recuerdo se hace menos doloroso. Le he confesado que, a pesar de no poder verla, tocarla ni besarla como antes, ahora la siento muy dentro de mí. «La llevo conmigo para siempre, tan dulce, tan mía que ahora sé que jamás me abandonará del todo. Vivirá eternamente en mí, porque una madre no llega a marcharse nunca del lado de su hija, es una parte irrenunciable de ella.» Todo este torrente de palabras sinceras y pronunciadas desde el corazón ha despertado en Ira una tremenda curiosidad. Su mirada me ha recordado a la del primer día en el barco, cuando aún éramos dos desconocidas y ella me observaba muy atentamente. La diferencia es que ahora Ira ha empezado a llorar. Me he apresurado a pedirle disculpas, nada estaba más lejos de mi intención que ponerla triste en un día tan hermoso, pero ella me ha contestado: «No tengo nada que perdonarte. Es simplemente que yo nunca, nunca he sentido nada parecido por mi madre. No existe ese lazo tan fuerte, jamás lo habré». A pesar de lo contundentes que han sido sus palabras yo no podía creerla y le he dicho que seguro que sí, que todos tenemos nuestros mejores y peores momentos con nuestras madres. Pero ella se ha mostrado inflexible y, tras un breve silencio, se ha secado las lágrimas y se ha referido al día en que me vio por primera vez: «Ni siquiera intercambiamos una sola palabra. Te vi en cubierta, a punto de salir el barco de Barcelona. Y no podía dejar de mirarte, Berta, parecías tan triste. Tus ojos... Reconocí en ellos la misma soledad que tantas veces he sentido yo». «Pero tú no estás sola, Ira», le he replicado, a lo que ella me ha respondido con una simple mirada enigmática. Entonces me ha hablado de su padre, y ha empezado por confesar que con él todo era distinto. «Su nombre era Alexander, aunque todos lo llamaban Sasha, como es costumbre en mi país. Murió cuando yo era todavía pequeña, apenas tenía once años, por lo que lo tuve a mi lado demasiado poco...» Sin embargo, Ira recuerda muy bien a su padre, así como todos los maravillosos momentos que vivió junto a él. Bajo un cielo inundado de estrellas, ha compartido conmigo sus recuerdos más tiernos, aquella época en que vivió con su padre y su madre en Petrogrado. Me ha descrito a una Maya en el punto culminante de su carrera, una madre distante, más ausente que presente en su vida cotidiana. «Maya era una especie de muñeca a quien adorar, elogiar, admirar, alguien a quien veía vestirse, maquillarse y peinarse como una reina, a pesar de no estar del todo a mi alcance.» Parece que su

realidad más cercana la constituía su padre, él había abandonado su carrera militar para hacerse cargo de ella, casi en solitario. Maya estaba y no estaba; padre e hija formaban una piña. Literalmente, Ira me ha dicho: «En casa éramos casi siempre él y yo». Me ha hablado de los fríos inviernos de Petrogrado, en que su padre le hacía repetir las tres normas básicas antes de salir de casa: «No andar por el hielo, respirar solo por la nariz, no jugar con perros vagabundos». Se ha reído al recordarlo. Solían leer juntos las traducciones al ruso de Julio Verne y viajaban con la imaginación a lugares remotos. Ambos pasaban buena parte del verano en el campo, en una casita alquilada donde eran muy felices y adonde Maya no solía acudir demasiado, puesto que a ella nunca le ha gustado el campo.

La expresión se le ha nublado al mencionar la muerte de su padre, que fue lenta y dolorosa. Al principio no supieron que sufría una enfermedad de la sangre, simplemente dejó de tener hambre y empezó a adelgazar mucho. Cada vez más. La enfermedad finalmente se hizo evidente, le hicieron un sinnúmero de pruebas hasta ponerle un nombre: leucemia. Descubrieron que apenas le quedaban unos meses de vida, y a partir de ahí todo se precipitó. Ira ha fruncido el ceño y me ha mirado directamente a los ojos para afirmar completamente seria: «Pero padre no murió de eso, sino de tristeza». Le he preguntado a qué se refería con eso, pero ella no me ha respondido. Yo no he creído prudente insistir, pues en ese momento Ira estaba muy afligida, casi como si lo estuviese reviviendo otra vez. Así que hemos permanecido en silencio durante unos instantes, hasta que el rumor del transatlántico al poner en marcha sus motores nos ha devuelto a la realidad. El toque largo de sirena no ha hecho más que confirmarlo. Por fin navegamos hacia América.

9 de diciembre de 1918

Navegación atlántica

El *Reina Victoria Eugenia* ha puesto rumbo al suroeste, el siguiente y último puerto será Montevideo, en Uruguay. Vamos a toda fuerza de máquina, según nos ha indicado hoy el capitán durante el desayuno, y se prevé viento del nordeste, que significa viento a nuestro favor que nos permitirá avanzar más deprisa.

Hace buena mar y la cubierta de paseo está rebosante de gente. Sin embargo, a primera hora de la mañana estaba muy vacía. Tan pronto nos hemos levantado y hemos acudido a desayunar, los pasajeros hemos leído en el tablero de anuncios del gran hall cuál era la razón: hoy era día de simulacro. Así pues, tras un humeante café con leche y deliciosos bollos, nos hemos dirigido con nuestras tarjetas de embarque a la cubierta de botes numerados, precisamente el lugar donde suelo encontrarme con Abel, y allí nos hemos dispuesto ordenadamente para recibir las instrucciones necesarias en caso de una emergencia en el buque. Ha sido uno de los camareros que sirve nuestra mesa durante la cena quien se nos ha presentado como nuestro instructor, barquero y hombre de salvamento llegado el caso. Él nos ha conducido hacia el bote asignado y nos ha detallado el procedimiento a seguir. Ira estaba a mi lado, mientras su madre era atendida en todo momento por un solícito monsieur Bertrand. Da risa ver cómo se desvive este hombre por ella. Maya le deja hacer porque a ella le gusta tener siempre a alguien permanentemente a su servicio; además, le recuerda a cada momento la gran artista que fue. Lo cierto es que a mí cada día me despierta mayor simpatía monsieur Bertrand, pues es sin duda el más divertido de todos los pasajeros de la clase donde me hospedo: un hombre apasionado, tan refinado en sus

modos que supera en feminidad a muchas de las más distinguidas damas de a bordo, y a ratos tremendamente divertido con Ira y conmigo, como hoy mismo, tras la instrucción, cuando a duras penas hemos conseguido aguantarnos la risa al verlo vestido con semejante chaleco salvavidas y él, lejos de ofenderse, ha improvisado una puesta en escena cual figurín de las mejores revistas ilustradas de moda de París. ¡Ira y yo nos hemos hartado a reír! ¡Qué gran sentido del humor tiene este hombre!

Sin embargo, el simulacro de hoy no ha sido pura diversión, me ha hecho tomar conciencia de dónde nos encontramos y de los peligros a los que nos exponemos. Aun así, cabe decir que la más grande amenaza de los últimos tiempos para aquellos que surcaban este océano ya no existe: el posible ataque de los submarinos alemanes. Y es por ello por lo que padre me ha permitido por fin emprender este viaje, ya que fue la condición que impuso a mí «sí» a Julio Mitchell. Solo me dejaría embarcar en uno de esos grandes transatlánticos una vez que el armisticio fuera una realidad. Apenas hace un mes que se firmó, y tan pronto como lo supimos yo insistí a padre que me dejara ir. Él dudó: «¿Y la Navidad? ¿Nuestra última Navidad juntos?». Pero para mí estas fiestas ya no significan nada desde que mamá murió. No deseo celebrarlas, no quiero recordar que ella ya no está. Me gusta pensar que al llegar a Argentina será verano y, por tanto, la Navidad habrá pasado sin pena ni gloria, diferente a los años anteriores. Fue así como se lo expresé a padre y entonces él, aunque con aire triste, accedió a mi petición.

Pero volvamos a la seguridad en alta mar. Si bien es cierto que nos hemos librado de un Atlántico que durante la guerra se convirtió en un verdadero campo de minas (incluso viajando en un buque de un país neutral como España te exponías a un peligro real), también lo es que en medio de una travesía como esta hay muchos imprevistos, pues dependemos de las circunstancias meteorológicas, del estado del mar y de muchos otros impedimentos que el capitán y su tripulación deben afrontar a cada milla recorrida. Su pericia y su experiencia son del todo fundamentales, pero nada está escrito en el océano hasta que llegas al último puerto, eso está claro si recordamos algunos ejemplos que terminaron en tragedia, como, por ejemplo, hace ahora seis años, el famoso e impetuoso *Titanic*. Aun así, estoy convencida de que estos grandes buques son cada vez más seguros, técnicamente mejores, basta con asistir a una instrucción como la de hoy para

darse cuenta del estricto protocolo de seguridad que impera actualmente en ellos, y de la gran cantidad del más moderno material de salvamento que cargamos a bordo. A continuación, la lista de todo lo que recuerdo de la lección de esta mañana:

37 embarcaciones integradas por 20 botes rígidos, 17 botes plegables y balsas.

12 balsas salvavidas.

Flotadores salvavidas en cubierta y en los camarotes.

Chalecos salvavidas para todos.

Un oficial nos ha explicado que la nave cuenta, en toda la extensión de su casco, con hasta doce compartimentos estancos provistos de puertas automáticas que se pueden maniobrar conjuntamente o por separado de modo instantáneo desde el mismo puente de mando. Yo no habría comprendido absolutamente nada si no fuera porque el oficial nos ha aclarado que todo esto significa que, en cualquier momento de nuestra navegación, el oficial de guardia puede activar dichas puertas al mínimo indicio de peligro, provocando que la nave sea insumergible, aunque alguno de los compartimentos se inundara, hecho que, si mal no recuerdo, sucedió en el mismísimo *Titanic* al atravesar el agua el vientre del casco.

Y, finalmente, está la telegrafía sin hilos, que nos permite la comunicación a mucha distancia, además de ser la fuente por donde nos llegan las últimas noticias a nivel mundial. Una auténtica proeza de este barco.

Acabábamos de dejar a Maya y a monsieur Bertrand dentro del ascensor para bajar a la cubierta inferior, Ira y yo nos disponíamos a hacerlo por las escaleras, cuando de pronto nos hemos topado con Abel. ¡Qué ilusión poder presentárselo a mi amiga! Ambos se han mostrado muy cordiales y ahí mismo, al pie de la escalera, hemos mantenido una breve y amistosa conversación. Abel me ha preguntado si esta tarde volvería a subir, pero yo le he dicho que hoy no, que esta tarde el capitán nos había invitado a una tertulia en el *fumoir*. Abel ha parecido un tanto contrariado, aunque no ha comentado nada. Solamente ha añadido: «Entonces, ¿mañana?», a lo que yo le he respondido que sí. Nos hemos despedido y mi amiga y yo hemos

comenzado a bajar por las escaleras. Ya estábamos a medio tramo cuando hemos podido oír a Abel gritándome con desenfado desde lo alto: «¡No me falles, Berta Casals! ¡Mañana te estaré esperando!», y yo me he echado a reír.

Una vez en la cubierta de primera clase, Ira me ha preguntado: «¿Dices que es un buen amigo de tu familia?». «No exactamente, más bien se trata de un amigo mío del pueblo, uno de los chicos del grupo que formábamos cada verano en L'Escala.» Mi amiga ha asentido, y al cabo de unos instantes yo misma le he preguntado: «¿Qué pasa, Ira? ¿En qué piensas tanto?». Ella ha vacilado un poco, pero al final ha dicho: «Tal vez el chico se hará ciertas ilusiones si continuas mostrándole tanta confianza. Ya no sois unos chiquillos». Me he reído de lo lindo antes de contestarle: «¡Ira! ¿Qué tipo de ilusiones crees que podría hacerse?». Pero mi amiga no ha querido seguir, así que me ha pedido que lo dejara estar, que solo eran cosas suyas. Me doy cuenta de que Ira y yo procedemos de mundos muy distintos, por lo que es probable que nunca haya tenido amistades como las mías y que, por tanto, le resulte chocante esa familiaridad mía con Abel. Justo entonces hemos visto a Maya y a monsieur Bertrand, que ya se hallaban cómodamente instalados en sendas hamacas. Unas damas habituales del salón de música rondaban a la bailarina como abejas cerca del enjambre, puesto que todo el mundo desea verla, escucharla hablar y, a ser posible, ser incluido en su pequeño círculo de confianza.

Al regresar al camarote antes de la comida, he comprobado con satisfacción que me habían subido el baúl de los vestidos. Lo he abierto y los he estirado un poco con las manos con sumo cuidado. Son bonitos, de distintas sedas y colores. Por un momento, se ha apoderado de mí una tristeza enorme al pensar que mamá jamás me verá vestida con ellos. Estos vestidos realzan mi figura, mi piel, pueden hacer pasar a una chica normal como yo por una de esas jóvenes y distinguidas damas de primera clase. Pero mamá no lo verá, ni tampoco sabrá de mi vida de casada, ni cómo me irá en mi nuevo hogar en la Patagonia. Nada de esto lo podré vivir con ella, y cuando lo pienso, me asalta un temor, la terrible duda de si ella hubiese aprobado mi decisión. Claro que, si ella estuviese entre nosotros, yo jamás habría abandonado mi casa de este modo.

Hemos comido en el salón comedor y, al levantarnos, la mesa entera se ha

dirigido hacia el *fumoir*. La tertulia del capitán estaba a punto de empezar. Yo no había vuelto a ese salón del barco desde que lo exploramos el primer día padre y yo, todavía en aguas barcelonesas. Y nada más acceder me ha invadido el olor penetrante a tabaco que algunos señores desprendían al fumar sus puros habanos, llenándolo todo de ese humo espeso y concentrado, característico de los salones masculinos. He observado a mi alrededor para admirar todo el esplendor de este espacio hecho de madera de roble austríaco y repleto de sillones de estilo inglés jacobino; muchas sillas habían sido colocadas cerca de la figura regia del capitán, que se hallaba ya rodeado de un pequeño grupo de caballeros. Todos ellos sostenían una copa de *brandy* en la mano, o alguno de esos licores fuertes que huelen a perfume, mientras con la otra mano saboreaban su puro habano. A un lado del *fumoir*, otros pasajeros pedían sus bebidas al camarero situado detrás de una larga y amplísima barra de bar antes de tomar asiento. «Una reunión muy numerosa...», he murmurado un poco insegura al oído de Ira, al darme cuenta de que ambas éramos las más jovencitas. Pero mi amiga está más acostumbrada que yo a este tipo de ambientes, desde pequeña se ha desenvuelto en un mundo mayoritariamente de adultos al acompañar a su madre, de modo que me he dejado llevar por ella y por Maya hasta ir a tomar asiento muy cerca del capitán.

Nadie me había presentado al capitán, un hombre que luce una barba blanca y abundante que le otorga un aire de sabio. Maya se ha referido a mí como su *protégée*, y el capitán me ha saludado amablemente con una leve inclinación de cabeza. He sabido por monsieur Bertrand que este respetable señor a cuyo cargo están ahora mismo nuestras vidas lleva muchos años gobernando el *Reina Victoria Eugenia*. De hecho, le quedan pocas travesías más, porque el año que viene va a retirarse. Cada noche cena en el salón comedor, en una mesa muy cercana a la nuestra donde también se sientan el capellán, el señor doctor, el primer oficial y dos matrimonios cargados de títulos aristocráticos. A menudo lo veo pasear por todos los rincones del buque con ese aire de quien se encuentra en casa, con la mirada concedora de todo lo que el mar, los vientos, las corrientes submarinas y las inclemencias del tiempo pueden depararle a su barco. ¡Debe de haber visto tantas cosas y tanto mundo con esos ojos azules empequeñecidos por el deterioro de aquellos que trabajan toda su vida a la intemperie! Es un hombre

muy respetado en la marina mercante, nos lo explicó con cierta veneración la otra noche el oficial Amadeo, tanto por su larga trayectoria como por haber tenido un destacado papel, hace muchos años, durante la guerra de Cuba. Asimismo, me consta que su vida ha transcurrido más tiempo a bordo de un barco que en tierra firme, y que ha conocido a grandes personalidades del mundo entero con quienes ha compartido mesa y dirigido tertulias en el *fumoir*, como la que hoy estaba a punto de empezar.

Allí sentada, entre gente tan importante, me he dedicado a estudiar a unos y a otros, distinguiendo a personajes muy singulares como, por ejemplo, Carlozzi, un rico coleccionista argentino que luce una enorme nariz de curva tan perfecta que resulta complicado no mirarla siempre. Posee unos ojos pequeños, diminutos, y una mirada tan astuta como la de un zorro. Al darse cuenta de que lo observaba, Ira me ha susurrado: «Dicen que Carlozzi viaja con un valioso cargamento a bordo». Y yo, llena de interés, le he pedido más detalles. Parece ser que en la bodega tiene cajas repletas de objetos de arte y antigüedades que ha ido adquiriendo durante la guerra por Europa; dicen algunos que las ha comprado a familias arruinadas durante el conflicto, aunque nadie sabe a ciencia cierta ningún detalle, porque Carlozzi es un hombre muy reservado a quien no le gusta nada hablar de sus asuntos, pues considera que estos no atañen a nadie más que a él.

También he reconocido a los Schneider, un matrimonio de Buenos Aires formado por una dama muy joven, aunque de las más exquisitas y elegantes de a bordo, y su marido, que más o menos debe de tener la misma edad que mi futuro esposo. El señor Schneider tenía un abuelo prusiano, según nos ha confiado el señor Goula, y es por eso por lo que, a pesar de su nacionalidad argentina, despierta cierta animadversión entre algunos pasajeros que sospechan en él una cierta tendencia filogermánica. Sobre todo, he podido comprobar cómo lo evita el matrimonio Bennett, que ha tomado asiento bien lejos de donde él se hallaba y que se dedicaba a lanzarle alguna mirada reprobadora, como si les molestara tener que compartir tertulia con él. Las hijas Bennett brillaban por su ausencia, lo cual me ha hecho pensar que a chicas como esas les debe de aburrir profundamente el tipo de conversaciones como la que estaba a punto de empezar.

A la derecha del capitán se sentaba un banquero muy importante, el señor Riccard, que ha empezado a hablar acerca del fin de la guerra, como no podía

ser de otro modo en los días que vivimos. Comentaba al capitán el alivio que supone volver a navegar por un Atlántico libre de la amenaza de los ataques alemanes. Una dama le ha dado la razón y ha contado estremecida a la concurrencia que ella misma había viajado a bordo del *Lusitania* dos años antes de que el buque inglés fuera torpedeado y hundido en menos de veinte minutos. Se ha hecho un silencio respetuoso; todo el mundo tiene presente al más de un millar de personas que perdieron la vida en ese transatlántico, y el recuerdo ha terminado abarcando a todas las víctimas de la guerra en el mar durante los cuatro años del conflicto. El capitán ha incidido entonces en el hecho de que todo eso ha terminado, aunque no ha podido evitar mencionar otro caso sumamente grave, el de la marina mercante española, que, a pesar de ser la flota de un país neutral, ha sido reiteradamente atacada por los alemanes durante la guerra. Ha hecho memoria: «Todo empezó para nosotros en agosto de 1915, cuando el vapor español *Isidoro* fue hundido. Desde entonces los alemanes no han dejado de detener a nuestros barcos mercantes para revisarles la carga, y si consideraban que transportaban material útil para la guerra, los hundían sin ningún miramiento. ¡Barcos de un país neutral!». Muchos de los allí presentes han mostrado su rechazo más profundo y han comentado la naturaleza deshonrosa de los alemanes. El primer oficial ha secundado al capitán apuntando que se habían contado hasta ochenta barcos españoles hundidos durante la guerra, algo realmente escandaloso. «Algunos fueron atacados directamente, otros se hundieron por haber topado con una mina a la deriva, como es el caso más sonado del año anterior y probablemente de toda la guerra, el del vapor *Carlos de Eizaguirre*, precisamente de la Compañía Trasatlántica.» El capitán se ha encargado de dar detalles a todo aquel que no los conocía acerca del desafortunado vapor que naufragó a la entrada del puerto de Ciudad del Cabo, provocando la muerte de más de un centenar de personas, entre pasaje y tripulación.

Sin embargo, el capitán no deseaba que la tertulia siguiera por esos derroteros, así que con gran habilidad ha cambiado de tema y se ha referido a otro peligro más abordable en alta mar: la dura competencia que, una vez finalizada la guerra, volverá a reinar tanto en el norte como en el sur del Atlántico. «Porque está claro que no tardarán en restablecer todas las líneas de pasaje extranjeras», ha anunciado, a lo que mister Bennett ha respondido,

desde su rincón, que, desde luego, Inglaterra ya prepara la vuelta a la normalidad de sus buques transatlánticos que, en otro tiempo, habían sido el orgullo del país. «También los vapores norteamericanos reanudarán su actividad de antes», ha añadido un caballero de dicha nacionalidad, el mismo que el otro día anunciaba la visita inminente del presidente Wilson a Europa para las conversaciones de paz. Y todo esto no hacía más que confirmar lo que el capitán vaticinaba. El regreso a la normalidad conlleva que vuelva la dura competencia, así que las grandes navieras extranjeras desbancarán nuevamente a los países neutrales como España, que, a lo largo de todos estos años, han vivido momentos gloriosos. A decir verdad, quienes más van a resentirse de ello, tal y como el mismo capitán ha expresado, no son las grandes compañías como la Trasatlántica, una naviera sólida, de las mejores del país, sino todas las pequeñas y medianas empresas que han ido surgiendo en España en los últimos años. Riccard le ha dado la razón. «Tienen los días contados.» Ha dado una larga e intensa calada a su cigarro y, al expulsar el humo, la nube que flotaba sobre nuestras cabezas ha espesado aún más el ambiente.

He meditado acerca de lo que decían. Sé un poco del tema, porque en el último año con padre a menudo nos acercábamos al puerto de Barcelona. Nos gustaba ver los grandes vapores amarrados y los veleros. Si paseabas cerca del Embarcador de Pasajeros o de la Estación Marítima Internacional, podías distinguir a todo tipo de gente que iba y venía; los carruajes de los hoteles se situaban bien alineados delante del muelle con el fin de esperar a su clientela. Era un lugar animado, y pronto nos enteramos del negocio lucrativo que muchos estaban haciendo gracias a la guerra en Europa. La necesidad de barcos era constante, y había trabajo para construirlos y repararlos, para mozos, botones, estibadores y todo tipo de oficios relacionados con el transporte de pasajeros y mercancías. Un auténtico hervidero de gente y de negocio que, tal como hoy apuntaba el capitán, ahora deberá afrontar el retorno de los gigantes del mar y, por tanto, de la dura competencia. Todos los barcos de los países en guerra que hasta el momento han servido a su patria transportando tropas, hospitalizando a heridos o cubriendo otras necesidades, volverán a acondicionar sus espacios, de la primera a la tercera clase, para viajar nuevamente entre ambos continentes repletos de pasajeros, de modo que la vida de estas pequeñas compañías surgidas hace poco parece

bien corta. Todos, yo creo que también las grandes y más estables navieras, como la Trasatlántica, a pesar de lo que diga el capitán, tendrán que adaptarse a los tiempos de paz.

Luego la charla ha derivado hacia el tema más recurrente entre los caballeros de mayor edad: el recuerdo de una Europa anterior a la guerra. Una acusada nostalgia flota en cada una de sus palabras cuando rememoran el mundo donde nacieron y crecieron, un mundo que, según ellos, ha dejado de existir. Describía el banquero Riccard cómo se había desenvuelto él, a lo largo de toda su vida, en una Europa regida por la seguridad, la vida ordenada y una existencia absolutamente predecible de principio a fin. «Así vivieron nuestros padres, y así creíamos nosotros que continuaría todo —se ha lamentado—, jamás hubiésemos imaginado que asistiríamos al fin de los imperios que creíamos inamovibles.» El capitán ha asentido solemnemente y ha ratificado: «El mapa de Europa sufrirá ahora una profunda transformación». Y un caballero francés muy anciano, que a ratos se quedaba tan inmóvil y decaído en su silla que parecía estar dormido, ha despertado de golpe para exclamar con voz ronca y entrecortada: «¡Nuestra vieja y adorada Europa! Se ha perdido para siempre, señores, nada volverá a ser igual». Me pregunto qué hace un señor tan mayor cruzando el océano hasta Argentina, al igual que me pregunto por el motivo que lleva a cada uno de los pasajeros de este barco a hacer lo mismo. Cuántas historias debe de haber aquí, historias llenas de dolor, de guerra y de huida de un continente exhausto. Sin embargo, en esta parte del buque la gente se muestra muy reservada y solo algunos expresan sus motivos. Cuatro años de guerra han hecho trizas su existencia ordenada, pacífica, gobernada por rígidas convenciones sociales. Y está claro que esta gente prefiere preguntar poco y hablar todavía menos acerca de ellos y de su periplo personal. Por el contrario, los grandes temas generales, los que no apuntan directamente hacia su persona, son debatidos intensa y apasionadamente en el *fumoir*.

Y entre todas las lamentaciones acerca del pasado perdido, ha surgido finalmente la cuestión que más preocupa a todos estos señores: la amenaza latente del bolchevismo. Un caballero ha advertido que se trata de una plaga tan corrosiva como la carcoma, que hará falta detenerlo de manera drástica si no queremos que devore la recién estrenada paz, tan buscada, tan esperada, y para que no termine generando nuevamente inestabilidad social en el resto

del mundo. Todos los pares de ojos de aquel salón se han depositado instantáneamente sobre la figura de Maya Demianova, conscientes de tener entre ellos a una rusa y, por tanto, interesados en su experiencia ante aquella revolución en la que tantos de sus compatriotas han quedado atrapados. La curiosidad flotaba en el ambiente cargado por el humo de los cigarros, aunque nadie parecía atreverse a preguntar. Hasta que el señor Goula, venciendo todas las dudas, ha roto el silencio y ha preguntado amablemente: «Señora, ¿nos permitiría conocer su experiencia a raíz del levantamiento de los bolcheviques?». La Demianova ha observado a todos los presentes, paseando su mirada de uno a otro, demorándose en el silencio expectante. Tras un suspiro un tanto dramático, ha negado con la cabeza para aclarar: «Por fortuna, nosotras nos hallábamos en Barcelona cuando estalló la Revolución. Hacía ya un tiempo que pasaba largas temporadas entre España y Francia. Cada año iniciábamos nuestras giras internacionales con los Ballets Russes desde algún país europeo, como ustedes ya deben de saber». «¡Por supuesto!», ha exclamado entonces la señora Bennett, aprovechando el momento para comentar que ella y su esposo la habían podido ver en una de sus representaciones en Londres, de la que habían salido extasiados. La Demianova le ha sonreído complacida, pero se daba cuenta de que ahora la expectación estaba centrada en otra cuestión, así que ha proseguido. «San Petersburgo, discúlpenme, pero jamás me acostumbraré a llamarla Petrogrado, ya no era la misma que en otros tiempos. Desde que se perdió la guerra con Japón se respiraba una profunda insatisfacción. Llegó la Revolución de 1905, las protestas por todo el imperio, las huelgas de los obreros, de los campesinos...» El capitán ha intervenido: «Dicen que aquello fue el principio del fin de la Rusia zarista». «El zar... —ha dicho Maya, estremeciéndose de tal modo que el sentimiento se ha contagiado a todos los que la escuchaban—. Lo conocía personalmente. ¡Cuántas veces me vio bailar en las representaciones que hacíamos en el teatro de la corte, en su honor y en el de la zarina! Es tan terrible lo que les ha sucedido a todos los Romanov... No acabo de creerlo.» El banquero Riccard, inclinado hacia delante para no perder detalle, se ha hecho eco de su exclamación: «¡Nadie, madame, nadie puede creerlo aún!». Acto seguido le ha rogado que prosiguiera. «Decía usted que la Revolución de 1905 dejó huella en el estado de ánimo de la población...» Maya ha asentido: «Los revolucionarios fueron fuertemente reprimidos, algunos fueron encarcelados, otros exiliados. En

definitiva, el zar logró disgregarlos. Pero entonces vino la Gran Guerra y la popularidad del zar fue disminuyendo progresivamente entre algunos sectores de la sociedad».

La Demianova ha descrito cómo los teatros prosiguieron con su actividad de siempre, aunque se vivía en medio de una extraña tranquilidad. Fueron unos años penosos en los que la carestía se notaba en las funciones. Se reutilizaban viejos decorados; el vestuario no se confeccionaba de nuevo, sino que se aprovechaba todo lo guardado en los almacenes del Mariinsky. Pero, sobre todo, ha remarcado Maya, fue el público quien más cambió, su aspecto pasó a ser mucho más austero, sus ropas, sencillas, nada de uniformes refulgentes como antes, las señoras ya no lucían aquellas piedras preciosas en sus escotes, y todo, en definitiva, se volvió bastante vulgar. En la calle se criticaba al zar a media voz y, en un murmullo de descontento, corrían los detalles de las deplorables condiciones en que se hallaban las tropas en el frente. «Ya lo ven —se ha lamentado—, todo aquello iba alimentando el ambiente enrarecido.»

Entonces se ha referido a Diaghilev, que cada año la reclamaba junto a una selección de los mejores bailarines del Mariinsky para ir de gira por el mundo con sus Ballets Russes. «De San Petersburgo a París, Londres, Bruselas, Montecarlo, Roma, Barcelona, Berlín, Viena, Budapest... Ya no recuerdo todos los lugares», ha dicho la bailarina dándose importancia. Maya había enviudado años atrás, de modo que en todo aquel periplo debía cargar con su *petite* Ira, ha dicho lanzándole a su hija una tierna y sorprendente mirada. «Y me cansé. Dije basta a mi Rusia enrarecida y a dar vueltas por el mundo.» Así que madre e hija fijaron su residencia habitual en París, primero, para luego trasladarse a Barcelona, ciudad desde la que se enteraron del estallido de la Revolución bolchevique. En tono muy contundente, ha asegurado que no piensa volver a pisar su país hasta dentro de muchos años, quizá no regrese jamás, bien mirado, porque del mismo modo que Europa ya no volverá a ser la misma de antes, tampoco lo será su Rusia imperial. «Mis amigos, mis mecenas, toda la gente que apreciaba y que se quedó allí, o bien han sido salvajemente asesinados, o bien han huido para no regresar jamás. Los bolcheviques lo han expropiado todo, todo ha sido saqueado por esos indeseables que han liquidado nuestra adorada Rusia», ha concluido Maya funestamente.

He mirado en dirección a mi amiga, que no parecía estar escuchando a su madre. De hecho, parecía esforzarse en rehuir la conversación, como si no deseara recordar nada de todo aquello. Distraída, paseaba su mirada más allá de los ventanales, contemplando obstinadamente aquel punto en que el océano se funde con el mismo cielo. Sin embargo, yo sí que estaba fascinada con aquella charla, quería saberlo todo acerca de la Revolución rusa, y ha sido entonces cuando me ha parecido oportuno preguntar con la misma naturalidad que hubiese mostrado en alguna de las reuniones de padre con sus amigos: «Señores, pero ¿no consideran que tal vez se podrían evitar futuras revoluciones si la gente tomara conciencia de cómo malviven los trabajadores en todas partes? ¿No les parece que, si se escuchasen sus protestas, sus reclamos, y se estudiara el modo de mejorar sus condiciones, podría evitarse esta radicalización, además de otras tragedias como la que ha sucedido en Rusia?». Se ha hecho un largo silencio que podría haberse cortado con un cuchillo, y muy pronto me he dado cuenta de que mi intervención se había convertido en el escándalo más sonado de toda la tarde en el *fumoir*. El señor Riccard, con cierto aire paternalista y sin apenas mirarme, ha contestado: «No sabe de qué habla, señorita. ¡Tratar con esa gente sería como abrir la caja de los truenos!», y a continuación todos han estallado en carcajadas. Los señores han aprovechado luego para dar hondas caladas a sus cigarros, mientras algunas damas me lanzaban miradas de profundo reproche, claramente disgustadas conmigo. Seguramente se preguntaban qué hacía una muchacha como yo junto a la Demianova. Ella, por su parte, se ha mostrado un poco molesta conmigo, aunque no sabría decir si lo estaba a causa de mis preguntas o más bien por haberle robado protagonismo durante unos segundos. Solamente Ira y monsieur Bertrand me observaban con simpatía, e incluso diría que con cierta admiración. A pesar del chaparrón que me ha caído, no me arrepiento de nada de lo que he dicho, pues si bien a todas estas personalidades les parece bien que las chicas no tengamos opinión, y sobre todo que nunca formulemos preguntas que puedan resultar incómodas a ciertos oídos, a mí me han enseñado todo lo contrario. Desde muy jovencita, padre me ha hecho leer todas las noticias de la actualidad; desde siempre me ha animado a discutir de igual a igual con él, con mamá, con todos sus amigos. No serán estos señores y estas damas del *fumoir* quienes me hagan callar. Aunque nunca llegue a adaptarme a ellos, estoy firmemente decidida a no renunciar a quien soy.

A pesar de este episodio, debo reconocer que hoy he disfrutado muchísimo en el *fumoir*. Asistir a una tertulia con gente importante, de las más diversas nacionalidades, me ha producido la sensación de estar viviendo la historia en primera persona. Tal vez algún día leeré las páginas de este cuaderno y descubriré cómo se transformó el mundo a nuestro alrededor mientras nosotros viajábamos hacia el Nuevo Mundo. El *Reina Victoria Eugenia* será, muy probablemente, mi último nexo de unión con la vieja Europa, con un pasado que, a medida que avanzamos millas marinas, se va difuminando lentamente.

ESTANCIA MITCHELL, PATAGONIA

Valentina cerró un instante el cuaderno y observó a su abuela.

—Todo lo que viviste de joven... Y jamás quisiste volver a Europa — reflexionó.

—Jamás —dijo la abuela Berta negando con la cabeza—. Allí ya no me quedaba nada.

Después de leer esa conversación en el *fumoir*, Valentina estaba completamente fascinada. Aquello era un testimonio histórico de primer orden, y se preguntaba por qué la abuela Berta no solía, o no quería, hablar nunca de ello. Se percataba de que ella había vivido algunos de los capítulos más relevantes de la historia mundial, aquellos que la misma Valentina había estudiado muchos años después en los libros, aunque jamás los hubiera percibido tan cercanos como ahora. Contemplaba a la mujer adorada que tenía enfrente y la imaginaba en aquellos tiempos convulsos que transformaron el mundo. Porque la abuela tenía razón, todo cambió para aquella generación que había nacido hacía un siglo y que tuvo que vivir no solo una, sino dos guerras mundiales. Valentina se preguntaba acerca de aquellos personajes tan pintorescos del *fumoir*. ¿Qué habría sido de cada uno de ellos? Sin embargo, la anciana no tenía todas las respuestas para su nieta.

—No volví a coincidir con ellos. Me consta que algunos regresaron a Europa tras un período más o menos corto en Argentina. Debían de añorar la vieja Europa de la que tanto se lamentaban en el *fumoir*, aunque estoy segura de que nunca llegaron a recuperarla del todo. ¿Sabes una cosa, Valentina? Fue entonces, tras la Gran Guerra, cuando empezó verdaderamente el nuevo siglo.

Y para ti empezó una nueva vida, se dijo Valentina para sus adentros, que escogiste lejos de todo y de todos. Una especie de hoja en blanco, y un

cuaderno y unos recuerdos guardados en el fondo de un cajón. Todavía le resultaba difícil asociar la imagen de esa muchacha joven, europea, que escuchaba con avidez las conversaciones de todos aquellos caballeros, con la figura de su abuela, a la que solamente sabía situar allá, en la Estancia Mitchell, rodeada de todos los suyos. Se acordó de cuando ella era una chiquilla y vivía con sus abuelos, con sus padres, sus hermanos y algunos primos en la gran casa familiar. ¡Qué época tan feliz! En la Estancia Mitchell todos vivían preservados del mundo exterior, como en una especie de pequeño universo creado por Julio y Berta Mitchell donde siempre habían reinado la paz, la seguridad y el amor. Para Valentina, la vida real llegó luego, cuando a los dieciocho años se fue a estudiar a Buenos Aires, como todos sus hermanos y primos. En la gran ciudad, Valentina se convirtió en la mujer adulta, segura de sí misma e independiente que ahora era; también allí había vivido un par de historias de amor que habían terminado en nada y, sobre todo, allí había conocido a la mayoría de sus amigos. Aun así, la Estancia Mitchell seguía siendo el lugar donde volver siempre, una pequeña patria que los abuelos habían fundado.

Le sobrevino una profunda ternura por su abuela al pensar en el día que ya no la tuviera. Le sucedía en los últimos años, quizá desde que faltaba el abuelo. Porque era consciente de que la abuela Berta representaba el vínculo con su infancia y con el mar de felicidad vivido. ¿Qué sucedería cuando ella ya no estuviera? Nada sería igual. Valentina lo sabía y se aferraba a cada momento que pasaba junto a ella. Por eso había decidido quedarse en la estancia por un tiempo indefinido.

El cuaderno quedó apartado mientras Valentina iba a sentarse más cerca de ella. Ahora mismo necesitaba su contacto, sentir su calor, para seguir adelante. Le tomó ambas manos y reposó la cabeza en su hombro, como hacía de pequeña. Y la abuela la acogió complacida, porque también ella necesitaba ese calor humano después de horas seguidas leyendo el cuaderno. En medio de un apacible silencio, solamente interrumpido por el ritmo acompasado de su respirar y del tictac del viejo reloj de pared, Valentina tomó conciencia de lo mucho que recordaría siempre ese día, sin que importara el tiempo que transcurriese, por ser el día en que la abuela Berta había querido compartir con ella, solo con ella, sus vivencias más íntimas hasta ahora sepultadas en el pasado. De pronto sintió el deseo impaciente de

seguir adelante con la lectura, así que volvió a su sofá y abrió de nuevo el cuaderno.

10 de diciembre de 1918

Navegación atlántica

Hoy el día ha amanecido con una calima que difumina la línea del horizonte, fundiéndolo todo en la distancia. Sigue soplando viento del nordeste, así que el barco continúa avanzando a buen ritmo hacia el ecuador. Alguien me ha dicho que en pocos días cruzaremos la línea, y que entonces nos hallaremos en pleno verano.

En la cubierta de paseo ofrecen esta mañana un buen abanico de juegos y entretenimientos. La temperatura es más agradable que días atrás y la gente pasa buena parte de la jornada aquí hasta que, al atardecer, regresa ligeramente el frío y entonces se retiran a los salones interiores. Me he instalado en una de mis hamacas favoritas, situada en un ángulo estratégico desde donde puedo contemplar el océano infinito. Si me inclino un poco hacia delante, veo a los marineros que trajinan en la proa del barco y, en la parte anterior, a familias enteras de tercera clase pasando las horas buenas al fresco, igual que nosotros. Me llegan los cantos alegres que ya me son familiares y que acaban confundiéndose con el sonido de las olas. Aquí donde me encuentro, la gente viene a estirar las piernas en su paseo matutino, algunas *nannies* pasean a los hijos pequeños de las buenas familias. A medida que transcurren las horas, la cubierta se llena de todas las damas y caballeros que por la noche veo elegantemente vestidos en los salones.

Se trata de hacer tiempo, de asistir a cada principio y cada fin de jornada para ir sumando un día menos en alta mar. Y durante estos larguísimos períodos de tiempo, cada vez más agradables, eso sí, gracias a la buena temperatura, los pasajeros yacen perezosos en las hamacas, mantienen nimias y breves charlas, se saludan entre ellos cada vez más familiarmente, unos

escriben, otros leen, y, cuando ya no saben qué hacer, se acercan a la barandilla, como hago yo, y tratan de captar la inmensidad del océano. Es una sensación nueva y regeneradora que practico muy a menudo.

La tarde. Al fin ha llegado la hora de mi cita con Abel. Estaba impaciente por contarle con todo detalle la tertulia de ayer en el *fumoir* y por saber su opinión acerca de todo y de todos. Al verme llegar, ha sonreído. Él estaba en el mismo sitio de siempre, apoyando la espalda sobre el bote salvavidas donde le vi por primera vez y fumando su cigarrillo. Dirigía la mirada al mar, seguramente apreciando la leve marejadilla de hoy. A pesar de que ya debería haberme acostumbrado, su nuevo aspecto sigue sorprendiéndome cada día: sus trajes tan bien cortados, su aire de hombre de mundo, su mirada despierta. Nadie puede negar que es un hombre atractivo, así me lo manifestó ayer mismo mi amiga Ira, y todos los progresos que ha hecho en Argentina no hacen más que sustentar mi teoría de lo afortunada que será la chica de quien Abel se enamore. Es listo, trabajador y está lleno de ideas nuevas, y también de una gran dosis de esperanza. Poco queda ya de aquel chiquillo de pueblo que conocí en mi infancia, y hay veces en que me pregunto si padre aprobaría nuestras citas en la cubierta de botes, puesto que ahora soy una mujer prometida. Sin embargo, no me preocupa, porque me hace mucho bien tener un amigo como él en el barco, un amigo que tan necesariamente me recuerda cómo era yo y cómo no quiero dejar de ser.

Hemos paseado tranquilamente por la cubierta medio vacía, de proa a popa y de popa a proa, mientras yo le iba reproduciendo de la manera más fidedigna posible toda la conversación de ayer en el *fumoir*. Le he descrito a toda la gente que asistió, con el fin de que se hiciese una idea del tipo de personas que llena los salones de lujo. Le he hablado del señor y la señora Bennett, también del matrimonio Schneider y de los catalanes Goula, con sus hijas repartidas por medio mundo. A medida que lo hacía, he advertido un cambio en la expresión de Abel, que ha pasado de la mera curiosidad a un cierto menosprecio hacia toda esa gente. Algo que se ha acentuado al mencionar a Carlozzi, el coleccionista de arte que viaja con una valiosa carga a bordo. «¿Lo ves? —me ha interrumpido entonces—. Es de ese tipo de ratas que olfatean el dinero allí donde existe el conflicto y que lo aprovechan para hacerse de oro.» Me he sorprendido un poco ante su tono, aunque no he sido

capaz de negarlo, pues todos piensan que Carlozzi no es trigo limpio. Sobre él planea la sombra de la duda, he admitido, porque no sabemos verdaderamente cómo ha adquirido todas y cada una de las valiosas piezas que supuestamente carga con él. No es difícil imaginar a Carlozzi durante los últimos cuatro años recorriendo las distintas ciudades donde la guerra ha hecho mella en muchas familias, visitando sus casas llenas de objetos, de cuadros, de joyas de las que debían desprenderse a pesar de su valor sentimental. Como un ave de rapiña, es posible que Carlozzi se haya dedicado a sobrevolar por encima de todas esas oportunidades con la mirada aguda y experta, observando y estudiando el momento preciso para presentar su oferta. Es fácil imaginarlo. Una adquisición rápida y eficiente, de hogar en hogar, de familia en familia, para luego replegarse con todo el botín a bordo de este barco que lo llevará a América, donde podrá saborear todas sus ganancias. Viéndolo así, con la misma claridad que Abel, no es de extrañar que rehúya hablar de ello con nadie.

Después le he hablado del capitán y de la charla que mantuvieron algunos caballeros sobre la guerra, evocando con gran nostalgia lo que ellos llaman «el espíritu de la vieja Europa de los imperios», sobre la que vaticinan que jamás volverá. Abel se ha mostrado sarcástico ante tan idílica versión del continente, y me ha preguntado si yo creía que esta era la imagen que tenían también las clases trabajadoras. «Berta, desde la Revolución rusa cada vez hay más obreros de todo el mundo que van tomando conciencia de las grandes desigualdades de la sociedad en la que hemos vivido hasta ahora, de las malas condiciones que les imponen y, sobre todo, del hecho de que tal vez no hay por qué conformarse sino luchar para mejorar su situación.» He asentido, refiriéndole entonces los comentarios premonitorios que esos mismos caballeros habían hecho sobre aquella cuestión. «Hablaban de un posible contagio del bolchevismo en el mundo.» Abel lo tiene muy claro: «Están asustados, y no sin motivo. Saben que su cómoda realidad puede acabarse en cualquier momento. ¿Sabes, Berta? Esa gente ha dado la espalda durante años a las necesidades de los trabajadores, a las condiciones en que malviven en la fábrica y en el hogar. No se han preocupado lo más mínimo por mejorarlas, y han dejado que la gente trabaje hasta caer enferma e incluso muerta de agotamiento. Y luego se escandalizan cuando en ciudades como Barcelona se extienden terribles epidemias y hay gente dispuesta a matar a

sus patrones. ¿De verdad creían que nadie acabaría rebelándose contra esta situación? ¡Estamos en el siglo XX, y muchas cosas van a cambiar!». He pensado en las preguntas que ayer les formulé en el *fumoir* y que ni siquiera se dignaron a contestarme, y a continuación se lo he descrito a Abel. De repente parecía fascinado con mi intervención ante esos hombres, al igual que ayer lo estuvieron mi amiga Ira y monsieur Bertrand. Pero Abel ha ido un paso más allá y no solo ha mostrado su agrado por mi osadía, sino que ha celebrado el tipo de preguntas que les formulé. «De todos modos —ha añadido negando con la cabeza—, estaba escrito que ninguno de ellos sería lo suficientemente locuaz para responderte, y todavía menos para reflexionar sobre ello. Es eso, precisamente, lo que les hundirá, revolución tras revolución, su falta absoluta de voluntad para ver más allá de ellos mismos y de sus necesidades.» He asentido en silencio mientras rumiaba sobre todo lo que Abel acababa de exponer. Tan solo una cubierta más arriba del *fumoir*, y cuánta realidad me ofrecía ese viejo amigo a plena luz del día.

Hemos empezado a caminar hacia la proa del barco, deteniéndonos en el punto donde ya no se puede avanzar más por tratarse de un paso restringido al puente de mando. Allí, asomados a la barandilla, nos hemos quedado en un pensativo silencio contemplando ese mar ahora de un color plomizo. Dos cubiertas más abajo, los emigrantes de tercera clase seguían disfrutando del fresco en su espacio asignado. Los he visto aún más pequeños desde aquí arriba. Sus canciones, su música, parecían llevárselos el viento. Abel ha seguido el hilo de mi mirada y, probablemente, de mis pensamientos, cuando me ha dicho: «Este siglo, Berta, van a construirlo todos ellos en vez de las clases privilegiadas. Poseen toda la energía del mundo y una capacidad de resistencia que tendrán a su favor». Yo lo he observado de reojo y he tratado de imaginar en qué momento dejó atrás a aquel muchacho inocente de L'Escala, con un horizonte cercano, para convertirse en el hombre que es ahora, un Abel en quien cada día descubro algo nuevo.

11 de diciembre de 1918

Navegación atlántica

Salía del comedor después de desayunar cuando uno de los camareros más jóvenes que sirve nuestra mesa me ha entregado discretamente y muy sonriente una nota en mano. Se la había dado un señor de segunda clase, me ha dicho, y al leerla he constatado que se trataba de Abel. Me pedía que acudiera a la cubierta de botes tan pronto como me fuera posible, que él estaría allí esperándome. Intrigada, me he apresurado a subir, no sin antes pasar por mi camarote a buscar una chaqueta fina ahora que la gruesa empieza a sobrarme.

«Dudaba si vendrías», ha dicho nada más verme. Le he preguntado a qué venían esas prisas por verme, a lo que me ha contestado: «He pensado que querrías acompañarnos a tercera clase. Ramón Català nos está esperando para su visita de hoy». No lo he dudado ni un instante; tras la tertulia en el *fumoir* y la posterior charla con Abel (la cara y la cruz del mundo en que vivimos), sentía un vivo interés en conocer por mí misma el modo en que los más humildes viajan en este barco. Así que hemos ido a encontrarnos con el doctor Català y juntos hemos comenzado nuestro descenso hacia las catacumbas del barco. Abel cogía mi mano a cada momento y yo se lo permitía, aun sabiendo que se excedía en sus confianzas, porque mi corazón latía muy deprisa al anticiparse a lo que estaba a punto de descubrir.

Hemos iniciado un recorrido laberíntico a través de un sinfín de puertas, cubiertas y pasillos interiores que transportan del cielo a los infiernos. Esto es lo que me ha parecido la tercera clase en comparación con todo el lujo que se respira arriba. Y en absoluto me refiero a la gente que me he encontrado (personas sencillas, sí, pero tanto o más dignas que las que se alojan en la

cubierta más alta), sino a las condiciones en las que navegan a través del inacabable océano. ¿Cómo es posible que en un mismo transatlántico viajemos de maneras tan distintas? No es que no esperara encontrar unos espacios más simples y vulgares, en los que cualquier floritura de revestimientos nobles como los de primera clase brilla por su ausencia. Pero la excesiva concentración de gente y de literas, el olor a cerrado, las escasas ventanas, la falta de ventilación adecuada en todos los espacios... Todo ello me ha hecho sentir vergüenza al comprender el contraste tan marcado.

Hemos pasado allí el resto de la mañana. Abel y yo nos dedicábamos a seguir al doctor Català de departamento en departamento. Hay un total de ocho, ¡y en cada uno llegan a dormir cerca de doscientas personas repartidas en literas! Hasta tres pisos de camas, con unos colchones donde las chinches celebran cada noche su festín particular. La gente te muestra sus picaduras en brazos, piernas... ¡Por todos lados! Y en algunas camas duermen dos o tres niños. En cada uno de los departamentos hay ventanas de ojo de buey, pero son demasiado pequeñas y escasas para la gran cantidad de gente que duerme allí. Así que no es de extrañar que al entrar en el primer departamento el fuerte y penetrante olor me haya hecho retroceder. Había algunos pasajeros tumbados en su litera, un poco indispuestos por la marejada de ayer, aunque la gran mayoría evita pasar horas dentro, y en cuanto pueden suben a la cubierta exterior a tomar el aire o bien se instalan en los grandes espacios comunes, al lado mismo de la escotilla. De dichos espacios hay uno por compartimento, según me ha explicado Ramón Català. La gente se sienta en unos largos bancos de madera, en sillas y mesas que hay por todos lados y allí comen, beben, las mujeres cosen, algunos juegan a las cartas y, en definitiva, van matando las horas del largo día.

Hemos visitado las dos enfermerías que hay en la entrecubierta, la de los hombres y la de las mujeres, y he podido comprobar la gran cantidad de gente que llega a encontrarse mal en esta parte del buque, algunos de ellos por el habitual «mal de mar», como lo llaman aquí, pero muchos otros a causa de la miseria que llevan arrastrando desde el hogar, tal como el otro día apuntó Abel. Sin saber muy bien qué hacer, cómo ser de ayuda en mi primera incursión en este lugar, me he mantenido un poco apartada del doctor para no molestar, pero atenta por si necesitaba algo de mí. Sin embargo, el doctor se las arregla muy bien solo. Se detenía al pie de cada cama y charlaba

brevemente con cada uno de los enfermos; los escuchaba pacientemente por turnos, los auscultaba, palpaba la parte del cuerpo que les dolía, aunque lo más maravilloso era sin duda el lenguaje cercano, sencillo y reparador que utilizaba con todos y cada uno de los pacientes. Pronto he comprendido por qué Abel lo aprecia tanto, y la razón por la que todo el mundo lo recibe con una sonrisa a pesar de sentirse mal. He visto con mis propios ojos todo el bien que el joven doctor hace a todos sus pacientes sin apenas administrarles nada, porque, más que medicamentos, lo que la mayoría de estos hombres y mujeres que hoy he conocido, buscan es un momento de atención, unos ojos observadores y unos oídos atentos a todos sus males. A los físicos y a los otros, a los de antes y a los de después de la travesía hacia el Nuevo Mundo. Y no solo el doctor los escucha; hoy me he sentido orgullosa de mi amistad con Abel, a quien todos parecen conocer y apreciar allí abajo.

La última parte de esta interesante mañana la hemos pasado Abel y yo en uno de los espacios comunes de tercera, mientras el doctor Català realizaba sus últimas visitas. Hemos encontrado un ambiente muy agradable y por fin he respirado aliviada al ver y conocer más de cerca a unos cuantos pasajeros. Yo estaba sentada junto a Abel en uno de esos largos bancos de madera mientras él me señalaba discretamente a algunos de ellos. Entonces me resumía sus historias, en su mayoría tristes, aunque también algunas eran muy interesantes, como la de un tío y su sobrino que estaban sentados en el extremo más alejado de nuestro banco. Abel se ha acercado a saludarlos para luego regresar donde estaba yo. «El muchacho se llama Tomás y siempre lo verás así de callado y enfurruñado, porque se va a América a regañadientes.» Le he preguntado por qué y Abel me ha explicado que su padre le pidió al tío, que vive en Rosario, que se lo llevara con él para alejarlo del lío en el que se había metido en Barcelona. Antes de proseguir, Abel ha dirigido la mirada hacia ellos y les ha sonreído. Luego se ha vuelto hacia mí y, bajando el tono de voz a un susurro, me ha contado que el tío le confió que el muchacho, «ese sobrino que ahora será como un hijo para él, ha pasado los últimos meses escondiéndose de la Policía en un piso de la ciudad». «¿Qué es lo que ha hecho para tener que esconderse?», he querido saber yo, tan asustada como llena de curiosidad. Entonces mi amigo se ha referido a un grupo armado de anarquistas que hasta hace poco actuaba en Barcelona. Me ha hablado de la crispación que hace tiempo se respira en las fábricas entre patrones y

trabajadores. «El ambiente es muy tenso a causa de todo lo que ha sucedido en Europa, los fabricantes catalanes han aprovechado la situación de neutralidad de España para hacer negocio con los países en guerra, abasteciéndolos con todo lo que podían necesitar. Algunos han hecho verdaderas fortunas en pocos años a base de producir mucho y de explotar todavía más a sus trabajadores. Y, como es lógico, esto ha subido el tono de las reivindicaciones sindicales, sobre todo por parte de la CNT.» Le he hecho saber a mi amigo que ya conocía todo aquello que me contaba. Quiero que sepa que en este año transcurrido en Barcelona no he pasado por alto los periódicos ni la actualidad. Le he hablado de lo que había visto y oído, de la gran huelga general del pasado agosto, de la represión que efectuaron la Policía y el mismo Ejército, y también de los muertos, de los heridos y de los que se habían llevado presos. Le he comentado que padre y yo fuimos siguiendo el curso de los acontecimientos con verdadero pavor, en especial cuando todo desembocó en los atentados contra algunos fabricantes textiles y las consiguientes persecuciones policiales. «Pues es precisamente a ese grupo armado que atentó contra los patrones al que me refería», ha concluido Abel, visiblemente complacido de saber que estaba tan al corriente de todo. Entonces ha señalado la implicación de ese muchacho, Tomás, con el grupo armado, aunque desconoce hasta qué punto. «Cuando la Policía arrestó a todos sus miembros conocidos, a principios de año, Tomás tuvo que esconderse en casa de unos parientes lejanos por si acaso lo relacionaban. Su padre estaba aterrorizado con la sola idea de que encarcelaran a su hijo, y por eso le ha pedido a su hermano que se lo lleve a Argentina, donde lograrán apartarlo de todo. Porque Tomás es de sangre caliente, ¿comprendes? —ha dicho un tanto divertido—, y parece que enseguida se mete en líos, según cuenta su tío.» Abel tiene muy claro que el conflicto en Barcelona no ha hecho más que empezar, como puede ocurrir en tantas otras ciudades y pueblos, y a pesar de la medida drástica ejecutada por ese padre y ese tío, ambos hemos coincidido en dudar de que ese muchacho tan callado y enfadado se limite a pasar página y a no meterse en ningún otro lío. Solo hace falta fijarse en su expresión.

De golpe y porrazo, una muchacha muy joven y de mirada dulce se ha plantado delante de nosotros. Sostenía en sus brazos a un bebé pulcramente envuelto en una manta. «¡Hola, Clara!», ha dicho Abel con una sonrisa en los

labios, y a continuación la muchacha le ha estampado un beso en la mejilla. Mi amigo se ha reído un poco sorprendido y la ha reñido. «Mujer, ¿qué va a pensar mi amiga?» En ese momento, Clara ha parecido fijarse en mí y entonces ha mostrado un gran interés: «¿Eres la novia de Abel?», ha preguntado con toda naturalidad. Yo me he apresurado a sacarla de su error, aunque sonrojarme no ha ayudado mucho, porque entonces la chica me ha lanzado una sonrisa cómplice, como diciendo «ya entiendo...», y descaradamente me ha susurrado al oído: «Será nuestro secreto». Abel se ha hecho el despistado, y mientras Clara tomaba asiento a mi lado, ha empezado a contarme cómo la conocieron el doctor y él durante los primeros días de navegación. «Encontramos a Clara en cubierta, estaba deshecha en llantos y bastante debilitada. Tenía el estómago tan revuelto y se encontraba tan mareada que llevaba dos días sin poder darle el pecho a su hijo.» «¡Así que este es tu hijo!», he exclamado yo asombrada. ¡Tan jovencita como parece, todavía con las facciones de una niña! Hasta ese instante había pensado que simplemente cuidaba del hijo de otra, o tal vez de su hermano pequeño. Sin embargo, ha asentido orgullosa y me ha mostrado a su pequeñín como si de un tesoro se tratara. Abel ha seguido contándome que no sabría decir quién lloraba más fuerte ese día, si Clara o el bebé, porque si bien el pequeño tenía hambre, la madre se consumía de angustia por si se le llegaba a morir. Ni siquiera las mujeres más mayores, que la tienen medio apadrinada, conseguían darles consuelo. Ramón Català actuó rápidamente yendo a buscarle una copita de coñac. Esto reconfortó un poco a la joven madre, o al menos detuvo su llanto. «Luego le conseguimos un frasco de leche condensada, un poco para ella y otro poco para el pequeño. Se la fueron tomando lentamente ¡y fue mano de santo!» La criatura se fue calmando y Clara empezó a relajarse, toda su angustia fue desapareciendo hasta el punto de que la leche volvió a sus pechos con toda normalidad. «Y mira ahora a mi pequeñín, qué hermoso está», ha exclamado Clara a modo de conclusión, tan madraza a pesar de lo mucho que cuesta dejar de verla como una muchachita jugando con su muñeco. Justo entonces, dos mujeres mayores la han llamado desde la puerta para que subiera un rato con ellas a la cubierta exterior, así que se ha despedido de nosotros a toda prisa y se ha esfumado con ellas. He aprovechado el momento para preguntarle a Abel acerca de su esposo, pero él ha negado con la cabeza. «No hay marido, Berta, ni tampoco nadie que la acompañe en la travesía. Clara se va a vivir a casa de una tía, hermana mayor

de su madre, quien se hará cargo de ella y del pequeño.» No he querido hacer más preguntas para no parecer indiscreta, y menos todavía quisiera juzgarla, aunque me he quedado meditando sobre los que viajan aquí aún más solos que yo.

Una familia entera se ha instalado justo en la mesa que había enfrente de nosotros. Se trataba de un matrimonio, una mujer que ha resultado ser la cuñada y cuatro hijos mayores. Hablaban en catalán, y cuando nos han escuchado hablar nos han ofrecido un sitio a su lado. Han insistido en compartir unas ricas galletas que llevaban en una caja, y nos han acribillado a preguntas sobre nosotros, puesto que no nos tenían vistos. Por suerte, Abel se ha apresurado a decirles que nos alojábamos en segunda clase y que estábamos acompañando al doctor Català, porque creo que habría sentido mucha vergüenza si hubiera tenido que confesarles que yo viajo en la parte más lujosa del barco. He escuchado a Abel explicarles su periplo de los últimos años por Argentina, a lo que han seguido muchas más preguntas por parte de ellos acerca del que será su nuevo país. La familia Ferrer viaja precisamente a Arrecifes, donde mi amigo pasó sus primeros meses, y allí los espera un hermano que hace un año partió de casa. «Esta es su esposa», ha dicho la señora Ferrer tocando con la mano el brazo de la mujer que tenía a su lado. Hemos sabido que la familia Ferrer proviene de un pequeño pueblo del interior donde, antes de la filoxera, cultivaban viñedos. Cuando llegó la maldita plaga, les mató todas las cepas y tuvieron que pedir un crédito para replantar al menos una parte. Tenían la esperanza de que, con el tiempo y mucha paciencia, acabarían recuperándose, pero no ha sido así. Entonces, primero fue el hermano el que partió hacia América, y ahora le sigue el resto de la familia Ferrer. Han abandonado la casa y dejado el pueblo medio vacío, «¡de tan pocos como eran allí!», y viajan a Argentina con la misma esperanza que comparten tantos otros en este buque. «Mi hermano nos ha escrito a menudo desde Arrecifes y dice que poco a poco nos las iremos arreglando», ha comentado el señor Ferrer. Parece ser que su hermano vive en una chacra demasiado pequeña para todos ellos, pero eso no les importa, al menos allí tendrán un plato en la mesa y cama para todos. Además, estarán juntos, y eso los ayudará a salir adelante. «Empezaremos por el principio, y ya se verá», ha dicho el padre de familia, esperanzado, y su cuñada, que vive con impaciencia el momento de reencontrarse con su esposo, ha añadido: «Lo

más importante es que volveremos a estar todos», y entonces ha despeinado alegremente el pelo de su hijo mayor, un muchacho fornido que aportará dos brazos más en esta familia dispuesta a volver a empezar.

Al subir a mi camarote, me he quedado un buen rato sentada ante mi pequeña mesa de escritorio. Deseaba escribir sobre todo lo que he visto y escuchado en mi visita de hoy a las entrañas del barco. Esa gente que tan generosamente nos ha contado sus sueños y sus desgracias, sin tapujos, sin las falsas apariencias de los pasajeros elegantes, ni siquiera puede imaginarse todo lo que aquí arriba gastamos y consumimos mientras ellos viajan carentes de toda comodidad. He comprendido a la perfección el sarcasmo que ayer usaba Abel al referirse a los de arriba y a los de abajo y, si lo pienso, dudo que yo misma pueda disfrutar de ahora en adelante de todos estos lujos de primera clase sin cierto remordimiento. He abierto los ojos y aquí ya nada me parece tan bonito como antes: las espléndidas lámparas de cristal que me deslumbraron el primer día, el ejército de camareros que nos sirve cada noche como a auténticos reyes, los salones elegantemente decorados, la agradable música de la orquesta que toca a todas horas para amenizar nuestras veladas... No puedo ver nada de todo esto del mismo modo, ni apreciarlo como antes. Y luego está la gente, los señores y señoras del *fumoir* que hablan del bolchevismo como la carcoma del nuevo siglo, equiparando las reivindicaciones de los obreros y campesinos con una especie de plaga que hay que eliminar de raíz para que no se extienda a otros países, mientras se niegan a responder a las preguntas que una chica como yo puede formularles.

He percibido cómo disfruta Abel haciendo nuevas amistades a bordo. Le agrada escucharlos, conocer sus vidas e intentar comprender sus problemas. Cuando subíamos las escaleras de regreso a las cubiertas superiores, me ha confesado que lleva toda la travesía tomando notas acerca de todos ellos, y que cuando llegue a Buenos Aires está decidido a presentar unos cuantos artículos al periódico donde trabaja, «porque esta gente, Berta, es el más vivo reflejo de lo que está ocurriendo en el mundo, un mundo que debemos ayudar a transformar», ha afirmado convencido. Me gusta cómo mi amigo pone su mirada crítica sobre las cosas y cómo las analiza, y percibo lo buen periodista que llegará a ser. Él cuestiona a cada momento el mundo en que vivimos y está firmemente decidido a aportar su granito de arena para construir uno

mucho más justo. Abel se prepara para dejar huella en esta vida, y estoy convencida de que lo conseguirá. Me pregunto qué podré hacer yo desde el lugar adonde me dirijo.

La tarde. Me han subido el segundo baúl de la bodega, aquel donde guardo buena parte de mi ajuar. Tenía tantas ganas de mostrárselo a Ira que, a la hora de la comida, le he preguntado si creía que podría escaparse de su madre y acudir a mi camarote. Lo ha hecho, ¡y hemos pasado una tarde fantástica revolviendo el contenido de mi baúl! Ira lo tocaba todo con suma delicadeza, pasaba suavemente las puntas de los dedos por mis iniciales y las de Julio, que bordé a lo largo de tantísimas tardes y noches en Barcelona. Más que ninguna otra vez, he visto el aire soñador en su rostro, y es entonces cuando veo a Ira más hermosa que nunca. Han sido unos momentos mágicos, tan llenos de complicidad femenina que nos ha invadido una profunda emoción. Ira ha querido corresponderme con una historia que nunca antes le había contado a nadie. Sus dedos aún reseguían mis letras bordadas en las telas cuando, de nuevo con expresión seria, ha empezado a recordar cuando era niña y vivía en Petrogrado. Pero esta vez ha ido más allá de la simple descripción de una vida feliz junto a su padre. Me ha dicho sin rodeos: «Ella debió de dejar de amarlo muy pronto. Quizá cuando yo nací». Me ha descrito cómo Maya estaba rodeada a todas horas de los poderosos del antiguo imperio, de condes, de duques, de la familia del zar y, a partir de cierto momento, de uno de los hijos del gran duque Vladimir. Se trataba de un conocido mecenas de las artes a quien le gustaba asistir a menudo a las funciones en las que actuaba Maya. A veces lo acompañaba su hijo, Boris Vladimirovich, alto, atractivo y de sonrisa encantadora, a quien Ira vio una sola vez mientras paseaba con su padre cerca del río Neva. Ese día, recuerda a su padre deteniéndose en seco nada más reconocerlo; su rostro se transformó súbitamente en una mueca e Ira notó la presión de su mano, una reacción instintiva que la hizo ponerse en guardia. Su padre dio entonces un rodeo a fin de no cruzarse con él. En aquel momento, la pequeña Ira no supo interpretar qué sucedía exactamente, pero los niños poseen una intuición que a menudo se acerca a la verdad, y advirtió la angustia que su padre había experimentado con la sola visión de aquel aristócrata. Años más tarde, fue atando cabos hasta llenar de significado aquel terrible momento: «Mi madre y

Boris Vladimirovich eran amantes, y papá lo sabía».

Ira está convencida de que Boris Vladimirovich es el motivo por el que su madre se fue alejando cada vez más de su padre y, por extensión, también de ella. Su padre lo veía venir, y fue eso lo que lo paralizó aquel día en la orilla del Neva al encontrarse cara a cara con su poderoso rival. Los detalles de cómo entró ese veneno en el interior de la pequeña familia que hasta entonces formaban los supo Ira mucho tiempo después por boca de una bailarina que detestaba a Maya. Celosa a causa de un papel que le habían arrebatado a favor de la Demianova, quiso devolverle la afrenta por medio de las más escabrosas confidencias a su hija, Ira, con el argumento de que ya era lo bastante mayor para saber quién era verdaderamente su madre y todo lo que su padre había tenido que soportar. Él ya había fallecido cuando Ira supo que el pobre toleró el engaño durante años con el único fin de poder conservar a su hija, a quien quería con verdadera devoción. Esa fue la razón por la que, desde el principio, Sasha optó por mirar hacia otro lado.

Maya había conocido al hijo del gran duque Vladimir en una representación que hizo en el Hermitage, el teatro de la corte. Boris Vladimirovich era entonces un conocido casanova y aquella velada, como le contó la bailarina a Ira, pidió expresamente que lo sentaran junto a Maya en la cena que el zar ofrecería tras la función. Parece que le pidió una fotografía, completamente admirado, y le hizo su primer regalo: un valioso broche con un monograma de la emperatriz Alexandra Fyodorovna y adornado con diamantes y rubíes. «Aún lo conserva en su joyero, entre sus pertenencias más queridas», ha dicho Ira con despecho. Se hicieron amantes enseguida, parece que Maya no opuso ninguna resistencia, y entonces empezó a ausentarse muy a menudo de casa para acudir a su ostentoso palacio, donde le ofrecía actuaciones privadas. Aquello duró unos años, hasta que el padre murió de tristeza, en palabras de mi amiga: «La leucemia solo fue la consecuencia final». Esto sucedió más o menos en la misma época en que Boris Vladimirovich decidió abandonar a Maya por una bailarina más joven. «Maya, de pronto, se quedó muy sola», ha concluido Ira con cierto aire triunfal.

Hemos permanecido en silencio, las dos en medio de las bonitas piezas de mi ajuar esparcidas por el suelo. Le he preguntado acerca de la relación con su madre a partir de entonces, y mi amiga ha suspirado profundamente.

«Todo esto ocurrió a principios de 1909. Mi madre y yo nos habíamos quedado solas en San Petersburgo y no éramos más que dos auténticas desconocidas. Yo acababa de cumplir once años y me parecía que, sin papá, ya no me quedaba nada ni nadie en el mundo.» No obstante, aquella primavera fue cuando Diaghilev montó su compañía itinerante por Europa y madre e hija se trasladaron a París. Ira me ha descrito cómo cambió su realidad cotidiana. «De pronto empezamos a viajar por todo el mundo. Los inviernos en Rusia, el resto del año recorriendo Europa y América.» Recuerda aquellos años como un periplo agotador en el que simplemente se dedicaba a seguir a su madre como una peonza, una madre que apenas conocía de tan poco como habían convivido. Ahora, Maya la mostraba al mundo como su muñeca. «Me presentaba a todos con su típica coquetería, sabiendo desde un principio que a continuación vendrían las alabanzas para ella, por ser una madre tan joven y tan bonita, de figura tan delicada...», ha dicho con verdadero fastidio. Y a ello se debe el hecho de que nunca, hasta entonces, su madre le había demostrado ningún interés, pues Ira formaba parte de su ámbito más doméstico y aburrido, al igual que su padre, a quien había rehuido hasta el final. En París todo cambió, rápidamente se dio cuenta de que a todos les hacía mucha gracia que esta *prima ballerina* de los Ballets Russes tuviese una muñequita tan linda y callada que la seguía a todas partes. A partir de entonces quiso tener siempre cerca a su hija, así que Ira aprendió a sentarse durante horas en un rincón oculto del escenario, su presencia silenciosa pasó a formar parte del día a día en las salas de ensayo y, a pesar de tener ojos y oídos para verlo y escucharlo todo, se mantenía al margen como un cachorrito que sabe cuándo no debe molestar y cuándo debe acudir al instante ante una señal de su ama.

Maya contrató a una institutriz francesa, mademoiselle Brun, para que le diera clases. Deseaba que su hija la hiciera quedar bien a medida que iba creciendo, y quería que hablara todos los idiomas que necesitaba para acompañarla en sus viajes, de modo que Ira empezó a hablar fluidamente francés, inglés y español. Durante años, esta situación proporcionó buenos momentos a mi amiga, pues, si bien la institutriz era muy estricta, también solía mostrarse cariñosa cuando se hallaban a solas. A mademoiselle Brun se la llevaban de gira por todo el mundo, hasta el día en que Maya dejó de considerarla necesaria. Su hija ya había aprendido lo suficiente y, además,

empezaba a ser mayor para tener todavía una institutriz. De un día para otro, Maya la despidió. Mademoiselle Brun se esfumó, sin que nadie pensara en el vínculo emocional que se había creado entre Ira y ella. A partir de entonces, Ira se convirtió en lo más parecido a una dama de compañía de la gran celebridad, en su asistente personal, su fiel secretaria, su acompañante y, tal y como lo veía ella misma, en la persona que soportó toda la furia, las frustraciones y las decepciones que llegaron cuando Maya empezó a sufrir dolor en los pies. «Llevo años soportándola sola, sin poder desahogarme con nadie.» Ira me ha lanzado una mirada tierna y su barbilla ha temblado levemente al confesar: «Eres mi primera amiga desde mademoiselle Brun». La he abrazado y así hemos permanecido unos instantes magníficos, unos minutos que jamás olvidaremos, porque entre nosotras circulaba sin duda esa corriente de pura solidaridad, de comunión de almas, algo que nos hermanará para el resto de nuestras vidas. Al separarnos, ambas muy conmovidas, Ira ha añadido: «Como puedes ver, Berta, mi madre jamás ha significado para mí nada parecido a lo que fue para ti la tuya. Y ¿quieres saber algo más? ¿Algo que nunca he confesado en voz alta? No soy buena, Berta, no soy en absoluto una buena hija, porque creo que nunca la he querido de verdad». He procurado discutir esa afirmación tan contundente, le he dicho que a su manera seguro que la quiere mucho, que yo misma he visto lo buena hija que es, pero ella me ha respondido de un modo tajante: «No, Berta. A veces deseo con todas mis fuerzas huir lo más lejos posible de ella y no volver a verla jamás».

12 de diciembre de 1918

Navegación atlántica

Me sorprendo cada mañana con la primera visión del mar. Su inmensidad me sobrecoge, su horizonte me deslumbra. Desde que partimos del puerto de Santa Cruz de Tenerife no nos hemos cruzado con un solo barco, y empiezo a preguntarme si solo existimos nosotros en este ancho mundo compuesto de miles de litros de agua salada y un buen pedazo de cielo. Definitivamente, el frío se ha esfumado, hace mucho que hemos dejado atrás el invierno, y los oficiales se pasean por la cubierta indicando a todo aquel que lo pregunta que esta sensación de bochorno es habitual en las latitudes cercanas al ecuador. El personal de a bordo ha abierto puertas y ventanas con el fin de que corra el aire, ya que los ventiladores no cumplen en absoluto su función. Escucho a una dama que se abanica y pregunta: «¿Cuándo vamos a cruzar la línea del ecuador? ¿Hoy? ¿Mañana?», y el oficial le responde que, según las previsiones, lo haremos mañana por la tarde. Los camareros organizarán una fiesta, tal como es costumbre en los barcos que traspasan la línea que separa los dos hemisferios, y habrá música, baile, diversión, comida y refrescos para todos. Solamente en esta ocasión, los pasajeros de segunda clase serán invitados por el mismo capitán a la cubierta de paseo, con lo que se prevé una tarde muy animada y mucho movimiento a bordo. Seguro que Abel acudirá a la fiesta, y tal vez pueda presentarme a algunos de sus amigos.

He subido a la cubierta de botes porque así quedamos ayer. He pensado en comentarle todo lo que había escuchado acerca de los preparativos de la fiesta y asegurarme de que acudirá, pero nada más verme llegar me ha estirado del brazo para llevarme muy sonriente hasta la parte de estribor.

«¿Qué ocurre?», le he preguntado sorprendida mientras me dejaba arrastrar. Y entonces me ha anunciado que acababa de hablar con un marinero que cargaba con unas banderas hacia el puente de mando y que le había dicho que, en cuestión de poco rato, íbamos a cruzarnos con otro vapor transatlántico. ¡Qué nervios! ¡Qué emocionante! Hemos ido a situarnos en un punto estratégico para verlo tan pronto como apareciera por el horizonte y, a medida que el reloj marcaba los minutos, hemos comprobado que se había corrido la voz, y la cubierta de botes se ha llenado pronto de gente. Mi amigo y yo nos hemos dejado llevar por la excitación general.

Siguiendo la etiqueta de los mares, los marineros habían preparado las banderas que, una vez que nos cruzáramos con el otro buque, haría falta arriar del punto más alto del barco. La otra nave también lo haría, nos han indicado, y entonces oiríamos los respectivos toques de sirena a modo de saludo. Todavía hemos tenido que esperar un buen rato, hasta el punto de que alguien ha bromeado sobre si nos habrían tomado el pelo, pero finalmente lo hemos visto aparecer. ¡Qué momento tan emocionante cuando, de golpe, hemos vislumbrado el perfil del transatlántico recortado en la lejanía del horizonte! Quizá la gran expectación se debía al deseo compartido de ver algo más que mar y cielo, a saber por fin que hay más pasajeros como nosotros en medio de este enorme desierto de agua.

Ambos buques se han ido acercando hasta que hemos podido distinguir mutuamente las banderas, que ya se hallaban parcialmente arriadas. «¡Es un barco francés!», ha exclamado un señor a mi lado lleno de júbilo, justo antes de que el toque de sirena resonara a los cuatro vientos y nos hiciera ensordecen. La imagen parecía un espejismo: el transatlántico estaba ahora a nuestro mismo nivel y llegábamos a distinguir las figuras de sus pasajeros. Muchos de los franceses que estábamos en aquella cubierta hemos gritado «*Vive la France!*», y también los españoles, los italianos y personas de otras nacionalidades han gritado vivas a su país de origen. Se me han empañado un poco los ojos al ver a toda esa gente saludando efusivamente a desconocidos; todo el mundo levantaba los brazos y algunos sacaban pañuelos para agitarlos al viento. Pero, lentamente, ambos buques se han ido distanciando, cada uno en dirección contraria, y los gestos se han vuelto más pausados, un cierto aire melancólico ha invadido la cubierta y todos los rostros que antes sonreían, ahora perdían la mirada en la lejanía. Con tristeza, hemos visto cómo el gran

transatlántico francés proseguía su camino hacia el continente europeo. «Ellos regresan a casa...», ha murmurado alguien. La gente ha empezado a dispersarse, y poco a poco la cubierta ha ido quedando tan vacía como de costumbre. Qué deprisa se ha esfumado ese momento feliz.

Abel y yo hemos paseado un rato sin decir nada, cada uno sumido en sus propios pensamientos; de vez en cuando mirábamos hacia la cadencia monótona de las olas y seguíamos caminando. Hasta que él ha propuesto que nos sentáramos y ha encendido un cigarrillo. Ha recostado la espalda en el banco de madera con los brazos extendidos sobre el respaldo, de tal manera que, si yo me inclinaba un poco hacia atrás, sus dedos tocaban mi pelo. Yo contemplaba el océano y de vez en cuando miraba hacia el punto lejano donde había desaparecido el otro buque. «¿En qué piensas?», le he preguntado mientras erguía un poco la espalda para evitar ese roce casi imperceptible de sus manos en mi pelo, que empezaba a confundirme. Él me ha respondido que pensaba en algunos de los pasajeros con los que viaja y en todos los sueños que transportan a bordo. «En segunda clase hay un chico que se llama Eugenio Arribas, viaja con una máquina de hacer pastillas de menta con la que prevé hacerse de oro. Antes trabajaba en una farmacia, y lo que quiere es encontrar un trabajo en Buenos Aires y alquilar una habitación. Entretanto, guardará la máquina en un pequeño almacén o en su propia habitación, si es que hay espacio, y en cuanto consiga reunir el dinero suficiente para arrancar su propio negocio, buscará un local. Él ha calculado un par de años, a más tardar tres, a partir de que la máquina le funcione y las ventas se multipliquen, para poderse plantear volver a casa con la maleta repleta de dinero.» En este punto, Abel ha hecho una pausa y después ha continuado: «Luego pedirá a su chica en matrimonio, que secretamente le ha prometido que lo esperará, y entonces se casarán». «¿Crees que lo conseguirá?», he querido saber yo, palabras que le han provocado la risa, antes de preguntarme: «¿El qué? ¿Hacerse de oro con la máquina de pastillas o que la muchacha lo espere?». Luego se ha puesto serio y ha reflexionado acerca de las grandes esperanzas que llenan el barco. «¡Hay tantos que esperan enriquecerse rápida y fácilmente! Viajan a América pensando que casi pueden tocar su sueño con las manos, que la vida les cambiará por completo y que regresarán a casa con una fortuna amasada rápidamente.»

A continuación me ha puesto otro ejemplo, el de un chico muy joven

llamado Víctor... no recuerdo qué más. Cuenta Abel que jamás ha visto a nadie mejor dotado para el comercio, es capaz de venderte cualquier cosa con sus convincentes argumentos. Parece que ha hecho un trato con la famosa casa de gramófonos La Voz de su Amo, y va a convertirse en su representante en la capital argentina. Víctor es el menor de tres hermanos y no habla para nada de regresar, si todo va tan bien como él espera. Dice que está harto de Barcelona, que allí no deja nada ni a nadie importante. Sin embargo, Abel sospecha que el muchacho ha sido claramente «facturado» a América por su padre, el propietario de dos corseterías de renombre en la ciudad, tras haberse metido el hijo en un buen «lío de faldas». «Es listo como el hambre, pero le gusta el riesgo y todavía más las mujeres casadas. Por lo que me han contado, parece que Víctor se veía a escondidas con una clienta importante de la tienda de su padre, una señora de buena casa que lo colmaba de obsequios caros y refinados, ya me entiendes. Su hermano los sorprendió juntos, ¡y le faltó tiempo para ir a soplárselo a sus padres!» Entonces el padre le dio un ultimátum: o se limitaba a ir de casa a la tienda y de la tienda a casa sin meterse en ningún otro lío, o bien lo facturaba en un barco a América y el padre dejaba por fin de preocuparse por él. «¡Y el muchacho, al oír la segunda opción, parece que se iluminó!», ha dicho Abel divertido. En vez de tomárselo como una amenaza, lo vio como una gran oportunidad.

También hay dos hermanas solteronas en segunda clase, un poco maduras y muy dicharacheras, que Abel ha prometido presentarme si acuden a la fiesta del ecuador. «Tienes que conocerlas —me ha asegurado—, allí donde están ellas, hay diversión garantizada.» Las dos hermanas embarcaron en Cádiz, costeándose el billete de segunda clase con los ahorros de una vida de trabajo. Se dirigen a Argentina para montar un negocio de confección de flores de ropa: «Flores para sombreros, para los vestidos de las finas damas de Buenos Aires, tocados decorativos que copian de las revistas de moda... Tienen mucha maña, y en Cádiz la clientela se les quedó pequeña para sus aspiraciones. Ellas apuntan muy alto, Berta, y esperan hacerse un buen nombre en Buenos Aires».

Abel dice que por cada persona que viaja en este buque hay un sueño, una aventura, un anhelo fabricado a lo largo del tiempo. Pronostica que solo algunos llegarán a cumplirlo, mientras que a otros les irá medianamente bien, y que la mayoría volverá a casa en un barco como el que nos hemos cruzado

hace un rato. «Porque la realización de su sueño particular depende de muchas cosas: de su capacidad de trabajo, del afán que posean para lograrlo y de una buena dosis de suerte», ha dicho convencido. Por un instante he imaginado la mirada de aquellos que regresan a casa, y he pensado en lo distinta que debe de ser en función de si las expectativas han sido cumplidas o no. Abel sostiene que trabajo hay para todos en Argentina, puesto que es un país inmenso, pero otra cosa es pretender hacerse rico en dos días. «Muchos viajan bastante engañados, les han vendido unas perspectivas que superan con creces la pura realidad.»

Tras mi visita de ayer y la larga charla que hoy he mantenido con Abel, reflexiono sobre los dos tipos de emigrantes que llenan este y otros barcos: por un lado, el que viaja con la idea de hacer dinero, tanto y tan rápido como le sea posible, para luego regresar a casa bien rico y con una posición social que jamás habría obtenido en su lugar de origen. Esa clase de emigrante deja el hogar empujado por el ejemplo de algunos que lo han logrado antes; en cada pueblo, en cada ciudad hay alguien en quien reflejarse. Regresar al poco tiempo como un auténtico señor, este es su sueño. Y Abel afirma que algunos acaban realizándolo, aunque son muy pocos. Pero también he descubierto otro tipo de emigrante, el que puede que tenga ambiciones menores, según como se mire, en todo caso menos materiales, porque lo que realmente persigue no es otra cosa que hacer de un país como Argentina su nuevo hogar. Este es el caso de mi amigo Abel y, si la suerte me acompaña, también será el mío. Tengo la sensación de estar haciendo lo mismo que hicieron los primeros europeos que, por distintas circunstancias, cruzaron el océano Atlántico durante el siglo pasado. Hombres y mujeres cuyos descendientes son hoy en día argentinos, familias enteras que han ido construyendo sus casas, cultivando sus tierras por primera vez, gente que ha fundado pueblos, ciudades enteras que luego han hecho crecer, con sus calles nuevas, sus vías de comunicaciones... Se trata de personas que apostaron por el futuro de un nuevo país, gente que optó por quedarse y formar parte de todo ello, como mi futuro esposo, Julio Mitchell, cuyo padre llegó desde Escocia para quedarse y tener a sus hijos allí. Creo que empiezo a comprender la dimensión de lo que estoy haciendo, y debo decir que una corriente electrizante de emoción recorre todo mi cuerpo al pensarlo, mientras mi corazón se llena de esperanza.

El anochecer. No falta mucho para la cena, pero todavía estoy en mi camarote escribiendo sobre todo lo que ha sucedido esta tarde. Durante la comida, Maya estaba de un humor excelente y, como suele ocurrir en estas ocasiones, se mostraba expansiva y dispuesta a deleitar a la mesa entera con sus recuerdos más gloriosos de los tiempos del ballet. Los nombres de los grandes bailarines y maestros sabían en su boca a los años dorados de la vieja Europa, y monsieur Bertrand no cabía en su gozo. Al terminar los postres, Maya ya estaba cansada de su público, y entonces, recordando de pronto que me había nombrado su *protégée*, se le ha ocurrido la brillante idea de una «tarde femenina», en sus propias palabras, con la sola compañía de su hija y yo. Así pues, una vez que hemos salido del salón comedor, nos hemos dirigido las tres al café Verandah, dejando obviamente a monsieur Bertrand tan compungido que rápidamente ha ido a buscar consuelo en el oficial Amadeo, quien sigue tan educado como distante con él.

Sin embargo, nuestra tarde femenina ha durado poco más que unos instantes, pues apenas nos habíamos sentado en la mesa, una de las que dan al exterior, con maravillosas vistas al océano, un caballero de pelo blanco inmaculado que a veces he visto junto al capitán se ha plantado delante de nosotras. Aprovechando que Maya no estaba, como siempre, rodeada de todo un grupo de gente, se le ha declarado simple y llanamente su más ferviente admirador. Ella, complacida con sus maneras distinguidas, y a todas luces consciente de su gran atractivo, lo ha invitado a sentarse con nosotras. «Señor Turner, he oído hablar mucho de usted al capitán», le ha dicho muy coqueta, y a continuación ha extendido su mano para que él se la besara. Ira y yo nos hemos dado cuenta enseguida de lo bien informada que estaba Maya acerca de este señor, quien por lo visto es un hombre importante en la industria del ferrocarril que construye líneas de tren por toda Argentina. Bernardo Turner realiza esta travesía por el Atlántico muy a menudo, tanto, de hecho, que dice haber perdido la cuenta de las veces. La curiosa mezcla de español e inglés que contiene su acento me ha llevado a preguntarle, una vez que he sido presentada, si era argentino o inglés. Él me ha sonreído y nos ha respondido a todas con cierto aire mundano: «Vivo a caballo entre dos mundos». Nos ha aclarado que es inglés de nacimiento, aunque ha vivido buena parte de su vida en Argentina por el asunto del ferrocarril. Recostando sus anchos

hombros en el respaldo del asiento y peinando con un gesto distraído de la mano sus cabellos blancos, ha concluido que podría decirse que actualmente es más argentino que inglés, «... he vivido más tiempo allí que en Inglaterra». Maya observaba cada uno de sus movimientos con ojos vivos y atentos, llamaba su atención y reía todas sus ocurrencias de un modo como no le había visto hacer con nadie. «Ha empezado la cacería», me ha susurrado Ira, y la he mirado sin acabar de comprender, o tal vez sí... Entonces mi amiga ha añadido: «Siempre es así. El señor Turner aún no lo sabe, pero acaba de convertirse en el siguiente objetivo de Maya». Lo ha dicho con tal despecho que me ha dejado sin palabras. Quizá sea cierto que no siente demasiado amor por su madre, tal vez la deteste de veras, aunque no lo puedo creer.

Hemos sabido que el señor Turner está casado con una argentina y que todos sus hijos y nietos han nacido allí. Es un hombre muy sabio, de una vasta cultura que abarca los dos continentes, pues tan pronto empieza a hablar de música, danza y del arte de los europeos como al minuto siguiente alude a la historia y los orígenes del nuevo continente. Eran Maya y el señor Turner quienes llevaban la conversación casi todo el tiempo mientras Ira y yo nos dedicábamos a escucharlos y a asistir al creciente flirteo entre ellos. Hasta que, en un momento dado, el caballero argentino ha mostrado algo más de interés hacia nosotras y nos ha dicho: «Deben de estar encantadas, señoritas, de viajar a Argentina con su madre. No creo que se pueda desear mejor preceptora, una mujer dotada de tanta belleza y cultura». Y sin esperar respuesta, nos ha preguntado a las tres: «¿Piensan quedarse mucho tiempo?». Nosotras hemos cruzado las miradas un poco sorprendidas, y entonces hemos reído un poco. Ha sido Maya quien ha aclarado el malentendido. «Señor Turner, creo que está usted confundido. Ella —ha dicho señalando a Ira— es mi hija, Irina Alexandrovna. Berta es solo mi *protégée* durante el viaje.» El señor Turner nos ha observado divertido, a mí y a mi amiga, para luego justificar su confusión alegando que, en su opinión, nos parecemos mucho.

A petición suya, le he explicado el motivo de mi viaje a Argentina y por qué lo hago sola. «En el puerto de Buenos Aires me espera mi prometido.» El señor Turner ha sonreído y, con verdadero interés, me ha preguntado: «Entonces, se casa con un argentino, ¿cierto?», y cuando he asentido, él lo ha celebrado con una calurosa felicitación. A Maya le gusta dirigir las

conversaciones, por lo que ella misma ha decidido contarle todos los detalles referentes a mi historia, sin darme opción a decir nada más. Le ha dicho al señor Turner que mi futuro marido es un importante estanciero de la Patagonia, a lo que el señor Turner ha respondido con efusividad «¡la Patagonia!». Maya se ha apresurado a opinar que no comprende cómo hay gente a quien le gusta vivir alejada de la ciudad, porque tiene entendido que la Patagonia, un lugar donde no ha estado y al que probablemente no irá nunca, es «una inmensa extensión de tierra en la cual, aparte de grandes fincas agrícolas y ganaderas, no hay nada más». «Es una tierra única en el mundo, señora», le ha replicado nuestro caballero y, ante mi sorpresa, Maya no ha parecido enfadarse. «No hay otra igual, se lo aseguro», ha añadido todavía. Con cierto aire soñador, el señor Turner ha argumentado que tal vez por esa razón la Patagonia ha atraído a lo largo de la historia a los más notables aventureros, exploradores, científicos, y también a muchos hombres de fe. En este punto ha sido Ira quien, por primera vez en toda la charla, se ha mostrado amable con el señor Turner y le ha rogado: «¿Puede contarnos más cosas acerca de la región?». Maya se ha quedado desconcertada ante ese inusitado interés de su hija por un lugar que, como ya había advertido, probablemente no visitarán jamás, pero de todos modos ha permitido que el señor Turner nos ilustrara un poco más.

Maravillada, le he escuchado hablar de mi futura tierra y de sus orígenes. Se ha referido al *Beagle*, el gran velero británico que exploró la Patagonia y la Tierra de Fuego en dos ocasiones; nos ha contado que ambas expediciones fueron capitaneadas por el legendario Robert Fitzroy, y que la segunda vez se les sumó el joven naturalista Charles Darwin. «En la Inglaterra del siglo pasado, el relato de la experiencia de esos hombres y los descubrimientos que hicieron provocó que muchos compatriotas se sintieran atraídos por esas tierras vírgenes.» Y dicho interés fue incrementándose en los años que siguieron gracias a otros exploradores que ofrecieron más detalles acerca de las formas y las condiciones de vida, como, por ejemplo, un capitán de la Marina inglesa cuyo nombre no recuerdo que ¡recorrió toda la Patagonia de sur a norte en un viaje a caballo guiado por los indios! Parece ser que los primeros europeos en poblar la llanura fueron gentes llegadas de Inglaterra, de Gales..., y una vez que las tierras de la llanura empezaron a estar ocupadas, hubo otros que fueron a explorar el oeste. Se realizó una campaña

militar, ha indicado el señor Turner, a la que llaman la Conquista del Desierto, promovida muchos años después por el Gobierno argentino, que tenía por objetivo poblar buena parte del sur, hasta entonces solo ocupado por los indios. Al escuchar esto, he imaginado esa «conquista» y le he preguntado al señor Turner sobre lo que les había sucedido a partir de entonces a los indios. «Fueron sometidos fácilmente. Muchos indígenas fueron trasladados a otros lugares, también hubo algunos que se quedaron a trabajar para el hombre blanco.» Más allá de sus palabras, he adivinado lo difícil que debió de ser para los pobres indios abandonar sus tierras, o más bien ser expulsados de ellas, y ser trasladados quién sabe adónde y de qué manera... No sería de extrañar que hubiesen sido vendidos como esclavos, u obligados a trabajar para el hombre blanco en el mismo lugar donde habían nacido y vivido en absoluta paz y libertad antes de su llegada. Me he propuesto averiguar más acerca de todo ello, quizá a través de mi amigo Abel, que seguro que sabe más cosas acerca de la Conquista del Desierto.

El señor Turner ha seguido hablándonos de la Patagonia y de la gente que ha ido llegando desde toda Europa en las últimas décadas. Italianos, españoles, portugueses, franceses, alemanes... «Todos ellos han hecho aumentar el número de habitantes de este vasto territorio y han cultivado su tierra, aunque los colonos se dedican principalmente a la ganadería porque se trata de unas extensiones muy áridas, sacudidas por fuertes vientos, donde la vegetación que mejor crece son los matojos espinosos». Entonces ha levantado un dedo advirtiéndome que «no sucede lo mismo si vas hacia el oeste, aproximándote a la cordillera de los Andes; allí es donde surgen los lagos azules, los verdes valles, un sinfín de ríos y riachuelos que cruzan esta tierra seca. En las faldas de los Andes, hasta se pueden ver bosques maravillosos de abundantes acacias, cipreses, hayas...». Ha mencionado más especies que no soy capaz de recordar porque yo, por entonces, me hallaba completamente hechizada por esa descripción del oeste de la Patagonia, precisamente el lugar adonde yo me dirijo. Allí se encuentra mi futuro hogar. Y cuando Maya le ha preguntado al caballero si aquella zona estaba hoy en día un poco más habitada, el señor Turner ha respondido que lentamente se han ido formando pequeños núcleos de población, aunque lo que más abunda son las grandes estancias familiares, que es como llaman a ese tipo de fincas principalmente dedicadas a la cría de ovejas, puesto que la lana es un negocio que ha

amasado buenas fortunas en los últimos años. Sus palabras me han hecho reflexionar sobre Julio Mitchell, el hombre que me espera en el puerto de Buenos Aires y que representa un claro ejemplo de todo lo que acaba de exponer. Entonces he visto cómo Ira me miraba con complicidad, tan fascinada como yo.

Está claro que la Patagonia no es un territorio tan desértico e inhóspito como la Demianova apuntaba al principio. Según el señor Turner, allí donde voy hay vecinos, aunque le ha dado la razón a la bailarina en que nada se parece allí a la vida en la ciudad. Si bien hay bastantes estancias, no se encuentran precisamente muy cercanas las unas de las otras, de modo que la vida social resulta un poco intermitente. «¡Qué vida...! ¡Qué exilio...!», se ha lamentado Maya, sin ninguna consideración por si sus palabras podían inquietarme. Y al punto Ira se ha enfrentado a ella: «¡Madre, por favor! —ha exclamado en un tono demasiado alto—, ¡no sabe de lo que está hablando!». Visiblemente enfadada con su madre, se ha girado hacia mí y me ha dicho: «No le hagas el menor caso, Berta, ella nunca ha estado». Maya la ha fulminado con la mirada y se ha levantado de pronto, dando por finalizada aquella reunión. «Si no sabes comportarte, será mejor que nos marchemos», ha dicho impasible. Ira se ha sonrojado de rabia, pero no le ha replicado, porque cuando la bailarina dice basta, es basta, y no hay nada en este mundo que la haga cambiar de parecer. Así que todos nos hemos levantado, y el señor Turner se ha despedido con un prudente y suave beso en la mano de la Demianova, un beso que quizá se ha alargado un poco más de la cuenta sin que Maya hiciera nada por evitarlo. He visto sus miradas recíprocas, como si por unas décimas de segundo mantuvieran una conversación muy íntima, y entonces me he dicho que seguramente Ira tenía razón. He caminado detrás de madre e hija hasta que hemos llegado al pie de las escaleras, y allí nos hemos despedido hasta más tarde. Cuando Maya subía los primeros peldaños, tan digna y distante como una reina, Ira ha aprovechado para susurrarme al oído: «Estoy convencida de que la Patagonia es una tierra maravillosa, Berta. No temas nada. Eres muy afortunada». Me ha besado en la mejilla y rápidamente ha subido la escalera tras los pasos de su portentosa madre.

Y debo creerla. Quiero pensar que será un lugar fascinante que me gustará mucho. Aunque a veces me asalta un miedo terrible, y entonces me pregunto: ¿y si me he equivocado? ¿Y si no sale bien? Pero cuando esto

ocurre, procuro esforzarme en creer en mi futuro y pensar que soy una de las personas afortunadas de este barco que verán su sueño convertido en realidad.

13 de diciembre de 1918

El paso del ecuador

Ya es seguro: esta tarde cruzaremos la línea del ecuador. En todos los espacios interiores y exteriores del *Reina Victoria Eugenia* se respira un gran nerviosismo, la espera impaciente de un momento importante en la travesía hacia Sudamérica. Si no fuera por este bochorno con el que nos hemos levantado hoy, que nos pega la ropa a la piel, que nos hace buscar una corriente de aire inexistente en cada rincón y que nos provoca, a todos sin excepción, un estado de inquietud y de angustia, todo sería más agradable en esta entretenida mañana.

Sentada perezosamente en una de mis hamacas favoritas de la cubierta de paseo, observo el ir y venir de los camareros ocupados con los preparativos de la fiesta. Han colocado unas mesas que forman un largo bufete en una parte de la cubierta, y es allí donde servirán la comida y las bebidas a los pasajeros. Suenan unas notas distraídas, discordantes, propias de cuando los músicos afinan los instrumentos. Se sabe que el sexteto prepara un repertorio de canciones alegres, populares, que seguro que acompañarán muy bien los juegos y pruebas divertidas que una parte del personal de a bordo, hoy convertido en el «equipo de animación» de la fiesta, está preparando. Parece que este tipo de celebración con toques de humor y sorpresas es una tradición en todos los grandes buques que traspasan el ecuador. Algunos de los pasajeros más pudientes y distinguidos observan hoy todos los preparativos con un deje de desprecio, al igual que ciertas damas, que se estremecen con solo pensar en el poco *décor* que adquirirá por la tarde este lugar de paseo que han hecho tan suyo. Maya es sin duda una de ellas, y me consta que a Ira le costará convencerla para que asista a la fiesta. Monsieur Bertrand es ahora

nuestro aliado, pues desea pasárselo bien tanto como nosotras, y por eso le ha prometido a Ira durante el desayuno que hará todo lo que esté en su mano para convencer a Maya de que acuda. Promete ser una tarde interesante, estoy segura de ello, porque habrá mucha gente joven y más rostros alegres y desenfadados de lo habitual en esta parte del buque, aunque lo que más deseo, lo que verdaderamente espero de todo corazón, es tener la feliz oportunidad de reunir por una tarde a mis dos mejores amigos a bordo.

Al fin ha llegado la hora de celebrar nuestro paso por el ecuador. La cubierta de paseo estaba engalanada con farolillos que colgaban de un extremo a otro, y allí donde por la mañana los camareros montaban la mesa de bufet, ahora buena parte de los asistentes se iba concentrando para degustar una rica variedad de galletas, bizcochos y mantecados. El sexteto musical interpretaba unas alegres tonadas mientras yo buscaba a Ira, por un lado, y a Abel, por otro, sin demasiado éxito hasta el momento. De pronto ha hecho su aparición un marinero disfrazado de Neptuno, y la gente le ha ido abriendo paso hasta formar un amplio círculo a su alrededor. El marinero, que lucía una barba postiza y un tridente, ha comenzado a pronunciar un discurso acompañado de gestos grandilocuentes, como el mismísimo dos de los mares. Sin embargo, yo no le he prestado demasiada atención, porque justo cuando él arrancaba he visto a Abel plantado en el otro extremo del gran círculo. He sacudido la mano para captar su atención, aunque no habría hecho falta porque él me había visto mucho antes. Al comprobar que yo lo miraba, me ha guiñado un ojo y ha bromeado con un par de gestos cómicos acerca del pretendido Neptuno. Parecía que el marinero—actor no iba a terminar nunca su discurso, ¡qué largo se me ha hecho!, y cuando por fin ha acabado y la gente ha roto el gran círculo que formábamos para posicionarse de cara a los juegos que estaban a punto de comenzar, he podido acercarme a Abel. Me ha dicho muy contento: «Berta, ¡hoy vamos a divertirnos de verdad!». Me ha tomado de las manos y me ha hecho dar vueltas. Sin parar de reír, me he dado cuenta de que nuestra confianza vuelve a parecerse a la de otros tiempos, la de los veranos en L'Escala, o quizá es mejor todavía. Nuestro Neptuno ha vuelto a levantar la voz para pedir atención, y entonces sus ayudantes, que iban disfrazados de piratas, han escogido a dedo entre el público a unos cuantos voluntarios que han confirmado que traspasaban el

ecuador por primera vez. Neptuno ha anunciado solemnemente: «¡Tendremos que bautizarlos!». Y entonces han empezado a hacerles una serie de pruebas a los pobres pasajeros novatos, que se han prestado a ello entre risas y carcajadas. Abel me ha llevado entre la gente hasta la primera fila, donde podíamos ver todo lo que hacían, desde juegos de equilibrio sobre listones de madera hasta algunas pruebas con los ojos vendados. Al final, Neptuno ha ordenado a sus ayudantes que procediesen con el merecido bautizo: ¡Los pobres muchachos han quedado completamente empapados a manos de los falsos piratas!

Cuando todo esto ha terminado, la música ha empezado a sonar y la gente se ha ido dispersando por la cubierta. Abel me ha cogido otra vez de la mano, ¡qué afición tiene de llevarme así de un lado para otro!, y me ha anunciado que iba a presentarme a algunos de sus compañeros de a bordo. Hemos avanzado entre todo el gentío, cada vez más numeroso, hasta el lugar donde servían los refrescos. Abel iba en avanzadilla, y al llegar le he escuchado decir: «¡Por fin os puedo presentar a Berta!». Entonces se ha echado a un lado y he visto a dos chicos muy sonrientes. «¡Así que usted es la famosa Berta! Tanto gusto», ha dicho uno de ellos a modo de saludo. Nos hemos estrechado las manos y se ha presentado como Martín Iturralde. «Mi hermano se llama Esteban», ha añadido mientras yo trataba en vano de hacer bajar el rubor de mis mejillas por ese «famosa Berta», dándome cuenta de lo mucho que Abel les debe de haber hablado de mí. Me preguntaba qué les habría contado sobre nosotros a aquellos chicos. Pronto se nos ha sumado el doctor Català, que me ha saludado efusivamente después de nuestra incursión del otro día en tercera clase. Abel ha pedido un par de refrescos mientras yo me informaba un poco acerca de los dos hermanos Iturralde. Parece ser que viajan a Argentina a raíz de la muerte de su anciano padre. Hay un tercer hermano, el mayor, que es quien ha heredado las tierras y la granja familiar que poseen en el País Vasco, mientras que ellos dos, Martín y Esteban, han decidido empezar una nueva vida en Buenos Aires con el dinero que les ha correspondido. Los hermanos Iturralde piensan montar un negocio de frutos secos, alquilar un almacén, un par de camiones para los repartos... Me ha gustado conocerlos porque ambos destilan un entusiasmo muy contagioso.

Aun así, yo miraba a menudo a mi alrededor buscando a Ira, deseosa de integrarla en aquel grupo tan alegre, pero no aparecía por ninguna parte.

Empezaba a temer un cambio de parecer de la Demianova, que en el último momento se hubiera negado a mezclarse con toda esa gente «demasiado vulgar» para ella. Ese pensamiento me ha entristecido, porque ¿no era aquella, acaso, la mejor oportunidad para mi amiga de divertirse un poco? Abel ha adivinado mi pesar y, entonces, alejándome un poco del grupo, me ha propuesto: «¿Quieres bailar?». Sus amigos le han oído y han empezado a animarnos con tanta insistencia que, literalmente, nos han empujado hacia la pista de baile. Abel me ha agarrado por la cintura muy seguro de sí mismo y, como en los tiempos de fiesta mayor en L'Escala, me ha hecho dar vueltas y más vueltas con la habilidad de un buen bailarín. Se movía con tanta agilidad, tan velozmente, que a cada momento chocábamos con alguien por la falta de espacio. Entonces nos reíamos y él me ceñía aún más fuerte. Todo iba tan deprisa que ni siquiera veía el momento de apartarlo un poco y hacerle notar que bailábamos demasiado pegados. O tal vez me encontraba tan a gusto en los brazos de tan excelente bailarín y, por qué no admitirlo, del hombre en quien Abel García se había convertido, que no deseaba apartarme, sino dejarme llevar por aquel precioso momento. No lo sabría decir, pero el caso es que, entre una canción y otra, nos hemos quedado ahí plantados, el uno muy cerca del otro, mientras cogíamos aire para seguir bailando. Ha sido entonces cuando los empujones de las otras parejas nos han dejado a tan corta distancia que Abel, sin yo esperarlo, me ha besado. El tiempo se ha detenido. Él me miraba expectante, yo lo miraba llena de sorpresa sin poder pronunciar palabra. Mis manos estaban sobre su pecho y lo he apartado de golpe. «¿Qué haces?», he protestado. Media sonrisa ha asomado a los labios de Abel, y entonces ha vuelto aquel chico de L'Escala capaz de embaucar a cualquier muchacha con su expresión traviesa. La sangre ardía en mi cabeza mientras le he escuchado decirme: «No te enfades, Berta, me he dejado llevar por el momento». Ofendida, le he soltado: «¿Qué te has creído? ¡Estoy prometida a otro hombre!».

Y antes de que todo aquello terminara en desastre, como una especie de milagro, he escuchado la voz de Ira gritar mi nombre: «¡Berta! ¡Berta! ¡Aquí!». Me he girado y la he visto, más allá de la pista de baile, haciéndome señales con el brazo para que me acercara. He dejado a Abel ahí plantado, en medio de las demás parejas que bailaban como si nada, sin percatarse en absoluto de lo que acababa de suceder entre nosotros. Me he apresurado hacia

Ira y entonces le he tirado del brazo conduciéndola a toda prisa hasta el salón interior. Una vez allí, Ira me ha frenado: «¿Adónde vamos, Berta? ¿Puedo saber de qué huimos?», me ha preguntado jadeando. «¡De nada!», le he respondido. Ni siquiera a ella era capaz de confesarle lo que acababa de suceder. Primero debía meditarlo a solas, tratar de entender cómo había ocurrido, quizá porque temía que al mencionar ese beso en voz alta todo mi futuro se desmoronaría al instante. Le he pedido que nos sentáramos un rato porque me encontraba un poco indisputada y fatigada por el horrible bochorno que persistía, e Ira ha accedido a pesar de mostrar cierta decepción porque justo acababa de abandonar el camarote para ir a la fiesta. «Pero ¿por qué no has venido antes? Te he esperado tanto rato...», he protestado débilmente. Si ella hubiese estado allí... He empezado a sentirme muy mal, sentía que podía echarme a llorar en cualquier momento, aunque he contenido las lágrimas para no tener que dar explicaciones. Lentamente, he ido tomando conciencia de cómo aquello lo cambiaba todo entre Abel y yo. Me he sentido estúpida, muy disgustada conmigo misma... Porque veía bien claro que nuestra amistad había llegado a su fin. Había dejado que él interpretara algo que no era, que no puede ser de ningún modo, y he empezado a sentir un dolor tan profundo en el pecho que me perforaba por dentro hasta dejarme vacía, al pensar que ya no podría verlo nunca más. Jamás. ¿Cómo he permitido que nuestra bonita amistad se estropee así? Quedan todavía muchos días de viaje, y todo iba tan bien... Me gustaba hablar con él, disfrutaba tanto con nuestros encuentros en la cubierta de botes, escuchando sus sueños y también los de todos aquellos que he ido conociendo gracias a él. Me sentía tan disgustada, tan repentinamente vacía, que solo pensaba en encerrarme en mi camarote y echarme a llorar. Sin embargo, mi amiga estaba ahí hablándome, comentaba algo acerca de Maya, algo sobre el hecho de que ni ella ni monsieur Bertrand habían logrado convencerla para que asistiera a la fiesta del ecuador. Y entonces he vuelto en mí, porque había algo que no comprendía: «Si Maya no está, ¿cómo es que has venido? ¿De veras te ha permitido venir sola a la fiesta?», le he preguntado incrédula, pues empiezo a conocer las normas que dictan las estrictas madres de primera clase y dudaba que Maya dejara a su hija vagar libremente y sin su vigilancia por una cubierta repleta de gente tan diversa y desconocida. «Le he dicho que no me separaría de los Goula y se lo ha creído.»

No obstante, Maya no se lo había tragado, porque en ese preciso instante ha aparecido un desencajado monsieur Bertrand, que, al ver a mi amiga, ha exclamado: «¡Mademoiselle Irina! ¡Al fin la encuentro!». Le ha rogado por lo más sagrado que lo acompañara al salón de música, donde Maya estaba esperándola. He visto la alarma en los ojos de Ira, que se ha levantado inmediatamente para seguirlo. También yo he ido con ellos, dejando a un lado mis propios problemas y solidarizándome por completo con mi amiga, que con toda seguridad, iba a recibir un buen escarmiento.

Nunca antes había visto a Maya hablarle así a su hija. Nada más verla aparecer en el salón de música y sin apenas reparar en los pasajeros que estaban allí, ha gritado: «¡Miradla! ¡Criatura imprudente! ¿Has pensado que podías engañarme?». Estaba fuera de sí. Monsieur Bertrand ha intentado interceder alegando que la muchacha no estaba sola en la fiesta, sino que la había encontrado «conversando tranquilamente con mademoiselle Casals en el salón...», pero Maya lo ha fulminado con una sola mirada y el caballero francés ha enmudecido de golpe. La bailarina ha acusado a su hija de ser una mentirosa y de provocarla a cada momento. La ha tildado de vulgar, de poco elegante, por ser capaz de mezclarse sin miramiento con toda la gente de segunda clase que había invadido «nuestra» cubierta. Ira la escuchaba en un silencio impasible, sin ninguna expresión en su rostro, tal vez solamente un atisbo de rabia por estar siendo humillada de esa manera delante de todos. Cuando Maya ha terminado, Ira le ha preguntado en un murmullo casi inaudible si podían retirarse al camarote, y entonces su madre, satisfecha por haberse desahogado, le ha respondido muy digna: «Vámonos de aquí». Parecía completamente ajena a lo que su hija sentía. Monsieur Bertrand y yo nos hemos quedado allí mientras madre e hija salían del salón de música, advirtiendo cómo el resto de los pasajeros miraba descaradamente hacia otro lado. Antes de desaparecer por la puerta, Ira me ha lanzado una mirada, y en su rostro he leído todos los malos sentimientos hacia su madre que alguna vez me ha confiado.

Podría terminar aquí mi relato de hoy, podría engañarme a mí misma, y de paso al cuaderno, omitiendo lo que a continuación ha ocurrido, pero entonces estas páginas no serían sinceras y estarían llenas de falsedad. Y yo no deseo tal cosa. Así que contaré que ya me disponía a retirarme a mi camarote tras la amarga escena cuando, justo al salir del salón de música, me

he topado ni más ni menos que con Abel. «¿Qué haces aquí?», le he preguntado tan sorprendida como llena de temor, «aquí no puedes estar». ¿Qué otra cosa podía hacer si no podía protegerme de él en los espacios interiores de primera clase? Pero Abel no parecía temer nada en absoluto, es más, me ha cogido de la mano con cierta autoridad para luego llevarme hacia el salón contiguo, a la biblioteca, donde a aquella hora del día no había nadie. Nos hemos quedado a solas, en medio de un silencio incómodo donde mi falta de aliento delataba mi estado de ánimo. Abel me ha soltado la mano, aunque no se ha apartado de mí ni un milímetro. Con tono conciliador, me ha dicho: «Berta, siento si te he molestado. Debes saber que no habría hecho nada si no fuese porque...». Pero yo lo he interrumpido bruscamente. «No lo digas. No es verdad. Yo jamás te he animado a besarme, nunca he hecho nada que pudiese llevar a que te tomaras esa libertad.» Él lo ha admitido, me ha dicho que no quería discutir conmigo. Aun así, él había pensado que me sucedía lo mismo que a él. Y al preguntarle qué era aquello que le sucedía exactamente, sin apenas pensarlo, sin medir las consecuencias de aquella pregunta, Abel ha empezado a hablarme de aquella última noche en L'Escala. «Te fuiste para no volver jamás, pero sabes tan bien como yo que ese verano fue distinto a los demás. Quedó algo pendiente entre nosotros». Yo lo observaba y, a pesar de estar temblando por dentro, me mantenía firme. «No lo recuerdo», le he mentado. Pero aquello lo ha encendido. Primero me ha mirado con sorpresa y luego, muy dolido, su orgullo estaba herido de repente, me ha respondido, irónico: «No te creo». Mi temblor ha aumentado. No sabía qué me causaba más miedo, si permanecer un solo minuto más junto a Abel en esa biblioteca vacía, adonde a nadie se le ocurriría entrar en una tarde tan festiva como aquella, o que un miembro de la tripulación pudiera aparecer de repente y que aquello le acarrearase a Abel severas consecuencias. «Abel, te lo ruego...», le he implorado, pero como respuesta él me ha vuelto a besar. Esta vez, los dos a solas en la biblioteca, he sentido intensamente su boca, el olor de su piel, y he visto el deseo reflejado en sus ojos cuando por fin se ha apartado. «¿Todavía no recuerdas nada? No es posible, Berta. Aquel verano estabas radiante. Habías crecido y te habías convertido en una chica preciosa e inteligente. Me tenías completamente deslumbrado y tú lo sabías, porque te aprovechaste de ello durante todas las vacaciones. Recuerdo que hasta la última noche no me atreví a besarte, ¡parecías tan inaccesible! Eras distinta a todas las chicas, eras el tipo de chica de quien yo podía enamorarme.»

Entonces lo he interrumpido porque de pronto he visto que todo aquello me superaba. «Basta, vete. No quiero verte más.» Él todavía ha permanecido unos segundos frente a mí, observándome, buscando en mi yo más íntimo, en aquel rubor que yo no podía ocultar, el más mínimo atisbo de mi verdadero deseo, pero no, yo no pensaba darle ese placer y me he mantenido completamente fría a pesar de mi turbación. Claro que recordaba el beso, y el verano entero enamorada de él, pero aquellos eran sentimientos de una adolescencia que se había esfumado, que quedaba ya muy lejos de nuestras vidas y, más aún, de nuestro futuro. Finalmente, Abel ha cedido y, sin decir nada más, ha desaparecido de mi vista. No negaré que he llorado a solas en la biblioteca, en el más completo silencio, hasta que me he visto con fuerzas para salir y desandar el camino hasta mi camarote.

El día se ha ido desvaneciendo, y seguramente en cubierta ya estén recogiendo los restos de una fiesta que para muchos ha sido el momento culminante de nuestra travesía. No ha resultado así para Ira, ni tampoco para mí. Recostada en mi cama, no dejo de pensar en lo ilusionadas que estábamos las dos hace apenas unas horas, y en el desánimo que siento ahora, justo antes de acostarme. Mañana será otro día, y ojalá la luz de la mañana borre las sombras que desfilan ahora mismo por mi mente y que me hacen sentir tan disgustada, tan triste, de nuevo tan sola.

14 de diciembre de 1918

Navegación atlántica

Me he levantado más temprano que de costumbre porque las sábanas se me pegaban después de tanto removerme en la cama de madrugada. He esperado a que se hiciese de día y, al primer asomo de luz, he saltado de la cama para asearme. Me he vestido, me he peinado, y he salido a cubierta con la imperiosa necesidad de respirar aire fresco. Todavía había muy poca gente allí, ni rastro de la gran celebración de ayer. Todo estaba limpio para un nuevo día de tranquila navegación, como si nada hubiera sucedido. Hoy hace menos bochorno que ayer, seguro que gracias al ligero viento que sopla desde primera hora, aunque el calor parece decidido a no abandonarnos.

En el tablón de anuncios del gran hall hoy se podía leer que, a lo largo de la mañana, se efectuaría la limpieza de nuestros compartimentos, por lo que he decidido llevarme un buen libro e instalarme a leer en una hamaca de cubierta para no pensar. No preveía ver a Ira en toda la mañana. Dadas las circunstancias, estaba convencida de que madre e hija permanecerían en sus habitaciones, pues su cubierta no es de las que se limpian hoy. Me preguntaba si Maya, finalmente, la habría perdonado, y si mi amiga se habría repuesto de la escena protagonizada por su madre. ¿Y sería yo capaz de explicarle a mi amiga lo que había sucedido con Abel o, por el contrario, optaría por no decir nada y negarme así a mí misma que hubiese ocurrido? Me encontraba en medio de estas dudas cuando de pronto he visto la esbelta figura de Maya Demianova plantarse delante de mí. ¡Por poco doy un brinco del susto! «Madame...», he balbuceado mientras me ponía en pie. El rostro de la bailarina me sonreía, como si ayer no hubiese ocurrido nada. Creo que nunca

me acostumbraré a su carácter, a su personalidad tan cambiante. En un momento dado parece adorable, cautivadora, amable, para luego convertirse en la serpiente más venenosa. Y quienes nos hallamos cerca de ella debemos adaptarnos, hacer como si nada cuando sucede esa transformación. Maya me ha anunciado que venía a buscarme. «Querida, deseo que nos acompañes al puente de mando. Tenemos visita guiada con el capitán y a Ira le complacerá mucho que vengas.» Sin esperar una respuesta por mi parte, ha comenzado a andar dando por hecho que yo la seguía.

Desconcertada y al mismo tiempo, lo reconozco, halagada por esa súbita atención de la gran diva, he hecho lo que me ordenaba y la he seguido hasta el interior, donde Ira estaba esperándonos junto al capitán y monsieur Bertrand. La comitiva ha empezado a subir por la escalera, y entonces he buscado la mirada de mi amiga para preguntarle: «¿Estás bien?». Ella ha asentido y, con cierto sarcasmo, me ha susurrado: «Ahora quiere compensármelo. Por eso te ha invitado a venir».

Hemos accedido al puente de mando, el lugar desde donde el capitán y sus oficiales gobiernan el *Reina Victoria Eugenia*, y también nuestras vidas durante la travesía. He sabido que este barco es el gran orgullo de la Compañía Transatlántica junto con su hermano gemelo, el vapor *Infanta Isabel de Borbón*. Ambos cubren la línea del Plata, es decir, la que va cada mes de Barcelona a Buenos Aires y de Buenos Aires a Barcelona. Y lo llevan haciendo desde que botaron los dos grandes vapores, construidos en unos astilleros ingleses. El capitán nos ha explicado que ambas naves son casi idénticas, excepto por algunas diferencias en el aparato propulsor. También nos ha dicho que, en estos momentos, la Transatlántica está construyendo nuevos barcos de vapor, esta vez en España.

El *Reina Victoria Eugenia* puede alcanzar una velocidad de hasta dieciocho nudos, o lo que es lo mismo, dieciocho millas marinas por hora, cifra nada despreciable teniendo en cuenta que la velocidad alcanzada por los vapores gigantescos que surcaban el Atlántico Norte antes de la guerra era de unos veinticinco nudos. Refiriéndose a este dato, el capitán nos ha relatado la dura competición que se libraba anualmente en el mar con el fin de determinar cuál era el buque más veloz. «No se trataba de un simple concurso, los grandes *liners* jugaban con muchos sentimientos, como, por ejemplo, el orgullo nacional», ha mencionado el capitán. El buque que

alcanzaba la primera posición era condecorado con el famoso Ruban Bleu, un gallardete azul que durante todo el año tenía derecho a lucir en el palo mayor, hasta que otro gigante del mar se lo arrebatase. En los últimos tiempos, la competición se convirtió en un claro duelo entre las dos navieras inglesas eternamente rivales: la White Star y la Cunard, aunque era la última la que obtenía, año tras año, el anhelado gallardete gracias al *Lusitania* o al *Mauritania*. «A pesar de que la White Star vio factible disputarle el título al botar el ambicioso *Titanic*, todos conocemos cómo terminó...», ha dicho el capitán. Desde entonces, ha añadido, la carrera quedó desprestigiada, pero, como contrapartida, las navieras tomaron conciencia de la importancia de la seguridad en el mar.

Quizá con el fin de quitarle hierro al asunto y romper el solemne silencio que la sola mención del *Titanic* había producido entre los presentes, el capitán ha pasado a ofrecernos una explicación detallada de algunos aspectos técnicos de nuestra nave, como, por ejemplo, la central eléctrica de gran potencia que posee y que nos proporciona la pródiga iluminación de la que disfrutamos cada noche en los salones. Además de permitir el funcionamiento de unas cámaras frigoríficas que conservan en perfecto estado las delicias que comemos a bordo, a pesar de llevar ya muchos días de navegación. Hay una cámara destinada a conservar la carne, otra para el pescado, y una tercera donde se guardan la fruta y las verduras. Además, ¡un cuarto frigorífico se utiliza diariamente solo para producir kilos y kilos de hielo para nuestro consumo! Contamos también con un moderno sistema de calefacción central que mantuvo confortablemente el calor en nuestros primeros días invernales, haciendo muy agradable la temperatura no solo en los salones, sino también en todos nuestros camarotes, por medio de los radiadores que podemos regular a nuestra voluntad. Y luego está el tema de la excelente higiene que reina en el barco, o del eficaz servicio de fumigación, así como el potente colector de agua de mar que evita cualquier riesgo de incendio, o un destilador de agua dulce que garantiza cada día miles de litros para que al pasaje no le falte de nada. Deseaba preguntarle al capitán si creía que al pasaje de tercera clase tampoco le faltaba de nada, aunque, como es lógico, me he contenido.

He tomado buena nota de todo, y en el fondo he agradecido las explicaciones del capitán, que han logrado que me evadiera un buen rato del

amargo recuerdo de ayer con Abel. Sin embargo, al salir del puente de mando y cruzar todo el largo de la cubierta hasta el ascensor, han vuelto a mí todos nuestros encuentros, e inevitablemente he sentido un pinchazo de nostalgia. Sin querer, lo he buscado con la mirada por todas partes, aunque sabía que no estaría. A pesar de haber decidido no volver a verlo, en ese momento he deseado con todas mis fuerzas encontrármelo y, de algún modo, hallar entre ambos las palabras que remediaran la situación. Por un instante lo he visto posible, ¿por qué no? A fin de cuentas, ha sido esta extraña situación en la que nos hallamos a bordo, después de tanto tiempo sin vernos, lo que nos ha hecho confundirlo todo, a él y a mí. Tal vez la incómoda escena de ayer era necesaria para deshacer cualquier malentendido y ponerlo todo en su sitio. Porque si bien es cierto que el último verano en L'Escala quedó algo pendiente entre nosotros, está claro que nuestra situación ha cambiado radicalmente, y así se lo hice ver gracias a lo que sucedió ayer. Podríamos tratar de pasar página, incluso hacer como si la fiesta del Ecuador jamás hubiera existido y volver a nuestra inofensiva amistad, a nuestras charlas, a la compañía mutua que a lo largo de este viaje nos ha hecho tanto bien. Pero Abel no estaba allí, por lo que he bajado junto a Ira y toda la comitiva a la cubierta que nos corresponde, dejando ese atisbo de esperanza al azar.

¡Qué contenta estoy! Todo se ha arreglado. Abel me ha enviado una nota a través del mismo camarero que el otro día en la que me rogaba que fuera a la cubierta de botes. La nota decía: «No sufras. No voy a ponerte en ningún otro aprieto». Me he apresurado hacia allí, y una vez juntos hemos mantenido una breve charla en la que todo ha quedado aclarado. Ya sonaba el timbre que anunciaba la comida cuando se me ha disculpado sinceramente y, muy solemne, me ha prometido que jamás volverá a ocurrir lo de ayer. Yo me he quedado contemplándolo un instante en silencio, para luego advertirle: «Si vuelves a hacerlo, me alejarás definitivamente de ti». «Lo sé, Berta, soy del todo consciente de ello, y de lo mucho que me importa nuestra amistad», me ha asegurado. «¿Volvemos a empezar?», me ha suplicado con una sonrisa, y yo he accedido satisfecha, verdaderamente feliz de recuperar a mi amigo. De ahora en adelante, todo irá bien.

Abel me ha propuesto que nos encontremos esta misma tarde para que lo acompañe a su toldilla de segunda clase. «Ya conoces a algunos de mis

compañeros, y estoy seguro de que te va a encantar el resto de la gente. ¡Se parecen más a ti que esos estirados a los que pude ver ayer por la tarde en vuestra parte del barco!» Lo ha dicho sin ningún tipo de malicia, tan contento como yo de haber retomado nuestra normalidad, así que he pensado que no había ningún mal en bajar a su cubierta, ahora que ya tengo allí a algunos conocidos. Mientras bajaba a mi parte del barco, he resuelto no mencionarle nada de lo sucedido a Ira, y no por falta de confianza, sino porque me gustaría poder olvidarlo y, simplemente, mirar hacia delante.

La tarde. Ira ha venido a buscarme mientras yo leía en la biblioteca. Me ha dicho que Maya estaba guardando cama tras sufrir otra fuerte jaqueca. «El doctor ha venido a visitarla y le ha administrado un medicamento, un compuesto ergotamínico, para aliviarle el dolor. También le ha dado un sedante que la hará dormir unas cuantas horas seguidas.» «¿Estás preocupada?», le he preguntado yo, dada la fastidiosa frecuencia de esos dolores de cabeza en su madre. Pero ella ha negado con la cabeza y luego ha suspirado. «Lo que estoy es agotada, Berta, —ha respondido—, muy harta, y muy enfadada.» Me he quedado mirándola mientras ella proseguía: «A veces siento como si me devorara por dentro... Maya consume toda mi energía y mi paciencia, ya no tengo. Y lo peor es que no puedo hacer nada...». He tratado de apaciguar los ánimos de mi pobre amiga, mientras ella se desahogaba contándome que episodios como los de ayer, en los que una pequeña rebelión por su parte desemboca en la furia más descontrolada de la madre y, lo que es peor, delante de todos, son cada vez más frecuentes. Dice que en los primeros tiempos esos enfados iban asociados a los períodos de mayor dolor en los pies, cuando todavía sufría por si alguien lo adivinaba y bailaba por encima del dolor y de su capacidad de resistencia; luego vino el mal humor constante del período en que los médicos, irremediamente, la obligaban a reposar; y cuando por fin Maya dejó los escenarios, Ira pensó que todo aquel suplicio habría acabado, que «tal vez ahora podríamos comenzar a tener nuestros momentos de paz y armonía, y aprender a vivir como una madre y una hija normales». Pero eso nunca llegó, porque entonces empezaron los terribles dolores de cabeza de Maya, probablemente relacionados con lo decepcionada que estaba al haber tenido que colgar las zapatillas de baile y renunciar a los aplausos de su adorado público. «Toda su

cólera desemboca en mí», ha asegurado Ira. Y ella aguanta, y se conforma, y trata de comprender su sufrimiento, «pero existe una rabia que crece dentro de mí, Berta, y cada día se extiende más y más... Ya no puedo sentir lástima por ella, sino puro resentimiento por todo lo que me está haciendo. Soy joven, merezco una vida como la tuya, como la de cualquier otra chica de nuestra edad, ¿no te parece? Tú tienes un futuro ante ti, ¿qué tengo yo? ¿Qué me espera al lado de la gran Maya Demianova, que escupe sus frustraciones a cada momento?». He permanecido muy callada, tan apesadumbrada por sus palabras, por ese torrente de sentimientos negativos que mi amiga ha dejado escapar, que pronto me he dado cuenta de que esta tarde no podría acudir a mi cita con Abel. De ningún modo podía abandonarla en ese estado, sino que debía invertir esas horas en las que Maya dormiría plácidamente tratando de animar a mi amiga y de hacerla sentir mejor. Y entonces se me ha ocurrido una idea... aunque rápidamente me la he quitado de la cabeza. Aun así, ¿por qué no? Al final se la he propuesto. «Sé que Maya jamás lo aprobaría, pero como ahora duerme y no tiene por qué enterarse... Ira, ¿quieres acompañarme a la toldilla de segunda clase? Abel nos llevará y allí hay un montón de pasajeros jóvenes y divertidos que ayer me habría gustado presentarte. ¡Lo pasaríamos tan bien!» Ira no lo ha dudado ni un instante. Su rostro se ha transformado y, desafiante, me ha respondido: «Pues claro que te acompañaré. Tengo ganas de conocer gente nueva e imaginar, aunque sea solo una tarde, que viajo en este barco tan sola y libre como tú».

Abel nos ha conducido unos pisos más abajo a través de las escaleras exteriores de la parte de popa, justo allí donde hay un amplio espacio al aire libre donde se pueden ver de cerca los gigantescos puntales de carga. Majestuosos, estos palos se pliegan hasta su mínima expresión mientras navegamos, aunque los he visto multiplicar sus brazos con numerosas poleas terminadas en gancho que, cuando la nave se encuentra amarrada a puerto, los miembros de la tripulación mueven con increíble destreza para las maniobras de estiba. Entonces toda esta cubierta se convierte en un sitio peligroso para el simple pasajero, ajeno a los movimientos de carga y descarga, pero ahora mismo, en plena navegación, he podido verlo convertido en un agradable lugar de recreo para los emigrantes de tercera clase, un espacio donde los chiquillos juegan, las mujeres suben a tomar el aire y

donde siempre hay alguien amenizando el ambiente con cualquier canción popular. Es la música que tantas veces escucho desde mi cubierta. Hemos bajado, pues, a través de distintos tramos de escalera para luego avanzar por un corredor y otra vez subir unos peldaños que nos han llevado directamente a la toldilla de segunda, donde Abel y sus compañeros de viaje pasan las horas y los días hasta llegar a destino. Abel andaba a paso ligero, impaciente por mostrárnoslo todo, y cuando por fin hemos llegado nos ha empezado a presentar a todo el mundo con el mismo entusiasmo de quien muestra su casa y a la familia entera.

Esta tarde he podido conocer al muchacho de los gramófonos La Voz de su Amo y he comprobado por mí misma lo que decía Abel. ¡Ese chico es muy listo y capaz de venderte cualquier cosa! Con su verborrea fácil y desenfadada incluso ha llegado a apalabrar con mi amiga uno de esos aparatos para la futura escuela de Maya Demianova. También le hemos presentado a mi amiga a los hermanos Iturralde y al doctor Català, este último tan atento y solícito con ella que se me ha ocurrido que tal vez se ha enamorado. Y no me sorprendería en absoluto, pues cuando Ira no se halla en presencia de su madre, parece olvidarse de quién es realmente y sonríe, se interesa por todo el mundo y habla por los codos mientras sus ojos se mueven por la avidez de captarlo todo. Su rostro se enciende, y entonces es tan hermosa y alegre que no hay quien se resista a estar cerca de ella. Ira no es consciente, no lo ve, pero la verdad es que posee el mismo magnetismo que su célebre madre.

Juntas hemos conocido a las hermanas andaluzas que Abel me mencionó una vez. Sentadas cerca de la barandilla, cosían flores de todo tipo que iban depositando metódicamente en un cesto. Estas dos mujeres a quienes Abel y sus amigos llaman simpáticamente las solteronas de Cádiz son, sin duda, el alma de esta parte del barco y, como conocen a tanta gente, deben dejar de coser sus flores con cada saludo. Sin embargo, no les importa, porque ellas hablan con todos, preguntan y se ríen de buena gana. Al poco de ser presentadas ya nos han mandado sentarnos a su lado, y pronto Ira y yo estábamos rodeadas de un buen grupo de mujeres cuyos hijos pequeños jugaban a nuestro alrededor. Los hombres se han quedado de pie, apoyados en la barandilla y fumando cigarrillos. Abel nos observaba complacido y me sonreía a cada momento.

Justo al lado de Ira se ha sentado una madre cuyos tres pequeños correteaban muy cerca. Ella no les quitaba el ojo de encima e Ira le ha preguntado por sus nombres. «El mayor se llama Joan, la niña es Anna, y a mi pequeño le he puesto Miqueló», ha dicho la mujer llena de orgullo por su prole. Nos ha contado a continuación que va a reunirse con su esposo tras cuatro años sin verlo. Anna María, así se llama esa madre, es uno de esos casos que ya he escuchado dentro del barco, familias que se reúnen en Argentina tras un período de tiempo en el que el cabeza de familia se ha dedicado a preparar la nueva vida de todos. Estos son los que no regresarán a casa, los que de un modo u otro han logrado establecerse y poder escribir esa carta anhelada a sus seres queridos llamándolos a reunirse con ellos. Anna María nos ha contado que su marido, a pesar de no haberse hecho rico como algunos le hicieron creer en un primer momento, ha logrado salir adelante y conseguir cierta estabilidad. «¡Tenemos tantas ganas de volver a estar todos juntos! —ha suspirado—. Lo mejor vendrá al desembarcar, ¡cuando mi Joan vea por primera vez a su hijo menor! Supe que estaba embarazada al poco de marcharse él a Argentina.» Ira y yo hemos contemplado a los tres niños mientras jugaban, y nos hemos fijado más detenidamente en el pequeño Miqueló, que seguía a sus hermanos en todos los juegos infantiles, ajeno todavía al momento crucial que está a punto de vivir. Siguiendo el hilo de nuestros pensamientos, Anna María nos ha confesado: «Ha sido muy duro tener que criarlos yo sola durante estos últimos cuatro años. Mi esposo enviaba dinero con regularidad y afortunadamente con eso íbamos tirando, pero no es lo mismo sin el hombre al lado. Vives con una pena y una añoranza clavada en el corazón». No cuesta nada imaginar el reencuentro de esta familia en Buenos Aires. Ira debe de habérselo figurado, porque sus ojos han centelleado de felicidad, casi como si esa futura vida la estuviera esperando a ella. Anna María nos ha seguido contando cosas acerca de sus pequeños: «Cada noche les hago arrodillarse a los pies de la litera y rezamos los cuatro: primero por papá, después para que todo nos vaya bien de ahora en adelante. Lo hacíamos en casa y lo hacemos también en el barco». Los tres niños murmuran sus plegarias y a continuación colman de preguntas a su madre, quieren saberlo todo acerca de su nueva vida en el país de papá. «Así llaman a Argentina, ¡el país de papá! —se ha reído ella—. Pero cada noche solo les explico una parte de todo lo que mi esposo me ha descrito, pues a los pocos minutos de empezar los niños ya tienen suficiente y sus párpados se

van cerrando. ¡Mi trabajo es entonces subirlos a la cama de arriba!» Anna María nos ha confesado que, una vez dormidos, ella se queda todavía un rato observándolos en medio de la oscuridad, percibiendo bajo las sábanas sus cuerpos pequeños que empiezan a soñar, escuchando su respiración tranquila y pausada. «Es el mejor momento del día, el más relajante, el más feliz. Es entonces cuando pienso en todas las cosas buenas que están por llegar.»

Ira se ha puesto muy melancólica de repente, de pronto ya no charlaba alegremente ni preguntaba nada, sino que volvía a mostrarse reservada como de costumbre. Al cabo de un rato, se ha girado hacia mí para pedirme que regresáramos a nuestra cubierta. «¿Y si Maya se despierta? Seguro que vendrá a buscarme», ha advertido llena de inquietud. Así pues, nos hemos despedido de Anna María, de las solteronas de Cádiz y del resto de mujeres y, acercándonos a la barandilla, donde los hombres seguían con su charla y sus cigarrillos, les hemos dicho que regresábamos a nuestra parte del buque. Abel nos ha acompañado, y mientras Ira iba delante a paso ligero, temerosa ahora de encontrar a su madre despierta, Abel y yo hemos aprovechado para intercambiar unas pocas palabras. No estamos acostumbrados a encontrarnos rodeados de tanta gente, y por eso nuestras habituales charlas deberán esperar hasta la siguiente ocasión. Sin embargo, no me arrepiento; hoy me he sentido feliz de haber recuperado la naturalidad que había entre nosotros, y de haber podido compartir buenos momentos con mi amiga Ira, a quien tanta falta le hacía pasarlo bien. Aun así, a última hora de la tarde, a Ira le ha vuelto esa expresión de desánimo que no he comprendido hasta que nos hemos hallado de nuevo a solas. Una vez que hemos accedido a primera clase y dejado atrás a Abel, avanzábamos las dos por el pasillo que lleva a su camarote cuando de repente se ha detenido y allí mismo me ha confesado el motivo de su cambio de actitud. Parece que la historia de Anna María la ha afligido mucho. «¡Mujer, pero si es una historia con final feliz! Pronto van a reunirse todos», le he replicado yo. Pero Ira ha negado en silencio, para luego aclararme: «Es precisamente su felicidad lo que me ha trastornado». Y entonces Ira se ha puesto a llorar. Sus lágrimas resbalaban por sus mejillas sin que ella encontrara las palabras, las frases para expresar su dolor. La he rodeado con mis brazos y, como a una niña pequeña, le he susurrado al oído que me permitiera saber lo que la preocupaba. Al fin me ha respondido: «Mi madre me hizo prometerle que jamás la abandonaría, Berta, que nunca me casaría

con nadie ni pensaría en formar una familia. Solo ella y yo, para toda la vida». No he podido ocultar mi desconcierto ante esa promesa egoísta, aunque Ira la ha justificado enseguida: «Fue cuando dejó los escenarios y se sentía completamente desdichada y añorante de su público. Pensaba que todos le darían la espalda, que ya no despertaría nunca más el interés y la admiración de nadie, y sin todo eso Maya no sabe vivir. Me repetía que yo era lo único que le quedaba en este mundo, y fue entonces cuando me lo hizo prometer, del mismo modo que me aseguraba que ella tampoco se casaría otra vez, sino que de ahora en adelante viviríamos la una para la otra, cuidándonos mutuamente». Estaba helada, tanto, que ahora era yo quien no encontraba las palabras. De hecho, sí tenía unas cuantas en la punta de la lengua que habría expulsado de buena gana con toda mi indignación. ¿Cómo es posible que una madre le pida algo así a su hija? ¿Dónde se ha visto semejante muestra de egoísmo? Pero el corazón me decía que aquellas palabras solo podían causar más dolor a mi amiga, y por esa razón le he contestado simplemente que «no todas las promesas se pueden acabar cumpliendo».

ESTANCIA MITCHELL, PATAGONIA

La abuela Berta pidió a Valentina que dejara de leer el cuaderno un instante. Se la veía tan afligida que la chica se asustó.

—Abuelita, ¿te encuentras bien?

La anciana no respondió todavía, pues sus pensamientos eran más intensos que las palabras que podía pronunciar. ¿Cómo explicar a su nieta el torrente de sentimientos que retornaban a ella tras leer aquellas páginas del cuaderno? Recordaba a la perfección cada uno de los momentos vividos. Al igual que todos los que siguieron. Al leerlo, todo le parecía ahora de una intensidad crucial, cada charla adquiriría un significado más profundo. Se fijó en la expresión interrogante de Valentina, sabía que a su nieta se le acumulaban preguntas acerca de Abel y ella, acerca de Ira y ella... Pero la abuela Berta lo quería todo a su tiempo, y ahora mismo deseaba hacerle comprender el lazo de amistad que tan sorprendentemente había surgido entre dos chicas desconocidas, un lazo que ni el paso de los años ni la distancia llegarían a romper, a pesar de todo lo que ocurrió después.

—Estuvimos muy unidas, Valentina; lo estuvimos tanto que jamás he vuelto a encontrar una amiga como ella.

Y se le escapó un suspiro. Porque la anciana fue consciente de que nunca más recibiría otra carta suya, porque ahora sí que solo quedaba ella en este mundo que ya no era completamente el suyo. Se inclinó hacia Valentina y le pidió que le entregara el cuaderno. Su nieta obedeció, y entonces la abuela fue pasando las páginas delicadamente hasta llegar al final, donde encontró la carta que había guardado allí años atrás. Una carta mecanografiada, de las que ya no recibiría nunca más; una carta que había conservado al final del diario de tanto como la había leído y apreciado, pues daba sentido a todo aquello que hicieron y luego olvidaron. Se la ofreció a Valentina para que la

leyera en voz alta antes de proseguir con el cuaderno:

Sé que hace demasiado tiempo que no te escribo, aunque hoy he sentido una gran necesidad de hacerlo. He estado pensando en nosotras, en cuando nos conocimos y en lo importante que has sido para mí. ¡Soy tan feliz! Y sabes que esto no habría sido posible sin tu ayuda.

Sé que no podemos escribirlo todo, que solamente nuestras mentes pueden recordar libremente todo lo que vivimos, todo lo que compartimos, todo lo que no tuvimos más remedio que callar.

Pero, querida mía, solo deseo decirte una vez más que tú me salvaste. Sí, sí, tú me salvaste. E intuyo por tus cartas que también yo he contribuido a tu felicidad.

¿Crees que volveremos a vernos algún día? ¡Me gustaría tanto!

Sin embargo, sé que es imposible, que sería demasiado peligroso y que ambas lo tuvimos muy claro desde un principio: jamás volveríamos a vernos. Aunque quiero decirte una vez más que pienso en ti cada día y en nuestra eterna complicidad. Aunque me encuentre en otro país, en otro continente, en el lugar más alejado de la tierra que tú pisas, te siento tan cerca como en aquellos días en el buque. Berta e Ira, Ira y Berta, unidas para siempre.

Valentina alzó los ojos de la carta y vio a su abuela llorar. Era un llanto silencioso, sus lágrimas resbalaban por las mejillas al tiempo que sus labios dibujaban una sonrisa. Le dijo a su nieta, que la miraba tan conmovida como desconcertada:

—Ya ves que fuimos buenas amigas. Muy pronto descubrirás hasta qué punto.

Sin embargo, la anciana estaba dispuesta a hablar poco, pues había tomado la firme determinación de que sería el propio cuaderno el que hablara por ella, que sería este el que desvelase con la lenta cadencia de los días de navegación, uno tras otro, todo aquello que, ahora que le faltaba su eterna cómplice, deseaba compartir con su querida nieta. Una verdad que apenas tardaría unas páginas en hacerse presente.

15 de diciembre de 1918

Navegación atlántica

Estamos a mediados de diciembre y el verano ya ha llegado en su plenitud para todos nosotros. ¡Es una sensación tan sorprendente! Sigue haciendo mucho calor, pero en cubierta corre una brisa ligera que se cuele entre las puertas abiertas de los salones y alivia un poco la sensación de bochorno. Sin embargo, la mayoría de pasajeros no pisamos los espacios interiores hasta que oscurece, porque las horas de sol en cubierta son una auténtica maravilla. Claro está que hay que ser prudente y no exponerse demasiado al sol, pues la tripulación nos advierte a cada momento de lo peligroso que puede resultar para las pieles delicadas. Así que las señoras de primera clase acostumbran a resguardarse de los potentes rayos en todos los rincones de sombra disponibles, o bien se protegen con sombrillas y sombreros. Yo, por mi parte, siendo un tanto imprudente, como diría mamá con esa fina ironía tan suya, permito que el sol generoso me caliente las mejillas con su tierna caricia, y cierro los ojos para soñar con la maravillosa tierra hacia la que nos dirigimos y que, de tanto oír hablar de ella, ya me parece conocer un poco.

Hoy Maya volvía a encontrarse perfectamente, lo que la hacía mostrarse de nuevo expansiva y amable con todo el mundo. También con Ira, de quien no sospecha en absoluto su incursión de ayer en la toldilla de segunda clase. Mi amiga, por su parte, ha vuelto a adoptar públicamente ese aire distraído y ausente bajo el que esconde todos sus demonios.

El señor Turner se ha unido definitivamente a nuestro círculo más íntimo, e incluso se sienta a nuestra mesa del comedor después de haber hecho los

arreglos pertinentes con su buen amigo el capitán. Ahora monsieur Bertrand debe disputarse con él la atención de su diva, aunque cada vez es más consciente de lo mucho que el caballero argentino brilla a los ojos de la Demianova y, por tanto, de lo poco que él puede hacer.

A la hora de la comida, ella nos ha deleitado a todos con más recortes de su glorioso pasado, esta vez refiriéndose al momento de su vida en que pisó por primera vez París. Hacía muy poco que había enviudado, y Diaghilev le pidió acudir a la capital francesa para el estreno de la primera temporada de los Ballets Russes. Los ojos de Maya resplandecían de emoción al recordar esos días de mayo de 1909 en que, por primera vez, los europeos pudieron verlos bailar, a ella y a sus compatriotas. «Estrenamos en el teatro del Châtelet —ha dicho—, ¡y todo eran prisas y nervios durante los días anteriores!» La compañía, recientemente formada con bailarines de su país, ensayaba mientras Diaghilev mandaba a los obreros desmontar las cinco primeras filas de butacas con el fin de ubicar allí a la orquesta. «Y, claro está, Fokin, nuestro coreógrafo, se desesperaba ante el ruido que hacían los obreros y se quejaba a cada momento de que no podía escuchar el piano, ¡y menos aún ensayar con sus bailarines!» Maya describía situaciones muy cómicas de las que todos nos reíamos, como, por ejemplo, cuando los franceses miraban horrorizados al coreógrafo y a sus bailarines en medio de todo aquel barullo y exclamaban: «*Oh là là!* ¡Estos rusos están como una regadera!». Monsieur Bertrand, quien había asistido lógicamente al memorable estreno, ha encontrado entonces su ocasión para lucirse ante Maya, describiéndolo todo con sumo detalle. Nos ha contado que al estreno acudió lo mejor de la sociedad parisina, también los artistas, los escritores y los críticos más reconocidos. La primera noche representaron *El príncipe Igor*, *El pabellón de la Armide* y *Las Festinas*. «¡Una *première* memorable donde Maya Demianova estuvo soberbia al lado de Nijinsky!», ha dicho. Y la voz le ha temblado ligeramente al pronunciar ese nombre, seguramente porque a él Vatslav Nijinsky le parece el mejor bailarín masculino del mundo; o quizá porque, según he escuchado más tarde, hace tiempo que Nijinsky se peleó con Diaghilev y abandonó los Ballets Russes. Aunque bien podría ser que, simplemente, monsieur Bertrand se encuentre profunda y secretamente enamorado de dicho bailarín. Sea lo que fuere, se ha recompuesto enseguida al tiempo que manifestaba solemnemente: «El día de

aquel inolvidable estreno nació una nueva etapa, la del descubrimiento del ballet ruso por parte de los europeos».

Maya ha seguido relatando aquella magnífica temporada y los distintos papeles que interpretó. También ha mencionado la fiesta que se celebró cuando tocó a su fin, organizada en los jardines del bonito palacio de una dama que estaba situado en la avenida del Bois de Boulogne. Por supuesto, a la fiesta asistió «*tout Paris*», ha asegurado monsieur Bertrand. El señor Turner escuchaba atentamente, cada vez más deslumbrado por Maya, y ella le correspondía dirigiéndose a él cada vez que se refería a los episodios más esplendorosos de la temporada. Es evidente que han iniciado un juego de seducción a pesar de que él es un hombre casado.

Mi amiga Ira se ha mantenido en todo momento al margen de la conversación, y justo al terminar los postres le ha pedido permiso a su madre para retirarse al camarote. «¿No te encuentras bien?», le ha preguntado Maya visiblemente contrariada. La bailarina se hallaba en su mejor momento y no estaba dispuesta a renunciar a toda aquella adulación, así que se le ha ocurrido una solución perfecta: enviarme a mí a su camarote con el fin de hacerle compañía a Ira. En la mirada de mi amiga he adivinado que era exactamente eso lo que estaba buscando. Lejos de encontrarse mal, Ira había preparado la excusa perfecta para provocar nuestra huida del grupito adulador de su madre y pasar a solas un buen rato, así que le he seguido el juego y, tras excusarnos, hemos ido hacia el camarote.

En otras ocasiones había acompañado a Ira a lo largo del pasillo que daba a su camarote, pero nunca antes había accedido a él, por lo que mi sorpresa ha sido mayúscula al descubrir todo el lujo que esconde. Solamente hay unos pocos camarotes como el suyo en todo el barco. Son los que dan directamente al gran hall y se componen de dos habitaciones contiguas: una que hace de dormitorio, y otra que sirve como pequeño salón. En el dormitorio hay dos camas gemelas dispuestas a ambos extremos de la pared, de modo que la de la madre da a una amplia ventana con cortinas delicadamente bordadas y la de la hija se halla en la pared opuesta. Cada cama cuenta con su propia mesita de noche y con una silla en el rincón, además de con una luz propia que cuelga por encima del cabezal para poder leer. En el magnífico tocador he podido apreciar infinidad de objetos: frascos de perfume, tarros de crema,

estuches de maquillaje y un precioso cepillo de plata con incrustaciones. También algunas joyas y muchas pinzas para el recogido perfecto que luce a menudo la Demianova. En definitiva, en ese tocador había todo lo que una famosa bailarina puede necesitar para su sesión de belleza diaria, que no debe ser poca cosa. Estaba absorta mirándolo todo hasta que Ira me ha propuesto que nos sentáramos en el salón.

Por fin a solas en la intimidad de su camarote, ha vuelto a animarse. Yo no podía dejar de admirar el pequeño salón enmoquetado en un elegante tono verde, con unos sillones ricamente tapizados, con sus cortinas finas y delicadas y un bonito escritorio de madera en el rincón donde yo misma podía imaginarme escribiendo en mi diario. Sin embargo, Ira era ajena a todo ese lujo y belleza, y lo único que deseaba era hablarme con toda confianza. «Quiero mostrarte algo, Berta. Se trata del bien máspreciado de Maya», me ha anunciado con cierto tono desafiante. Y a continuación ha extraído del armario una maleta de piel con correas que debía de pesar lo suyo porque, una vez que la tenía bien agarrada, me ha pedido ayuda para depositarla en el suelo. Nos hemos sentado ahí, cruzando las piernas como dos colegialas delante de un tesoro recién descubierto, y entonces Ira ha empezado a desatar las correas. Cuando por fin ha logrado abrir la maleta, he quedado completamente maravillada. Unos cuantos pares de negras pupilas miraban fijamente hacia el techo, cada par de ojos rodeado de abundantes pestañas perfectamente recortadas. Unos ojos que no parpadeaban, por pertenecer a las muñecas que colecciona la bailarina. Todas ellas con un rostro blanco de porcelana fina, enmarcado con hermosos tirabuzones que van desde el rubio más claro hasta el negro azabache. Los cuerpecitos, ordenadamente dispuestos dentro de la maleta, llevan vestidos muy delicados hechos de seda, hilo y encajes.

Ira me ha contado que todas estas muñecas provienen de Rusia y que tienen mucho valor. «Solo hay una muñeca decuando mi madre era pequeña, el único bien que poseía antes de convertirse en bailarina profesional —me ha dicho sacándola de la maleta—. Es esta, la del vestido azul.» El resto, según mi amiga, son piezas de coleccionista que a lo largo de los años Maya ha ido acumulando. Con un deje de desprecio me ha confiado: «¿Sabes qué son en realidad, Berta? Son las muñecas de sus amantes».

Hoy Ira tenía ganas de desahogarse sobre muchas cosas, y por eso ha

decidido contarme algunas de sus historias más turbias ante la inquietante presencia de los rostros de porcelana que miraban hacia el techo. Ha señalado dos de ellas como regalo de Boris Vladimirovich, el primero en llamar a Maya «mi muñequita». Con el paso de los años, Ira aprendió a identificar a los amantes de su madre gracias a las muñecas que le regalaban y al descuido de alguno al llamarla «muñequita». Eran muchos los que conocían la afición de Maya de coleccionar muñecas de porcelana, aunque tan solo algunos privilegiados, sus protectores más poderosos, podían obsequiarla con una de ellas. «Y, claro está, aquello se convirtió en una especie de competición por la muñeca más bonita, más antigua, más difícil de conseguir. Y así fue como Maya creó esta valiosa colección.»

Ha extraído de la maleta una que parecía más nueva que las demás, llevaba un vestido de gasa rosa a base de capas superpuestas terminadas en un delicado vivo bordado; un rostro de un blanco absoluto, unos ojos tan bien reproducidos que parecían de verdad. Ira me la ha acercado y me ha dicho: «Es la del último protector español de Maya, el señor Arnau. Por su culpa huimos hacia Argentina». Hemos permanecido en silencio mientras ella peinaba con sus dedos los hermosos tirabuzones de la muñeca. Luego ha admitido: «No me caía mal el señor Arnau, era amable. De hecho, es quien ha tenido que soportar más rabietas e impertinencias de mi madre por haberla conocido en sus peores años. Pero, como todos los demás, era un hombre casado, porque Maya los escoge siempre así, para que no la puedan atar más de la cuenta. Quiere sus obsequios, busca su protección, porque a Maya le gusta vivir bien y gastar mucho, pero jamás los ama de verdad, solamente los utiliza y luego se harta. El problema es que la esposa del señor Arnau acabó descubriéndolo todo, y se trata de una dama de mucho peso en Barcelona. Ella es quien manda en su casa y quien puede hacerle la vida imposible al marido. Así pues, ha sido la señora Arnau, en definitiva, quien nos ha financiado este maravilloso camarote en el que viajamos otra vez en busca de un nuevo hogar», ha dicho sarcástica. Mi amiga se lamenta de no poder construir nunca un hogar, de no poder permitirse amar ningún lugar ni hacer amistades que puedan durar, pues tan pronto esto ocurre, «ella vuelve a provocar otra situación de esas que lo estropean todo, o bien simplemente se cansa del lugar o de la gente. Entonces, otra vez hay que meterlo todo en los baúles y emprender un nuevo viaje quién sabe dónde». Me he llenado de

tristeza al darme cuenta de que esto es, precisamente, lo que también nos ocurriría a nosotras, a nuestra amistad. He comprendido entonces que Argentina será solamente una parada más en el largo e interminable viaje que madre e hija llevan por el mundo.

Ira ha vuelto a guardar todas las muñecas dentro de la maleta, y mientras las colocaba metódicamente, de tal manera que cada una encontrara su sitio sin que un solo tirabuzón se despeinara, ha recordado que cuando era una niña, en tiempos del gran duque Vladimir y aún en vida de su padre, Maya no le permitía tocarlas, ni siquiera acercarse a ellas. Pero cuando se hizo mayor y viajaban de gira por Europa las dos solas, la madre le concedió el privilegio de velar por las muñecas. Ella es desde entonces la encargada de que todas esas caritas de ojos negros y sin vida se encuentren en perfecto estado. Les limpia el polvo con un paño delicado, les alisa los vestidos, les peina cada tirabuzón con un artilugio especial... Estaba admirando las muñecas mientras escuchaba sus explicaciones e intentando decidir si me agradaban o si, por el contrario, me daban miedo, cuando Ira me ha confesado que ella las detesta, que jamás le han gustado. «Es una de tantas cosas que Maya no sabe de mí — ha lamentado—. Ella piensa que a mí me gusta cuidarlas, que las valoro como hace ella, sin saber que si yo pudiera... las arrojaría ahora mismo al océano.» Sin embargo, si alguna vez se le ocurriese mencionar ese sentimiento en voz alta delante de Maya, esta se lo tomaría como un ultraje personal y lo más probable es que se lo hiciera pagar muy caro. «Porque con las muñecas tiene un vínculo sentimental. Forman parte de ella, de su esplendoroso pasado.» Finalmente ha guardado la maleta en su sitio, dentro del armario, y entonces se ha girado hacia mí con una sonrisa maliciosa. «A veces, cuando estoy harta de ella y sé que no puede verme, saco de la maleta alguna de sus muñecas más queridas y la maltrato un poco. Solo un poco, claro está, porque si se me rompiera o le ocurriese cualquier cosa, es seguro que Maya entraría en cólera.» Es increíble cómo esta desconocida que el primer día de navegación me observaba silenciosamente en cubierta se ha convertido ahora en una amiga íntima, capaz de confiarme sus pequeños pecados y, sobre todo, de compartir conmigo sus pensamientos más íntimos y dolorosos.

He vuelto a leer la carta de Julio para aferrarme con ilusión a mi futuro.

Tal vez porque siempre que hablo con Ira siento una mezcla contradictoria de sentimientos. Por un lado está la profunda tristeza e impotencia que siento por mi amiga al no poder ayudarla; pero también está ese otro pensamiento, así quiero admitirlo en mi diario, el maravilloso sorbo de esperanza que acude a mí al darme cuenta de todo lo que me espera. A ello ayudan, sin duda, las personas que voy conociendo a medida que pasan los días, esas que inundan de sueños el buque y contagian su propia ilusión a los demás. Pienso entonces que yo sí saldré adelante, que cuento con esta maravillosa oportunidad que me ha brindado el destino de construir una vida a mi gusto, de formar un hogar que será mío, de conocer un nuevo paisaje que pronto será parte de mí. He dejado de añorar a padre con el dolor de los primeros días de viaje, que me oprimía el pecho y provocaba en mí ciertas dudas acerca de la decisión que he tomado. Siento que ha pasado una eternidad desde que salimos del puerto de Barcelona dejando todo mi mundo atrás, y toda aquella incertidumbre que me devoraba está siendo vencida por una esperanza que crece y crece en mi interior, y que cada día me hace más fuerte y más segura. ¿Soy acaso una mala persona por sentirme así mientras mi amiga sufre? ¿O más bien se trata, simplemente, de pura supervivencia?

He subido a la cubierta de botes demasiado tarde y Abel ya se había marchado. El sol se estaba poniendo y el hilo de luz que desprendía el horizonte era cada vez más fino. Me he sentido un poco decepcionada al ver que no me ha esperado un poco más, aunque no tiene por qué hacerlo, del mismo modo que yo no estoy obligada a subir cada tarde. Ya me iba cuando he escuchado un murmullo procedente de dos botes salvavidas, justo donde suelo encontrar a Abel fumando un cigarrillo, así que me he acercado por si se trataba de él. Lo que he visto a continuación me ha hecho retroceder unos pasos, asustada y llena de perplejidad. ¡Había una pareja besándose apasionadamente! Se ocultaban entre los dos botes suspirando, manoseándose todo el cuerpo como si les fuera la vida en ello, como si el tiempo se les fuera a acabar al minuto siguiente. Los he visto, pero solo parcialmente, y mientras retrocedía mi corazón ha empezado a latir con fuerza. ¿Y si era Abel quien se besaba allí con alguien? Sentía mi pulso en la sien, la cabeza a punto de explotar. Tenía que alejarme de allí, huir lo más deprisa posible antes de que me descubrieran. ¿Qué ocurriría si se trataba de Abel? Quería saberlo,

necesitaba salir de dudas, por lo que me he aproximado de nuevo. Y esta vez la pareja sí que ha advertido mi presencia y ha dejado de besarse para girarse hacia mí. ¡Qué vergüenza cuando me han visto allí plantada, observándolos con la boca abierta sin apenas respirar! No era Abel quien se besaba afamadamente, sino monsieur Bertrand, ¡y lo hacía con un muchacho joven y bien parecido que ayer vi en la toldilla de segunda clase! Los tres hemos gritado al mismo tiempo del susto. El chico se ha esfumado tan rápido como una liebre mientras monsieur Bertrand se frotaba los labios con el dorso de la mano. «Mademoiselle... ¿Qué demonios hace usted aquí?» Más bien parecía un lamento, incluso una protesta ante la incómoda situación que mi presencia había creado. Me he apresurado a pedirle disculpas y a responderle que estaba buscando a alguien. Él ha procurado recomponer su aspecto, tras lo cual ha vuelto a ser el mismo de siempre, tan exquisito y sonriente. Ha respondido a mi titubeo con toda naturalidad. «No es ningún secreto que me gustan los hombres, querida, pero confío en su discreción, mademoiselle Casals.» «¡Por supuesto, monsieur, por supuesto!», le he respondido aún desconcertada y al mismo tiempo aliviada por no haber descubierto a Abel en medio de aquella escena de amor. Y no es que me incumban las posibles aventuras de Abel, de igual modo que no me incumben las de monsieur Bertrand, pero no me hubiera gustado nada ser testigo de semejante escena protagonizada por mi amigo.

16 de diciembre de 1918

Navegación atlántica

Me he despertado de madrugada completamente trastornada por un sueño. ¿O más bien debería decir por una pesadilla? En él aparecían las muñecas rusas de Maya, que habían cobrado vida. Parloteaban entre ellas, todas a la vez, usando un lenguaje incomprensible y estremecedor. Yo me acercaba a ellas para escucharlas mejor, y entonces una me mordía la punta de la nariz. Creo haber pegado un grito que ha traspasado el sueño, luego me he despertado. De todos modos, enseguida he vuelto a adentrarme en el sueño, y, de pronto, ya no estaban las muñecas, sino que tenía frente a mí el rostro de Abel. Con sus manos me cogía por la cabeza y me acercaba a él hasta besarme en los labios. Sentía la humedad de su lengua, sus ágiles dedos recorrer todo mi cuerpo del mismo modo que he visto hacer hoy a monsieur Bertrand. Estábamos en el mismo lugar, entre los dos botes salvavidas, y él me contemplaba con sus ojos negros, en los que yo me perdía en un débil suspiro. Pero entonces lograba sacar fuerzas y poner mis manos sobre su pecho. Lo apartaba de mí y le gritaba la misma frase del baile: «¿Qué te has creído? ¡Estoy prometida a otro hombre!». Abel seguía mirándome fijamente y sonreía. Yo quería volver a besarlo, pero me contenía. ¡Lo deseaba tanto! Aquel instante se alargaba de tal manera que sentía que iba a fundirme allí mismo. Mis manos, todavía en su pecho, se aflojaban finalmente y yo dejaba de mostrar resistencia. Entonces Abel me volvía a besar. Estábamos de nuevo en el rincón solitario de la biblioteca, aunque, a diferencia de aquel día, en el sueño me dejaba llevar y, con su mismo deseo, me libraba a un auténtico río de placer.

Hasta que me he despertado, completamente empapada de sudor,

removida por dentro y por fuera, las sábanas hechas un ovillo. Me he incorporado en la cama y, en la oscuridad de mi camarote, he palpado mi cuerpo percibiendo todavía las manos de Abel. Luego he abierto la ventana. ¡Dios mío, qué calor hacía! He apoyado la frente sobre el cristal buscando un poco de frescor. He cerrado los ojos. Mi mente seguía reproduciendo la última escena del sueño, revivía una y otra vez los besos, las manos sorprendentemente expertas de Abel, y me he asustado al darme cuenta de cómo lo deseaba a pesar de estar ya fuera del sueño. He abierto los ojos para mirar hacia el cielo, donde las estrellas aún temblaban en medio de la dulce noche, y entonces he rezado desesperadamente por mí.

Todo el día trato de decidir si esta tarde debo subir a la cubierta de botes a buscar a Abel, o si lo mejor es simplemente no aparecer más. Seguro que se preguntará qué ha ocurrido, pues ayer no me encontré con él por haber acudido más tarde que de costumbre. Pero hoy... Hoy me da miedo acercarme a él. Tan solo quiero alejarlo de mis pensamientos y evitar el torrente de sensaciones que nublan mi conciencia. Necesito ver a Ira y hablar de cualquier cosa con ella excepto de lo que he soñado. No hace falta explicarle nada, porque realmente no ha sucedido nada. Me digo a mí misma una y otra vez que solamente hace falta dejar pasar las horas, dejar que mi mente asimile todo lo que ayer me alteró: las muñecas, la escena de ese joven con monsieur Bertrand, que mi subconsciente me ha jugado la mala pasada de transformar.

El anochecer. Ira no ha sido en absoluto el bálsamo que yo esperaba, hoy no hemos podido disfrutar de un solo momento de intimidad. Todo el día hemos estado rodeadas de otras personas, como la misma Maya y el señor Turner, los Goula y los Romeu. Incluso los Bennett y sus fastidiosas hijas se han sumado a nosotros, mientras que monsieur Bertrand brillaba por su ausencia sin que nadie sospechara más que una simple indisposición. Me he pasado el día escuchando las aburridas conversaciones de primera clase y observando desde la cubierta de paseo un cielo que hoy no quería brillar con el mismo esplendor de otros días, sino más bien mantenerse, como mi estado de ánimo, en un tono grisáceo propio de la vigilia de una tormenta.

17 de diciembre de 1918

Navegación atlántica

La fecha de llegada a Buenos Aires no está del todo asegurada hasta el final del viaje; ni el capitán ni los miembros de la tripulación se aventuran a confirmarla porque todo depende de un sinfín de circunstancias ajenas a su voluntad, como, por ejemplo, el estado del mar y las condiciones meteorológicas que vamos encontrando a lo largo de toda nuestra travesía. ¡Y el tiempo cambia tan a menudo en el mar! Hoy, el día se ha levantado del mismo gris melancólico de ayer, de un cenizo mustio solamente interrumpido aquí y allá por algunas nubes cada vez más oscuras que no hacían más que presagiar el mal tiempo. Nos lo ha confirmado el oficial Amadeo durante el desayuno: «Hoy tendremos un poco de baile», ha dicho. Y además está este bochorno que ha vuelto, un vapor de agua que flota en el aire y parece que nos va a ahogar. Incluso se te quitan las ganas de pasear o de hacer el más mínimo esfuerzo. Qué sensación más opresiva, es una verdadera tortura para los nervios y alienta el mal humor. Solo pienso en que llegue de una vez la tormenta y podamos volver a respirar con cierta normalidad.

Abel me ha enviado una nota por medio del mismo camarero que la otra vez. Escribe:

No has subido a nuestra cubierta en los últimos dos días, empiezo a estar preocupado. ¿Te ocurre algo? ¿Tal vez te sientes mal? Me gustaría que respondieras a esta nota para quedarme más tranquilo. Solamente debes escribir unas pocas palabras y entregarlas al mismo camarero que te la ha dado. Él se encargará de hacérmelas llegar. Se prepara una buena tormenta, lo han mencionado unos marineros, y si

*tienen razón, hoy por la tarde podrían cerrar la cubierta superior.
Apreciaría mucho una respuesta tuya.*

*Tu amigo más fiel,
Abel.*

Le he respondido con una mentira, le he escrito que me había encontrado indispuesta, aunque ya empezaba a sentirme un poco mejor. ¿Cómo podría explicarme si no? El tiempo juega a mi favor y si de veras hoy llueve, será un día más de viaje sin ver a Abel. Mañana será otro día, y quizá cuando luzca un sol espléndido tras la lluvia, solo quizá, lo veré todo mucho más claro. Faltarán ya pocos días para llegar a Buenos Aires, y tal vez esa proximidad ahuyentará el temor a mis propios instintos.

He decidido sentarme un rato en el café Verandah y dejar pasar las horas hasta que suene el timbre de la comida. Aquí me encuentro bastante bien, pues se respira el ambiente tranquilo que yo necesito. No hay nadie de los más habituales, solamente los Schneider, que están sentados muy cerca de mí sin intención alguna de entablar conversación. Al entrar al café he pensado en buscar una de esas mesas situadas en la terraza abierta al mar, ahí donde el agua que mana de la bonita fuente de mayólica produce una sensación muy refrescante, por si pudiera aliviarme un poco la sensación permanente de bochorno. Sin embargo, el viento empezaba a soplar un poco fuerte, anunciando la cercanía de la tormenta, y los camareros estaban recogéndolo todo para luego cerrar esa parte descubierta del café. Así pues, me he conformado con el espacio interior. Todo se encuentra bastante desierto, la mayor parte de la gente se ha retirado al camarote a la espera de lo que está por llegar.

Me dedico a estudiar de reojo a la señora Schneider, tan bonita, tan joven, con sus maneras tan elegantes. Podría decirse que es tan mayor como él por el modo en que se comporta, pero en realidad apenas tiene unos años más que yo. La pareja casi no intercambia una palabra, y es fácil percibir su profundo aburrimiento. Sobre todo el de ella, él se conforma con lucir a su señora. Ella, por su parte, solo interrumpe sus largos silencios con algún suspiro cuando parece no poder más, y en ese suspiro deja ir todo el hastío, las horas muertas, los años que debe de haberse perdido casada con un hombre tan

mayor, tan serio y tedioso. Porque esto es lo que me parece el señor Schneider desde que lo conocí. ¿Y si Julio Mitchell es también así? ¿Y si la imagen que ahora mismo contemplo ante mí no es más que el presagio de mi vida al cabo de algunos años de matrimonio? ¿Y si entonces me encuentro a mí misma emitiendo este tipo de suspiros apesadumbrados al ver morir las horas, los días, los años, y experimento la terrible sensación de no haber vivido intensamente jamás? Ya basta, Berta, ya basta.

En el barco corre el rumor de que los Schneider están arruinados. Parece que el señor Schneider podría haber apostado por una victoria alemana en el transcurso de la guerra y que, empujado por dicha creencia, habría comprado una cantidad ingente de marcos alemanes. Si lo que dicen es cierto, los Schneider lo perderán todo, o casi todo. Aunque tal vez nada de esto sea verdad y todo sea obra de los Bennett, que se la tienen jurada y bien pueden haber alimentado el rumor. Existen tantas medias verdades a bordo... Me pregunto qué placer encuentran algunos en desear la caída de los otros, y sin embargo parece que así es el mundo, porque la guerra lo ha dividido todo en dos bandos opuestos. Están los buenos y los malos, los vencedores y los vencidos, los que se han enriquecido y los que lo han perdido todo.

La señora Schneider suspira de nuevo largamente y a mí me viene a la cabeza la historia que el otro día escuché acerca de su matrimonio. Dicen que el señor Schneider se ganó su consentimiento obsequiándola con una mansión de las más bonitas de Buenos Aires, situada en un tranquilo barrio residencial. La mandó construir para ella, completamente a su gusto. Cuentan que un día envió su carruaje a casa de los padres de la futura señora Schneider, a quienes conocía de siempre, y los invitó a un paseo para mostrarles un proyecto que tenía entre manos. Los padres de la joven, llenos de curiosidad, se montaron en el carruaje acompañados de su hija, a quien imagino tan desganada como ahora mismo. El señor Schneider los condujo hasta un barrio al norte de Buenos Aires donde en aquel momento se construían las casas más hermosas. Cuando llegaron al cruce de dos calles anchas, el señor Schneider hizo detener a los caballos enfrente de un terreno vacío, magnífico por sus vistas de la ciudad. Allí mismo, ante la presencia de los padres de la joven, el hombre le declaró su amor a la futura señora Schneider y le prometió que, si lo aceptaba, le construiría la mansión más bonita que jamás hubiese soñado en ese terreno que tenían ante ellos, que él

había comprado para tal fin. Trato de imaginar el sí de la futura señora Schneider, y solo se me aparece como un consentimiento por la presión de sus padres, o por el *coup de cœur* que quizá experimentó frente a semejante propuesta de matrimonio. Dicen que la mansión es magnífica, que allí se organizan fiestas constantemente, tardes de señoras, encuentros entre parientes y amigos del matrimonio Schneider... Y yo me pregunto qué harán si de veras el matrimonio se halla ahora arruinado. Sin la casa, temo que los suspiros de la señora Schneider acaben ahogándola por completo.

Era ya mediodía cuando, por primera vez en muchos días, ¡hemos sentido la fuerte emoción de ver tierra! Solo de lejos, tan lejos que apenas se distinguía, pero hemos podido vislumbrar por fin la costa de Brasil. La noticia se ha propagado por todas las mesas del café Verandah y muchos de nosotros nos hemos encaminado hacia la cubierta de paseo, a pesar de las primeras gotas de lluvia que ya empezaban a caer. ¿Cuántos días han pasado sin que nuestros ojos alcanzaran a ver nada más que un mar y un cielo inacabables? Casi me ha parecido un milagro ver la fina línea de la costa, una visión al fin y al cabo esperanzadora que llena nuevamente mi vida de futuro. Sí, sí, de futuro, pues ha sido en ese preciso instante cuando he vuelto a verlo todo claro. Hasta ahora, el mundo me parecía suspendido en el tiempo y en el espacio, nuestras vidas detenidas en medio del vasto océano sin que nuestras mentes pudieran pensar con claridad. Estos últimos días me he dejado llevar por unos sentimientos absurdos, falsos, erróneos, y su única causa es esta existencia apenas real que hemos experimentado en alta mar. El sueño de la otra noche me pareció un pedazo de verdad tan poderosa que me ha tenido completamente trastornada, revuelta por dentro y por fuera, y de ahí mi miedo a volver a encontrarme con Abel. No deseaba verlo porque temía comprobar que el deseo, un deseo tan perfectamente contenido cuando Abel me besó pero que había dejado libre a causa de la fantasía del sueño hasta dejarme sin respiración, podía ser a fin de cuentas tan inevitable como real. Y si así era, ¿cómo podría evitar el desastre? Mi vida entera, mi futuro, pendían de un hilo muy fino a punto de romperse. Me aterraba pensar en ello, evitaba escribir sobre ello, y lo único que deseaba era llegar cuanto antes a mi destino y evitar así lo peor: ser consciente de que me había equivocado. Pero hoy he vislumbrado ese primer trozo de tierra americana, y su sola visión ha obrado

en mí un milagro. He despertado de mi pesadilla, de mi incertidumbre, de todas las dudas que me acechaban como el más negro y oscuro nubarrón, como los que ahora mismo van cubriendo el cielo, y he visto brillar mi horizonte con la lucidez del día más claro. Los nubarrones han empezado a descargar sobre nosotros, las primeras gotas mojaban mi rostro y también mi ropa, pero yo simplemente he cerrado los párpados, agradecida, y he dejado que la lluvia resbalara por mis mejillas. ¿Acaso lloraba? Es muy probable. Sin embargo, todo mi ser sonreía aliviado por el frescor inesperado. Con los ojos aún cerrados, he visto con claridad a Julio Mitchell, mi Julio Mitchell, esperándome en el puerto. Una figura alta y esbelta, con un traje elegante, e incluso he podido ver su sonrisa, la más agradable que jamás haya visto. Es así como va a ser, como lo deseo de todo corazón. Me encontraba tan bien de repente que solo quería alargar lo más posible aquel momento maravilloso, pero entonces ha arreciado la lluvia y en apenas unos instantes la cubierta se ha quedado vacía. Estaba sola, empapada por esa lluvia reparadora, cuando la voz de un miembro de la tripulación ha roto el encanto al gritar con autoridad: «¡Señorita! ¡Haga el favor! ¡Entre o cogerá una pulmonía!». Y entonces he entrado.

Todos los espacios exteriores de la nave han quedado cerrados durante el resto del día, pues el tiempo no ha hecho más que empeorar. La lluvia ha derivado en una fuerte tormenta y los nubarrones han inundado el cielo de tal manera que se ha hecho de noche antes de tiempo. Los salones se han ido vaciando a medida que el balanceo del barco se hacía más acusado. He visto a gente asustada mirando a través de los ventanales, buscaban a cada momento a un oficial que pudiera tranquilizar sus ánimos, aunque todos los que gobiernan el buque estaban muy atareados y no tenían tiempo para muchas explicaciones. El sobrecargo ha dado instrucciones precisas a todos los camareros para que revisaran camarotes, aseguraran las contratapas metálicas de los portillos y comprobaran que puertas y ventanas quedaban debidamente cerradas con el fin de evitar la entrada de agua. El *Reina Victoria Eugenia*, con toda su presencia y majestuosidad, se balancea como un juguete a merced de los caprichos de una tormenta que no tiene ninguna intención de amainar.

Hoy ya no espero ver a nadie, ni a mi amiga Ira, ni menos aún a Abel. He

paseado largo rato por los salones interiores con la esperanza de encontrarla, pero una vez que ha oscurecido he llegado a la conclusión de que también hoy, seguramente más que cualquier otro día, Maya debía de encontrarse indispuesta. Con el estado de la mar, lo más probable es que madre e hija hayan permanecido todo el día encerradas en su amplio y confortable camarote, así que no me queda otra opción que esperar pacientemente a mañana y desear que entonces hayamos superado lo peor de este temporal. Ahora que me siento con tanta energía, con una fuerza semejante a la de la propia tormenta, ahora que vivo ilusionada de nuevo con lo que está por venir, mi único deseo es reencontrarme lo antes posible con mis amigos para poder disfrutar de cada uno de los momentos que todavía podemos pasar juntos a bordo.

18 de diciembre de 1918

Navegación atlántica

He pasado una noche terrible, como seguramente la mayoría del pasaje. La tempestad ha persistido a lo largo de toda la noche, y esperar a que pasaran las horas ha resultado insoportable. El agua salpicaba violentamente los cristales de mi ventana y a cada momento me despertaba angustiada por algún ruido. El viento silbaba con tanta fuerza que daba miedo, y luego estaba el fuerte balanceo, la sacudida constante del camarote entero y de todo lo que había dentro. He pasado mucho miedo, por primera vez he temido que no llegaría a ver jamás la mañana siguiente. ¿Todo va a terminar aquí?, me he preguntado en más de una ocasión durante esta noche en vilo, tratando en todo momento de percibir algún sonido procedente del pasillo, alguna voz que me demostrara que no estaba sola en medio de un océano enfurecido.

Cuando por fin ha asomado por el horizonte la primera luz del día, tan débil como un suspiro, me he armado de valor y me he levantado. A pesar del mareo que sentía, he reunido fuerzas para asearme, vestirme, peinarme y salir al corredor. ¡No había ni un alma!, aunque eso no me ha amedrantado. He avanzado hasta el vestíbulo, donde he visto a los primeros pasajeros que ya se habían levantado, como yo. Se movían todos con precaución, algunos accedían al salón comedor. Los he seguido dócilmente y, una vez dentro, he podido ver al segundo oficial tratando de apaciguar los ánimos de un grupo de pasajeros que estaba allí reunido. El capitán se encuentra en el puente de mando y parece que lo ha enviado para explicarnos que, a pesar de estar atravesando un buen temporal, no hay que temer por nuestra seguridad. «El capitán ha moderado la velocidad y hemos puesto la nave a la capa», ha detallado.

Ante el rostro de completa incomprensión de algunos de nosotros, el segundo oficial ha aclarado que ahora lo importante ya no es tomar el rumbo más directo hacia nuestro destino, sino situar la proa de cara a las olas y evitar pasarlas de costado. Parece que dicha maniobra provoca que el barco se balancee menos que como lo ha hecho hasta ahora, embistiendo las olas de frente y capeando el temporal. «Tardaremos un poco más, es probable que el buque sufra algunas fuertes cabezadas, pero no duden de que lo mantendremos a flote», ha asegurado con tono tranquilizador.

El segundo oficial ha permanecido poco tiempo en el comedor. A pesar de sus pacientes explicaciones, tenía órdenes estrictas de regresar lo antes posible al puente de mando, así que pronto lo hemos visto salir de allí con el aire satisfecho de la misión cumplida. Yo no sabía qué hacer ni adónde ir, pero quería sentirme acompañada en todo momento después de la terrible soledad de la noche pasada, así que me he dedicado a recorrer los salones en busca de algún rostro conocido. Lo he encontrado más allá del salón de música, es decir, en la biblioteca, donde no había vuelto a entrar desde el fatídico día con Abel. Sin embargo, ahora todo es distinto y, nada más ver al señor Turner al fondo, me he aproximado hacia él. El caballero argentino contemplaba con aire preocupado la tormenta que se desataba al otro lado del gran ventanal. Desde ese punto estratégico podía verse el castillo de proa, donde, en aquellos momentos, unos cuantos marineros se desgañitaban para asegurar a toda prisa cuerdas y cabos de amarre. Al percatarse de mi presencia, se ha girado hacia mí y sus labios han dibujado una sonrisa afable. Es obvio que ha leído la angustia en mi rostro, probablemente parecía un poco perdida, porque me ha propuesto sentarme junto a él ahí mismo, al lado del gran ventanal. «Quédese tranquila, señorita, el capitán y sus hombres han visto cosas mucho peores», me ha dicho en el mismo tono paternal que hubiese utilizado con alguna de sus hijas. Había oído que tenía dos, y también dos chicos, además de una esposa que, si las sospechas de Ira eran fundadas, pronto quedaría completamente eclipsada por una difícil rival. Como si hubiera leído mi mente, el señor Turner se ha referido a Maya: «Nuestra amiga no se encuentra muy bien. Otra vez esas terribles jaquecas. Desde ayer madre e hija están recluidas en el camarote», se ha lamentado. Y otra vez ha dejado vagar la mirada más allá del cristal para seguir atentamente las difíciles maniobras de los marineros de proa.

Como él, procuraba concentrarme en todos sus movimientos, pero la vista me traicionaba y se desviaba hacia el rincón de la biblioteca donde Abel me había besado. Me preguntaba qué habrían pensado todos si alguien nos hubiera visto. Y ha sido entonces, mientras me obligaba a pensar en todo aquello, cuando he visto aparecer por la puerta a mi querida Ira. La he llamado y he corrido hacia ella. Casi hemos chocado en un abrazo que nos ha aliviado a las dos. Ahora ya podían desatarse todas las tormentas del mundo, que yo me sentía con fuerzas para hacerles frente. Cogidas de la mano, hemos ido a sentarnos con el señor Turner, que, nada más ver a Ira, le ha preguntado por Maya. Ella le ha respondido simplemente que se hallaba descansando, en un tono ni amable ni frío, más bien expectante, que es como ella se mantiene ante lo que pueda suceder entre su madre y este hombre.

El señor Turner ha seguido atento a lo que ocurría en el castillo de proa mientras, distraídamente, nos hablaba de los muchos temporales que había vivido en alta mar. Pero entonces ha sucedido algo terrible que nos ha dejado a los tres sin aliento. Hasta el momento, habíamos distinguido a ocho marineros maniobrando; ataban cuerdas, aseguraban jaulas y otras estructuras que se habían aflojado por las sacudidas del barco. Daba angustia verlos ahí, completamente empapados y agarrándose a donde podían. ¿Cuándo saldrían de ahí y se pondrían por fin a cubierto? Podíamos comprobar lo que el segundo oficial nos había explicado, que el barco avanzaba de cara a las fuertes olas, cada vez de mayor tamaño, de modo que, cuando embestíamos una, la proa se alzaba en dirección al cielo para, acto seguido, caer en picado hacia el fondo del mar mientras la ola se deslizaba a lo largo del casco hasta la popa. La caída del gigantesco morro de nuestro barco me parecía tan terrible y espectacular que, si no hubiera sido por la templanza que mostraba el señor Turner y por la mano que mi amiga me mantenía agarrada, me habría puesto a gritar o a llorar. Ira sentía lo mismo que yo, y en un arrebato de amor y de agradecimiento por la gran compañera que este viaje me había brindado, la he besado en la mejilla, y ella me ha devuelto ese beso con una sonrisa. Pero entonces su sonrisa se ha quedado congelada y se ha convertido en un gesto de pánico por algo que estaba ocurriendo más allá del gran ventanal. He mirado hacia allí justo cuando una inmensa ola estaba a punto de embestirnos. Todos los allí presentes hemos contenido la respiración mientras la proa se alzaba hacia el cielo. El instante siguiente ha durado una eternidad.

El barco ha quedado suspendido en el aire, parecía que nos quedaríamos así para siempre, pero ha descendido de repente en un movimiento tan brusco que más de uno se ha caído al suelo y todo ha empezado a rodar. Se han oído gritos de pasajeros y un fuerte chasquido. Aterrorizados, hemos visto cómo la proa del barco se sumergía de lleno en la siguiente ola y, tras un silencio estremecedor, todos nos hemos pegado al cristal. En voz alta, alguien contaba a los marineros: uno, dos, tres, cuatro... El señor Turner nos ha susurrado: «Faltan dos». Luego ha pasado otra eternidad. No podíamos hacer nada, pero tampoco podíamos dejar de mirar hacia el castillo de proa. Los hombres gritaban y gesticulaban con los brazos y las manos, para desaparecer pronto de nuestro campo de visión. La proa se ha vaciado de repente y nos hemos quedado con la terrible incertidumbre de no saber muy bien lo que había ocurrido ante nuestros propios ojos.

El señor Turner, amigo personal del capitán, nos ha dejado allí para ir a preguntar, mientras Ira y yo seguíamos agarradas y sin apartar la vista del ventanal. Cuando ha regresado, hacía ya unos minutos que se había vaciado la biblioteca, y solo quedábamos Ira y yo. Turner nos ha anunciado: «Señoritas, quédense tranquilas. A pesar del susto, todo ha terminado bien». Lo que ha sucedido ha sido que, al ser engullida la proa por la segunda gran ola, los dos marineros han quedado a escasos metros del agua, entonces la nave ha vuelto a elevarse y esa agua que había inundado el extremo de proa se ha desviado con fuerza hacia ambos lados de cubierta, arrastrándolos consigo unos cuantos metros atrás. No podíamos verlos desde la ventana porque se habían quedado justo debajo de nosotros y habían desaparecido de nuestro campo de visión. «Suerte que el barco iba a la capa —ha comentado un señor Turner visiblemente aliviado—, porque si hubiéramos ido de costado, el agua los habría lanzado directamente por la borda, sin posibilidad de rescate...» Los han llevado a la enfermería, y más tarde hemos sabido que uno de ellos tiene dos costillas rotas. Aun así, la buena noticia es que están vivos.

Finalmente nos hemos despedido del señor Turner y he acompañado a Ira hasta el pasillo de su camarote. Nos hemos dado un beso, todavía conmocionadas por esa experiencia, y ha sido entonces cuando Ira me ha dicho: «¿Te das cuenta de lo vulnerables que somos? De lo débil que parece la vida, nuestro destino... Creemos que podemos predecir nuestro futuro,

pero, en realidad, nada está escrito». Y con estas palabras nos hemos despedido hoy.

Es de noche y ya hemos superado el zenit de la tormenta. Acabo de ver a Abel y a Ramón Català. Parece ser que hay mucha gente indispuesta y que el médico oficial de a bordo ha pedido la ayuda de Català en primera clase. Abel ha decidido acompañarlo, y por eso nos hemos podido ver. Tan solo ha sido un momento. No estaban aquí para charlar, sino para asistir a las demandas urgentes del doctor, que no da abasto a estas horas en sus visitas a los camarotes. Así que solamente hemos intercambiado unas palabras, pero, eso sí, hemos quedado en vernos mañana por la mañana si el temporal ya ha amainado y la cubierta de botes vuelve a abrirse a los pasajeros. Lo he visto aliviado al verme, al saber que me encontraba mejor a pesar del temporal, y he sentido un pinchazo de remordimiento cuando he recordado que le mentí de una manera absurda y, lo que es peor, que lo evité. Tras la angustiada escena de hoy, es fácil darse cuenta de lo que es realmente importante, así que ahora solo deseo que el sol brille de nuevo y que las aguas vuelvan a su cauce habitual.

19 de diciembre de 1918

Navegación atlántica

Ha nacido un nuevo día y, tal y como yo anhelaba, ha salido el sol. Es asombroso pensar en todo lo que hemos vivido las últimas horas, los últimos días. Creo haber dejado constancia en este diario de que el tiempo cambia muy a menudo en alta mar, aunque jamás hubiera imaginado que sería testigo de un temporal como este. Aun así, el capitán tenía razón y solo debíamos confiar en su dilatada experiencia para dejar de sufrir por nuestra seguridad. He oído decir que la zona de aguas turbulentas que hemos atravesado es bien conocida y temida por todos los barcos, y eso que ahora estamos en verano, porque según dicen, en invierno es todavía peor. Casi no me atrevo a imaginar cómo debe de ser entonces pasar por aquí.

La tarde. Desde mi camarote escribo cuatro líneas apresuradas antes de subir por segunda vez en lo que llevamos de día a la cubierta de botes. Por la mañana, Abel me ha propuesto que los acompañe de nuevo a él y al doctor Català a tercera clase. Como ayer se pasaron casi todo el día en primera clase echando una mano al médico oficial con los pasajeros de primera, el doctor Català se siente en el deber de visitar hoy a la tercera clase, que según él ha dejado desatendida en el peor momento. Abel me ha anunciado que bajarían allí a primera hora de la tarde, y que, si todavía no se me habían subido los humos de la clase de lujo, quizá podría soportar mezclarme de nuevo con la gente sencilla del buque. «¿Por quién me has tomado?», le he respondido yo claramente ofendida, a pesar de saber que solo bromeaba. Él se ha reído a gusto, y su risa se me ha contagiado. Me doy cuenta de que todo vuelve a ser como antes, Abel ha dejado de pretender algo más que una amistad, y yo doy

gracias al cielo por eso.

Antes de bajar a tercera, he ido a buscar a Ira. Por miedo a despertar a Maya, si es que todavía seguía en la cama a causa de sus fuertes jaquecas, he llamado a la puerta con un par de toques muy leves. Por suerte, la puerta se ha abierto enseguida y desde dentro ha asomado la cabeza de mi amiga. Más que hablarme, me ha susurrado: «Maya duerme, no puedo dejarte entrar». Le he contestado que solo quería saber si se encontraba bien y si podría regresar pronto a los salones. Ira ha echado un vistazo al interior del camarote y, al comprobar que su madre no parecía haber escuchado nuestras voces, ha salido sigilosamente al corredor. Entonces me ha descrito la terrible noche que han pasado, que el doctor no ha dejado de venir al camarote, aunque bien poco ha podido hacer para aliviar la angustia que provoca en su madre cada nuevo episodio del maldito dolor de cabeza. «Cada vez son más frecuentes, Berta... y yo no sé qué más puedo hacer. Le froto las sienes, incluso le doy masajes en los pies como en los viejos tiempos, era lo que más la tranquilizaba y relajaba entonces, pero ella se enfurece a cada momento, está irascible, y solamente podemos descansar cuando por fin se queda dormida.» Por primera vez he visto a mi amiga preocupada de veras por la salud de su madre, no había ni un atisbo de sarcasmo ni de rabia en sus palabras, sino la más pura preocupación de una hija que sufre por su madre. Ha forzado una sonrisa al añadir: «Tengo tantas ganas de salir de aquí, Berta. Pero no puedo dejarla en este estado. Me necesita, ¿comprendes?». Pues claro que lo comprendía, y por un instante he vuelto al sufrimiento de mi propia madre. El corazón me ha dado un vuelco, ¿y si Maya tuviera algo grave? ¿Eran normales sus frecuentes dolores de cabeza? Pero enseguida me he deshecho de esos pensamientos por temor a que mi amiga pudiera leerlos. Tonterías, me he dicho. Maya se recuperará cuando termine este maldito temporal. Así se lo he expresado a Ira, aunque ella solo ha asentido en silencio sin poder ocultar una sombra de preocupación en su rostro. No ha habido tiempo para más, porque de pronto hemos escuchado la voz de la bailarina que, a pesar de sonar más débil que de costumbre, seguía destilando la misma autoridad de siempre. Ira se ha escabullido con gran rapidez hacia dentro y, tras una breve despedida, ha cerrado la puerta.

Han sucedido tantas cosas... ¿Por dónde empezar?

A la hora acordada he subido a la cubierta superior, donde Abel y el doctor Català ya me esperaban. Hemos hecho el mismo recorrido que días atrás a través de distintos tramos de escaleras y corredores hasta llegar a los compartimentos de tercera clase. Primero, visita a las dos enfermerías. Abel y yo procurábamos distraer a los pacientes con un poco de conversación mientras el doctor Català hacía su trabajo; a continuación, rumbo a las enormes habitaciones comunes con numerosas literas para ver a los que todavía se encuentran guardando cama. Hemos podido comprobar cómo el temporal se ha vivido de la peor manera allí abajo, donde no cuentan, ni por asomo, con todas las comodidades de los de arriba. A pesar de que algunas ventanas estaban abiertas, aún se sentía el fuerte olor a cerrado. Abel y yo nos hemos dedicado a abrirlas todas, sin excepción, siguiendo las instrucciones del doctor Català, y luego lo hemos dejado allí con sus pacientes mientras nosotros íbamos a descansar un poco en el espacio común contiguo. Allí hemos pasado los mejores momentos del día. Nada más entrar, un grupo de muchachos italianos que estaban sentados al fondo han empezado a gritar el nombre de mi amigo. Nos hacían gestos para que fuéramos hasta ellos y, al llegar, nos han hecho un sitio en su mesa. Estos divertidos italianos parecen conocer a Abel de toda la vida, pues tan pronto como nos hemos sentado han empezado a caerle golpecitos en la espalda y felicitaciones al oído acerca de su reciente conquista. La conquista en cuestión, es decir, yo, se ha presentado tan dignamente como ha podido y, en una mezcla de catalán, francés y unas gotas de italiano mal pronunciado, he procurado hacerles entender que soy una amiga de infancia de Abel y que hemos coincidido por casualidad en este barco. Tras las bromas y las risas poco discretas de esos tres primos procedentes del Piamonte, he sabido un poco más acerca de ellos: la numerosa familia Alma, en cuyo seno se contaban antes de la guerra hasta diez jóvenes más entre primos y hermanos, cultiva las tierras familiares desde el principio de los tiempos. Pero si ya antes eran demasiados para tan escaso trozo de tierra, la guerra ha agravado todavía más la situación. Recién devueltos de la trinchera, y tras muchos meses de añoranza por estar lejos de casa, solamente pensaban en que a su llegada todo sería como antes. Habían soñado con retomar sus vidas allí donde las habían dejado antes de ser reclutados. Sin embargo, a su regreso se percataron de la triste situación de carestía que vivían el pueblo y la región entera. Lo entendieron enseguida: en casa no habría comida para todos, no habría futuro si permanecían allí. Así

que hicieron de tripas corazón y tomaron la decisión de partir cuanto antes mejor para no echarse atrás, hacia un lugar donde otros compatriotas suyos ya habían emigrado años atrás y del que tenían buenas referencias: Argentina.

Les han asegurado que allí siempre necesitan jornaleros en el campo, que podrán vivir con poco y enviar el resto a su familia. Y los tres primos Alma van derechos allí con la vista puesta un poco atrás, sabiendo que algún día regresarán a su casa de verdad, esta vez para quedarse definitivamente. Son muy jóvenes, están llenos de energía y nadie diría que hasta hace poco se hallaban en el mismísimo infierno de una trinchera, ni que los demonios los visitan cada noche cuando apagan las luces, tal como Abel me ha contado más tarde. Me he fijado en un libro que los tres primos se pasaban de mano en mano a cada momento, y les he preguntado de qué trataba. Uno de ellos, Fabrizio, me lo ha mostrado y he leído el título en la tapa: *Manuale dello emigrante italiano all'Argentina*. Me ha asegurado: «¡Será nuestra Biblia a partir de ahora!». Los tres muchachos se han turnado para mostrarme que en este libro está absolutamente todo lo que necesitan saber para empezar una nueva vida en Argentina. El manual incluye consejos de todo tipo, advertencias, recomendaciones prácticas que van desde el viaje por mar hasta lo que deben tener en cuenta en el momento de llegar a destino. Entre otras cosas, por ejemplo, el manual explica la importancia de aprender cuanto antes el idioma español, y entonces he comprendido por qué son tan amigos de Abel. Fabrizio me ha dicho que mi amigo les da lecciones básicas del idioma, cada día un poco, desde que salieron de puerto. He mirado de reojo a Abel, que estaba hablando con otro de los primos Alma, y me he dado cuenta de que cada día descubro nuevos aspectos en él. Quizá un primo aprenda más rápido que otro, pero tengo la impresión de que todos ponen tanto empeño que trabajo en su nueva tierra no les va a faltar.

Pero Fabrizio no solo tiene ojos para el manual; de hecho, lo ha dejado a un lado cuando ha aparecido una muchacha con una abundante melena de rizos oscuros. Sus ropas, muy sencillas y sin ninguna gracia, no le quitaban ni un atisbo de su belleza abrumadora. Yo misma me he quedado asombrada. «Elisabetta...», ha suspirado teatralmente Fabrizio, para luego dejarse caer en el banco como si se hubiera desmayado. Todos se han reído y han empezado a lanzarle todo tipo de piropos a aquella chica y a rogarle que se sentara a nuestra mesa. Confieso que me he sentido un poco celosa, pues en un abrir y

cerrar de ojos he perdido toda la atención que hasta entonces me estaban prestando todos esos chicos. Aunque no me ha sorprendido, teniendo en cuenta la gran presencia de Elisabetta. Ni las jóvenes más refinadas de primera clase, con sus vestidos más delicados y sus pieles finas y cuidadas, podrían hacer sombra a esta muchacha. Aun así, ella debe de estar acostumbrada a estos muchachos, porque muy pronto se ha olvidado de ellos y ha centrado toda su atención en mí. Me ha preguntado mi nombre y si había venido con Abel. Ha deducido que procedía de la misma parte del barco que mi amigo y el doctor Català, algo que yo no he desmentido. Parecía tan interesada en mí que he acabado explicándole el motivo que me lleva a Argentina. Se ha quedado fascinada, como les ocurrió a Ira y a monsieur Bertrand el día que les conté mi historia, y como un justo intercambio de confianza, ella ha compartido su historia conmigo. En primer lugar, su nombre no es Elisabetta, como se empeñan en llamarla los Alma, sino Elisabet, y es de un pueblo muy pequeño de Lleida, del que no había salido hasta ahora. En medio del barullo que armaban los chicos (¡cómo son los italianos!), Elisabet me ha contado que se va a vivir a Buenos Aires junto a su hermana mayor. «Hace dos años que trabaja para una familia importante de la ciudad, en una mansión de lujo llena de servicio —me ha dicho, como si ya se la estuviera imaginando—. ¡Tienen hasta cuatro sirvientas! ¿Puedes creerlo? Mi hermana ha hablado con la señora y a mí también me contratarán.» Elisabet me ha descrito a su hermana mayor como la mujer más lista del mundo. Se nota que la admira muchísimo y que por esa razón ha decidido seguirla hasta América, convencida de que a su lado la vida será mucho más excitante. Me ha dicho que su hermana primero se marchó del pueblo para ir a trabajar a Barcelona, a casa de una familia adinerada. Allí lo aprendió todo y luego se fue a Argentina, donde, naturalmente, enseguida encontró un buen trabajo y un buen sueldo. Con unos ojos tan grandes como dos faroles, Elisabet me ha continuado explicando: «La señora de allá, la de Buenos Aires, a menudo le regala vestidos a mi hermana de los que ya no se pone, ¡y eso que están prácticamente nuevos! Mi hermana los luce en su día de permiso semanal, cuando sale a pasear con las otras sirvientas. —Y aún ha añadido—: ¿Sabes qué haremos en verano? En vacaciones mi hermana se va con los señores a tomar las aguas a Mar del Plata, ¡se ve que tienen otra casa allí!, y me ha dicho mi hermana que a mí también me llevarán con ellos». La he visto tan ilusionada con sus perspectivas que no me ha sorprendido su

escaso interés por los chicos. Me ha confesado al oído que les sigue el juego porque la colman de atenciones y a toda chica le gusta eso, pero que no está interesada en ninguno, «¡tiempo para pensar en novios ya tendré más adelante!», ha dicho.

Abel me ha estado observando a lo largo de toda la tarde. Lo hacía mientras yo charlaba con unos y otros, mientras reía las bromas de los tres primos Alma. Incluso cuando nos hemos quedado Elisabet y yo en un rincón haciéndonos confianzas de chicas y él ha permanecido con los otros chicos, no ha dejado de mirarme un solo instante. No sabría cómo interpretar esa mirada, un tanto obstinada y al mismo tiempo sonriente, pero estaba tan llena de complicidad que a ratos me sigue perturbando.

20 de diciembre de 1918

Rumbo a Montevideo

Falta tan poco para nuestra llegada que esta mañana en cubierta se respiraba una gran ansiedad por pisar tierra firme. La tripulación ha empezado a decir que mañana llegaremos a Montevideo, y el capitán, a su debido tiempo, nos lo ha confirmado. Algunos de los pasajeros bajarán allí, mientras que la gran mayoría no lo haremos hasta el siguiente y último puerto, Buenos Aires. Sin embargo, el ajetreo general ya ha comenzado, la gente va arriba y abajo y hace todo tipo de preguntas al sobrecargo sobre la recogida de equipajes. En definitiva, los preparativos para el desembarco empiezan a ser una realidad.

En el cielo brilla un sol resplandeciente, y es innegable que estamos en pleno verano. El verano argentino, que a partir de ahora irá siempre al revés que el de casa, así como los inviernos, los otoños y las primaveras, una señal más que me recordará a todas horas lo lejos que me encuentro de padre y de todo mi mundo de antes. Pero no quiero pensar todavía en mi llegada, deseo aprovechar mis dos últimos días a bordo y exprimir al máximo cada instante, cada relación trabada durante el viaje, cada amigo que dejaré atrás.

He subido a la cubierta de botes por si Abel se encontraba allí, pero no estaba, así que he bajado de nuevo a los salones. Ya no me cuesta nada imaginarlo cuando no está conmigo, porque conozco sus lugares, su gente en el barco. Tal vez se encuentra en compañía de los Iturrealde en la toldilla de popa, o juega a las cartas con el hombre cuyo sobrino viaja a Argentina escapando de la Policía, o quizá se encuentra en tercera clase, dando una de sus lecciones de español a los tres primos Alma. Ni Ira ni Maya han aparecido tampoco en toda la mañana, y yo no me he decidido a ir hasta su

camarote. Así que, resignada, me he dedicado a vagar por los salones y por la cubierta de paseo con un libro en las manos y mi cuaderno de viaje.

A media mañana me hallaba cómodamente sentada en una hamaca, inmersa en mi lectura, cuando he notado que alguien se sentaba a mi lado. Era monsieur Bertrand, que lucía un aspecto soberbio gracias a un traje nuevo que le favorecía mucho. Su rostro exultaba de felicidad. «Mademoiselle Casals...», ha dicho, inclinando levemente la cabeza a modo de saludo. Es un hombre agradable a quien al principio de esta travesía no supe juzgar adecuadamente, pues solo vi aquello que él se empeña en mostrar: sus maneras elegantes, su toque de excentricidad, que sabe que gusta a todo el mundo, y un porte exquisito que le abre las puertas de los salones y los hogares más elegantes. Pero este hombre es mucho más que eso. Bajo la primera y fina capa de piel se esconde un corazón sensible capaz de hacerle cambiar de rumbo si el amor o un simple momento de felicidad se cruza en su camino. Y lo digo con absoluta certeza porque hoy, en la cubierta de paseo, he mantenido una charla tan sincera con él que me ha dejado muy conmovida. «Quisiera darle las gracias por su discreción», ha comenzado monsieur Bertrand cuando ya estaba sentado a mi lado. No me miraba directamente, sino que sus ojos estaban fijos en el horizonte lejano. Sonreía. Entonces se ha girado hacia mí para decirme: «Usted, mademoiselle, no encaja con esta gente», y ha acompañado esa frase con un gesto de mano que pretendía abarcar toda la primera clase del buque. Le he mostrado mi acuerdo y le he asegurado que aquello era una obviedad desde el primer día. «Sabe bien que mi futuro esposo se empeñó en que viajara tan cómodamente que...» Pero él me ha interrumpido negando con la cabeza y aclarándome: «No, no lo digo en ese sentido». Monsieur Bertrand me miraba ahora muy fijamente y sus ojos desprendían un brillo especial. «Usted es una mujer fantástica. Es discreta, generosa y posee todo lo que les falta a muchos de los que conozco: un corazón bondadoso.» Me he sentido muy complacida con estas palabras y así se lo quería expresar, pero él ha continuado: «Mademoiselle Irina va a sufrir una gran pérdida cuando ustedes dos se separen... ¡Le hace tanta falta una amiga como usted! Mi adorada Maya es fascinante, soberbia como ninguna, ¡pero usted y yo sabemos que no debe de resultar nada fácil vivir cada día a su lado!». Estaba tan sorprendida por sus palabras. ¡Era la primera vez en todo el viaje que escuchaba a monsieur

Bertrand pronunciarse sobre Maya en términos que no fueran increíblemente elogiosos! Le he dado la razón, y luego se me ha escapado un suspiro de preocupación por mi querida Ira. Él me ha dicho: «Lo comprendo, querida, lo comprendo. Sin embargo, usted no puede hacer nada. Cada uno de nosotros debe librar su propia guerra, debemos perseguir nuestro destino y hacernos merecedores de él». Se ha puesto tan solemne que me he dado cuenta de que hablaba de él. Luego me ha anunciado: «Mañana bajaré a Montevideo y desde allí le comunicaré a mi hermano que no me espere en Buenos Aires hasta dentro de un tiempo. He decidido darle una oportunidad a mi incipiente historia de amor. Eduardo, el joven que usted vio ayer, es de allá. ¿Y, sabe qué, mademoiselle Casals? Me ha pedido que me vaya a vivir con él. La pura verdad es que desconozco adónde nos llevará toda esta locura, pero ahora mismo lo amo y creo que podemos ser felices. ¿Por cuánto tiempo? Quién sabe... No soy estúpido, él es tan joven... Sin embargo, me he propuesto disfrutar de cada momento que la vida me brinde a su lado. ¡Y no sabe usted cómo me adora ahora mismo! ¿Y sabe qué es lo más importante, mademoiselle Casals? Que él me hace reír, y yo sin eso no sé vivir».

Ha sido una revelación tan formidable que ni siquiera me salían las palabras, aunque me sentía profundamente conmovida por él y, lo admito, un poco celosa de tanta felicidad. He tocado su brazo con ternura, como lo hubiera hecho con una buena amiga, y le he deseado lo mejor de todo corazón. «Es usted muy valiente, monsieur», he logrado expresarle, a lo que él me ha respondido con admirable determinación: «Tan solo los valientes consiguen un poco de felicidad. Espero que también usted la consiga, *chérie*». Dicho esto, se ha marchado, y yo me he quedado largo rato contemplando el océano en silencio. Un océano que pronto dejaré de ver cada día y que me ha visto soñar, llorar y experimentar toda clase de sentimientos contradictorios e inciertos. He reflexionado acerca de lo último que ha dicho monsieur Bertrand y he llegado a la conclusión de la gran verdad que contenían sus palabras. Se necesita coraje para ser feliz.

Poco después he visto al señor Turner, que me ha anunciado con gran satisfacción que acababa de dejar a Maya e Ira sentadas en la galería acristalada. «Afortunadamente, ya ha pasado lo peor y nuestra querida amiga se ha sentido con fuerzas para salir un rato del camarote», ha dicho contento.

Me he dirigido enseguida hacia allí, impaciente por ver a Ira y comprobar el buen estado de Maya. Madre e hija se hallaban confortablemente instaladas en un rincón y, tan pronto Ira me ha visto, me ha llamado para que me sentara junto a ellas. Unas vistosas ojeras delataban su fatiga, aunque mi amiga sonreía aliviada porque lo peor ya había pasado. En cambio, Maya escondía su rostro tras un velo que matizaba la luz que entraba a raudales por los ventanales, una luz que sin duda aún molestaba a sus ojos doloridos. «¿Se encuentra mejor, madame?», le he preguntado solícita, a lo que ella me ha respondido fríamente: «Todo lo bien que se podría esperar tras dos días infernales».

Maya apenas ha pronunciado una palabra en todo el rato y, con su velo misterioso y un aire más tranquilo y callado que de costumbre, se ha dedicado a ver pasar a la gente, saludando solamente a algunos pocos elegidos con una leve inclinación de cabeza. Todos conocen a la Demianova a estas alturas del viaje, así que nadie osa acercarse a ella si no es la propia bailarina la que los invita a hacerlo, porque saben, al haberlo visto y sufrido ellos mismos, que la excéntrica dama puede desairarlos en cualquier momento. Y, aun así, es precisamente ese aire distante, indiferente a todo y a todos, ese temperamento imprevisible y caprichosamente cambiante lo que la hace la más deseada, la más célebre, y el que despierta en los pasajeros de primera clase la más profunda admiración. Cada día transcurrido me siento más lejos de este mundo de apariencias y un paso más cerca de todo lo que he conocido en las cubiertas inferiores.

La tarde. He mantenido una charla muy incómoda con Ira. Maya ha ido animándose poco a poco a medida que transcurría la mañana y, hacia mediodía, volvía a ser casi la de siempre. El señor Turner estaba otra vez entre nosotros y, una vez más, la bailarina y él se han dedicado a adularse descaradamente en presencia de todos. He observado a Ira un par de veces, y en ningún momento me ha parecido que la situación la incomodara, quizá porque ya tiene asumido que una vez en Buenos Aires verá al caballero muy a menudo. Al terminar de comer, el señor Turner le ha rogado a Maya que lo acompañara al *fumoir*, donde había quedado para tomar café con el capitán, y ella no ha dudado ni un instante. Los demás hemos pasado a ser visiblemente un estorbo, así que se ha deshecho de todos, incluso de Ira, a quien ha

mandado salir conmigo a pasear a cubierta. «Hace días que no te toca el aire, hija», ha manifestado como si de veras lo hiciera por ella y no la estuviese apartando de su galanteo. A Ira le ha parecido una idea excelente que le permitía estar conmigo un buen rato y poder charlar a solas tras muchos días sin poder hacerlo. ¡Y ambas lo deseábamos tanto!

Lo que sucede es que no ha ido tal y como yo esperaba. Hemos paseado por la cubierta bajo un cielo maravillosamente azul; los fuertes rayos del sol calentaban nuestras mejillas y todo invitaba a una tarde perfecta en mutua compañía. Me ha parecido un buen momento para relatarle mi incursión de ayer en tercera clase, así que le he descrito con todo detalle esa parte del buque, haciendo hincapié en la enorme y grosera diferencia que existe entre esto y aquello, y reflexionando abiertamente acerca de las distintas maneras de viajar que hay dentro del mismo barco. Le he hablado de la gente que Abel me ha ido presentando a lo largo de la travesía y de cómo lo aprecia todo el mundo. «Claro que no resulta nada difícil hacerlo, Abel es amable con todos, es cercano, le gusta escuchar todas las historias y muestra siempre un vivo interés por todo. ¿Sabes, Ira, que Abel está enseñando a hablar español a unos muchachos italianos de tercera clase? ¡Deberías ver cómo lo aprecian! Es un chico increíble.» Ira me escuchaba en silencio, apenas comentaba nada, pero justo en ese momento ha detenido sus pasos y en tono de advertencia me ha dicho: «Ándate con cuidado con ese chico, Berta. No lo vayas a estropear todo». «¿Cómo dices?», he dicho yo perpleja. Ella ha desviado la mirada hacia el mar, como si ya pudiera divisar la línea de la costa, el momento de llegar a puerto. Me ha contestado: «Ese chico, Abel, te traerá problemas si no pones distancia». No podía creerlo, el corazón apenas me latía. ¿Acaso es posible que en algún momento de la travesía Ira haya leído en mis ojos mis dudas y mis más íntimos pensamientos? Notaba cómo me subía la irritación, temía no poder controlar mi enfado, y aun así mis palabras han salido de mi boca: «No sé de qué me hablas, seguramente me has interpretado mal». ¿Por qué le hablaba con tanta vehemencia? ¿Por qué de golpe y porrazo sentía que mi amiga Ira me estaba atacando? Sin embargo, ella ha seguido imperturbable: «Abel está muy pendiente de ti, supongo que te habrás dado cuenta. El problema es que podrías enamorarte de él... ¿O acaso ya lo has hecho, Berta?», me ha soltado incisiva. Yo lo he negado rotundamente y me he mostrado muy disgustada con ella. Deseaba terminar aquella conversación

de inmediato, pero en vez de eso me he encontrado defendiéndome y alegando que Abel era un amigo de infancia, ya se lo había explicado, y que no me gustaba en absoluto su tono ni que confundiera las cosas de aquel modo. No me gustaba nada lo que estaba haciendo, le he advertido. «¿Y qué estoy haciendo?», ha preguntado ella. Pero antes de que yo pudiera responderle, ambas nos hemos mirado a los ojos y hemos tomado plena conciencia de estar manteniendo nuestra primera disputa. Por suerte, eso nos ha hecho reaccionar. Le he pedido disculpas y la he abrazado. He notado las lágrimas en sus mejillas al tocar las mías. Ira ha suspirado apesadumbrada y se ha lamentado: «No debería haberte dicho nada. Perdóname, Berta, no quiero que te enfades conmigo. Creo que no podría soportarlo. Jamás he tenido una amiga como tú, nunca he confiado tanto de mí a otra persona. Lo último que desearía sería decepcionarte». He sentido tanta lástima por ella que enseguida le he asegurado que por supuesto que se lo perdonaba todo. Pero Ira es muy obstinada, y a pesar de lo mucho que yo deseaba dar este tema por zanjado, ella ha querido explicarme, ahora en un tono más conciliador, las razones que la habían llevado a advertirme tan contundentemente. «Es que yo te aprecio de veras, Berta, y no querría que destrozaras todo lo que te ha llevado hasta aquí. Si yo tuviera una vida esperándome en Argentina, no la dejaría escapar.» A lo que yo le he replicado: «Tú también tienes una vida esperándote...», pero ella ha sacudido la cabeza para decir: «No, no, me refiero a una vida de verdad». Me ha rogado que no lo estropee, que vuelva a leer la maravillosa carta de Julio una vez y otra hasta convencerme de que «un hombre que te escribe con la ternura, el respeto y la ilusión con la que él lo hace es el sueño de cualquier mujer. ¿No te das cuenta de todo lo que pones en peligro cada vez que te ves con ese amigo tuyo?».

Me he dado cuenta de que no podía hacerle ver las cosas de otra manera, pero no me he enfadado más porque sé que ella lo hace por mi bien. Sé que no puede comprender mi amistad con Abel, y no ayudaría nada que le explicase algunos capítulos de la travesía que, afortunadamente, no le he llegado a confesar. Pero, al fin y al cabo, Ira y yo venimos de mundos muy distintos, con lo que no puedo aspirar a que ella lo vea todo como yo.

Al final, la tarde ha transcurrido más rápido de lo que hubiera deseado y pronto ha llegado la hora de vestirnos para la cena. Me he sentido un tanto

frustrada por no haber podido tener un poco más de tiempo para subir a la cubierta de botes.

La noche. Hemos cenado por última vez con monsieur Bertrand sentados a nuestra mesa habitual en un ambiente enrarecido y ciertamente melancólico. Maya ha faltado otra vez, una velada más indispuesta y encerrada en su camarote. «Esas jaquecas son terribles», ha comentado la señora Goula solidarizándose con Ira, quien esta vez sí ha acudido a la cena a pesar de su visible preocupación. «Pero ya verás, hijita, cómo tu madre se encontrará mucho mejor una vez que estemos en tierra. Y ya falta poco.» Mi amiga se esforzaba por sonreír, aunque enseguida he percibido su angustia. Durante toda la cena ha permanecido callada, a pesar de las bromas que monsieur Bertrand trataba de hacer para animarla un poco. Pero las cenas a bordo son largas y pronto han olvidado a mi amiga y han proseguido con la conversación de estos últimos días, centrada en nuestra ya cercana llegada a destino. Mientras los Goula daban detalles a la concurrencia de la feliz perspectiva del reencuentro con su hija en Argentina, yo he aprovechado para acercarme un poco más a mi amiga e interesarme acerca del estado de Maya. Apenas movía los labios al hablar y sus ojos se mantenían fijos en el mantel, como si con ello evitara echarse a llorar, mientras me ha contado en susurros todo lo sucedido desde que esta tarde nos hemos separado. «He ido a buscar a mi madre al *fumoir*, pero el señor Turner ya la había acompañado hasta el camarote. Al llegar allí, la he encontrado sola, en plena crisis, otra vez con ese dolor de cabeza infernal. Era tan terrible que...» Aquí ha hecho una pausa para comprobar que nadie nos escuchaba. Entonces, en un hilo de voz casi inaudible me ha dicho, muy sorprendida: «¡Mi madre lloraba, Berta, como nunca la he visto! Se quejaba de la peor jaqueca de su vida, la peor de todo lo que llevamos de travesía. Yo no lograba calmarla, sino más bien al contrario, a medida que iba lamentándose se enfurecía más conmigo. Entonces me ha reprochado que no estuviera allí cuando me ha necesitado. ¡Y eso que ha sido ella misma la que me ha enviado a cubierta contigo para poder pasar la tarde con su señor Turner y el capitán!», ha dicho alzando un poco el tono de voz y dirigiendo sus ojos hacia mí. Le he dado la razón y le he dicho que no se lo tuviera en cuenta, que probablemente era el fuerte dolor de cabeza lo que la hacía hablar así. Pero Ira ha movido la cabeza para insistir: «Mamá lloraba y

me gritaba al mismo tiempo, se lamentaba de todo lo que ella ha hecho por mí, de los sacrificios, de las constantes renunciaciones... Y me reprochaba que se lo pagara de ese modo, haciéndola enfurecer y agravándole el dolor que la martirizaba». ¿Es posible que Maya quiera hacer responsable a su hija de sus indisposiciones? La bilis me recorría el estómago cuando le he dicho: «¡Ira, sabes que todo eso no es verdad! Tú no tienes nada que ver con su dolor. Es una auténtica estupidez que llegues a creer que...». Me he contenido. Mi cabeza gritaba por dentro todo lo que le diría a Maya si pudiera; he pensado en cómo desearía que esta mujer, tan fascinante como malévolas, se diera cuenta del daño que causa a su hija, de cómo la asfixia, de cómo la tiene atada a una cuerda tan tirante que apenas la deja respirar, haciéndola injustamente responsable de todos sus males. Pero en lugar de eso he suspirado profundamente y, tratando de hacer un esfuerzo, he buscado la mano de mi amiga por debajo de la mesa y se la he tomado. Le he mostrado mi solidaridad de ese modo mientras hacíamos ver que seguíamos la conversación general. Mi cabeza latía con fuerza, aunque me he esforzado en sonreírle y susurrarle que pronto terminará todo, que cuando Maya se encuentre mejor recuperará su humor de siempre y, con ello, la capacidad de razonar de un modo más justo. Pero entonces Ira me ha aclarado: «No me preocupan sus reproches, Berta, estoy acostumbrada a escucharla decir barbaridades cuando se enfurece. Es su llanto lo que me ha asustado. No llora jamás, te aseguro que no parecía ella».

Nos han servido el postre sin que Ira apenas hubiere probado bocado. Se lo ha rechazado al camarero con un gesto de la mano, y entonces se ha levantado de la mesa disculpándose ante todos por retirarse tan pronto. Todo el mundo lo ha comprendido y al instante se ha puesto en pie monsieur Bertrand, que de un modo tan solemne como afligido se ha despedido de ella haciendo extensivo ese adiós a su admirada Maya, a quien probablemente ya no verá porque mañana mismo debe desembarcar. Ha besado la mano de Ira con suma delicadeza y se ha expresado así: «Dígale a su querida madre de mi parte... Dígale que las vendré a visitar cuando esté en Buenos Aires, tan pronto como me sea posible». Luego la ha mirado a los ojos y, muy sinceramente, le ha aconsejado: «Y usted, mademoiselle, cuídese mucho».

Me he quedado a solas otra vez. La penúltima noche en el barco y sin otra

cosa en la mente que la expresión angustiada de mi querida Ira. Paseando por cubierta en una noche repleta de estrellas, como las de los veranos en L'Escala, me dedico a recordar cómo ha sido mi vida hasta ahora, y se me presenta tan lejana como irreal. Centro mis pensamientos en la gente que he conocido en el barco y me pregunto qué estará haciendo ahora mismo cada uno de ellos. Los compañeros de toldilla de Abel, las hermanas andaluzas que cosen flores, aquella madre por cuyos hijos suspiraba Ira, los tres primos Alma, la familia que está a punto de llegar a Arrecifes, la jovencísima Clara con su bebé, la bellísima Elisabet.

Mientras estoy en cubierta me llega la voz melodiosa, perfecta, de una de las hijas Bennett. Hoy ofrecen un pequeño recital en el salón de música, tan solo para unos cuantos escogidos. Una hermana al piano, la otra al violín y la tercera es la voz melodiosa. Seguro que los padres Bennett se sientan en primera fila y escuchan extasiados y llenos de orgullo a sus hijas, calculando sus posibilidades. Saben que son hermosas, que las han educado como debe ser, y que no les será en absoluto difícil encontrar un buen partido para ellas, sea en Buenos Aires o a su regreso a Europa, cuando la paz ya se haya firmado. ¡Existen tantas familias Bennett en este buque! Familias que ven el mundo transformarse a su alrededor, a pesar de que ellos seguirán siendo y pensando igual. Sus valores no cambiarán, como tampoco lo harán sus modales ni su modo de mirarnos a todos. Seguirán ignorando a la tercera clase del mundo entero por muchas revoluciones que haya, aunque lleguen a perderlo todo. Los señores del *fumoir* se lamentan por la vieja Europa, por los imperios tocados de muerte, suspiran por aquella vida previsible donde todo se mantenía en su justo lugar; se escandalizan por la expansión del virus del bolchevismo y por todo aquello que los amenaza de muerte. Pero de momento ellos siguen fumando sus mejores habanos, navegan a través del Atlántico con las mismas comodidades que conocen desde su nacimiento y escuchan las mismas piezas de Bach, Chopin, Mozart, Liszt, como si en realidad nada hubiese cambiado.

Pienso en padre. Ahora sí que nos hemos separado para siempre. Tal vez algún día vuelva a Europa, o puede que no quiera regresar nunca más. Vuelvo a la soledad estremecedora de mis primeros días a bordo y trato de resistir para que la nostalgia no me devore por dentro. De vez en cuando, miro hacia el punto más lejano del horizonte e intento divisar tierra. No puedo todavía,

pero el solo hecho de intuirlo, de sentirla cercana, me produce una sensación de vértigo que recorre todo mi cuerpo y me hace ser consciente de que, ahora sí, todo es real.

21 de diciembre de 1918

Montevideo

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Que alguien me ayude!

Ni siquiera tengo valor para escribir en mi cuaderno lo que ha sucedido hoy, pero, por mucho que me pese, ya nada cambiará. No es ninguna pesadilla, ni se trata de ninguna alucinación. Ha ocurrido de veras, y ahora deberé afrontar las consecuencias.

¿Por dónde empezar? Hace rato que estoy encerrada en mi camarote y apenas consigo hacer nada más que llorar. No puedo dejar de hacerlo. Si al menos Ira estuviese a mi lado y pudiera consolarme. Aunque, ¿qué opinaría ella de todo lo que me ha ocurrido y que ni siquiera soy capaz de contar? Sé muy bien qué pensaría, ¡ella lo desaprobaba por completo! Me diría que ya me lo advirtió ayer... Y yo debería responderle que sí, que tiene toda la razón y que ojalá la hubiese escuchado como debía antes de que la catástrofe ocurriera. Sin embargo, no lo he podido evitar. Todo ha ido tan rápido que no he podido. ¡Y me ha pillado tan desprevenida! Aunque tal vez sí que sabía que acabaría ocurriendo, incluso deseaba que ocurriera. Yo misma me he metido en este terrible embrollo, soy yo quien se lo ha buscado.

He visto a Abel por la mañana en la cubierta de botes. He acudido para ver cómo nos acercábamos a tierra y pasar un último momento a solas con él, en vista de que hoy por la tarde llegaremos a Montevideo y mañana por la mañana desembarcaremos en Buenos Aires. Había previsto una breve despedida, lo más natural posible, a pesar de la opresión que comenzaba a sentir en mi pecho. Adiós, Abel, que tengas mucha suerte; probablemente ya

no volveremos a vernos, así que te deseo lo mejor, de todo corazón, que todo te vaya bien y que vivas todos los éxitos y aventuras que tanto deseas. Pensaba en todas las frases que le diría a mi amigo en nuestra despedida y luego ya está, se habría terminado, bajaría a mi parte reservada del buque y cerraría mis baúles para prepararme para el desembarco de mañana. No lo demoremos más, no hagamos ningún drama de la situación. Qué suerte haber podido disfrutar de estos días a bordo que jamás olvidaremos. Yo no lo haré nunca, estoy segura, como tampoco te olvidaré a ti, Abel. Pero esto no se lo diría, por supuesto, a pesar de que empiezo a sentirlo con todas mis fuerzas.

He subido a la cubierta de botes temblando. Lo he encontrado donde siempre, fumando un cigarrillo apoyado en la misma barca de todos los días. Por un instante, me he parado cuando él todavía no me había visto, y lo he observado detenidamente porque deseaba grabar esa imagen en mi mente para siempre. Entonces me he armado de valor y, dejando a un lado mis angustias y temores, he avanzado firme hacia él. Al verme, Abel se ha adelantado y me ha tomado una mano, con esa familiaridad de los primeros días, como si fuera lo más natural. Me ha dicho «ven, quiero enseñarte algo», y juntos nos hemos asomado al extremo de la barandilla mientras él me señalaba algo en el mar. «Gaviotas, señal de que ya estamos cerca de tierra.» Hemos permanecido así un buen rato, observando aquellas aves que se mecían apaciblemente sobre las olas, y que a ratos las sobrevolaban a poca altura buscando su alimento. Pronto los pequeños y grandes vapores han comenzado a desfilar por el horizonte, confirmando nuestra proximidad a Uruguay. Llegamos, ahora sí. Abel no decía nada, solo observaba el mar con atención, cada vez más serio. Se debatía por decir algo, aunque no se acababa de decidir. Yo lo percibía y temblaba como una hoja. De repente se ha inclinado con determinación hacia mí y ha empezado: «Berta...». Nada más. Otro silencio. Abel me miraba ahora tan intensamente que mi corazón ha empezado a latir más y más deprisa... He notado mi propia vulnerabilidad, me he sabido incapaz de parar lo que iba a venir a continuación, de matarlo antes de que naciera. «Berta...», otra vez. Y por fin ha dicho: «No puedo seguir con esto. Lo siento en el alma, pero no puedo entender lo que estás a punto de hacer. ¿De veras piensas seguir adelante y casarte con ese hombre?». Yo he asentido en silencio, incapaz de pronunciar ni una sola palabra. Abel me ha agarrado fuerte por los hombros y me ha mirado con

expresión suplicante. He logrado susurrarle: «Dijiste que no volveríamos a hablar de ello. Dijiste que respetarías mi decisión». Aun así, sabía que Abel ya no se echaría atrás, que las palabras saldrían de su boca aunque yo no quisiera. Me ha acusado sin piedad de no estar enamorada de Julio, de apenas conocerlo. Me ha asegurado que nunca podré amarlo y ha sido entonces cuando yo lo he interrumpido, más por miedo que por otra cosa. Sentía ante mí el precipicio, el vértigo me hacía tambalear y nublaba mi mente. Me he escuchado a mí misma responderle: «¿Quién dice que el amor no llegará? Julio Mitchell es un buen hombre, tú no sabes nada de él. Estoy segura de que más adelante... Del mismo modo que tú...». Pero Abel no ha dejado que terminase, porque entonces me ha besado. Y esta vez no lo ha hecho fugazmente, como el día del baile, ni tampoco de un modo delicado, como ocurrió en la biblioteca, sino que me ha besado en los labios con pasión, ha besado mis ojos, mi cuello, el lóbulo de mis orejas... hasta hacerme estremecer por completo. Abel me ha besado con toda el hambre de estos días a bordo, con el deseo contenido de todos nuestros encuentros y a pesar de mi rechazo inicial. Y, esta vez sí, le he correspondido y he dejado que mi corazón hablara por fin con absoluta sinceridad.

El mundo entero se ha fundido por unos preciosos instantes. Tan solo existíamos Abel y yo, yo y Abel, y un océano infinito donde jamás se llegaba a puerto. Confieso haberme deleitado en esos labios tiernos, perfectos, que el otro día soñé y deseé con tanta fuerza; confieso haber saboreado sin ninguna resistencia la boca que se abría y buscaba absorber todo mi interior. He perdido de vista lo que me rodeaba, aquello a lo que me he comprometido. Y he amado a Abel, lo he amado sinceramente. Nos hemos besado y abrazado a plena luz del día como si en ello nos fuera la vida, como si nada ni nadie pudiera separarnos jamás, como si ninguna otra cosa en la vida tuviera sentido.

Cuando hemos separado nuestros labios, nos hemos quedado mirándonos muy de cerca, y yo he sabido que estaba perdida, que nada podría ir como había planeado. «Cásate conmigo, querida Berta, cástate conmigo», me ha rogado Abel a apenas un centímetro de mi rostro. Podía sentir su aliento tibio tocar mis labios mientras él hablaba: «No puedo renunciar a ti otra vez, no me lo pidas. Deseo ver tu sonrisa cada día, besar tus labios, tus ojos, tus cabellos negros que tan bien conozco. Quiero tenerte cada día y amarte como

nunca jamás podrá llegar a hacerlo nadie. Déjame quererte, Berta, déjame ser tu hombre. No puedo ofrecerte una vida segura, tampoco la posición a la que aspirabas, pero nunca te faltará mi amor incondicional. Te entrego mi corazón, haz con él lo que quieras. Es todo tuyo».

Desearía respirar a pleno pulmón, con todas mis fuerzas, sentir que soy libre, que puedo escoger, que aún estoy a tiempo de rectificar mi futuro. Y sin embargo sé que no es posible. Me siento esclava de mi propia decisión, no puedo faltar a mi compromiso. ¿Qué diría padre si yo cambiara de parecer? ¿Cómo reaccionaría Julio Mitchell, a quien en verdad no conozco? Dios mío, ayúdame... Desearía evaporarme, querría desaparecer ahora mismo.

ESTANCIA MITCHELL, PATAGONIA

La luz crepuscular se resistía a abandonar los últimos rincones del salón donde abuela y nieta leían el cuaderno desde hacía horas, pero finalmente había cedido y, tras el último paseo del día, las lámparas se habían ido encendiendo mientras la abuela Berta encargaba al servicio que trajera una cena ligera para las dos. Después ordenó a todos que se retiraran. «Queremos estar a solas —había insistido—, que nadie nos moleste.» Tan absortas estaban con la lectura del diario que las dos bandejas con los restos de aquella cena apenas saboreada se habían quedado a un lado, olvidadas hasta que alguien las recogiera al día siguiente.

Valentina leía en voz alta, la abuela cerraba los ojos y escuchaba, rememorándolo todo. Justo hasta llegar a ese punto del cuaderno. Apenas unas pocas páginas las separaban del final, pero Valentina ya había leído aquello que esperaba encontrar desde hacía rato, lo que había intuido entre líneas que acabaría sucediendo.

—¿Aún amas a Abel? —le preguntó a su abuela.

No parecía que la fuera a condenar por ello, pero la anciana movió con parsimonia la cabeza de cabellos blancos y bien recogidos mientras le respondía:

—No se trata de eso, Valentina. No es lo que piensas. Tendrás que seguir leyendo para comprenderlo todo.

—No pienso juzgarte, abuelita —le avanzó la nieta—. Ocurrió hace mucho tiempo.

No, Valentina no iba a juzgarla por haber dudado, por haber amado a alguien antes del abuelo, por haber sido una muchacha a la que, como cualquier otra en tan extraordinarias circunstancias, se le pasó por la cabeza

abandonarlo todo. A través de aquellas páginas, a Valentina le parecía haber descubierto aspectos nuevos de su abuela. Se había sorprendido pensando en ella simplemente como la chica joven que un día fue, antes de su llegada a Argentina, antes de conocer al abuelo Julio y formar junto a él la familia que se había convertido en todo su mundo. La abuela Berta tenía un pasado del que Valentina sabía bien poco porque no le gustaba hablar de él. Hasta ese día. Ahora, ese cuaderno guardado en un cajón a lo largo de casi siete décadas por voluntad de la abuela, le mostraba sin rodeos a la joven Berta, repleta de aspiraciones y de dudas, por supuesto, como no podía ser de otro modo. Y, paralelamente, en aquellas páginas Valentina descubría a una amiga de la abuela, Irina Alexandrovna Demianova. ¡Un nombre de novela! ¿Cómo es que nunca había oído hablar de ella? ¿Qué fue lo que sucedió entre ambas chicas que pudiera explicar que nadie de la familia supiese que existió? A Valentina se le empezaban a acumular toda clase de preguntas acerca de aquella madre bailarina y su hija, que la tenían completamente hipnotizada. También sentía una gran curiosidad por saber más acerca de Abel. ¿Hasta qué punto su recuerdo había perdurado en el tiempo? Tendrás que seguir leyendo para comprenderlo todo, le acababa de responder su abuela, y Valentina estaba de verdad impaciente por saber qué más encontraría en las últimas páginas del cuaderno. La muchacha hizo el gesto de volver a abrirlo para retomar su lectura, pero la abuela Berta la detuvo.

—A partir de este punto leerás tú sola. Yo ya tengo suficiente por hoy — dijo la anciana valiéndose de una voz que no admitía réplica.

—¿Te encuentras cansada, abuelita? ¿Quieres que sigamos mañana? —le preguntó Valentina no muy convencida. No creía que pudiera aguantar hasta el día siguiente para terminar de leerlo. Afortunadamente, su abuela no lo pretendía y se lo dejó así de claro:

—Valentina, quiero que sigas tú. Yo ya conozco el final. Mañana... Mañana será otro día y lo hablaremos todo.

La anciana se levantó a duras penas del sofá, sintiendo el agotamiento no solo en sus huesos agarrotados y en sus viejas articulaciones, sino sobre todo en el hecho de recordar.

Valentina se ofreció a ayudarla agarrándola de un brazo y acompañándola hasta el pie de la escalera. Una vez allí, le propuso subir con ella hasta arriba, aunque la abuela se negó. Deseaba estar sola, quería revivir a sus muertos en

la intimidad.

Primero puso un pie en el primer peldaño, luego se agarró al pasamanos y cuando ya iba por el tercer escalón se detuvo un instante, como si reflexionara una última frase antes de irse a dormir. Se giró hacia el rostro joven de su nieta, que seguía ahí observándola, un rostro tan lleno de vida como lo había estado el suyo, y se tragó un sollozo. La voz le tembló levemente al decirle:

—Quiero que sepas, Valen, que amé a tu abuelo Julio como jamás he amado a nadie en este mundo. Fui completamente feliz a su lado y no, no me arrepiento de nada de lo que hice. La absoluta verdad, querida mía, es que no renunciaría a un solo día de mi vida transcurrido junto a mi adorado esposo.

Valentina todavía se quedó unos minutos al pie de la escalera viendo cómo su abuela subía hasta su habitación, conmovida por esa sorprendente declaración de amor que, a decir verdad, no necesitaba. En realidad, no le hacía falta ningún cuaderno ni ninguna palabra suya para confirmar lo que ella misma había visto siempre con sus propios ojos.

Dispuesta a seguir leyendo, volvió sobre sus pasos al sofá donde se había quedado el cuaderno. Se arrellanó en él como cuando era pequeña y pasó una mano por el estampado de flores. El mismo sofá de toda la vida, como el resto de los muebles, como las pinturas y las fotografías que colgaban de las paredes y que habían ido sumando rostros y más rostros a su gran familia. La abuela Berta salía en muchas de ellas, y también el abuelo Julio, a distintas edades. Como todos los niños de la familia Mitchell, que llenaban de retratos las mesas, las estanterías y las paredes de aquella casa familiar donde Valentina se sentía mejor que en ningún otro lugar del mundo. Extendió un brazo para coger uno de los retratos de la mesilla donde aparecían sus abuelos recién casados y se quedó contemplándolo unos instantes. El abuelo ya era un señor, pero la abuela era todavía una muchacha muy joven, una chica recién llegada de Europa y probablemente asustada. Resiguió con un dedo las bonitas facciones de ese rostro: unos pómulos perfectos, una piel fina y blanca y los ojos que miraban fijamente a la cámara sonriendo con timidez. El pelo negro recogido a la moda de entonces y un hermoso sombrero con unas flores de ropa cosidas a un lado. Qué bella había sido la abuela Berta, y qué distinguido era el abuelo Julio. Mucho mayor que ella, sí, aunque un hombre sumamente atractivo y elegante. No tenía ninguna duda acerca del

amor que se habían profesado. Valentina dejó el retrato en su lugar y volvió al cuaderno. Sus dedos buscaron la página donde se había detenido antes y, sin más preámbulos, continuó leyendo.

LAS ÚLTIMAS PÁGINAS DEL CUADERNO

Las máquinas del transatlántico se han detenido. Hemos llegado al puerto de Montevideo y justo empiezan a descender los primeros pasajeros. Me he pasado largo rato buscando a Ira sin lograr encontrarla. Posponía mi último recurso, que era el de ir a buscarla a su camarote, porque temía molestar a Maya, o quizá porque todavía dudaba si contárselo todo. Ira me advirtió, yo no la escuché... Y ahora parece que toda mi vida pende de un hilo. Me hacía mucha falta su ayuda. Pero ¿qué me diría cuando se lo contara todo? ¿Qué pensaría de mí si le dijera que había besado a Abel con toda la pasión con la que una mujer puede besar a un hombre, que me habría perdido en lo más oscuro de sus ojos para no volver a salir jamás de ahí, y que de buen grado huiría ahora con él olvidando al otro hombre que me espera en Argentina, con el que yo misma me he comprometido por propia voluntad? Así de atormentada me sentía con mis propios pensamientos mientras deambulaba perdida por los salones sin apenas reconocer nada. Y al final mis pasos me han llevado hasta el corredor donde se encuentra su camarote, he recorrido los pocos metros que me separaban de la puerta y he llamado.

Lo que me he encontrado a continuación supera cualquier cosa que hubiese podido imaginar. ¿Era posible que sucediera algo todavía más grave que todo lo ocurrido hoy en el barco? Sigo tan perpleja que aún se me saltan las lágrimas mientras escribo. Mi cabeza es un caos, pero trataré de contarlo ordenadamente:

He llamado a la puerta del camarote de las Demianova y, con gran asombro, he visto salir al mismísimo capitán. He dado un paso atrás sin comprender nada. Entonces, detrás del capitán he visto a un segundo

caballero, el médico oficial. El corazón me ha dado un vuelco, porque he empezado a comprender que algo terrible debía de haber sucedido para que esos dos oficiales se encontrasen allí. He tratado de preguntar por mi amiga, pero las tres escasas letras que forman su nombre no salían de mi boca, que repentinamente se había secado y no era capaz de emitir ningún sonido. Por suerte, ha aparecido detrás de los hombres y, al verle el rostro desencajado, los ojos rodeados de una sombra oscura y el temor que desprendían, he dado otro paso atrás. Parecía muy perdida, todavía más que yo, como si hubiese visto un fantasma y hubiera quedado en estado de *shock*. «¡Ira!», he gritado con una fuerza repentina que me ha hecho franquear con decisión ese muro que formaban los dos oficiales y acercarme a ella. He entrado, y lo que he visto a continuación... ¿Cómo encontrar las palabras que describan esa terrible sensación? Maya Demianova yacía en su cama como si durmiera, pero no dormía. Enseguida he percibido la rigidez de su cuerpo, su rostro inexpresivo de párpados cerrados que se mantenía quieto, tanto que mi corazón ha dado un brinco y me he llevado la mano a la boca para no gritar. Maya está muerta.

El médico estaba allí para certificar su muerte: «Hemorragia cerebral» es la causa más probable, según ha manifestado. Mientras lo decía, yo pensaba en todos los episodios de dolor, en las constantes jaquecas a lo largo de la travesía que, ahora estaba claro, nos habían ido anunciando la tragedia que había sobrevenido. El capitán utilizaba un tono muy calmado para hablar con Ira, lleno de prudencia, muy consciente de su estado de *shock*. Muy despacio, procuraba detallarle el protocolo que seguirían al desembarcar el cuerpo. Por eso me he dado cuenta de que todo aquello había ocurrido hacía mucho rato, pues ambos hombres parecían haber dejado atrás los sentimientos de condolencia, las palabras afectuosas hacia una hija que acababa de perder a su madre, y habían pasado llanamente a los aspectos más prácticos acerca de cómo proceder a partir de ese momento. Mientras lo hacían, yo trataba de aceptar a marchas forzadas aquella situación tan irreal, tan macabra, alternando mi mirada entre el capitán y mi pobre y desvalida Ira.

El capitán le ha confirmado que guardarán el cuerpo aquí hasta llegar a Buenos Aires y que, una vez en el puerto, procederán a bajarlo. La Autoridad

Portuaria estará debidamente informada del suceso y podrá encargarse de todos los trámites desde el momento en que depositen a la difunta en tierra. «No debe preocuparse por nada, señorita. Recibirá toda la asistencia necesaria por parte de las autoridades competentes, y serán ellos mismos quienes la acompañarán en todo lo necesario hasta dar sepultura a su desafortunada madre», ha dicho el capitán en tono grave, visiblemente contrariado por este triste e inesperado desenlace a bordo de su nave. Sin embargo, el capitán no tenía muy claro si Ira había comprendido toda su explicación, ni siquiera estaba seguro del empeño que pudiera haber puesto en ello, pues Ira parecía no ver, ni escuchar, ni sentir absolutamente nada en aquel momento. Rápidamente me he acercado a ella y la he rodeado con un brazo, demostrándole que estaba allí. Le he preguntado suavemente si deseaba sentarse, y a pesar de no recibir respuesta, se ha dejado conducir por mí hasta el sofá que hay en el saloncito, donde se ha dejado caer. Desde allí no veíamos el cuerpo yacente de su madre y, muy despacio, ha ido serenándose. El capitán ha repetido de nuevo el procedimiento a seguir, esta vez en un tono más paciente y delicado, casi como si le hablara a su propia hija, y a medida que lo hacía iba desviando su mirada hacia mí con el fin de comprobar que yo también lo entendía todo.

Al terminar, el capitán me ha hecho un gesto para que saliese con él al corredor mientras el señor doctor administraba a mi amiga un calmante. Una vez fuera del camarote, el capitán me ha dicho: «Creo que usted es la persona más cercana que esta muchacha tiene ahora mismo en el barco. Convendría que no la dejara sola en las próximas horas, le hace falta su apoyo». «Por supuesto, señor, haré todo lo que esté en mi mano», le he respondido al instante, ofreciéndome a velar junto a ella el cuerpo de su madre hasta mañana, y a acompañarla en el desembarco.

Todavía no tengo decidido cómo hacerlo, me parece todo terriblemente complicado. La imagen de Julio esperándome en el puerto, Abel pidiéndome una respuesta sobre nosotros... Y, sin embargo, ahora mismo lo único que puedo hacer es dejar a un lado mis propios tormentos para ocuparme de mi amiga, que acaba de perderlo todo.

Dios mío, ¿cómo es posible que todo se haya derrumbado de este modo?

Nos hemos quedado las dos solas en su camarote, mientras Maya dormía

su sueño eterno justo al lado. Empiezo a hacerme a la idea. De repente, esta mujer magnética, deslumbrante, maravillosa y terrible a la vez, ha dejado de existir. Ira me ha contado que ayer noche la encontró profundamente dormida al llegar al camarote, así que, con gran sigilo, se metió en la cama para no despertarla. «He dormido la noche entera sin darme cuenta de que tal vez ella ya estaba muerta a mi lado. No sé exactamente cuándo ha sucedido, solo sé que por la mañana, cuando he advertido que no se movía y le he visto el rostro tan pálido, he notado tan fría su piel al tocarla... Seguramente llevaba horas sin respirar.» «Mamá está muerta, Berta, mamá... está muerta», iba repitiéndome una y otra vez, como si no se lo acabara de creer, como si tuviera que pronunciarlo muchas veces antes de asimilarlo.

De vez en cuando se levanta, la observa de cerca, le toca la frente fría, le acaricia la mejilla con el dorso de la mano..., y yo debo contener mis lágrimas porque mi amiga ya ha dejado de llorar. Lo ha hecho larga y silenciosamente, tan pronto como el capitán y el médico han salido del camarote, mientras yo sostenía su mano entre las mías y nos quedábamos así un buen rato. Confieso que, a pesar de la inmensa tristeza que siento, el hecho de respirar tranquilas, de llorar las dos en silencio en la habitación contigua a la de Maya, me ha hecho un gran bien. Ahora, las dos hemos de afrontar muchas cosas, y así lo haremos. Pero será poco a poco, a lo largo de la noche que todavía nos queda y en la que no pienso separarme de ella ni un instante. Por eso he venido a mi camarote por última vez y he recogido las pocas cosas que necesito para mañana. El resto está guardado en mis baúles. A medianoche, cuando nuestro barco se ponga en marcha hacia Buenos Aires, cruzando el Río de la Plata, que separa Argentina de Uruguay, recogerán el equipaje de los pasajeros y ya no lo veremos hasta que los mozos lo hayan bajado y depositado en el muelle.

Solo una bolsa de mano y mi cuaderno, en el que probablemente escribo por última vez. De ahora en adelante, me tocará vivir más allá de escribir.

Escribo con esa mezcla de dulzura y amargura propia de las despedidas, aceptando lo que he dejado de mí en estas páginas. Escribo sin saber qué me deparará el futuro, mientras observo por la ventana de mi camarote el movimiento que se detecta en el muelle. Para nosotros, el tiempo ha quedado suspendido en un sinfín de interrogantes que ahora deberemos resolver y,

mientras tanto, allí abajo, en el puerto de Montevideo, la vida sigue como si nada. Veo el ajetreo de gente que desembarca, imagino a monsieur Bertrand y al joven Eduardo felices, dichosos, enamorados. Y esa imagen me hace pensar que él se va sin saber que su diva ha fallecido. No me quito a Ira de la cabeza, ni tampoco la imagen de Maya yaciendo en su cama. A cada instante surgen preguntas en mi mente. ¿Qué será de mi amiga una vez que lleguemos a Argentina? ¿Qué puedo hacer yo por ella? Pienso también en el resto de los pasajeros del transatlántico con quienes hemos compartido mesa o una relación más o menos frecuente a lo largo de la travesía. ¿Y el señor Turner? ¿Cómo de afectado debe de haber quedado al saber la noticia? Seguro que el capitán se lo ha contado, lo mismo que a los Goula y a unos pocos más, no a mucha gente, porque es voluntad expresa de Ira que todo se lleve con la mayor discreción. Mi amiga no desea recibir a nadie, no quiere ninguna frase de consuelo, ni que ningún pasajero acuda a su habitación, aparte de mí. Y el capitán lo va a respetar, porque, ahora que su madre ya no está, las cosas se hacen a la manera de Ira. Por primera vez, es ella quien decide.

A medida que el día se apaga, Ira toma verdadera conciencia de todo. Observo su mezcla de sentimientos y asisto pacientemente a sus cambios de humor. Tan pronto llora y se aproxima a su madre en un movimiento súbito, toca su pelo, le arregla un poco el vestido que ambas le hemos puesto antes, contempla su rostro en silencio, un rostro que nunca ha visto tan sereno... como de repente empieza a hablar con absoluta normalidad sentada junto a mí en el saloncito, como si nada hubiese ocurrido y su vida no acabara de dar un giro completo. No sé cuál de las dos Iras me hace sufrir más, si la que llora desconsoladamente por su madre o la que se comporta con demasiada naturalidad. Sin embargo, yo la dejo hacer y procuro apaciguar su espíritu atormentado a base de palabras dulces, dejándola dormir a ratos sobre mi regazo. Y cuando ella pierde la consciencia por unos instantes, yo recupero la mía, y el corazón me da un brinco al darme cuenta de que el último hilo de luz se apaga y todavía no he decidido nada sobre mí.

«Cuéntame qué te ocurre», me ha pedido Ira tras despertar en mi regazo y sorprenderme llorando. Al principio he tratado de negarme, no deseaba añadir más preocupaciones a mi pobre amiga a pesar del fuerte deseo que

sentía por compartir con ella todas mis dudas, la necesidad imperiosa de pedirle finalmente consejo. Pero ella ha insistido y a mí no me ha hecho falta una tercera vez para dejar ir toda mi angustia y confesárselo todo. Le he descrito la escena de esta mañana con Abel, ¡esta misma mañana!, sin omitir ningún detalle. He admitido por primera vez en voz alta mis sentimientos hacia él, le he expresado lo perdida que me siento y el modo en que mi corazón va por un lado y mi cabeza por otro. «Lo amo, Ira, lo amo con todo mi corazón», le he confiado. Ella me escuchaba muy seria, los ojos clavados fijamente en mí, y entonces le he dicho: «Te he decepcionado, ¿verdad? Tú ya me lo advertiste...». No me ha contestado, sino que ha querido saber más: «¿Qué es lo que más desearías en este momento?». Un tanto sorprendida, lo he pensado y en apenas un par de segundos le he respondido: «Huir. Desaparecer para siempre junto a Abel».

Ira se ha quedado reflexionando; tan callada permanecía que mi sentimiento de culpa iba en aumento. Me he empezado a retractar: «No puedo hacerlo, por supuesto. No pienso hacerlo. Sé que no puedo desaparecer sin más y dejar en evidencia a mi padre. Sé que no debo abandonar al hombre con el que me he comprometido, a quien ya le he dado mi palabra y que de ningún modo merece que lo deje plantado. Quién sabe si le pediría cuentas a padre. No quiero ni pensar en las consecuencias». A medida que hablaba, me iba cargando de razones, conduciéndome a mí misma hacia la única decisión posible. Poco a poco asumía la irremediable pérdida de Abel, a quien alejaba de mí con cada palabra que pronunciaba. Y mientras lo hacía, comenzaba a sentir el desánimo y la desesperación al despertar finalmente de un sueño imposible. Ha sido entonces cuando Ira me ha contemplado con una expresión enigmática que no le había visto antes. Ha parecido dudar un instante, y luego ha extendido su mano hasta tocar mi rostro. Con el dedo índice, ha recorrido mis facciones. Ha tocado mi pelo en completo silencio, y después el suyo, imitando mi forma de recogermelo. Yo la miraba desconcertada, siguiendo cada uno de sus movimientos. Y entonces Ira me ha recordado cuando Maya hablaba de lo mucho que nos parecíamos, y el día en que el señor Turner nos tomó por hermanas. Ha sido como si un rayo de luz la hubiera iluminado de pronto cuando, firmemente determinada, me ha dicho: «Berta, yo quiero tu futuro».

ESTANCIA MITCHELL, PATAGONIA

La abuela Berta estaba sentada frente al espejo de su tocador y, a pesar de estar preparándose para acostarse, no tenía ni pizca de sueño. Su cuerpo sufría la fatiga de un día muy largo e intenso con su nieta, un día en el que había abierto la caja de los recuerdos con la lectura del cuaderno, pero mucho se temía que ni siquiera el cansancio físico la dejaría dormir. Eran tantas las escenas que acudían a su mente y que durante años había mantenido dormidas...

El reflejo en el espejo le mostraba a una anciana de cabellos blancos, aunque ella se veía tal como había sido, igual que el día que llegó a la Estancia Mitchell, el lugar que sería definitivamente su hogar. Lo supo desde el principio. Desde que atravesó la extensa estepa, recién llegada a la Patagonia en compañía de su flamante esposo, empezó a amar su nueva vida y supo que aquello era exactamente lo que siempre había soñado, a pesar de no haberse atrevido nunca a imaginarlo siquiera. Supo entonces que su desgracia, la súbita pérdida de su madre, que era lo único que le quedaba en el mundo, había venido acompañada de una nueva oportunidad completamente inesperada: una vida a la que no estaba dispuesta a renunciar y en la que ya vislumbraba toda su futura felicidad. La llegada en coche a la Estancia Mitchell no la olvidaría jamás, como tampoco la primera vez que pisó cada una de sus habitaciones, el maravilloso jardín y vio las montañas andinas al fondo, testigo de un amor verdadero, el de Julio Mitchell y ella, un amor que jamás moriría.

Contempló la gran cama de bronce en la que habían dormido juntos todos aquellos años y pensó en cómo se sonrojó el primer día nada más verla. Y es que solamente habían dormido dos noches juntos, las dos primeras en Buenos Aires, antes de ir camino a casa. Dos noches que jamás olvidaría por ser las

de su despertar sexual. Recordaba aún con todo detalle las prudentes caricias de Julio, sus dedos explorando un cuerpo que nunca antes había sido tocado ni acariciado por un hombre. Lo deseó desde el primer instante y se dejó llevar por senderos desconocidos junto a aquel que le abría las puertas y las ventanas de una vida apasionante. Ella no esperaba encontrar el amor, solamente había aspirado a una vida segura, un lugar estable donde formar una familia y tratar de ser por fin feliz. Un lugar en el mundo donde quedarse y construir algo propio. Pero resultó que, además de eso, encontró al compañero de su vida. Ahora lo añoraba tanto que solo pensar en él le dolía. Pronto llegará mi hora, querido Julio, y entonces volveremos a estar juntos, se decía a menudo.

A lo largo de los años de matrimonio, se había preguntado si alguna vez él intuyó... Pero aquello no era posible. Al principio, cuando empezó a amarlo, en más de una ocasión se había sentido tentada de confesarle su secreto, aunque siempre terminaba echándose atrás por temor a que aquella mentira inicial pudiera destruirlo todo. Entonces era cuando se aferraba a la idea de que Julio Mitchell se había enamorado de ella y en absoluto de un nombre. Y con el paso de los años la mentira acabó borrándose, porque encima de ella ambos construyeron una gran verdad: su amor único, eterno, incondicional. Y la grande y maravillosa familia que juntos habían formado era la más clara expresión de ello.

Frente al espejo, la anciana empezó a quitarse el poco maquillaje que llevaba, en un ritual que se parecía mucho al que años atrás practicaba su propia madre. Su imagen se le apareció vivamente en el recuerdo. La gran Maya Demianova se quitaba la máscara altiva ante el espejo, y a medida que se desmaquillaba su rostro adquiría un aire más humano, más despojado de la frivolidad que tanto le agradaba mostrar en público. Ira recordaba que se situaba justo detrás de ella para deshacerle el peinado. Los mechones de su hermoso pelo caían sobre los hombros de la bailarina como cascadas, y su hija se los peinaba sin prisa para hacerlos más sedosos, más suaves, más bonitos, si es que aquello era posible. Maya se deleitaba en ese momento diario, quizá el más íntimo entre aquella madre y aquella hija que nunca habían sabido muy bien cómo quererse, cómo tratarse la una a la otra. Y los bellísimos ojos de Maya, como dos aguamarinas entre el verde y el azul, se endulzaban de pronto al perder su habitual ferocidad. Caía el antifaz de la

célebre bailarina y aparecía la mujer madura y vulnerable. Ira recordaba a la perfección el momento en que casi podía leer los pensamientos de su madre a través del espejo: «¿Cuánto tiempo me queda hasta que todos se den cuenta de que me he hecho mayor? ¿Hasta cuándo podré retener a mis admiradores, disfrutar de sus fervientes cumplidos, sentir la adoración de esos fieles seguidores?». Lo recordaba a la perfección porque era entonces cuando a Ira la abandonaba el sentimiento de rabia que a menudo sentía por su madre. Se esfumaba su faceta más amenazante, capaz de herirla y de fulminarla con apenas un gesto, una sola mirada, un simple reproche, y aparecía la madre a quien querer, la que buscaba el amor, la adoración y la aprobación de la hija a través del espejo. Maya sabía que ella era su último reducto, lo único que verdaderamente tenía en el mundo. En esos momentos, Ira era capaz de perdonárselo todo y de rendirle la más absoluta fidelidad; en esos momentos, Ira sabía que jamás se atrevería a abandonar a su madre mientras ella viviese y la necesitase.

La anciana se levantó del tocador y se metió en la cama, sintiendo todo su cuerpo dolorido. No iba a dormirse con todos aquellos pensamientos en la cabeza, podía estar segura de eso, así que decidió soñar despierta y recordar nuevamente la última vez que en el *Reina Victoria Eugenia* la noche dejó paso a un nuevo día en que todo volvería a comenzar.

RÍO DE LA PLATA, 1918

El cielo se ha vestido con una noche clara y esplendorosa de verano donde una luna casi llena lo ilumina todo. Parece un paisaje irreal, como salido de un sueño. La proa del gran transatlántico español corta las aguas del río que separa Uruguay de Argentina y que más bien parece hecho de plata. De tan ancho como es, se diría que es un mar.

Las dos muchachas han pasado tantas horas metidas en el camarote que han llegado a perder la noción del tiempo. Se les ha hecho de noche sin apenas darse cuenta, y han decidido esperar al alba después de no haber dormido nada. Se lo tienen todo dicho, todo hablado, todo acordado. Ira hace rato que ya no llora y su rostro ha adquirido una nueva expresión. Parece otra, como si naciera hoy. Aun así, Berta sabe que su amiga seguirá llorando a su madre largo tiempo, porque todavía no ha aprendido a vivir sin ella y porque, a pesar de todo, la ha querido profunda y dolorosamente. Todo dicho, todo hablado, todo acordado. Un intercambio de nombres que le ofrece a cada una la posibilidad de una vida nueva, un nuevo comienzo a medida de su felicidad. No hay ninguna garantía, ambas lo saben. Pero no sienten miedo porque una fuerte determinación las empuja a seguir adelante con el plan que han ideado y del que ya han hecho partícipe a Abel. Mi prometido..., saborea Berta en su fuero interno. Todavía puede sentir sus labios ardientes cuando, al anochecer, ha ido a anunciarle que no pensaba renunciar a él; cuando ha subido a buscarlo con el corazón tan desbocado como si fuera a salirse del pecho de un momento a otro. Él lo ha leído en su rostro enseguida, y sus ojos han echado chispas. Sin ningún reparo por quien pudiera observarlos, Abel la ha agarrado por la cintura y la ha alzado hacia arriba, feliz. Han retrocedido hasta quedar entre los dos botes salvavidas, en el mismo hueco donde Berta sorprendió a monsieur Bertrand con el joven Eduardo, y entonces, con un

hambre voraz, se han besado apasionadamente. Abel no dejaba de susurrar su nombre: Berta, Berta, Berta... Pero ella ha puesto un dedo en sus labios y le ha advertido: «De ahora en adelante tendrás que acostumbrarte a llamarme Ira». Y a Abel tanto le da, porque la quiere a ella, la desea con todas sus fuerzas y no acaba de creer en su suerte. Ha tenido que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse, porque le habría hecho el amor allí mismo, en la noche incipiente, avanzando una noche de bodas que justo empieza a vislumbrar. Ha sido el único momento, desde que ambas muchachas han trazado su plan, en que se han separado la una de la otra.

Ira ha permanecido a solas con su madre, y en la intimidad de la alcoba, arrodillada junto a ella, ha puesto su cabeza sobre su vientre. Allí ha dejado caer sus lágrimas mientras le hablaba tan suave y dulcemente como le hubiese gustado hacer si Maya hubiera sido de otro modo, o si Ira hubiese sabido el poco tiempo que les quedaba para estar juntas. Aún le ha sobrado tiempo antes de que Berta regresara al camarote, así que Ira se ha dedicado a leer la carta de Julio Mitchell que un día la enamoró y que ahora Berta le ha entregado. Esta vez, sin embargo, la ha leído como si ese maravilloso desconocido la hubiera escrito para ella:

De hecho, querida Berta, si ya me permites llamarte así, en la Estancia Mitchell solo falta una mujer como tú para convertirla en lo que todavía no es: un verdadero hogar.

A Ira le parece imposible poder aspirar, de repente, a estas tres palabras que, juntas, forman su sueño máspreciado: un verdadero hogar.

Amanece por el horizonte cuando Ira y Berta deciden salir afuera para respirar aire fresco. La cubierta de paseo está desierta, a bordo todos duermen. Las dos muchachas se asoman a la barandilla y contemplan el mar en completo silencio. Ira se ha empeñado en cargar hasta allí la maleta de las muñecas, y ahora le pide a su amiga, a su cómplice eterna a partir de este día, un último favor:

—Ayúdame a lanzarlas al mar. No quiero conservarlas.

Berta la mira llena de duda y desconcierto, y le pregunta:

—¿Estás segura? Estas muñecas deben de valer una pequeña fortuna.

Pero Ira ya ha desabrochado las correas y se dispone a sacarlas de una en

una. Imperturbable, lanza la primera muñeca al agua, y enseguida ven alejarse el cuerpecito entre las olas. Ira mira hacia Berta y, decidida, pone en sus manos la siguiente muñeca.

—Te lo ruego —le pide—. Tengo que deshacerme de ellas. Solo quiero conservar los buenos recuerdos.

Berta lo comprende y suspira levemente antes de cerrar los ojos y lanzar la segunda muñeca por la borda. Pronto la pierden de vista, engullida por el agua y la noche.

Y así lo harán con una muñeca tras otra, hasta que en la maleta de piel ya no quede nada. Al final, Ira respira aliviada, sintiendo una paz infinita por haberse liberado.

De regreso en el camarote, será a Berta a quien le toque desprenderse de su vida de antes: encima del escritorio ha dejado el cuaderno de viaje y ahora se lo entrega a Ira.

—Es tuyo —empieza—, aquí encontrarás mis páginas escritas a lo largo de la travesía. Forman parte de la vida que dejo atrás, y tal vez puedan serte de utilidad. En el cuaderno hallarás todo lo que Julio Mitchell puede saber de mí, o de la persona que espera encontrar.

Desde que el sol ha subido a lo más alto del cielo, su luz blanca y potente ciega los ojos. Tan blanca como la hoja que hoy empiezan a escribir la mayoría de los hombres y mujeres que desembarcan del *Reina Victoria Eugenia* y que saludan a los familiares, amigos o conocidos que han venido a recibirlos tras el largo viaje. El muelle es un hervidero de gente que, con los rostros alzados, observan sin perder detalle el gran transatlántico amarrado en el puerto. Distinguen ya a los primeros pasajeros que empiezan a descender por la pasarela, y el resto sigue mirándolo todo desde arriba. Suenan unas alegres notas de acordeón procedentes de la cubierta de paseo. El sexteto de a bordo interpreta canciones populares, como es costumbre al llegar a Argentina, y en todas partes se respira ese ambiente festivo.

Desde el barco se divisa a simple vista una gran extensión de Buenos Aires. Se distinguen algunos de sus edificios más modernos y unas avenidas tan anchas que parecen carreteras. Centenares de rostros sonrientes, llenos de esperanza y al mismo tiempo fatigados por la larga travesía por mar, tratan de familiarizarse poco a poco con todo aquello que la mirada les permite

enfocar, a pesar del sol que deslumbra y cuyos rayos evitan por medio de una mano, de un velo o del ala de un sombrero.

En el mismo puerto se alza un gran edificio que algunos señalan como el lugar donde van a dirigirlos al pisar por fin tierra firme. Se trata del Hotel de Inmigrantes, un edificio construido siete años atrás, destinado a los trámites de entrada y a alojar gratuitamente durante los primeros días a buena parte de la tercera clase del buque, aquellos a quienes nadie ha venido a buscar, además de ofrecerles comida, asistencia médica y una ayuda para encontrar trabajo en un país nuevo y aún desconocido para ellos.

Todos observan atentamente a los miembros de la tripulación que, aquí y allá, asisten a los pasajeros en un desembarco que se esfuerzan en realizar de manera rápida y ordenada, mientras los estibadores empiezan con las tareas de vaciar el vientre del gran vapor transatlántico de maletas, baúles y todo tipo de carga lista para entregar.

Todos los ojos que observan desde las distintas cubiertas, de primera a tercera clase, desconocen que lo primero en bajar del gran buque ha sido un ataúd. El capitán ha hecho entrega de este a las autoridades del puerto después de facilitar el acta de defunción con su firma, la del médico oficial y la de dos testigos, Irina Alexandrovna Demianova y Berta Casals. Todo se ha producido de un modo muy frío. Solemne, sí, aunque frío. Como una más de las operaciones a las que capitán y tripulación están acostumbrados a realizar. Ira ha contemplado un último instante el cuerpo de su madre, a quien ella y Berta han vestido durante la noche, han maquillado y han peinado hasta dejarla lo más hermosa posible. Descansa en paz, mamá, han murmurado sus labios antes del último beso en la frente. Ha visto cómo, un segundo después, su cuerpo quedaba sellado dentro de una lona oscura y ruda para después depositarlo en un féretro de traslado, a punto para desembarcar. Suerte de Berta, que le ha buscado rápidamente la mano y la ha mantenido bien agarrada incluso cuando las han hecho descender del barco tras el cuerpo de la célebre bailarina. Ellas han sido las primeras en pisar tierra argentina e iniciar los trámites de entrada al país. Nadie las ha visto salir, nadie se ha enterado, porque el capitán se ha encargado de hacerlo con la máxima discreción posible, tal y como había acordado con Ira.

El féretro y ambas chicas han quedado en manos de las autoridades

competentes, y el capitán las ha despedido muy apesadumbrado, todavía contrariado por el aciago episodio ocurrido en su barco la última noche. Lo acompañaba en todo momento el médico oficial, que ha estrechado la mano de la hija de la bailarina. Y tan pronto como el capitán y el médico han quedado lejos, las dos muchachas han asumido su nueva identidad. Sus pasaportes han sido intercambiados, y ahora solo les faltará decirse adiós. Ha llegado el momento de separarse, con la promesa por parte de Berta de velar a Maya hasta el final, como si se tratara de su propia madre.

Ira se queda abrumada ante la frenética actividad que hay en el muelle. Tras el velo de su sombrero distingue a personas de todo tipo y condición. Escucha gran diversidad de lenguas y siente cómo el vértigo recorre su cuerpo al encontrarse sola por primera vez en su vida. Alguien la empuja al pasar por su lado y ella cree que caerá al suelo y que todo ese río de gente atareada y nerviosa la engullirá antes de poder encontrar a su prometido. Levanta la cabeza, mira a derecha e izquierda, y finalmente cree haberlo visto. A una distancia prudente de todo ese gentío hay un caballero que viste un traje de hilo claro, elegantísimo, cuya cabeza queda protegida del sol radiante gracias a su sombrero blanco. Lleva en la mano un ramillete de flores, y está claro que busca a alguien que acaba de desembarcar. A su lado, una señora un poco mayor espera junto a él, es casi tan alta como el caballero, tal vez se trata de la hermana de Julio Mitchell, en cuya casa se hospedarán los primeros días. Ira va acercándose a ellos, y a medida que lo hace distingue la sonrisa afable y afectuosa que se ha dibujado en el rostro de él al intuir que ella es la chica a quien está esperando.

—¿Berta? ¿Berta Casals? —le pregunta, prudentemente.

Ira levanta un poco el velo de su sombrero y le devuelve la sonrisa. Le ofrece tímidamente una mano y, cuando él la sostiene con suma delicadeza y la besa, ella siente que sus piernas tiemblan. ¿Tendré suficiente coraje para seguir adelante?, se pregunta Ira mientras la cabeza perfectamente peinada de su futuro esposo, de un color un tanto rojizo a causa de sus antepasados escoceses, se inclina hacia ella. Y cuando la eleva y le muestra el rostro tan cercano al suyo, Ira puede apreciar sus facciones serenas, sus ojos verdes que la contemplan sin ningún asomo de desconfianza. Percibe entonces que quizá todo irá bien. Él admite:

—Apenas te reconozco, de tanto como has cambiado. Te conocí todavía chica y ahora... Te convertiste en una lindísima mujer.

A Ira le parece haberse sonrojado y no sabe qué decir, aunque no puede evitar seguir mirando los ojos de un verde claro que sonrían solo para ella. Es la dama que todavía se encuentra al lado de Julio Mitchell quien interviene:

—Berta, querida... —La toma del brazo, la conduce hacia el carruaje que los está esperando y le dice—: Qué placer conocerte al fin. Mi hermano estaba impaciente por tu llegada. ¿Fue buena la travesía?

La muchacha responde que sí, que tenía tantas ganas de llegar que en realidad le ha parecido que transcurría una eternidad, pero que ahora por fin está aquí. Su futura cuñada le aprieta levemente el brazo mostrándole su apoyo, su bendición, quizá a modo de bienvenida casi maternal. Y a la joven se le escapan unas lágrimas silenciosas que Julio Mitchell pensará que son de emoción. Puede que sí lo sean, pues la tristeza por la reciente pérdida de su madre se mezcla con la firme esperanza de una nueva vida toda suya.

Cuando suben al carruaje de los Mitchell, Ira contempla el gran transatlántico por última vez. Imagina a Berta reunida finalmente con Abel, y piensa en su madre, a quien darán sepultura en un lugar cercano que tal vez algún día pueda visitar. Sin embargo, Ira se sacude rápidamente este pensamiento para concentrar toda su atención en los movimientos del mozo que carga ahora todos sus baúles. Los deposita uno a uno en el carruaje mientras Ira lee las iniciales que llevan grabadas: una B y una C, que serán las suyas a partir de ahora. Se fija detenidamente en los baúles que contienen todo su ajuar de novia.

Julio Mitchell ha subido al carruaje y se sienta a su lado. Justo en el instante en que el cochero tira de las riendas y el caballo se pone en movimiento, Julio toma su mano y permanecen así durante largo rato a medida que avanzan por una gran avenida de Buenos Aires. Será la primera de tantas veces en que ese simple gesto de su esposo le hará sentir a Ira que definitivamente se encuentra en casa.

EPÍLOGO

—Abuelita... Ira...

—Jamás se lo he contado a nadie, Valentina.

—¿Ni siquiera al abuelo?

—Ni siquiera a él. Primero me daba miedo hacerlo. Con el paso de los años terminó careciendo de sentido. ¿Qué podía cambiar? Nosotros habíamos construido ya nuestro amor, nuestra familia. Aquello solo podía hacernos daño y confundirlo todo.

—¿Qué pasó con Berta y Abel?

—Vivieron toda una vida juntos. Primero en Buenos Aires, donde fundaron un pequeño periódico con el que se implicaron en todos los hechos de la actualidad de este país, como tú y tus amigos ya conocéis. Abel... siempre ha sido un hombre valiente, muy fiel a sus ideas y sobre todo un gran demócrata, como bien sabes. A pesar de que ella siempre escribió desde la sombra, prudente a causa de nuestro secreto y evitando despertar interés en su figura, luchó tanto como él para denunciar la falta de libertades durante la dictadura. Ambos tuvieron que marcharse de Argentina, como tantos otros, para no acabar muertos o desaparecidos. Lo hicieron de un día para otro, lo supe a través de una carta que llegó desde Inglaterra mucho tiempo después.

—¿Os escribisteis durante todos estos años?

—Al principio, de forma muy regular. Yo le hacía llegar las cartas de su padre y ella las contestaba desde Buenos Aires. Aquello duró poco, ya que por desgracia el padre de Berta falleció antes de que nosotras cumpliéramos el primer año aquí.

—¿Y luego?

—Luego las cartas se fueron espaciando. Cada una de nosotras había

asumido tan plenamente su nueva identidad que conseguimos construir sobre ella una vida que ya nos era propia. Los lazos con nuestro pasado se rompían. Eso sí, siempre que había una noticia importante en nuestras vidas, fuese buena o mala, sentíamos la necesidad de comunicárnosla.

—¿Berta tuvo hijos?

—No. Ella y Abel escogieron una vida más libre y nómada, y se comprometieron con el país y sus libertades. Yo escogí la vida tranquila y apartada que siempre había soñado, y formé esta familia que somos ahora y sin la cual jamás hubiese sido tan feliz.

—Abuelita... Tu madre... Mi bisabuela...

—Sí, siempre la quise, a pesar de no ser muy consciente de ello. ¡Existen tantas formas de amar, Valentina! A mi modo, yo adoraba a Maya, veneraba la tierra que ella pisaba. Maya era una mujer única, excepcional, jamás habrá otra como ella. Fue mi madre y estoy muy orgullosa de ello. ¿Y sabes qué? Berta tenía mucha razón cuando afirmaba que una madre no llega a marcharse nunca del lado de su hija, porque es una parte irrenunciable de ella. Maya me ha acompañado siempre a lo largo de todos estos años, y lo hará hasta el día en que me muera. Del mismo modo que me acompaña tu abuelo Julio, aunque se haya marchado de este mundo.

—Abuelita, creo que nada habría cambiado si le hubieras contado todo al abuelo Julio. Estoy segura de que él jamás hubiese renunciado a ti.

—Lo sé. Por eso dejó de ser importante contárselo.

—¿Y por qué me lo has contado a mí?

—Porque Berta ha fallecido..., y con ella también lo ha hecho definitivamente mi nombre anterior. Supongo, querida Valen, que necesitaba recordar una vez más quién fui, antes de morir yo también. ¿Podrás perdonarme?

—No tengo nada que perdonarte. Gracias a ti existo, abuelita; existimos todos.

—Entiendes que tu abuelo fue el hombre de mi vida, ¿verdad? Berta me regaló esta oportunidad.

—Lo entiendo.

—¿Querrás escribir mi historia?

—Me gustaría mucho.

—Tendrás que cambiar los nombres y convertirlo en una ficción.

Valentina posó su mirada más allá del gran ventanal y contempló en silencio la noche patagónica. Al volver a mirar a su abuela, le pareció verla por primera vez: de pronto tenía ante sí a aquella joven de la fotografía. La nieta le lanzó su mejor sonrisa, sabiendo que ahora estaban más unidas que nunca; ahora ambas compartían el secreto, del mismo modo que antes lo habían compartido Ira y Berta. Pensó en Rusia, la tierra lejana que vio nacer a su abuela, en los bisabuelos de cuya vida nunca antes había oído hablar y con los que comenzaba a familiarizarse. Pensó en la gran Maya Demianova, tan deslumbrante y compleja; en el adorable Sasha, que murió de tristeza según su propia hija. Meditó acerca de la chica que prestó su nombre a la abuela y que hizo que ambas pudieran vivir la vida que habían deseado. Y en ese preciso instante, Valentina comenzó a escribir en su mente aquella ficción llena de realidad. La hoja en blanco que meses atrás la había torturado de pronto se llenaba de palabras, de frases, de nombres inventados que darían forma a la historia más extraordinaria que jamás había escrito.

AGRADECIMIENTOS

Esta nueva aventura literaria comienza en un primer viaje a Argentina, unos años atrás, en el que quedo profundamente enamorada de este país. Después de unos días maravillosos en Buenos Aires, viajo a la Patagonia, donde descubro una tierra, un paisaje, una historia repleta de pioneros y de aventureros llegados de todos los rincones del mundo. Todo esto abre un nuevo horizonte en mi imaginación.

Habrà más viajes a Argentina, más lugares, más personas que conocer, amigos que van sumando y, por encima de todo, flotará desde el primer instante esa voluntad de escribir una novela que se refiera a esta tierra a la que muchos emigraron, donde volvieron a empezar, se reinventaron a sí mismos y construyeron, generación tras generación, su lugar en el mundo.

En la travesía me han acompañado algunos cómplices que me han ayudado a encontrar la información necesaria para construir mi ficción. Una ficción que, como a mí me gusta, está llena de realidad, porque la propia vida actúa como principal fuente de inspiración; una ficción que, como no podría ser, o no sabría hacer de otra manera, se alza sobre la base de un tiempo histórico que existió plenamente. Del mismo modo que existió este gran transatlántico llamado *Reina Victoria Eugenia*.

Aquí y ahora dejo constancia de mi agradecimiento a todos estos cómplices por su paciencia, por el tiempo que me han dedicado y por todos sus sabios consejos:

Al personal de la Biblioteca del Museo Marítimo de Barcelona, así como a la gente del Archivo Histórico del mismo centro y, en especial, a Mireia Bertrana, a quien agradezco sus correos electrónicos y los documentos que me ayudó a conseguir. En ese archivo hallé verdaderas joyas, como el plano

antiguo de este extraordinario vapor transatlántico, el *Reina Victoria Eugenia*, que he tratado de reproducir fielmente.

A mi amigo Igor Morales, patrón de barco, marinero de corazón y de oficio, por ayudarme a interpretar los aspectos más técnicos y la complejidad de las leyes que rigen la navegación por mar desde tiempos remotos. La lectura compartida que realizamos de algunos cuadernos de bitácora de la época, así como el trabajo conjunto de investigación, nos brindó momentos muy valiosos.

Lo mismo ocurre con el doctor Berthy Rivero, quien diagnostica y prescribe cada vez que, por circunstancias diversas, algunos de mis personajes necesitan asistencia médica y tratamientos afines a su época. Es un gran privilegio contar con sus conocimientos, y más aún con su amistad.

A Miquel de Moragas, que generosamente compartió conmigo el diario escrito por su abuelo mientras cruzaba el Atlántico hasta tierra argentina en busca de su propio sueño. Gracias a él y a su hija y amiga Laia de Moragas, que tuvo la brillante idea de conectarnos.

También a Jordi Arnau, técnico en género de punto, por sus aclaraciones en cuestiones sobre el negocio de la lana y su evolución a lo largo del siglo XX.

Y, por supuesto, a mis cómplices más allá del océano, todos los amigos argentinos que arrojaron luz sobre ciertas dudas y preguntas que iban surgiendo a medida que escribía el libro, tendiendo con ello una especie de hilo invisible que me mantenía conectada al continente americano. Mi más sincero agradecimiento a Ervin Eppinger y a Mercedes Akerman, tan amables, ¡tan generosos como siempre! A ellos y a la gente con la que me permitieron contactar, como Jorge Bayá Casals, arquitecto y genealogista, especialista en estancias pampeanas.

De Buenos Aires es también un ángel cuyo nombre desconozco: una trabajadora del Archivo Histórico del Museo de la Inmigración, antiguo Hotel de Inmigrantes, situado en el mismo puerto de Buenos Aires, que me proporcionó uno de los documentos de la época que más me han acompañado en el transcurso de mi escritura: un listado de pasajeros del *Reina Victoria Eugenia* en uno de sus viajes de finales de 1918. Una especie de talismán con los nombres, las nacionalidades y los oficios de aquellos que emprendieron, como tantos otros, la gran aventura de sus vidas.

Y, como siempre, un «gracias» en mayúsculas a Carlota Torrents, que vela por todos mis sueños literarios, así como a Natalia Berenguer, nueva compañera de a bordo. También a Maite, Mathilde y Glòria, mis editoras de Maeva y de Columna, por su complicidad, su entusiasmo y sus buenos consejos.

Y, finalmente, gracias a mi familia, que me aguanta cada día de dolorosa y apasionante escritura.

NOTAS

[1] «Dulce Cataluña, / patria de mi amor, / si de ti me alejo, / muero de dolor. / Hermoso valle; cuna de mi infancia, / y de mi amor; / montes, ríos y ermita de mis juegos, / ¡por siempre adiós! / Arpas del bosque, aves lisonjeras, / cantad, cantad; / yo digo en llanto a bosques y riveras; / ¡con Dios quedad!». Jacinto Verdaguer, *Antología lírica*, Madrid, 1928, Compañía Ibero—Americana de Publicaciones. Traducción de Luis Guarnier.